

La revolución de las conciencias.
Resonancias históricas, cultura del
disenso y disputa del poder

Sergio Tamayo



SERIE ESTUDIOS

BIBLIOTECA DE
CIENCIAS SOCIALES
Y HUMANIDADES

Universidad
Autónoma
Metropolitana



Casa abierta al tiempo Azcapotzalco



Doctor en Sociología por la Universidad de Texas en Austin, profesor-investigador del Área de Teoría y Análisis de la Política, Departamento de Sociología, de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Miembro fundador de la Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales AC. Autor de más de 130 artículos especializados y 21 libros de autor y colectivos, entre ellos *Espacios y repertorios de la protesta* de 2016; y de 2020 con Esperanza Palma el libro *México 2018: elecciones, partidos y nuevos clivajes sociales*. Sus principales líneas de investigación son etnografía política, crítica de la ciudadanía y movimientos sociales. Actualmente coordina una investigación y publicación sobre *El reposicionamiento de las derechas en México en el contexto de la Pandemia* en la UAM y RED Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales AC.

La revolución de las conciencias. Resonancias históricas, cultura del disenso y disputa del poder

Sergio Tamayo

Universidad
Autónoma
Metropolitana



Casa abierta al tiempo Azcapotzalco

Universidad Autónoma Metropolitana

Rector General

Dr. José Antonio De Los Reyes Heredia

Secretaria General

Dra. Norma Rondero López

Unidad Azcapotzalco

Rector

Dr. Oscar Lozano Carrillo

Secretaria

Dra. Yadira Zavala Osorio

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Director

Mtro. Miguel Pérez López

Secretario Académico

Lic. Gilberto Mendoza Martínez

Jefe del Departamento de Sociología

Mtro. Francisco Javier Rodríguez Piña

Coordinador de Difusión y Publicaciones

Dr. Alfredo Garibay Suárez

Primera edición, 2022

Artísta: Loxá Tamayo Márquez, "Conciencia revolucionaria"

Técnica: *Collage*, pintura y digital, diciembre 2021

© **Universidad Autónoma Metropolitana**

Unidad Azcapotzalco

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Coordinación de Difusión y Publicaciones

Av. San Pablo 180, Edif. E, Salón 004, Col. Reynosa Tamaulipas,

Alcaldía Azcapotzalco, C.P. 02200,

Ciudad de México, Tel. 53189109

www.publicacionesdcsh.azc.uam.mx

ISBN de la Colección de Sociología: 978-607-477-112-1

ISBN de la obra: 978-607-28-2525-3

Se prohíbe la reproducción por cualquier medio sin el consentimiento del titular de los derechos patrimoniales de la obra.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Índice

Agradecimientos	11
Obertura a la cultura política del disenso en la producción de la conciencia	15
Capítulo 1. Revolución de las conciencias. Resonancias históricas y proyectos de futuro	37
INTRODUCCIÓN: ¿REVOLUCIÓN DE LAS CONCIENCIAS?	37
CONCIENCIA POS-NEOLIBERAL	44
CONCIENCIA DE CLASE	51
SOCIOLOGÍA CRÍTICA DE LA CONCIENCIA Y MOVIMIENTOS SOCIALES	63
CONCIENCIA, RESONANCIAS HISTÓRICAS Y UTOPIÁS	72
<i>Resonancias históricas</i>	76
<i>Proyectos alternativos de futuro</i>	81
POSFACIO	88
Capítulo 2. Movimientos, alianzas y partidos	95
VIÑETA 1. SISTEMAS POLÍTICOS Y MOVIMIENTOS	102
VIÑETA 2. EL MOVIMIENTO DE AMLO	106
VIÑETA 3. LOS MOVIMIENTOS EN ELECCIONES LOCALES	112
VIÑETA 4. LA VISIÓN PARTIDO-MOVIMIENTO	115
VIÑETA 5. LOS MOVIMIENTOS EN EL ORIGEN DEL PRD, RESONANCIAS HISTÓRICAS DE MORENA	118
VIÑETA 6. MORENA	127
COMENTARIOS FINALES	131

Capítulo 3. La plaza pública cedió la nación a la derecha, pero retuvo la ciudad a la izquierda	139
LA POLÍTICA EN EL CONTEXTO SITUACIONAL	142
APROPIACIONES SIMBÓLICAS DE UN PROYECTO POLÍTICO	153
<i>El espacio en contestación</i>	153
<i>Las formas simbólicas de la cultura política</i>	161
<i>El discurso y las masas</i>	170
COMENTARIOS FINALES	181
ANEXOS CAPITULARES	184
Capítulo 4. Crisis de la cultura política y resonancias electorales	195
INTRODUCCIÓN	195
CRISIS DE LA POLÍTICA Y CULTURA POLÍTICA	200
EL CONTEXTO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES	211
EL ESPACIO FÍSICO Y SIMBÓLICO DE LA POLÍTICA	218
EL ESPACIO SOCIAL DE LA DISPUTA ELECTORAL	225
EL ESPACIO DISCURSIVO	233
LAS PLAZAS REFLEJAN LA DIMENSIÓN CULTURAL DE LA POLÍTICA	240
COROLARIO	244
ANEXOS CAPITULARES	247
Capítulo 5. La lucha por la hegemonía	253
PRELUDIO	253
LA DISPUTA DE PROYECTOS DE CIUDADANÍA COMO LUCHA POR LA HEGEMONÍA	258
LA APROPIACIÓN POLÍTICA	268
CONTEXTO DEL MOVIMIENTO SOCIAL Y POLÍTICO	271
EL ESPACIO APROPIADO COMO ESTRATEGIA POLÍTICA	277
EL ESPACIO PÚBLICO COMO ESPACIO DE DISPUTA	281
APROPIACIÓN SIMBÓLICA DEL PROYECTO	289
<i>La dialéctica del carisma y la crítica popular</i>	290
<i>La apropiación del proyecto político</i>	299
COMENTARIOS FINALES	306
ANEXOS CAPITULARES	308
Capítulo 6. El desprendimiento de las conciencias	321
CONTEXTO POLÍTICO	322
POR MÉXICO AL FRENTE	328
TODOS POR MÉXICO	338

JUNTOS HAREMOS HISTORIA	350
ALGUNAS CONSIDERACIONES AL MARGEN ELECTORAL	363
ANEXOS CAPITULARES	366
Capítulo 7. El desenlace: cultura política, resonancias y visiones de futuro	369
Índice de tablas y figuras	385
CAPÍTULO 2	385
CAPÍTULO 3	385
CAPÍTULO 4	386
CAPÍTULO 5	387
CAPÍTULO 6	388
Bibliografía	391

Agradecimientos

Este libro que analiza las resonancias históricas que implantaron un tipo específico de revolución de las conciencias en México, reconoce un trabajo colectivo de investigación de varios años, lustros, incluso décadas. Todo comenzó en 1997, que se extendió después al 2000, 2006, 2009, 2012, 2015 y 2018, sobre el tema de la contención política contenida en marcos institucionales, y la relación de los movimientos sociales y las movilizaciones de masas en los procesos electorales. Pero también se apoyó en los acontecimientos generados de la contención política transgresiva de 2003, 2004, 2006, 2008, 2010, 2012 y 2014, sobre el tema particular de los movimientos sociales y su vinculación con la política. Se convirtió de hecho en un gran programa de investigación que asoció cultura y política. Un programa que ha trascendido 23 años. El libro publicado en 2016 sobre espacio, protesta y repertorios de la movilización, puntualiza el análisis de los movimientos sociales engarzado a la política tanto formal como informal. Y este libro pretende profundizar en la articulación de la cultura y la política desde la experiencia de los procesos electorales y su inserción en los movimientos. No se si con esto podríamos dar por concluido lo que se considera como ese programa de investigación, que ha constituido una perspectiva cultural del análisis de la política

y de la lucha desmedida por el poder, pero seguramente pone un alto necesario en la reflexión de estas categorías: la política formal y la política informal de la participación ciudadana.

En este sentido, después de 23 años, muchísimas personas, intelectuales, activistas, académicas, estudiantes, así como instituciones formales y constituyentes formaron parte de manera directa e indirecta, central y contingente. Todas ellas, así fueran en su aspecto tangencial, aportaron riquísimas experiencias, conocimiento y recursos para la realización de esta obra. Si especificara y profundizara en las grandes aportaciones de todas y todos tendría que escribir otro libro. Desgraciadamente, aquí solo podré agradecer simplísimamente su colaboración y apelo a su indulgencia.

Empecé este Programa de investigación en el Área de Estudios Urbanos del Departamento de Evaluación del Diseño en el Tiempo, de la División de Ciencias y Artes para el Diseño (CYAD), cuyo apoyo se volvió auténticamente imprescindible para el desarrollo del Programa.

Continué esta orientación en el Centro de Estudios de la Ciudad, de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Ese grupo ahora consagrado y consolidado fue excepcional en el impulso de este Programa. Y poco después lo fue el equipo dirigido por Martha Arévalo y Manuel de la Fuente de la Universidad Mayor de San Simón en Bolivia.

Hacia 2005, me integré al Área de Teoría y Análisis de la Política, del Departamento de Sociología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades (CSYH) de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, que me acogió, apoyó, abrazó y alentó para continuar y profundizar este Programa. A nivel académico agradezco especialmente a Alejandro López Gallegos, Nicolasa López Saavedra, Ricardo Torres Jiménez, Estela Serret, Michael Voegtli, Esperanza Palma, Marta Torres Falcón y Roberto Gutiérrez. En el marco de este maravilloso grupo de investigación se impulsó el Seminario Café Debate de Cultura Política que articuló y enriqueció el trabajo

analítico del Programa y su vinculación docente a nivel licenciatura y posgrado.

Durante el proceso de consolidación del Programa se impulsó, realizó e instauró el Taller de Etnografía Urbana y Cultura Política, desde la División de CYAD primero, y posteriormente apoyado por la División de CSYH, que se expresó en varios espacios institucionales: diplomados primero y la aprobación de la Especialización de Etnografía Política y Espacio Público. Específicamente, el análisis de la información recabada en las bases de datos del Taller VI (2006); Taller IX (2012) y Taller XII (2018), fueron fundamentales para la realización de este libro.

Agradezco a Guadalupe Olivier por el trabajo de campo etnográfico, especialmente en las elecciones de 2012 y 2018, cuyas etnografías fueron básicas para la reflexión de los capítulos correspondientes.

Reconozco entrañablemente la colaboración, esfuerzo y capacidad de camaradas que fueron cardinales en el análisis político de la investigación, así como en la organización de las bases de datos de cada acontecimiento histórico. Agradezco a las y los sociólogos: Guillermo Claudio, María de Jesús Paloma Flores y Romelia Benito Ibarra; Nayelli Cano Velázquez, Azucena Granados Moctezuma, Selene Romero Moreno, Patricia Romero, Georgina Torres García, Julio César Reyes Gutiérrez, Miguel Ángel González, Julia Eréndira, y Mirna Mónica Santamaría Barreto; así como: Harim Guzmán, Perla Pedroza, Marysol B. Salvador, Christopher Colín, María de los Ángeles Palma, Alberto Aranda y Alejandra Uribe; así mismo a la arquitecta y Dra. en Estudios Urbanos, Consuelo Córdoba por el trabajo de digitalización y análisis de los mapas etnográficos, Jorge Ortiz Leroux en el análisis semiótico; la artista Loxá Tamayo Márquez y el fotógrafo Carlos Gordillo en el análisis de imagen.

La organización, coordinación y análisis de la política en los acontecimientos analizados se vio apoyada por varias ins-

tituciones nacionales e internacionales, promovidas desde el esfuerzo y trabajo de grandes intelectuales. Todo mi reconocimiento a: Héléne Combes (Francia); Anne Huffs Schmid (Alemania); Kathrin Wildner (Alemania); Michael Voegtli (Suiza); Vicente Guzmán (México).

Especialmente quiero reconocer el apoyo en la interpretación de la información, de activistas como José Martínez Cruz y Juliana Quintanilla, de la Comisión Independiente de Derechos Humanos de Morelos, de Marco Antonio Velázquez, así como Edgard Sánchez, Josie Chávez y Andrés Lund de la izquierda socialista, por sus críticas reflexiones.

Desde 2015, año en que se formó la Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales A. C., ha sido un apoyo fundamental para motivar la conclusión de la investigación a la que agradezco profundamente.

Finalmente, el trabajo preciso y la pericia para organizar y corregir todos los manuscritos de este libro se los debo a las excepcionales sociólogas Alitzel Cruz y Elizabeth Chávez.

Obertura a la cultura política del disenso en la producción de la conciencia

El presidente electo en el 2018, Andrés Manuel López Obrador (AMLO), lo dijo no sin razón: se ha producido una revolución de las conciencias, lo que ha permitido el triunfo de un gobierno aclamado por una gran mayoría en lo que significa la Cuarta Transformación. Esta autoproclamación se fundamenta en acontecimientos y resonancias históricas del país: a partir de la Guerra de Independencia de México como colonia española en 1810, las guerras de Reforma de 1858 y la Revolución Mexicana de 1910. No obstante, el entonces presidente indicó que, a diferencia de las otras, su triunfo estaría marcado por una revolución civil pacífica. ¿Qué significa en ese contexto la revolución de las conciencias? Y ¿por qué AMLO tendría razón en decir que el cambio de régimen producido en 2018 era consecuencia de ello? ¿Cómo se produce la conciencia social y política que pueda incidir en la transformación de un país? ¿Hacia qué rumbo toma esa revolución de las conciencias? ¿Cuáles son los mecanismos que permiten la elaboración compleja de una conciencia que sin embargo tenga la capacidad para hacer un cambio social? ¿De qué cambio social y político se trata? ¿Qué nivel de conciencia se alcanza y qué grado de

cambio es el que resulta? ¿Siempre se anda por un mismo camino y se alcanzan las mismas metas y motivaciones?

Estas preguntas se responden, en todo o en partes, a lo largo de este libro. En el primer capítulo teórico se debate sobre la conciencia, la producción social de proyectos alternativos de futuro y el impacto de resonancias históricas en acontecimientos y situaciones de lucha política; en el segundo se traslada la discusión hacia la relación existente entre partidos políticos y movimientos sociales, que recrea un papel de sustitución o enraizamiento y conciencia políticas. Después, en los capítulos analíticos se recrea la historicidad de los procesos electorales presidenciales en México desde el 2000, el año de la primera alternancia presidencial desde la Revolución Mexicana, para continuar con las elecciones del 2006 y 2012, y finalmente la del 2018, que mostrará una nueva alternancia orientada hacia otro cambio de régimen político. Estos capítulos son trascendentes para observar la formación de proyectos políticos y su maduración, el tipo de alianzas y efectos de resonancias históricas, que reflejan en conjunto los diferentes grados de conciencia alcanzados hasta el triunfo de lo que se denominó la revolución de las conciencias.

Acudimos en una primera instancia a una reflexión sobre lo que epistemológicamente podemos definir como la formación de una conciencia crítica en los individuos, a partir de establecer mecanismos que explican el proceso de toma de conciencia: el entorno de la cultura política y su posibilidad de cambio que permea el comportamiento y la voluntad de una ciudadanía diferenciada; el impacto de las resonancias históricas y biográficas, las primeras (de carácter histórico) expresadas en la experiencia de movilización y apropiación del espacio público, un vínculo histórico de acontecimientos y alianzas políticas surgidas de procesos políticos y la experiencia de movimientos sociales. Mientras que las segundas (de tipo biográficas) se refieren al impacto de personalidades y liderazgos que adquieren una resonancia vital en la transformación y formación de

subjetividades políticas. Resultado de estas trayectorias multidimensionales se producen, maduran y consolidan proyectos alternativos de futuro, lo que en otros espacios hemos precisado como utopías de ciudadanía, o alternativas de emancipación (Tamayo, 2010). En otras palabras es el proceso de constitución del sujeto y de la subjetividad política, tal y como lo refiere Hugo Zemelman en su esquema de análisis. Debemos reconocer que en este proceso de subjetividad existen niveles constitutivos que se enraízan en a) relaciones posibles de los individuos; b) puntos de interacción y socialización; c) incorporación de nuevos contenidos, y d) construcción de la realidad. Lo que para nosotros se organiza en la experiencia, las resonancias históricas y la construcción de proyectos, también se encadenan lógicamente con el esquema de Zemelman: el nivel a) de la subjetividad individual en lo grupal y la experiencia grupal; b) el nivel de nucleamiento de lo colectivo; c) la apropiación del contexto y los espacios de nuevas experiencias, y d) la utopía o visión del futuro y la transformación de esa utopía en proyecto viable (Zemelman, 1997:30).

La formación de la conciencia no es otra cosa que la construcción del sujeto. A diferencia de posturas más estructuralistas y funcionalistas, no es un hecho individual, aislado históricamente. Cuando hablamos de procesos históricos nos referimos a la manera en que hacemos historicidad de procesos políticos específicos, que explica y reflexiona sobre acontecimientos y procesos particulares equivalentes y encadenados. La conciencia es así, producto de la historicidad de procesos cognitivos responsables y críticos, surgidos de experiencias y reflexiones vinculadas y vinculantes.

La elevación o transformación de la conciencia, en el análisis político, implica un determinado nivel de cambio en el entendimiento interpretativo de las razones por las que se explican situaciones de desigualdad, injusticia y opresión. Estos procesos involucran la adopción de marcos de interpretación diagnóstica de la realidad y esquemas de atribución de culpabilidad,

responsabilidad o causalidad de los problemas enfrentados. La conciencia está incrustada en convicciones e incentivos morales (Snow y Lessor, 2013). La noción *elevación* de conciencia es la creación de nuevos valores, creencias y entendimientos que se hacen dominantes en una situación particular, que funcionan como mecanismos de interpretación distinta de la realidad y el entorno. Mientras que la *transformación* de la conciencia se refiere a procesos de conversión, marcos de amplificación o extensión de valores, creencias y entendimientos de una realidad que ya era asumida e imaginada. Ambas modalidades se expresan en los procesos de contención política y movimientos sociales y políticos, situaciones de conversión en los referentes de la conciencia, o adquisición inédita de una cultura política nueva.

Las mentalidades y la conciencia de las clases es resultado de la experiencia social y política, es decir, de la cultura y del grado de impacto de las resonancias históricas. Ernest Mandel, un teórico crítico marxista, dice que la revolución socialista no llegará sin el compromiso de la clase obrera que haya podido elevar su nivel de conciencia. Esta revolución, insiste, será posible únicamente con la participación mayoritaria del proletariado. El problema es cómo lograr esa participación de la inmensa mayoría del proletariado, una clase estratégica que sintetiza a todos los y las asalariadas del mundo. El problema central de esta época es el cómo: ¿De qué manera es posible elevar la conciencia de la clase trabajadora para el cambio social y político? La dificultad se evidencia ante la debilidad de una clase encogida por la diferenciación y segmentación interna del proletariado. Diferenciación que se evidencia en la existencia de múltiples y diferentes organizaciones de masas, reducidas a intereses inmediatos, con diferentes niveles de conciencia, y por la integración de una permanente y apretada burocracia sindical, además de un amplio número de líderes y partidos políticos subordinados al Estado. Lograr un cierto nivel de conciencia tendría que orientarse hacia la conquis-

ta de la autonomía y la independencia política de esta clase. Los marxistas revolucionarios han querido construir un marco teórico y metodológico para caminar por distintas formas de organización de masas que señalen la ruta de la auto-organización y del socialismo. El problema entonces se establece en la manera cómo se construye ese proceso de conciencia de clase. Desde mi perspectiva es un problema cuyas raíces se incrustan eminentemente en la cultura política. Y ésta es una perspectiva que los marxistas se niegan a aceptar. Al parecer, para ellos la apuesta es buscar la unidad de acción de esa clase en la experiencia, descuidando y negando el propio papel pedagógico que las organizaciones y partidos políticos marxistas realizan en el ámbito de la cultura política. La condición primigenia que debe retomarse como mecanismo de elevación y transformación de la conciencia es en efecto la realización de alianzas pragmáticas con diferentes corrientes políticas, principalmente de la pluralidad de organizaciones obreras, pero incluyendo también a organizaciones reformistas, para avanzar en esa unidad de acción. La alianza así significa ponerse de acuerdo en cuestiones prácticas, para “golpear juntos”. En ese trayecto el objetivo es llevar a la mayoría de la clase a la idea de la revolución socialista, a través de movilizaciones y acciones de masas, que puedan combinarse con procesos electorales, aunque sin subordinarse a ellos. Procesos electorales que permitan dar un paso adelante en la conciencia de la clase y no hacia atrás (Mandel, 1980). ¿Cómo hacerlo, cómo usar las elecciones para este objetivo? En este sentido, el objetivo de este libro es encontrar en las etnografías electorales esos dispositivos que fueron paulatina y longitudinalmente, construyendo una conciencia particular en la ciudadanía más participativa y activa durante estas campañas. Así, cuando Mandel habla de la importancia de las alianzas en el camino hacia la construcción de la autonomía, se refiere a un proceso político fundamental que incide y modifica la correlación de fuerzas en una confrontación política por la hegemonía, pero es ésta una posibilidad, entre otras. La for-

mación de bloques anti hegemónicos que puedan enfrentarse a bloques hegemónicos parece ser la ruta esperada. Alianzas que se generan principalmente en contextos electorales, que abandonan ideologías y organizaciones políticas de distinto signo, para avanzar en la unidad del bloque.

A pesar de considerar las preocupaciones centrales del marxismo en la elevación y transformación de la conciencia, el dilema irresuelto sigue presente. El paso de la clase en sí a la clase para sí se ha pensado como resultado de un proceso mecánico y lineal, que la simple organización de la clase traería naturalmente. De este paso se insiste una respuesta de tipo organizativo. No obstante, una visión crítica del marxismo ha puesto el énfasis en la parte de la cultura para comprender la complejidad de este proceso de concientización. La cuestión estriba aquí en el sentido de que no existe una trayectoria única e instrumental para alcanzar el nivel de conciencia deseado. Luis Villoro reconoce este dilema en el sentido de que es imposible determinar los mecanismos causales de una conciencia dirigida a la transformación revolucionaria. Lo único que puede asegurarse es la necesidad de una nueva conciencia moral que denuncie la injusticia, exhorte la rebeldía, como factor necesario que conduzca a la abolición de una realidad injusta existente. La clase y los sectores sociales que aspiran dirigir ese cambio necesitan primero cobrar conciencia de cuál es su interés general que se amplificará al interés general de todos. Para Villoro este cobro de conciencia es lo que significa el paso de “clase en sí” a “clase para sí.” No se trata sólo de decir categóricamente que el proletariado es el sujeto histórico de transformación a nombre de valores superiores, sino también que esa clase debe primero creer ya en esos valores (Villoro, 1997:184).

Villoro también cuestiona sobre los determinantes de la conciencia. Señala “¿cuáles son los antecedentes sociales que nos permitirían prever que, en tal o cual situación, surgirá una conciencia libertaria?” El autor responde que no hay una teoría, ni la marxista, que pueda precisar esta cuestión. La conciencia

no es un hecho determinable (Villoro, 1997:164). Significa que la conciencia es ante todo una construcción social y producto de procesos y múltiples dimensiones. Aquí definimos algunos. La conciencia se expresa a través de resonancias históricas, impactos del capitalismo en su desarrollo desigual y combinado, por una parte, y las maneras y estilos en que viven y trabajan las y los trabajadores en contextos específicos. La expresión organizativa es crucial, en efecto, porque marca el tipo y el grado de la conciencia de clase, pero no es tampoco la trayectoria unívoca hacia la conciencia de clase revolucionaria y socialista. Los resultados pueden ser distorsionadores de esta teoría excluyente. La clase, o la mayoría de la ciudadanía, en el México del 2018, fue resultado de un proceso de catarsis al estilo de Gramsci, que alcanzó una cultura particular, nacionalista, popular y antineoliberal, aunque no socialista, ni anticapitalista. Y, sin embargo, ése fue el grado alcanzado en este avance de la revolución de las conciencias ¿Hay errores o culpables en ello?

No existe en la historia moderna una experiencia que muestre un grado de conciencia con una madurez tal que haya irrumpido en una revolución socialista, humanista y democrática. Las experiencias han seguido caminos sinuosos y desviados. De ahí que nos interese destacar la perspectiva de la teoría crítica de Horkheimer, Benjamin, Fromm y Marcuse para situarnos como ellos en el desafío de explicar las causas de la pasividad y la alienación de las masas que las han atado irremediamente en el campo de la subalternidad y la dominación. Y es en ese nivel de conciencia que consideramos debe actuarse dentro de un marco general situado en la cultura política.

La discusión abierta entre distintas perspectivas antropológicas, sociológicas y marxistas permitirán comprender las paradojas de este proceso, que generamos en el capítulo uno. De ahí que la resolución de este dilema sea básica, en el marco de la discusión sobre el tipo de régimen político que se ha reinstalado en el poder. Un régimen que se autodefine como anti o pos-neoliberal, que restablece tardíamente la tendencia de

los gobiernos progresistas que América Latina experimentó de 2005 a 2019, y que los opositores liberales han descalificado como populistas y mesiánicos. En esta discusión sobre qué caminos lleva la conciencia, es pertinente incluir la discusión que Arditi incorpora en el análisis del populismo como espectro de la democracia y en la necesidad de reelaborar la política desde los márgenes del liberalismo. Retomando a Peter Worsley, Arditi se sitúa sobre la base de caracterizar al populismo como una imagen de la voluntad popular y como relación directa entre pueblo y gobierno. Por eso para Worsley el elemento central del populismo es la noción de participación y su relación con el líder carismático. Participación, no como una actividad de ciudadanos orientada a elegir democráticamente a sus representantes, o no únicamente, sino como un continuo, como dice, que va desde la no participación o participación pasiva de la ciudadanía, hasta el “ideal anarquista de comuna autogobernada”. Populismo así significa participación popular en general, independientemente del contenido y la valoración que justifica esa participación, por ejemplo, de democrático o no democrático (*cf.* Arditi, 2014: 107-108), y por esa razón el populismo puede ser de izquierda o de derecha, progresista o conservador. La conciencia de las masas puede avanzar subiendo escalones de conocimiento hacia la utopía socialista, pero puede desviarse o estacionarse en un escalón populista, o nacionalista popular, con un sentido de comunidad conservador o de individualismo banal.

Ahora bien, en la discusión sobre la formación de la conciencia establecemos varias categorías que discutimos en la medida que nos parecen cruciales para construir nuestro marco teórico: cultura política, resonancias históricas y biográficas, y proyectos alternativos. La conciencia se enraíza y se constituye en estas dimensiones. En primer lugar, la cultura política tiene dos interpretaciones paradójicas, es cohesión y consenso, pero también es cambio y disenso, y es en esta segunda categoría que nos apoyamos para el análisis. La cultura hegemónica es

cohesión y coerción, tendiente a reproducir los marcos valorativos sobre los que entendemos al mundo, nuestro entorno, y la manera como nos relacionamos entre sí. Es un proceso de internalización y sedimentación del poder. No obstante, la otra cultura es una del disenso, que surge precisamente de los cambios en la conciencia, y a la vez éstos son producto directo de la primera. Esta segunda interpretación de la cultura es resultado de la transgresión de la cultura hegemónica. No debería entonces extrañar el hecho de que la cultura política contrahegemónica, incluso alter hegemónica, en términos de la propuesta de Rafael Rea (2020), constituye un espacio, el campo de batalla que concibe Bauman, en el cual surgen corrientes, movimientos y propuestas que cuestionan y se enfrentan al poder e impulsan la transformación consciente de sus alcances (Rodríguez, 2020).

La conciencia, para Freud, es una manifestación de la cultura, con la cual se supera la irracionalidad del ser. La conciencia es el dispositivo o condición de la cultura. No hay cultura sin conciencia, ni conciencia sin aquélla, cualquiera que ésta sea en grado y en forma (*cf.* Pantoja y Velasco, 2005). La cultura política no es una cosa que pueda cogerse u obtenerse físicamente. Se expresa como resultado de valores y creencias. Promueve procesos integradores tanto institucionales como transgresivos. El sujeto rompe procesos integradores arcaicos para construir nuevos. En ese momento se constituye una revolución de la conciencia. Esta revolución es un cambio, una transformación en los modos de mirar, concebir y replantearse futuros alternativos. Pero también es experiencia propia, socialización a diferentes grados, a partir de la cual se recrea y se construyen nuevas dimensiones de esa cultura, sentidos de pertenencia, identidades y otredades. El análisis de los procesos electorales muestra estas dos fases de la cultura política, aquella que se internaliza y aquella que se contrapone. En esta inmersión dialéctica de cultura retomamos la cita que Xavier Rodríguez rescata de Bauman, cuando dice que no deberíamos pensar a

la cultura, al menos no únicamente, como una preservación del *status quo*, sino también como un agente de cambio: “un instrumento de navegación para guiar la evolución social hacia una condición humana universal” (*cf.* en Rodríguez, 2020: 75). Así que, la noción de cultura es compleja y multidimensional. De ahí que nos haya parecido pertinente abordarla desde una perspectiva etnográfica y situacional. Distintas formas políticas culturales podrán analizarse, confrontarse y entenderse en su trayectoria longitudinal desde el 2000 hasta el 2018.

Si la cultura política es una dimensión analítica, una segunda dimensión lo son las resonancias históricas y biográficas. Las definimos como influencias multifactoriales y vectoriales. Las históricas se refieren a la memoria y el influjo que acontecimientos y movimientos sociales, políticos o culturales han tenido en el tiempo en sociedades, grupos y comunidades, en sistemas, estructuras y procesos. Uno de los ejemplos más notables ha sido la resonancia social, cultural y política del movimiento estudiantil de 1968, pero también lo han sido los procesos de democratización de principios de los noventa hasta el suceso espectacular de la alternancia presidencial mexicana de 2000. Las resonancias son asumidas subjetivamente. También son multidimensionales y se evidencian en las alianzas políticas y electorales, los discursos que maduran a lo largo del tiempo, y la construcción social de los distintos proyectos en pugna.

Y, una tercera dimensión es el papel fundamental de la construcción de proyectos alternativos de futuro. Éstos son resultado de procesos dinámicos y conflictivos, complejos internamente, como una secuela de experiencias y correlaciones de fuerzas sociales. Un proyecto no es un discurso de excelencia, redactado por algún líder o iluminado, pensador de la revolución o del cambio político, aunque muchos discursos y pensamientos lleven firma al calce. Un proyecto es como una utopía, resultado de la experiencia histórica, de la acción colectiva del presente, y de la imaginación de mundos alternativos y emancipadores. Así es como se produce el campo de historicidad. Tales pro-

yectos, aunque los delinee una persona en lo individual será siempre producto colectivo e histórico, especialmente los proyectos políticos. No obstante, un proyecto por sí mismo no garantiza ni la conciencia ni la revolución, pero sí las conduce a través de un ejercicio pedagógico revolucionario, como filosofía adherente. Un proyecto revolucionario tampoco es en sí mismo portador de justicia social. La revolución como cambio debe adjetivarse para tener sentido. El contenido e ideología, como en el caso del grado y sentido de la conciencia, depende de la identidad política y la caracterización del movimiento político de que se trate. No en balde pueden haber varios proyectos que se disputan la hegemonía del poder. Esos proyectos representan en parte la cultura política de la acción colectiva, de las resonancias históricas, y de la política emancipatoria que así se define. Benjamin Arditi (2014) la puntualiza cuando dice que esa política emancipatoria para serlo tiene que ser agitada y revuelta, y oponerse al “arte de lo posible”. Los proyectos de ciudadanía, de nación y de futuro que aquí describimos son como esa política emancipatoria, que brindan “modos de articulación entre las representaciones de aquello por lo que luchamos y las razones que justifican por qué vale la pena hacerlo” (Arditi 2014: 166). De ahí que nuestra idea de proyecto como utopía sea la orientación hacia lo imposible, es decir, un futuro que no es posible en el aquí y en el ahora tal y como lo vivimos, pero se delinea imaginariamente en un futuro utópico. Como dice el autor: “Cuando hablo de ‘lo imposible’, no me refiero a aquello que jamás podría suceder y nunca va a ocurrir. Lo imposible indica el efecto presente, actual, de algo que estrictamente hablando no es posible en un campo dado de la experiencia, pero que impulsa a la gente a actuar como si lo fuera” (Arditi 2014: 166). A esto me refiero cuando rescató el señalamiento de Michael Wieviorka (2009) que el sujeto se construye a partir de un proyecto político alternativo; y lo que Foucault designa como discurso: todo aquello por lo cual luchamos. Para Wieviorka, que coincide con el pensamiento

crítico de Eric Fromm, ese proyecto alternativo se constituye por la lucha contra la exclusión, derivado de las relaciones de explotación y dominación existentes; contra la alienación, expresada en la lucha contra la imposición de una identidad sobre el individuo, de la cultura hegemónica que se interioriza con violencia a través de la performatividad dominante; y contra el individualismo egoísta, por una solidaridad natural.

Después de esta disertación, en el capítulo dos insertamos un debate en términos del vínculo del partido con ciudadanos/as, organizaciones y movimientos sociales. Una discusión necesaria para ubicar la perspectiva empírica de los procesos electorales, la posición de los partidos, la cultura política desplegada, y los proyectos de nación en disputa, que describimos en los capítulos analíticos siguientes. En ese capítulo partimos de la crítica a la definición reduccionista que se ha utilizado de la definición weberiana de partido político, como aquellas “organizaciones libremente creadas y que apuntan a un libre reclutamiento... su fin es siempre la búsqueda de votos para elecciones a cargos políticos”. Definición que Sartori parafrasea en el sentido de que el partido a través de elecciones busca colocar a candidatos a cargos públicos. Y añade, estas organizaciones deben dotarse de una estructura organizativa de afiliación y participación, un programa de políticas públicas y estar en condiciones de durar más de una vuelta electoral (*cf.* Pasquino, 2014). A diferencia de estas rígidas y formalistas definiciones, en este libro planteamos que el espectro de los partidos y la lucha política rebasa la contestación contenida en marcos institucionales. No descartamos la participación formal, pero no la engrandecemos a lo sublime. El proceso electoral es una parte del espacio público que, sin embargo, debe entenderse como un campo de batalla. El papel y actuación principal de un partido político es encontrar la estrategia central para lograr alianzas que consoliden un proyecto de autonomía y permita avanzar en el camino hacia la emancipación. Modonesi explica bien estos procesos paradójicos a partir de

la formación del PRD en 1989. Los actores protagonistas de este acontecimiento político, y todas sus preocupaciones estaban puestas en las posibilidades y motivaciones, alcances y elevación de conciencia de un gran sector de la izquierda social y socialista. Destaco una cita de una de las pequeñas organizaciones que decidieron participar en el proceso de conformación de un nuevo partido, subrayando la importancia del proyecto, las resonancias históricas y el nivel de conciencia de la ciudadanía. Dice así el Movimiento al Socialismo (MAS) en su documento de discusión interna:

El gran desafío histórico para la izquierda socialista mexicana, en estos días decisivos, es insertarse con *su propio proyecto político y organizativo independiente*, en el nacimiento y el desarrollo del movimiento de masas que está *buscando en esta ruptura sus canales de expresión política y su independencia* del Estado y del PRI [...] [Los socialistas] comprenden las potencialidades del movimiento que nace y que, en esta coyuntura, no puede sino tomar las formas ideológicas que son *propias de la conciencia de las masas formadas en sus luchas, experiencia e historia precedentes*. Y, en consecuencia, intervienen en él, acompañan y contribuyen a organizar sus luchas con su propia experiencia *y tienden, en su camino y dentro de su lógica de masas, a llevarlo más allá*, hacia el crecimiento de los movimientos y de las luchas de los próximos años *—y no en las disputas doctrinarias—* hacia las ideas y el proyecto socialista (las cursivas son mías, cf. Modonesi, 2017: 325-326).

El PRD, el partido que formaron junto a otras organizaciones, pequeñas y grandes, logró un avance importante desde 1989 hasta 2015, en que se escindió un gran sector de ese partido por diferencias irreconciliables sobre su práctica política, y decidieron formar otro, el de Morena, casi con los mismos objetivos con los que Cuauhtémoc Cárdenas, el líder moral de entonces, habría caracterizado al gran movimiento que habría dado paso a la síntesis política. Comparto esta cita que me parece relevante por su contenido organizativo e ideológico:

La organización de ciudadanos que proponemos construir necesita *la capacidad de acción y decisión propia de un partido y la flexibilidad, inventiva y autonomía de sus diferentes componentes, propias de un movimiento*. Será una alianza en la cual convergerán, sobre grandes principios comunes, diversas corrientes de ideas, ninguna de las cuales se considera excluyente de las otras: *demócratas y nacionalistas, sociales y cristianos, liberales y ecologistas* (las cursivas son mías, en Modonesi, 2017: 328).

Partido y movimiento, partido o movimientos, ese sigue siendo el dilema, más allá de los partidos hiper-orgánicos al sistema, que han asumido su participación formalista cumpliendo a regañadientes los reglamentos institucionales. Pero no siempre es así, y es en esa discusión donde me parece que se ubica la historicidad de los procesos electorales de 2000, 2006, 2012 y 2018 que registramos después en los subsiguientes capítulos. La oposición de prácticas de apropiación política del espacio público (tipo de debate, actores en contestación, agendas de discusión, discursos de liberación y repertorios de movilización en calles y plazas); así como las alianzas y formas simbólicas en que ciudadanos y organizaciones se apropian socialmente del discurso y proyectos de sus líderes en disputa; el análisis de contenido de los proyectos sólo confrontados en los actos performativos con las masas; todo esto es la base de la reflexión.

Durante esta transición, de 2000 a 2018, vemos la participación consciente de una corriente que se trasladó del PRD a Morena hacia el final de 2018, inversamente proporcional a la debacle de otros proyectos que fueron incapaces de mantener una línea de adhesión ciudadana, como lo fueron principalmente los partidos Acción Nacional y Revolucionario Institucional. La intención de este análisis no es hacer una apología del triunfo de Morena, marcado por fuertes contradicciones y sesgos ideológicos, sino demostrar que, a pesar de la inquietud de organizaciones tanto de derecha como de izquierda, a lo largo del espectro ideológico de la política, el cambio de régimen alcanzado en 2018 sí fue resultado de una revolución

de las conciencias, con características propias, aunque no haya alcanzado los anhelos de muchos. No obstante, esa conciencia se produjo en un contexto específico y a partir de los dispositivos de una cultura política manifestada en el campo de batalla.

Metodológicamente, este libro se delimita en trayectorias y transiciones, en un encadenamiento de acontecimientos, así como en la etnografía situacional. El estudio sobre la transición política ha marcado de alguna manera el origen de esta investigación. Se trata de una transición que transformó las pautas del ejercicio de la ciudadanía en México, durante veinte años, entre 1968 y 1989 (Tamayo, 1999). Poco después, a raíz de otras miradas etnográficas se expuso una nueva transición, esa vez de 12 años que fue de 1988 al 2000, cuando se describieron aspectos de los cambios experimentados en la cultura política, con el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 1994, los cambios en los códigos simbólicos del movimiento urbano popular, la cultura callejera juvenil experimentada a los treinta años de conmemoración del movimiento estudiantil del 68, los desafíos de la sociedad urbana contemporánea en el umbral del siglo XXI, y finalmente la experiencia ciudadana en el desplazamiento del poder del PRI después de 72 años de hegemonía (Tamayo, 2002). Esta vez, a manera de crónica de los cambios en la cultura de la ciudadanía, describimos nuevamente una transición que aparentemente forjó una revolución de las conciencias durante una trayectoria de 18 años, del 2000 al 2018. Ha sido la creación de una conciencia crítica, ciudadana, popular, anti-neoliberal y nacionalista.

Los cambios políticos y de régimen no se dan de la noche a la mañana, no lo fue con el populismo que bañó la política de la primera mitad del siglo XX, ni con el neoliberalismo a partir de la década de los ochenta, ni con el progresismo que se extendió en muchos países de América Latina o el progresismo tardío en México, expresado en movimientos populares desde 2005. Ya desde 1988, la fecha del triunfo fraudulento

electoral que dio legitimidad al neoliberalismo en el país, el movimiento popular perdió la posibilidad de ganar la hegemonía. No obstante, desde entonces se abrió un nuevo proceso, resultado de la lucha social fratricida, para remontar la derrota. A partir de 1997, año en que la izquierda moderada ganaba la capital del país y el PRI perdía por primera vez la mayoría absoluta en el Congreso, y luego en el año 2000 con la alternancia movida hacia la derecha, se inició una nueva transición. De ahí y en cada año de elecciones presidenciales, al menos, se pudo expresar con mayor claridad las coordenadas de una nueva cultura política que se desgarraba —entre una multitud de grupos, alianzas paradójicas, y un trémulo de tensiones— las motivaciones y posibilidades de distintos proyectos en pugna. En todos estos años se debe hablar de transiciones adjetivadas: la transición por la ciudadanía, la transición por la alternancia, la transición de las conciencias, la transición hacia la Cuarta Transformación, en lo que finalmente significó el progresismo tardío a la mexicana.

El análisis de la cultura política cambiante se realizó a través del análisis situacional, una mirada etnográfica de acontecimientos electorales, definidos significativamente en los cierres electorales de los principales contendientes, partidos y coaliciones. Pusimos énfasis en los partidos vertebrales de tales coaliciones: el Partido Acción Nacional (PAN), el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD), después sustituido por Morena, en torno a los cuales se fueron posicionando partidos satélites. Tres dimensiones fueron destacadas para narrar y analizar los cambios de la cultura política y la lucha política y electoral. Metodológicamente nos basamos en el análisis expuesto con anterioridad (Tamayo, 2016) que indican las tres dimensiones: a) la apropiación simbólica del espacio público, b) los marcos de interpretación y campos de identidad, y c) el discurso confrontado con las multitudes que siembran socialmente el proyecto político que se abandera. Cada aspecto fue descrito

comparativamente a partir de una observación a profundidad, enmarcada en un contexto político que nos permite comprender los cambios con mayor claridad.

La importancia de detallar las formas simbólicas de apropiación del espacio público estriba en la posibilidad de adentrarse al terreno analítico de los repertorios de la movilización, de la acción colectiva, de las formas de lucha social y política que organizaciones, movimientos sociales y políticos adoptan e innovan (*cf.* Tamayo, 2016). Encontrar similitudes y diferencias de estas formas nos permite comprender las distintas expresiones de la cultura política del disenso, entre identidades políticas y sociales, entre partidos y movimientos, entre personalidades y multitudes. La manera en que visten, la utilización de los “kits partidistas”, la disciplina, la festividad, las formas de relación entre el comportamiento y el espacio físico transformado, los recursos movilizados. Podemos identificar ese espacio apropiado como repertorio de movilización, campañas, demostraciones colectivas o *performance*. Preferimos en este caso la noción de *performance* porque insinúa la puesta en marcha de una dramatización efímera e irrepetible, que representa una concepción del mundo usando los cuerpos de las y los participantes y dirigido para modificar invariablemente la conciencia de las audiencias. No son rituales, sino eventos efímeros. Los *performance* muestran, sin embargo, un tipo de cultura. La cultura política que se refleja en los repertorios de la movilización y en la influencia de las identidades políticas.

La participación de las multitudes puede definirse como las formas de apropiación social del acto, la apropiación ecléctica y social de un acto político de masas. ¿Quiénes se movilizan? es una de las preguntas centrales para comprender la pluralidad y el perfil identitario de los participantes, es la perspectiva socio-demográfica pero también política y cultural de las audiencias, militantes, simpatizantes y activistas. La manera cómo piensan, sus expectativas y motivaciones experimentando la efusividad o rigidez de un acto. Todo esto nos revela el grado de

interiorización de un proyecto y el impacto que puede tener en la transformación o creación de una conciencia política. La cultura de los sindicatos es una corporativizada, antidemocrática por esas formas simbólicas de una cultura interiorizada por tantos años, y misógina. Eso se expresa en los actos de cualquier nominación política o ideológica. Con todo, no es el mismo comportamiento de los sindicatos que participan en un acto de la derecha que de la izquierda, y esa distinción cultural hace una importante diferencia política. Es posible a través de los significados del acto y de la participación ciudadana conocer los límites de la conciencia transformada, y los obstáculos de una conciencia calificada de nacionalista que se resiste a subir el siguiente escalón hacia una conciencia de clase más universal y anti-sistémica.

Y cuando hablamos del discurso de los líderes, también estamos hablando de actos performativos. Una perspectiva más integradora, rescatando la noción de Foucault (2005) sobre el hecho de que el discurso no traduce sólo una lucha de contrarios, o explica y legitima los sistemas de dominación (constituido en proyecto de lucha), sino que es aquello por lo que, y por medio del cual, se lucha. El discurso, dice Foucault, es poder del que quiere uno adueñarse. De ahí que para nosotros la noción de proyecto, la expresión categorial del discurso foucaultiano tenga esa característica. El acto más que ritual es un *performance* colectivo. El discurso es resultado, al mismo tiempo que provoca la posibilidad de generar relaciones sociales, porque se genera ahí un compromiso a una causa, el *performance* organiza acciones conjuntas y da direccionalidad (*cf.* Pantoja y Velasco, 2005: 99, quienes utilizan la noción de ritual desde la perspectiva freudiana). Por eso decimos que los repertorios reflejan identidades colectivas tanto como construyen nuevas y consolidan las ya existentes. Se fortalecen lazos sociales a partir de una convicción y una personalidad que se expresa en el acto. La semiótica del acto recrea una significación contradictoria pero sublime de los valores que cada identidad política erige

como baluarte. No se trata de realizar un análisis del discurso pragmático y cuantitativo, sino insertar la perorata en el acto dramatizado, en el escenario de la representación simbólica, el significado del candidato sólo en la inmensidad del foro o de la candidata que busca dar zarpadas de desesperación en un templete enorme e ilimitado que la empequeñece, o de candidatos que son arrojados por la imagen de pluralidad de personajes famosos.

La idea restringida del populismo mesiánico en el cual el líder carismático controla con sugestión e imitación a las masas no se comprueba en este análisis. Al contrario, la relación entre los públicos y los líderes, en cualquier acto refleja una audiencia crítica, que está atenta a lo que le interesa a su conciencia; es de rechazo cuando no coincide con sus valores y es distraída cuando fueron llevados con engaños. Es mucho más evidente la actitud crítica de la multitud en los actos de la izquierda, mientras más halagadora es la reducida clase media que asiste a los actos de la derecha. Independientemente de que en esta relación líder-multitud aparece lo que para Freud era la fuerza del eros basada en la libido que se materializa en amor a la patria, amor fraterno, amor al líder carismático (*cf.* Pantoja y Velasco, 2005), esta condición también es parte de la construcción de una identidad colectiva, un sentido de pertenencia que además del eros de Freud, puede pensarse como en el sentimiento de solidaridad de Fromm, y el amor sublimado al grupo, a la clase, a la comunidad liberadora.

En cada capítulo se explica la noción de espacio político y la manera en que se produce socialmente a partir de la posición política ocupada y la interacción, por medio tanto de los flujos como de las intensidades, de actores y lugares simbólicos. De la misma manera se analiza la construcción y efecto de las identidades colectivas ya formadas o en proceso de formación organizadas en campos de identidad, estableciendo, por un lado los protagonistas, los antagonistas y las audiencias. Finalmente, el análisis pretende facilitar la comparación entre

discursos performativos, es decir, discursos expuestos a multitudes que responden críticamente, a veces de manera velada, a las prácticas culturales mostradas e impuestas en los eventos, como al significado mismo de los discursos.

Cada año, cada cierre, cada acontecimiento, es desmenuzado en sus prácticas culturales. Siguiendo las tres dimensiones de análisis (apropiación del espacio público, actores y discursos) es posible comparar sincrónicamente cada situación en un contexto específico. Perovistos en trayectoria, es posible comparar los cuatro capítulos de una manera longitudinal, también siguiendo las tres dimensiones de análisis. Podemos comparar la trayectoria por actor político, así como comparar la trayectoria por evento de manera holística, ubicada en esta transición.

Mientras que la derecha (me refiero aquí al PAN) fue perdiendo base social y legitimidad política desde la cima alcanzada en las elecciones, que le permitieron alternar en la presidencia en el 2000, la aceptación electoral de la izquierda se mantuvo arriba a partir de un apoyo fundamental de su voto duro, hasta alcanzar la inédita votación de 53% en 2018. Este voto representó el movimiento social y político de Morena, formado por ciudadanas, grupos, organizaciones y movimientos en los cuales prevalecía no una conciencia socialista ni clasista, a pesar de que la base social era de trabajadores, algunos arropados de corporativismo sindical del antiguo priísmo, y otros venidos de los sectores informales. La cultura del movimiento es popular religioso, antielitista, pro-carismático, ciudadano-popular y nacionalista, con experiencia en la participación directa, antineoliberal e inclinado al Estado de bienestar. La hipótesis de este libro es esta.

Lo que sigue, después de esta trayectoria de eventos sobre el tipo de revolución de las conciencias evidenciada, es estar atentos a los acontecimientos posteriores a 2018, y preguntarnos ¿cuáles son los límites y desafíos que enfrenta esta revolución de las conciencias? ¿Hasta qué punto es descartable por la izquierda radical, neomarxista y anarquista debido

a que no alcanzó los puntos establecidos en su manual de revolución?

¿Hasta qué punto es suficiente por esa izquierda moderada, conservadora y socialdemócrata, que se instala cómodamente en la etapa bienestarista de la evolución? Y ¿hasta qué punto es intolerable este cambio de régimen visto por la derecha y el centro derecha liberal que sufren por el alejamiento paulatino a los aleccionadores criterios compartidos por los países más democráticos y neoliberales del primer mundo? ¿Hasta qué punto esto demuestra la construcción de una subjetividad política que se pasmó en el progresismo tardío de este gobierno de la llamada Cuarta Transformación, y que continuará en el mejor estilo ya probado de las revoluciones pasivas existentes en Latinoamérica? Pero, ésta será otra historia.

Ahora, empecemos por el principio.

Capítulo 1. Revolución de las conciencias. Resonancias históricas y proyectos de futuro

INTRODUCCIÓN: ¿REVOLUCIÓN DE LAS CONCIENCIAS?

Los cambios políticos son resultado de profundos procesos históricos de subjetivación política. Es decir, la construcción del sujeto es una variable independiente. En ese sentido, la ciudadanía, como sujeto político, no es un cuerpo estático, inamovible, pasivo e influenciado de manera unilateral por un poder jerárquico y categórico. En contraparte, la ciudadanía es dinámica y genera cambios, no únicamente a través de su actividad individual atomizada en el momento de votar por otros. La ciudadanía es producto y causalidad de la acción de movimientos sociales políticos que constituyen campos de historicidad en el cual se desenvuelven conflictos culturales, tanto por la ruptura como por la transformación de códigos simbólicos dominantes (*cf.* Touraine, 1994; Melucci, 1996). Estos procesos impactan en los valores, creencias, imaginarios y utopías que los individuos heredan y reproducen en la vida cotidiana. La política no puede estar divorciada de la ética, como señalan Enrique Dussel (2006) y Luis Villoro (*cf.* Ramírez, 2019): la política no puede aislarse de la cultura.

Luis Villoro persiste en esta imbricación entre valores y poder, y así lo destacó en su diálogo epistolar que tuvo con el entonces Subcomandante Marcos del EZLN (hoy Subcomandante Galeano) en la última década del siglo XX, sobre la “necesidad de incorporar una perspectiva moral en la reflexión sobre las problemáticas sociales y políticas de México” (*idem.*). Al introducirse en el terreno de la identidad política, a Villoro le interesa definir el significado de ser de izquierda como una “postura moral”, una lucha por valores sobre la justicia y la igualdad como “principios de una vida social correcta o superior” (*ibid.* 2019: 94).

Moral y poder, política y ética, experiencia colectiva y cultura política son así dualidades que transforman y son transformadas a través de un complejo dialéctico que relaciona las prácticas de ciudadanía y los cambios estructurales. En el año de 1988 en México, con la imposición de Carlos Salinas de Gortari por una oligarquía hegemónica, se dio la verdadera implosión del neoliberalismo en el país. Hacia 1997, pensando una retrospectiva histórica, se marcó también una senda de consolidación de una izquierda moderada (antineoliberal), etapista (esto es, que busca los cambios por etapas y paulatinamente. *Cf.* Zermeño, 2009) y democrática (regulada por la participación electoral y la representación). Una de sus corrientes más importante logró llegar al poder en 2018 (a través de Morena y Andrés Manuel López Obrador [AMLO]).

Mientras que en el año 2000 se dio el primer cambio de régimen político, con lo cual, al contrario de modificar el sistema, consolidó el modelo de acumulación basado en el mercado libre que venía impulsándose desde la década de los ochenta del siglo XX, se abrieron las puertas a la derecha democrática conservadora en lo que fue la primera alternancia presidencial del siglo. Este régimen operó, aunque con varios cambios de gobierno (en dos sexenios del PAN y con el regreso del PRI después) por 18 años, durante un periodo caracterizado por la privatización, desposesión de bienes públicos, alta flexibili-

zación de las relaciones capital-trabajo, reformas estructurales que desorganizaron el tejido social, descomposición de relaciones comunitarias y fortalecimiento del individualismo-competitivo, fetichización del dinero, corrupción y altos índices de criminalidad organizada.

Para 2018, una ciudadanía perturbada directamente por la profundización de los efectos nocivos de la desigualdad y la precariedad modificó, al parecer repentinamente, la visión del desarrollo sobre las bases del capitalismo neoliberal y sus expectativas de vida. Cambió el sentido de su elección y le dio la victoria a una corriente amplia de una izquierda nacionalista y popular, que formó una gran alianza multiclasista. Pero tampoco se trató de un cambio del sistema, sino de un cambio en el sistema. Esa izquierda habría iniciado su oposición en los albores del neoliberalismo y pudo alcanzar la victoria hasta 30 años después. Sin embargo, todo este periodo no fue una trayectoria de eventos pragmáticos y mecánicos conducidos por normas y reglamentos de neutralidad democrática, como lo pudo pensar Michelangelo Bovero (2006) al hacer una reflexión en el contexto del fraude electoral mexicano de 2006. Al contrario, estos cambios fueron resultado de un proceso de resonancias históricas que transformaron las conciencias y el carácter social de las y los mexicanos. Cuando nos referimos a la conciencia estamos hablando de un proceso de adquisición de saberes, muy enlazados a valores y principios que modifican o profundizan la visión de las y los individuos de sí mismos, por un lado, en la construcción del “yo” y del “nosotros”, y por otro, de la realidad social que les rodea (cf. Friedman, L. J., 2016).

AMLO, el buscador incansable de la presidencia de México, después del líder moral Cuauhtémoc Cárdenas, la alcanzó en 2018, y ahí afirmó con vehemencia que lo que se vio ese año fue una verdadera revolución de las conciencias. A partir de entonces, tanto el propio AMLO como sus simpatizantes han venido insistiendo en que se abrió con su triunfo un perio-

do que guiará más allá una revolución de las conciencias para lograr bienestar y felicidad. En cualquiera de sus formas, sea como resultado o inicio de época, 2018 se ha convertido en un ícono histórico que fue resultado de la transformación de las conciencias, al mismo tiempo que se ha constituido en el arranque hacia otro estadio de desarrollo de la conciencia colectiva.

Sus críticos le han imputado a AMLO un discurso autoritario, personalizado, incoherente, que atenta contra la noción formal de Estado y recurre constantemente a la pretensión e idealización de la necesidad de inducir una nueva moralidad del pueblo. AMLO es un líder conservador que no pierde oportunidad de plantear las bases espirituales y morales del proyecto que ha llamado de la Cuarta Transformación (4T), y las referencias constantes a preceptos religiosos que vincula el amor al prójimo con la República amorosa, el nombre del partido Morena, asociado a la Virgen Morena, la Guadalupeana, un ícono central de la religiosidad y cultura popular de lo mexicano, etcétera.

La hipótesis de este libro es que la conciencia es un factor de primer orden en la construcción social del cambio político, cualquiera que ésta sea. Los cambios políticos deben adjetivarse y dependen de la correlación de las fuerzas en pugna, de los resultados de la lucha por el poder, del contexto sistémico en el que se ubica el conflicto, y la historicidad del movimiento político producido. La conciencia tiene incidencia en la medida en que es producto de la dinámica de la cultura política, es decir, de una serie de valores, creencias, significados, imaginarios y utopías en torno a la lucha contra la dominación. Así, para Luis Villoro, la educación ético-política debería contribuir a la formación de una conciencia, de un pensamiento crítico y bien informado, que garantice una mayor calidad en la participación, y en consecuencia tenga incidencia, no en el cambio pragmático únicamente, sino sobre todo en el sentido del cambio. En efecto, no se trata sólo del cambio en sí mismo, sino del rumbo en el que se debe dar ese cambio.

En México este proceso puede estudiarse al rastrear las trayectorias de eventos y experiencias sociales que constituyen periodos o transiciones políticas. Acotando nuestro análisis a los últimos 20 años, estudiamos esa construcción de la conciencia a través de la lucha constante que confrontan campos de identidad, proyectos de nación (o de ciudadanía), tipo de alianzas (entre grupos, organizaciones y movimientos sociales) y el carácter de las organizaciones políticas (partidos o no) entrelazados en prácticas sociales únicas (experiencia e identidades colectivas), que modifican de la misma forma en que apuntalan distintas culturas políticas (a través de experiencias, valores, ideologías y utopías). La pedagogía del cambio se genera pues a través de la experiencia y la reflexión colectiva.

El término revolución de las conciencias ha venido acuñándose en la literatura del análisis político desde por lo menos la segunda mitad del siglo xx, a partir de momentos dramáticos en la historia de la humanidad, que trajeron cambios radicales en la forma de mirar el mundo. Podrían haber sido tres acontecimientos excepcionales: el primero fue el impacto moral de las dos bombas atómicas lanzadas por la Fuerza Área de Estados Unidos sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki, que alertó sobre la vulnerabilidad del ser humano como especie ante la propia depredación del hombre y el ejercicio inconmensurable del poder; el segundo acontecimiento fue la carrera espacial que permitió fotografiar el ecológicamente amenazado planeta Tierra desde el espacio, que modificó la percepción de las dimensiones del mundo en que vivimos; y el tercero, los vertiginosos cambios tecnológicos, sociales y económicos de la era post-industrial (*cf.* Eisler, 1998), eso que hizo a Ulrich Beck (2011) denominar a esta era de globalización como de “modernidad reflexiva” en la “sociedad de riesgo”, que atraviesa por una profunda *metamorfosis*, es decir, esa transformación radical (transicional) de las condiciones de existencia (*cf.* Albanski, 2019). La ciudadanía en este entorno ya no se asume como parte acrítica de proyectos de futuro

hacia el progreso y la felicidad, sino que reflexiona (en un proceso de concientización) sobre los efectos colaterales y perniciosos de la primera modernidad. Esos cambios de conciencia se han asumido como la manera en que las personas se ven a sí mismas, sus relaciones y con el mundo. Un cambio de conciencia que es variable dependiente a los cambios estructurales a nivel mundial.

Pero también podemos pensar esta asociación con la conciencia como identidad, un motivo de auto-afirmación, sentido de pertenencia a un grupo, a una ideología o valores, y al mismo tiempo una construcción por oposición de la alteridad y reconocimiento de la otredad, como contraparte, oposición y negación, donde se reconocen culpables, responsables y antagonistas (Tamayo y Wildner, 2005). Como señala Eisler (1998) estos cambios requieren de un gran proceso de reestructuración social y de reevaluación de muchas “verdades” que han tomado mucho tiempo para enraizarse. No en balde se afirma que los efectos de los cambios en la economía y en la política pueden ser vertiginosos y fulminantes, pero la transformación de la conciencia es mucho más diferida en el tiempo. Esta transformación es resultado obligado de las consecuencias políticas y culturales de los grandes movimientos sociales. Es inevitable que sea así. Pero su impacto, en caso de que lo tenga, será previsible mucho tiempo después. Quizá éste sea el asunto medular de la incomprensión de la idea de conciencia de clase para sí de Marx, a la que asociaba las relaciones sociales de la producción, a la formación objetiva del proletariado como clase en sí y a la organización capitalista del mundo del trabajo, pero en una perspectiva histórica.

La conciencia es un proceso psíquico y cultural. Con todo, preferiría, en el contexto de este libro, asirme a la definición más antropológica del término, ya que nos permite ahondar y subrayar los efectos políticos del conflicto social entre diferentes grupos que buscan la hegemonía y la conducción política de la nación. La conciencia, como dice M. Albert Rodrigo

(2014), destacando a Lachman (2013), es lo que emplea todo ser vivo para dar forma y sentido a su vida. La conciencia es una presencia dinámica, viva y en evolución, que se posiciona y repositona por medio de resonancias históricas. Por eso la calidad o disposición de la conciencia no es un paso mecánico de la clase o del grupo en sí a una clase o grupo para sí en los términos ideológicos o cognitivos de determinadas identidades. La organización de la clase para sí no resulta automáticamente en una conciencia socialista o de izquierda, o por la justicia e igualdad sociales.

Conciencia es todo aquel conocimiento que un ser tiene de sí mismo y de su entorno, y de la visión que uno tenga del mundo y la realidad (Albert Rodrigo, 2014:116). Ser consciente es asumir la responsabilidad de lo que sucede en el mundo, pero además la posibilidad de actuar de alguna manera para cambiar ese mundo (Albert Rodrigo y Hernández Martí, 2014:285 y 286). En el campo político, la conciencia implicaría un proceso de empoderamiento, para modificar las relaciones de poder inequitativas, de incluir nuevas agendas de discusión pública, y en definitiva transformar la realidad a partir de proyectos alternativos de futuro. Pero la conciencia como todo proceso y desarrollo de pensamiento crítico debe adjetivarse. No hay una conciencia pura ni singular escrita con mayúscula. No es categórica. No hay una ruta única ni unificada. Ésta, si se quiere, se tiene que construir.

La estructura de este capítulo aborda de alguna manera la adjetivación y resignificación de la conciencia para el cambio político. Este cambio político se fue dando paulatinamente en México, por lo menos a partir de la primera alternancia en el 2000 y se fue decantando durante los siguientes 18 años. En este capítulo se abre un primer apartado donde destaco la conciencia pos-neoliberal que se ha asumido en el movimiento por la transformación de México, encabezado por AMLO, dado que ha sido esta corriente la que ha profundizado y señalado la importancia de la revolución de las conciencias como sustento de

su victoria. El segundo acápite de este capítulo es una reflexión crítica sobre la noción de conciencia social desde distintos autores que delimitan la versión pragmática de la revolución de conciencias de AMLO. Y en el tercer y último acápite destaco dos categorías centrales que en mi opinión puede aproximarse al análisis de la conciencia; me refiero a la *resonancia histórica*, que se describe como la experiencia y contacto a lo largo de la historia de movimientos sociales en la transformación de códigos simbólicos que rigen la vida y el comportamiento de la ciudadanía; además de la categoría *proyecto de ciudadanía* o utopía, que es la exposición de un discurso motivacional que conduce a definir futuros alternativos y fundamenta la acción colectiva.

En efecto, la conciencia se va delineando en las mentes de las personas y en colectividades, a partir de la producción de utopías, que precisaremos más adelante. Por ahora, baste decir que este proceso de concientización se delimita con la convergencia del deber ser y el deber hacer, en términos de lo que Ágnes Heller (1994) se refería como definición de proyectos alternativos o utopía radical. En el mismo sentido, Henri Lefebvre (1971) sugería que para evitar la construcción *a priori* de una utopía abstracta que desplaza contradicciones, determinaciones y conflictos que se establecen en ella y generan así una esterilidad intelectual, debe reforzarse al contrario la idea de la utopía experimental, es decir, la experimentación o reflexión de la acción colectiva, como exploración de lo posible. La conciencia entonces trata de incluir el imaginario social pero también la descripción de la imagen; la idea, además del diagnóstico de la situación; y la perspectiva al lado de la referencia de lo realmente existente.

CONCIENCIA POS-NEOLIBERAL

La revolución de las conciencias desde el nuevo gobierno de la 4T de AMLO es considerada como una nueva utopía pos-(neo) liberal, como dice John Ackerman (2019) uno de los in-

telectuales orgánicos del nuevo régimen. Durante los últimos 30 años la ideología neoliberal, a través del embate consistente del tipo de una anti-revolución cultural, trató de desaparecer las motivaciones de igualdad y justicia social de la mayoría de la ciudadanía.

A este periodo de transformaciones históricas se pueden adherir nociones que refuerzan el individualismo, la competencia, y esa especie de “cosmopolitismo banal” si retomamos el término de Ulrich Beck (2004, 2011). El aumento del consumismo desmedido, la prioridad a la participación individual sobre la colectividad, provocando un proceso de des-comunalidad (en el anhelo de Anthony Giddens, 2001), la libertad democrática individual que sustituye la igualdad social, el predominio de los derechos civiles individuales sobre los derechos sociales colectivos, principalmente hacia la defensa irrestricta de la propiedad privada, el capital y el libre mercado. Y con ello el desmantelamiento de los sindicatos y sus contratos colectivos de trabajo, con los cuales se liberaba la sobreexplotación, la precarización del trabajo y la expansión absoluta del *outsourcing* como columna vertebral de las relaciones entre capital-trabajo, la deslegitimación de las organizaciones sociales por la defensa de las y los trabajadores, anteponiendo la dualidad de la definición de la noción “corporativo,” desde una enunciación negativa al corporativismo sindical, entendido como una fuente de corrupción, control y arreglo encubierto entre líderes de organizaciones sociales y sindicales por parte del Estado o grandes empresas; hasta lo contrario, en su disquisición positiva, el “corporativo” entendido más como fetichización del gran capital y el éxito de los “trusts” o “corporaciones” transnacionales. La privatización, así, fue la norma de estas transformaciones históricas. En efecto, la privatización como forma social actualizada de despojo de bienes públicos, vino acompañada de un fuerte discurso ideológico que permeó los imaginarios de la sociedad disimulando los grandes beneficios al capital, la desacreditación de la política y la subordinación

del Estado a la iniciativa privada de las grandes corporaciones y transnacionales. La fetichización del dinero elevó a alturas inverosímiles la corrupción en todos los niveles. Contra esta agravada situación para una mayoría de la población, surgieron dos proyectos relevantes desde la oposición de izquierda, para detener los efectos perniciosos de este modelo neoliberal. Uno, anticapitalista y libertario, formulado desde la Primera Declaración de la Selva Lacandona del 1 de enero de 1994, hasta la Sexta Declaración del 2006 del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).¹ Y el segundo, anti-neoliberal o pos-neoliberal (como se ha manejado recientemente), en lo que se ha llamado la revolución de las conciencias de acuerdo con AMLO, que es el objeto de estudio de este libro. Este proyecto alternativo de nación se enfrentó al proyecto neoliberal. Su expresión más nítida se reflejó en los varios procesos electorales, específicamente el de la alternancia de 2000, el fraude electoral de 2006, el retorno del neoliberalismo corporativo en 2012 y el nuevo cambio de régimen de 2018. Estos proyectos confrontados (el neoliberal y el progresismo) serán expuestos en los siguientes capítulos.

Habría que decir que AMLO ha sido un político, además de un intelectual orgánico, formado como activista en la acción colectiva desde sus inicios como militante en el PRI durante la década de los setenta y ochenta del siglo pasado, y poco después, a partir del cisma neocardenista, como dirigente del PRD. Cuenta con 18 libros publicados (hasta 2021), y a partir de 2004 el tema central que estructura toda su literatura lo ha reciclado en torno a su proyecto alternativo de nación, la lucha por la democracia, y contra el fraude electoral sistémico en México. Además, tres de estos libros son resultado de su tesis de licenciatura y otros estudios posteriores, que abordan

¹ Este proyecto alternativo del EZLN no se aborda en los marcos explicativos de este libro, solamente como referencia. Por su complejidad y profundidad, será tratado en otros trabajos (*cf.* Olivier y Tamayo, 2019; Tamayo, 2010).

la construcción del Estado en el México de mediados del siglo XIX, durante el periodo juarista y las guerras de Reforma. De ahí que podríamos asociar su enorme interés e influencia en las teorías de Benito Juárez sobre la República y su pensamiento liberal decimonónico, que después se interpretaría en su postura anti-porfirista, así como en su insistencia en trasladar la resonancia histórica del conflicto entre liberales y conservadores a identificar la resistencia de grupos neoliberales durante los primeros años de su gobierno (en los primeros tres años de 2018 a 2021) y tildarlos de neoconservadores.

Para 2018, AMLO publicó *La salida. Decadencia y renacimiento de México*. En este y en los seis textos más recientes, López Obrador profundiza el análisis de la disputa por la nación a partir de identificar el modelo neoliberal y a los responsables de la tragedia: la “mafia que se adueñó del poder”, una verdadera “banda de atracadores”;² equipara al neoliberalismo con un neo-porfirismo reciclado y establece la necesidad de impulsar el renacimiento de México. No deberían extrañar estas analogías históricas en los estudios antropológicos y sociológicos en boga, que sustentan una circularidad histórica en el sistema mundial (cf. Friedman 2009); AMLO convoca así a la ciudadanía, al pueblo trabajador, a luchar por la esperanza y el cambio verdadero. En síntesis, lo conmina a hacer una revolución de las conciencias que para él tiene adjetivos, como el sentido de la recuperación del Estado como promotor del desarrollo, que es la parte central de su proyecto y el lema “por el bien de todos primero los pobres” (cf. Aznares, 2018). La contradic-

² La mafia a la que se refiere AMLO es una lista de 16 grandes empresarios, 11 políticos y 3 tecnócratas; entre ellos, políticos como Carlos Salinas de Gortari, Raúl Salinas de Gortari, Ernesto Zedillo, Vicente Fox, Felipe Calderón, Diego Fernández de Cevallos, Enrique Peña Nieto, Manlio Fabio Beltrones y Elba Esther Gordillo. Empresarios como Carlos Slim, Ricardo Salinas Pliego, Emilio Azcárraga, Germán Larrea, Alberto Baillères, Jerónimo Arango, Carlos Peralta; y tecnócratas liberales como Francisco Gil, Guillermo Ortiz y Pedro Aspe.

ción de la revolución de las conciencias en la lógica de la Cuarta Transformación (de aquí en adelante: 4T), es que necesita creerse primero en la esperanza y en la república amorosa para alcanzar después la victoria en el cambio. Sin embargo, a pesar de que constituye los códigos centrales de la nueva moralidad nacional, no ha podido ser alcanzada por los grandes sectores para consolidar el gran proyecto de transformación. La lógica de la cultura política neoliberal se ha metido en las entrañas del pueblo de México, hasta las profundidades de la conciencia de una ciudadanía que aún menosprecia la diversidad religiosa, la multiculturalidad y las identidades de género; su práctica es depredadora del medio ambiente, reproduce el machismo y no le importa vulnerar los derechos humanos ni mucho menos prevenir la discriminación (*cf.* Aznares 2018). Más aún, se posiciona en una práctica extendida y enraizada de corrupción, el mal al que AMLO le achaca todas las causas y consecuencias perniciosas que afectan a la sociedad. Esa cultura de la corrupción como alternativa funcional de la sobrevivencia se expresa simbólicamente en la frase: “no importa que robe el presidente, con tal de que nos deje robar también, aunque sea poco”.

Por tales razones, el centro del discurso de AMLO y la 4T ha sido la de reivindicar otra moralidad, la de los valores republicanos, surgidos de la lucha social del siglo XIX, situando al héroe principal revestido en la figura del Benemérito.

César Cravioto, político experimentado de Morena y entonces comisionado para la reconstrucción por los sismos de 2017 en la CDMX, en un artículo de opinión señalaba con claridad los valores de la 4T y la revolución de las conciencias, desde la perspectiva de Morena. Es una perspectiva distinta de la idea de resonancia histórica que elaboraremos como dimensión analítica fundamental para comprender el proceso de construcción de esta conciencia, lo que más bien explicaría a ésta como resultado de las luchas de la ciudadanía que permitieron poco a poco el éxito del proyecto de la 4T. No obstante, ahora en la perspectiva de Cravioto, esta revolución de las conciencias ya

no sería pensada como un punto de llegada sino como un punto de arranque, basada en nuevos valores republicanos emitidos desde la presidencia, es decir, desde arriba. “En la actualidad prevalece –siguiendo a Cravioto (2020)– el honor, la ética, la equidad, la virtud, como valores fundamentales de la Cuarta Transformación hacia una verdadera democracia, que incluye la democracia comunitaria y participativa”. Si asumiéramos estos valores republicanos que enlista Cravioto como el soporte de la 4T, entenderíamos el honor como esa cualidad moral que impulsa a una persona a actuar rectamente, con dignidad, con heroísmo, cumpliendo su deber y de acuerdo con la moral (es decir, con ciertas normas obligatorias que establecerían el buen comportamiento cívico). Por otro lado, en el campo de la ética ésta significaría, en el contexto de la 4T, la capacidad de discernir entre el bien y el mal, y de establecer normas que valorasen el comportamiento de los individuos en una nueva comunidad de ciudadanos/as. Mientras que por noción de equidad se pensaría, siguiendo la idea de la 4T, esa condición que daría a cada quien lo que merece de acuerdo con sus méritos, sin favorecerse ni perjudicar a otras personas.

Pero, la virtud republicana, o virtud ciudadana como lo subraya Bryan Turner (1997) en su esbozo de ciudadanía, es la disposición de las y los ciudadanos para hacer el bien y obrar con verdad y justicia. La virtud sería la síntesis de la conciencia ciudadana, como se podría deducir de la filosofía platónica, esa virtud que se constituye por la sabiduría, la valentía, el autocontrol y el sentido de justicia. En este marco de disquisiciones no debería sorprender el hecho de que mientras la virtud en el pensamiento cristiano se basa en la esperanza y la caridad, la virtud cívica aspira a la verdad y la justicia. No obstante, mezclando esta virtud lópezobradorista podría confundirse la esperanza cristiana con la idea de justicia cívica. Una dualidad que reventaría la propia definición republicana de Estado (*cf.* Barranco y Blancarte, 2019).

En fin, el resultado de esta cruzada republicana de la 4T, de estos cuatro conceptos nodales, es el bien, el vivir bien y hacer el bien. En lengua aymara boliviana se ha reproducido este lema ampliamente en el sentido de que el bien significa el “buen vivir”, que se ha traducido durante la formación del Estado Boliviano Pluriétnico del gobierno de Evo Morales (entre 2005 y 2019) en la búsqueda de una sociedad más justa y democrática (*cf.* Cravioto, 2020). Para AMLO esta búsqueda del bien es precisamente la revolución de las conciencias, hacia un “avance moral y ético”.

En los libros de AMLO, así como en el programa de Morena, se define la revolución de las conciencias como un eje programático. La definición que se ofrece es ecléctica, ya que se trata de internalizar en una especie de capelo distintas nociones, a veces encontradas entre sí, pues algunas provienen de la ética liberal decimonónica que se oponen a los principios cristianos o a los de una nueva moralidad revolucionaria que quiso construir al hombre nuevo a partir de las luchas latinoamericanas de la segunda mitad del siglo xx. Si repasamos el programa de Morena, la referencia dice así:

Morena busca la revolución de las conciencias hacia una nueva corriente de pensamiento, crítica, solidaria, sustentada en la cultura de nuestro pueblo, en su vocación de trabajo y en su generosidad. Una moral basada en la solidaridad, el apoyo mutuo, el respeto a la diversidad religiosa, étnica, cultural, sexual, que promueva el respeto a los derechos humanos, reconozca el sentido de comunidad, el amor al prójimo y el cuidado del medio ambiente. No aceptamos el predominio del dinero, la mentira y la corrupción, sobre la dignidad, la moral y el bien común[...]

Morena lucha por recuperar la ética política. La política es asunto de todos, no sólo de políticos profesionales. Es un derecho de participar en los asuntos públicos y sociales. La política se ha pervertido con la corrupción, la compra del voto, el lavado de dinero, el clientelismo y el paternalismo. Morena lucha por y a través de una ética política que pretende la paz sustentada en el bien común y el respeto, como la esencia del cambio democrático.

Morena sostiene que la felicidad no la provee la acumulación de bienes materiales sino la procuración del bienestar de tod@s.³

La apuesta de Morena señalada en su programa político es alcanzar una revolución de las conciencias con base en una nueva corriente de pensamiento crítico, solidario y de respeto a la diversidad. Se opone al fetichismo del dinero, la corrupción y la mentira. Así se podría sintetizar la idea de conciencia pos-neoliberal de la 4T.

Ubiquemos este anhelo utópico en el debate sobre la formación de la conciencia.

CONCIENCIA DE CLASE

Hemos reflexionado sobre la idea de la revolución de las conciencias impulsado en el programa de Morena y promovido desde el poder de la presidencia de López Obrador. Una conciencia que en su fundamento es anti-neoliberal, republicana, solidaria, que hace referencia a un Estado progresista promotor del bienestar social, sobre el marco de interpretación en torno a “primero los pobres”. Ésta es una conciencia a la que aspira el voto duro de Morena y sus liderazgos, y fue el contenido del discurso que pudo alinearse al imaginario social de una enorme mayoría de la población, las y los pobres, campesinos, trabajadores formales e informales, habitantes de colonias populares, clases medias bajas y medias ilustradas (trabajadores/as, profesionistas y empleados con estudios universitarios y un determinado capital cultural). No obstante, la idea de conciencia analizada sociológica, antropológica, psicológica y política-mente se refiere a un proceso complejo que remite a múltiples procesos y experiencias tanto personales como sociales. Al-

³ Fuente: Programa del Movimiento de Regeneración Nacional, disponible en <<https://lopezobrador.org.mx/programa-del-movimiento-regeneracion-nacional/>>.

gunas dilucidaciones serán retomadas en este apartado con el objeto de sintetizar algunos mecanismos analíticos que sustentan nuestras nociones de resonancia histórica y proyectos de futuro, que se desarrollan en la tercera parte de este capítulo.

Una referencia común a la conciencia es la que se establece desde el marxismo en términos de conciencia de clase. Desde la ortodoxia, inclinado a la economía y a los intereses materiales de los individuos, la conciencia se construye al compartir intereses comunes materiales. La conciencia de clase desde la perspectiva marxista es la transformación de la clase en sí a clase para sí. Este proceso es, o así debería entenderse, un proceso de subjetivación política y construcción de identidades colectivas. En esta dualidad la clase en sí es una situación objetiva de una clase que existe por las condiciones objetivas del desarrollo capitalista, por lo tanto, no necesariamente tiene que haber una conciencia específica de sus miembros en términos de identidad de clase. La clase objetiva se estructura como resultado de la manera en que el capitalismo se va consolidando en ciertas regiones, y en oposición directamente proporcional a la formación de la clase propietaria. Si hay una clase propietaria incipiente, la clase trabajadora será incipiente, y así sucesivamente. La clase para sí es identidad colectiva, es la conciencia colectiva de los miembros de una clase, que precisamente son eso, una clase, un grupo, una identidad social que puede transitar a una identidad política. Esa conciencia es el entendimiento de la realidad del trabajador como clase, acerca de sus condiciones de explotación y dominación, definidas por un enemigo común que puede identificarse, en este caso, con la clase capitalista, y a partir de ello genera expectativas colectivas de acción y transformación social. Pero este proceso puede ir en contraposición, es decir, también puede darse una conciencia colectiva de aquellos miembros de una clase, por ejemplo, la clase capitalista o empresarial, que tiene un entendimiento y valores colectivos de su propio papel en el proceso de desarrollo y acumulación capitalista y, por lo tanto, genera

una construcción ideológica por la defensa de sus propias condiciones de existencia.

Se ha generalizada la idea de que Marx nunca explicó el modo en que la clase obrera adquiriría esa conciencia revolucionaria, por lo que la suposición de su adquisición es muy diversa, así como su importancia en el papel revolucionario de un determinado sector de clase. Algunos podrán inferir que la conciencia es resultado de las condiciones objetivas y contradicciones inherentes del sistema capitalista. Lenin extendió esta noción en el sentido de que la conciencia de las masas debería ser facilitada por un trabajo permanente y persuasivo de un educador, que era el partido revolucionario, convertido en vanguardia del proletariado, siguiendo los cánones de la época (*cf.* Snow y Lessor, 2013). El intelectual orgánico era para Gramsci aquel que desarrollaba ese papel pedagógico del partido. De ahí que el fortalecimiento del partido revolucionario sea la condición subjetiva de la posibilidad revolucionaria de los trabajadores para una elevación de su conciencia de clase.

Ciertamente la lucha de clases, esto es, la experiencia de acción colectiva antagónica, destapa distintos niveles de conciencia. Por conciencia podemos entender un cierto nivel de razonamiento, entendimiento crítico, de percepción más o menos coherente de una realidad que se muestra injusta para la mayoría de una determinada población, una voluntad de acción y sensibilización por los problemas de la humanidad. Esa conciencia adquirida, sin embargo, es resultado, no de un proceso lineal y mecánico, sino dialéctico, circular, en espiral. Es producto de distintos niveles de consolidación objetiva de la clase en sí, que depende en mucho del tipo de desarrollo del capitalismo y de la consolidación de la alteridad, es decir, de la otra clase capitalista, pero también de los efectos heterogéneos del desarrollo capitalista en las múltiples realidades regionales existentes. El capitalismo es desarrollo combinado pero muy desigual. Así, las identidades que se forman, además del sentido de pertenencia, lo hacen en relación con la otredad. Al mismo

tiempo, la conciencia surge por la ruptura en la alienación de la clase, adquirida por nuevos códigos simbólicos e ideologías. Pero debemos asumir que muchos de esos nuevos códigos no son ni serán de tipo socialista, pero se ofertan en el mismo espacio cultural y pedagógico al movimiento obrero o a los movimientos sociales, a través de un repertorio amplio de opciones. El socialismo como visión del mundo tiene que ganarse el lugar en los trabajadores, compitiendo con otras ideologías, luchando por alcanzar la hegemonía en la clase. La lucha de clases también es ideológica y cultural (cf. Zizek, 2015). Y esto es algo que no toda la izquierda la reconoce así.

Como vimos, Marx decía que la diferencia entre la masa de obreros y la lucha de clases era el paso de la clase en sí a la clase para sí. Muchos ortodoxos ponderan esto como un paso mecánico en la conciencia; esto es, de la misma forma en que se amplía y se extiende la clase por sí sola, se adquiere la conciencia como si fuera un paso ineludible, inevitable. Otros, en oposición a este reduccionismo, consideran que el paso de la clase en sí a la clase para sí se logra no con panfletos y discursos, sino con la acción y la movilización callejera, interpretando las lecciones leninistas. En parte, esta postura tiene su razón enraizada en la experiencia, pero la acción y la movilización por sí solas, sin adjetivarlas, sin darles un contenido simbólico, sin haber pasado por un filtro pedagógico, no son suficientes. El nacionalismo revolucionario, ideología que se ha enraizado profundamente en la mente de amplios sectores sociales populares en México desde la propia revolución de 1910, también ha movilizó y organizado históricamente a los obreros para la acción, lo mismo pasa con los populistas de la extrema derecha y el fascismo más ortodoxo; por esa razón no basta sólo con llamar a la movilización sin adjetivos, porque ésta contiene límites estrictos que le impiden alcanzar la transformación plena de modelos de desarrollo y formas de acumulación injustas. Edward Thompson (1963) un inglés historiador marxista de la corriente del socialismo humanista

(Illades 2008, 2018), analizó el paso de la clase en sí a la clase para sí como un proceso cultural, en la forma en que los trabajadores piensan, interactúan y comunican tanto en el trabajo como en la vida cotidiana, y en la forma en que se vinculan con filosofías adherentes e ideologías revolucionarias. Es un proceso de subjetivación política, la manera en que construyen una identidad colectiva particular y les permite o no, superar los límites y fronteras del sectarismo o del localismo en sus prácticas políticas. Para E. P. Thompson, la conciencia no es el paso ineludible al socialismo, y menos el paso inevitable al autoritarismo (estalinista).

Antonio Gramsci (2009, Anderson 1981, Betancourt 1990, Nogueira 2004, Portelli 1992, Modonesi, 2017) reveló la formación de la hegemonía burguesa y la necesidad de construir contra-hegemonías, es decir, experiencias de resistencia ante la coerción y la cohesión cultural impuestas. A mayor desarrollo del capitalismo, la dominación se consigue por una combinación desigual de coerción y consenso, del uso de la fuerza y la ideología. No toda dominación es producida por medios violentos y autoritarios, aunque nunca desaparecen. El capitalismo es un sistema legitimado. En ese sentido, a mayor desarrollo y consolidación capitalista, mayor espacio de maniobra a través del consenso ideológico, que recae en la aceptación de las bondades simuladas del sistema. El consenso en estos momentos de desarrollo histórico pesa más en el proceso de dominación hegemónica que los métodos de coerción, y no obstante, cuando se antepone la represión, ésta se justifica y legitima contra las amenazas del sistema. Hegemonía así significa supremacía y autoridad a través del influjo y el convencimiento. La burguesía tiene ascendencia sobre las clases porque las influye, las seduce y las convence. El socialismo debería atraer al proletariado influenciándolo, seduciéndolo y convenciéndolo. Es la única forma para llegar a la fórmula de Ernest Mandel (1974), que parafraseo así “la revolución socialista es la única que se hará con plena conciencia de las masas”. La hegemonía

se robustece a través de la ideología, de la cultura popular, y de los usos y tradiciones que se institucionalizan en una raigambre casi indestructible. Por eso para Gramsci romper la hegemonía es tarea fundamental de las y los socialistas, a través de construir una contra-hegemonía, basada en ideas y prácticas, ideologías y formas simbólicas de resistencia y la construcción de un mundo mejor. En muchos casos quebrando el puente de las ideologías dominantes, rescatando usos y tradiciones democráticas y de justicia social, desplazando aquellas que no lo son, y haciendo una crítica honesta a las inercias perniciosas de la cultura popular (*cf.* Betancourt, 1990; Nogueira, 2004; Portelli, 1992). La adquisición de conciencia a través de la experiencia y los proyectos de futuro es pues, un proceso de subjetivación política, es el paso paradójico de distintos campos de experiencia y comprensión, que pasa de la resistencia en la subalternidad, esto es, del espacio de la dominación capitalista, al campo del antagonismo, entendido éste como el lugar de conversión de la resistencia a la identidad colectiva antisistémica, hasta llegar finalmente al campo de la emancipación, es decir, el momento de la plena autonomía personal y social (*cf.* Modonessi, 2017).

Retomo la propuesta metodológica de Ira Katznelson (1986), quien habla de la formación de clase a través de considerar niveles generales y particulares, articulados entre sí. En el nivel global estamos ante el impacto del desarrollo mundial capitalista y los efectos desiguales en un país o en una región. Pero para nuestro interés, lo importante después es asociar esta perspectiva global, sistémica, a la forma en cómo viven y trabajan las y los trabajadores, y la manera cómo estos procesos de experiencia influyen, y en qué grado, la acción colectiva, es decir, las formas particulares en que se expresa la lucha de clases que ellos mismos escenifican.

Rafael Cuevas Molina (1984), escritor latinoamericanista y guevarista, retoma las reflexiones del Che sobre el papel de la conciencia en la revolución, quien llegó a hacer una críti-

ca al marxismo ortodoxo acerca del determinismo materialista sobre la superestructura jurídica e ideológica. Pero lo hace con cierta prudencia. No se aleja demasiado de los dogmas de algunas corrientes. El asunto es que habría que justificar la revolución socialista en un pequeño país isleño como Cuba, atrasado, “deforme” (sic), con una mentalidad categóricamente colonial y con formas de supervivencia pre-capitalistas. El marxismo, decía el Che, no explicaba la posibilidad de la revolución en países atrasados, con un bajo nivel de conciencia; pero la historia ha mostrado que la revolución se ha dado ahí en los países atrasados. Se preguntaba ¿Qué significa esto a nivel de la conciencia social de los pueblos? No podría pensarse asumiendo ideas marxistas de una manera mecanicista o lineal, porque escaparían muchos otros elementos que podrían explicar más holísticamente el fenómeno. Para el Che, una aclaración tenía que fundarse en la independencia relativa de la construcción de la conciencia social, en relación con la existencia social y material de los individuos. El imperialismo y la mundialización del capitalismo, ampliados al periodo de la Guerra Fría, periodo en que se consumó la revolución cubana, extendía también el sentido de pertenencia y la autonomía de clase a nivel mundial.

No obstante, a pesar de los esfuerzos por reducir el pensamiento materialista a una explicación de comportamientos egoístas basados en intereses materiales en distintas partes de su análisis (cf. Stedman, 2019), Marx entendía la importancia de romper la alienación de los (las) trabajadores/as y el fetichismo del dinero para escalar la conciencia de clase a otro nivel y motivar el cambio revolucionario a nivel sistémico. En el prólogo a la contribución de la economía política dejaba en claro que, ante el desequilibrio causado por el desarrollo de las fuerzas productivas y el rezago en el avance de las relaciones sociales de producción, los hombres (y las mujeres) se hacen conscientes de esa crisis y la resuelven, por medio de la lucha de clases. Lo que habría que subrayar de este párrafo es que

el resultado de esa lucha es históricamente incierta. Ninguna lucha social, por sí misma, lleva necesariamente al socialismo, como lo hemos explicado más arriba a partir de la experiencia histórica. Es aquí donde el marxismo no ha querido profundizar en los obstáculos históricos de la revolución, que al final de cuentas son restricciones sistémicas que no permiten desenvolver una cultura política de la ciudadanía capaz de luchar conscientemente por el socialismo. Éste fue el gran tema de la teoría crítica y de la escuela de Frankfurt desde Horkheimer, Adorno, Fromm, Benjamin y Marcuse (Wiggershaus, 2010).

El intelectual orgánico y revolucionario ruso Leon Trotsky, autor de *Historia de la Revolución Rusa de 1917* (1987), poco tiempo después de éste, escribió otro texto, publicado en el posfacio de aquella gran obra por la editorial Pathfinder, donde hace una crítica radical a la teoría estalinista de la revolución en un solo país. Esta teoría de socialismo en un solo país fue acuñada por el dictador Joseph Stalin, sucesor de Vladimir Ilich Lenin, en la cual justificaba la renuncia soviética al marxismo internacionalista y a la búsqueda de construir el socialismo en el marco de la revolución mundial. Este reduccionismo teórico sustituía el internacionalismo proletario, por el deber de todo movimiento comunista de todas las regiones del mundo de sacrificar sus propios procesos de emancipación para defender la sola existencia de la Unión Soviética amenazada por el capitalismo mundial. La idea central surgía de la defensa de la Unión Soviética como el único paso inevitable para pensar después la victoria de la revolución mundial, y no como lo entendían Lenin y Trotski, en sentido inverso, es decir, en la necesidad de impulsar primero la revolución mundial para empujar, y en consecuencia defender la revolución soviética hacia el socialismo. Estas premisas diametralmente opuestas, entre fines y medios, fueron claves de la estrategia política del comunismo a escala internacional y la causa de la desintegración por Stalin de la III Internacional. En ese mismo escrito Trotsky trazó la teoría del desarrollo desigual y combinado y la revolución

permanente, donde explicaba la situación revolucionaria de los países menos desarrollados, como al que se refería el Che en la revolución cubana de 1959. En síntesis, Trotsky comprendía el hecho histórico de Rusia como la primera revolución socialista en el mundo, pero consideraba que, de no extenderse esta dinámica revolucionaria a nivel de todo el orbe, que modificara radicalmente el sistema capitalista, Rusia, o la Unión Soviética en su momento, podría llegar a ser el último país en alcanzar el socialismo, e incluso podría experimentar la terrible posibilidad de retroceder los logros de la revolución hacia una regresión capitalista. Las palabras de Trotsky no pudieron ser más proféticas ante los acontecimientos del triunfo del modelo capitalista neoliberal en el mundo a partir de 1982, el derrumbe del muro de Berlín en 1989, y el inmediato desmantelamiento del sistema soviético y su conversión en la Rusia capitalista de hoy. De esta forma, el marxismo, o una parte de éste, había previsto la contradicción inmanente que el Che había experimentado casi 40 años después.

Otro marxista crítico, Ernest Mandel (1974, 1986), diría también que el socialismo no podría ser el resultado de una revolución que se dedujera de un proceso mecánico, unilineal, a partir sólo de las contradicciones internas del capitalismo, sino que tendría que ser producto de un movimiento de masas *consciente* del papel revolucionario y socialista, desde el momento de la lucha y su carácter de sedición e insurreccional hasta la revolución permanente al socialismo. Pero de nuevo, ni la lucha ni la organización por sí mismas podrán garantizar el sentido de la revolución. Esto significa que no basta con desear el cambio político, si este deseo no va acompañado de una idea específica que adjetiva la revolución. Un caso paradigmático pueden ser los acontecimientos sucedidos en 1979 en Irán, cuando se realizó una de las revoluciones de masas más importantes y *conscientes* a nivel mundial, desplazando el régimen pro-modernización-occidental del Shah Reza Pahleví —que estaba en la cúspide de una monarquía autoritaria pro liberal—

por un modelo islamista, autoritario y teocrático. ¿Dónde está el papel de la *conciencia* en esta experiencia? Habría que decir que en la experiencia iraní sí se expresó con claridad el nivel de conciencia del pueblo, es decir, una manera colectiva de sentir, pensar y actuar con conocimiento de lo que se hacía, pero que ese carácter no era en ningún sentido una visión progresista y socialista, sino una conservadora, antiliberal, fundamentalista e islámica.

Nuevamente, éste es el dilema central del Che en su reflexión 19 años antes de la revolución en Irán, pero que no llegó a plantearse con una respuesta satisfactoria. Para el marxismo ortodoxo no habría tal conciencia en esta revolución islámica. Eran las masas de nuevo pero alienadas por un dogma fundamentalista y, sin embargo, esa creencia pudo enraizarse en cada uno/a de los revolucionarios combinando los efectos nocivos de un neoliberalismo autoritario con una interpretación religiosa fundamentalista de la existencia y de las motivaciones para la acción revolucionaria de las masas. Esa interpretación particular vino sintetizada en el discurso central del Ayatola Jomeiní; no obstante, ese acto de habla se expresó también como resultado de una lucha interna entre varios grupos islamistas y chiítas, y más aún, confrontando diversas corrientes minoritarias tanto de islamistas moderados como de ateos comunistas. Pero en esa lucha contra el sistema del Shah, el discurso anti-hegemónico de Jomeiní pudo alinear a grandes masas. Esto es a lo que el Che, en ese famoso discurso de los años sesenta, se refería con el papel de la vanguardia consciente en un país atrasado, que va a poder influenciar en la posterior conciencia de la nación (*cf.* Cuevas Molina, 1984). Pero aquí la pregunta que nos debemos hacer es ¿de qué manera esa ideología, la de una determinada vanguardia política y cultural, logra alinearse con los valores y creencias de la mayoría de la ciudadanía? La experiencia de la primavera árabe en 2011 nos puede ayudar a responder esta pregunta. Esta cuestión es similar en términos de la importancia de tomar en cuenta las condiciones mate-

riales de vida de las y los árabes, y la cultura política de esa ciudadanía en todos aquellos países del Medio Oriente, tanto de monarquía constitucional, republicanos islamistas como socialistas islámicos, que participaron en la fase revolucionaria entre 2011 y 2012 (Turner 2012, Tamayo, 2016).

Independientemente de ciertos vaivenes en el discurso sobre el nuevo hombre en Cuba, el Che concluía en lo que consideraba que eran los dos pilares fundamentales de la construcción del socialismo: el desarrollo de la conciencia y el desarrollo de las fuerzas productivas. Una lógica intrínseca entre subjetividad política y materialismo (Cuevas Molina, 1984:148). No debería confundirnos entonces el hecho de que el análisis no responda necesariamente a una visión idealista ni culturalista de la acción social, pero tampoco a una dominada por la elección racional, basada en el egoísmo del interés personal.

Como hemos visto, Antonio Gramsci lo habría entendido así, ya que tenía que explicar por qué la lucha de clases repentinamente paró los ímpetus revolucionarios en la Italia de la década de los veinte del siglo pasado, y también le angustiaba a la Escuela de Frankfurt, como dijimos antes, sobre todo a partir de los estudios fundacionales de Eric Fromm (cf. Pasqualini 2016, Friedman, 2016) de los siguientes años treinta, que trató de advertir el reformismo y la pasividad de las y los trabajadores realizando un programa de investigación muy amplio para comprender las bases materiales y psíquicas del autoritarismo y el ascenso de la derecha en Europa, aspecto que más adelante retomaremos en esta perspectiva.

Con todo, llama la atención que lo que entendemos por conciencia sea definida dentro del campo del humanismo, a partir de lo que el Che definía como *sensibilidad humana*. En efecto, la conciencia es sobre todo sensibilidad, y su fe está marcada por la humanidad. Conciencia en la perspectiva del Che puede considerarse como resultado de un componente y dimensión moral de primer orden (cf. Snow y Lessor, 2013). Se acerca en este sentido al discurso de AMLO sobre el amor y la moral

en el México de 2018, pues el Che definía al verdadero revolucionario de la Cuba revolucionaria de los sesenta como aquel ser guiado por “grandes sentimientos de amor” (una frase categórica que hace temblar a los más ultra-pragmáticos críticos de la república amorosa de la 4T). Y más adelante el Che diría: “Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad”. Así, tal y como lo plantea Rafael Cuevas (1984: 149):

En el centro del pensamiento del Che está la preocupación por la formación del hombre nuevo, desenajenado, cuya conciencia se perfila fundamentalmente por aspectos ético-morales, cuyo meollo es la conciencia revolucionaria. El Che no pierde de vista las condiciones objetivas del fenómeno, pero, en su pensamiento, desarrolla más el papel activo de la moral, acentuando los móviles ideológicos como agentes de dinamización y transformación revolucionarias.

En general estoy de acuerdo con este planteamiento. El asunto es que considerablemente la idea de moral y del amor roza apretadamente con una moral más reaccionaria, de corte religiosa cristiana en nuestras sociedades occidentales, o islámicas en sociedades con otro tipo de moral religiosa. En efecto, en su libro *Hacia una economía moral*, López Obrador (2019) se propone hacer posible la existencia de una “República Amorosa” que complemente su proyecto de nación basado en la honestidad, el desarrollo, la justicia y la seguridad. Ante la decadencia provocada por el neoliberalismo de los valores culturales, morales y espirituales (sic), el propósito de AMLO es auspiciar una manera de vivir “sustentada en el amor a la familia, al prójimo, a la naturaleza, a la patria y a la humanidad” (López Obrador, 2019; cf. López Obrador, 2018). Habría que reconocer que estamos frente a una visión humanista de la economía y la política, que no a todos satisface.

Pensemos entonces en la constitución de la conciencia desde una perspectiva sociológica enraizada en la paradoja de la modernidad y el individualismo.

Tratemos de visualizarla en el siguiente apartado.

Podríamos equiparar también otros casos al de revolución de las conciencias de AMLO en México. Por ejemplo, el nivel de conciencia puede desenterrarse de los muy arraigados valores neoliberales inducidos después de siglos de capitalismo y casi medio siglo del neoliberalismo más pertinaz. En la crítica de la modernidad de Ulrich Beck sobre la modernización reflexiva, sea la de Bauman sobre la modernidad líquida, o la de Touraine sobre la construcción del sujeto, el papel de la conciencia es fundamental, pero adquiere otros matices.

Podemos reconocerlo en las características de lo que Ulrich Beck (2004, 2011a, 2011b) ha denominado la sociedad de riesgo y la época de la metamorfosis del sistema (*cf.* Albanski, 2019), como parte de una perspectiva ideológica más cercana a la socialdemocracia. La idea de metamorfosis en el último trabajo de Beck se refiere al cambio de creencia sobre el poder de transformaciones radicales. En este sentido, las viejas verdades y atribuciones de la sociedad moderna están declinando para dar paso a nuevas versiones emergentes. Y la única alternativa viable para Beck en el proceso de emancipación es el papel del individualismo cosmopolita, una especie de mediación entre el individualismo liberal y el cosmopolitismo, surgidos por la globalización y la transnacionalización de la economía. La conciencia esperada en la modernidad reflexiva es así un pensamiento crítico equilibrado de un individuo situado en un mundo globalizado. Esto implica una crítica y una ruptura total con el nacionalismo metodológico, una especie de localismo parroquial sociológico que debe superarse por las condiciones materiales, económicas y tecnológicas de la modernización reflexiva en la era de la globalización. El conservadurismo y la nostalgia por el pasado está fundado en la defensa de la comunidad, en lo colectivo, en la defensa del Estado-nación. Conservadores que no han llegado a comprender la era

de amplitud universal que la globalización ha abierto para el ciudadano mundial. Las identidades son expresiones arcaicas de un pasado arraigado en la modernidad industrial, que deben superarse por la racionalidad individual que a su vez debe, para convertirse en sujeto, aspirar a un pensamiento (o conciencia) global, universal, cosmopolita. Una perspectiva que como reprocha Chantal Mouffe (2011), desconoce las relaciones de poder existentes incluso en el ámbito global, las desigualdades sociales y la lucha que permea las fases más sugerentes de la globalización.

Zigmunt Bauman (2006) ha desarrollado un diagnóstico del capitalismo tardío que ha denominado como una fase de modernidad líquida. Tiene grandes coincidencias con la reflexión de Beck sobre la modernización reflexiva, pero responden a diferentes conclusiones y formas de emancipación. Para Bauman la sociedad está definida por su inestabilidad, incompletud y fragmentación, por lo que las visiones de futuro están atrapadas en una nueva forma de tribalismo. El proceso de concientización es una mixtura bizarra entre el narcisismo individual con un resurgimiento comunalista (principalmente étnico) (*cf.* Albanski, 2019:127). Esta característica que puede ayudar a explicar nuestra reflexión sobre lo que se podría llamar revolución de las conciencias, para Bauman, en su obra póstuma, la llama *Retrotopía*, esto es: sueños e ideas utópicas contemporáneas que son inventadas para idealizar un pasado imaginario más que para construir un futuro mejor. De acuerdo con Bauman el pasado no es el pasado real, sino uno imaginario. Este pasado imaginativo es meramente una negación de utopías clásicas en las cuales el futuro se muestra perfecto pero imposible (Albanski, 2019: 126-127). Bauman difiere de Beck en esta referencia con el pasado, porque para Beck la modernización reflexiva es la crítica del individuo contemporáneo a las decisiones erráticas del pasado, y a los efectos colaterales, perniciosos, de la modernidad clásica. De ahí que la fe de Beck en el individuo sea por su apego a un futuro inmediato cos-

mopolita basado en una perspectiva diferente a la del pasado. Bauman, en cambio, hace una crítica al imaginario conservador de las sociedades actuales, que no logran revertir con claridad los efectos perniciosos del capitalismo contemporáneo, y se vuelcan al pasado, en parte por la inexistencia de un soporte teórico que lo redirija hacia una utopía creíble. La conciencia así tiene que construirse sobre la crítica que desenmascara los cimientos del capitalismo y además, y esto es lo importante, revertir el conservadurismo de la nostalgia por un pasado idealizado.

De ahí la pregunta que se desprende de esta disertación es acerca de cuál es el papel de la emancipación y cómo alcanzarla. En su ensayo “Emancipación”, Bauman (2006) hace una crítica a la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, vía un diálogo con Herbert Marcuse y su escrito fundacional *El Hombre Unidimensional*. El sujeto unidimensional de Marcuse en los años sesenta es víctima de su propia impotencia y de la opresión de un modelo de dominación mucho más complejo de lo que Adorno y Horkheimer imaginaron en su tiempo, hacia la década de los treinta. Para entonces, la pregunta que se hacía Horkheimer era ¿qué explica la pasividad, conformismo e inexistencia del espíritu revolucionario de la clase trabajadora? Marcuse, treinta años después, respondía a la pregunta haciendo énfasis en los cambios del capitalismo avanzado durante los sesenta que generó estados de bienestar tales que mejoraron el nivel de vida de los obreros, y eso fue contundente en sus efectos conformistas en términos políticos y culturales. Los movimientos emblemáticos de organización de la clase obrera desaparecieron o fueron asimilados por la estructura omnipresente del capitalismo. Por lo tanto, los anhelos, sueños y valores cambiaron en el entorno de la asimilación de cualquier forma de oposición o ideología antisistémica. Marcuse planteaba para entonces que la alienación estaba enraizada en la conciencia misma del hombre moderno, es decir, en la cultura, porque era una cultura alienante. Y por lo tanto la forma para escapar de la coacción tenía que ser a través de un proceso de

liberación cultural e ideológico, que despojara al individuo de esa alienación. La pregunta central reformulada de Marcuse, en debate hasta ahora, es ésta: ¿Es posible, o no, que la sociedad cambie desde adentro y por tanto trascienda el *status quo*? (Cf. Wiggershaus, 2010).

No obstante la reflexión de Marcuse, la vida contemporánea del siglo XXI es todavía más distinta, dice Bauman. El asunto sigue siendo, en efecto, la liberación, pero pocos individuos desean liberarse y menos aún están dispuestos a actuar para lograrlo. El problema es la significación de libertad que no es unívoca, éste estriba pues en que la gente, viviendo en esclavitud, alienada o en coerción, cree sentirse libre, y por lo tanto no experimenta ninguna necesidad de liberarse. En contraparte, la gente puede tener *conciencia* de la responsabilidad y esfuerzo que significa la libertad, y a pesar de ello, o quizá por ello, prefiere no mover su estado de confort en una lucha por la felicidad que le traerá más sinsabores.

La conciencia es pues una noción polisémica, y puede empujarte por diversos senderos. Significa distintas cosas para distintos actores sociales, la emancipación también. La manera en que se identifican las particularidades de la conciencia y las dilucidaciones del proceso de emancipación actuarán sobre los individuos para ajustarse y adaptarse a los nuevos órdenes sociales. La gente actúa entonces en relación con las expectativas culturales y las posibilidades reales que tienen para alcanzarlas (Merton, 1995). Las alternativas funcionales que la gente elige para obtener las expectativas culturales que se ha fijado, no son las mismas en todos los casos porque depende de si los medios institucionales para lograrlo están a su alcance o no. La gente entonces busca medios alternativos que pueden ser legales o ilegales, educación, trabajo informal, corrupción, robo, fraude, suicidio o movimientos sociales que sean institucionalizados o antisistémicos. La conciencia está en función de la correspondencia de las condiciones objetivas de existencia, además de sus experiencias y expectativas.

Sin embargo, dicha formulación sobre las alternativas funcionales, digámoslo así, no es producto de un proceso colectivo sino individual. Un individualismo que hoy no es emancipatorio, como sí lo fue la idea del individuo libre en la época de la Ilustración o en el liberalismo y republicanismo decimonónico, frente a la tiranía de la premodernidad y el antiguo régimen, la ruptura de lazos comunitarios estrechos y fundamentalistas, y la salvación del súbdito del feudalismo. Este proceso así planteado podría complementar la diferencia de épocas entre la modernidad sólida o industrial y la modernidad líquida o reflexiva. Una interpretación psicoanalítica de esta imagen sobre el carácter emancipatorio del individuo está en el proceso de formación de conciencias. Se establece la conformación de un yo fuerte y un yo débil, dependiendo de la subordinación de las clases a los procesos históricos. Según Erich Fromm las clases revolucionarias y en ascenso desarrollan un yo (o un nosotros identitario) fuerte, algo que después perderán cuando comience la fase de decadencia social e inseguridad. Pasqualini (2016: 84-85) lo explica así: “Es por eso que, en sus tensiones sobre el yo, el pensamiento de Freud oscilaba entre ser representativo de la fase ilustrada y revolucionaria de la burguesía (defensa del yo fuerte) o de su fase reaccionaria y decadente (universalización de la debilidad del yo)”. Se trata primero de un individualismo que asume la responsabilidad social desde la autonomía, de ahí la idea de Beck de mantener el vínculo del “individualismo cosmopolita”. Pero para Bauman ello también debería reflejar el hecho de que la ciudadanía como espacio de lo público esté colonizado por lo privado, y esto es la condición de una exacerbada individualización utilitaria. Y entonces, el papel del individuo hacia la emancipación, si es que ese es el anhelo, debe pasar dialécticamente y forzosamente por la lucha contra el carácter egocéntrico del individualismo y la defensa del espacio público, basado en el vínculo y la solidaridad. Desde Bauman, reinterpretándolo, sería el camino para la construcción de una conciencia social que justifique tal lucha por la emancipación.

Alain Touraine (2016, 2000) ha marcado los aspectos centrales de su crítica de la modernidad, esa que fragmentó el sujeto distinguiéndolo por la razón objetiva anteponiéndose a la subjetividad de las emociones y su irracionalidad. La racionalidad capitalista se impuso sobre la necesidad del ser comunitario, esto es, el hecho de sentirse parte y perteneciente a un grupo. La objetividad, la universalidad de la razón, la individualización, la competencia entre individuos por sobre la solidaridad, desgarró todo contacto con el sentido de pertenencia grupal, la cooperación y la solidaridad. La lucha hoy es la conciencia de esa ruptura, y encontrar la mediación entre materialidad y espíritu, objetividad y subjetividad, razón y emoción, universalismo y particularismo. La lucha es encontrar el punto exacto que media la relación entre la universalidad de los derechos humanos y la particularidad del multiculturalismo. Ese reencuentro se logra únicamente a partir de localizar el sitio justo en el proceso de subjetivación. El cambio social de ese mundo desgarrado y desorientador, dividido entre esos dos universos, la instrumentalidad y la identidad, no se efectúa sólo por la experiencia de ese mundo material y esa vivencia cotidiana reprimida y dolorosa, no basta. Se necesita la reconstrucción del sujeto como creador de sentido y de cambio, así como de tal sujeto transformador de relaciones sociales e instituciones. La subjetivación es la voluntad de individuación, como un todo íntegro, autor reconocido, que permite construir el sujeto, no una persona, y así un sujeto social, como un todo íntegro, distinguido de otros y consciente de su sentido de responsabilidad pública y social.

Regresemos un poco a Erich Fromm retomando la noción de “carácter social” para visualizar desde su perspectiva la necesidad de vincular al individuo y la sociedad, a partir del pensamiento de Touraine. Erich Fromm, antes que Marcuse, se habría planteado, como Horkheimer y Adorno en los años treinta y principios de los años cuarenta del siglo pasado, comprender a la sociedad a partir del carácter social de las y los obreros y empleados en el periodo de ascenso del fascismo en la Alema-

nia nazi. En su ensayo *El miedo a la libertad*, publicado en 1941, pensaba al individuo como un ser emergente, resultado de la relación entre las experiencias básicas, biográficas y los modos de vida comunes de un grupo específico. Su trabajo explicaba el nazismo como una forma de poder totalitario; pero lo interesante era que en la misma lógica Fromm analizaba el conformismo estructural de las sociedades consumistas, avasalladas en países capitalistas con regímenes democráticos. Fascismo y democracia tenían bases culturales comunes. Las sociedades, concluía, se encuentran sometidas a formas jerarquizadas de poder. El nazismo es un movimiento arraigado en la sociedad moderna capitalista, y se explica en la experiencia fascista de la Europa de la II Guerra Mundial, pero también con el ascenso de la extrema derecha de principios del siglo XXI en Europa, en los Estados Unidos y en América Latina, por lo que habría que repensar las categorías que Fromm establece para caracterizar este autoritarismo:

La admiración por el poder y el líder; el desprecio por los débiles y las minorías; el fatalismo y las invocaciones al destino; la celebración por pertenecer a comunidades poderosas y agresivas, y el resentimiento o la indignación moral frente a los grupos que hacen ostentación de sus gratificaciones sensoriales[...] (son) rasgos definitorios del nazismo y parte crucial del autoritarismo (del capitalismo) moderno (Pasqualini, 2016: 93).

También en las democracias, al igual que las dictaduras el problema reside en la condición humana (cf. Friedman, 2016: 155). Y el dilema fundamental de la condición humana es la lucha interna entre la libertad y el escapismo conformista, como sostenía Fromm casi en los mismos términos en que Bauman lograba después explicar la noción de emancipación. Fromm veía aquí el importante rol de la cultura, no únicamente como el cemento áspero que cohesiona las relaciones sociales y da estabilidad institucional a través de la represión instintiva, sino como resultado de rasgos de carácter y formas de conducta

que se alientan y fomentan a partir de distintos mecanismos de poder. Pero en esta práctica la cultura no se concibe sólo como una superestructura determinada por relaciones de producción establecidas en una estructura económica a la que reproduce, sino que surge también de experiencias y valores emergentes que pueden contradecir los códigos simbólicos y relaciones de poder previamente establecidos. La cultura puede ser disidente, emancipadora y basada en el amor, como condición de solidaridad mutua entre los individuos. Y en ese sentido, podríamos decir que la conciencia puede ser producto de mecanismos culturales alternativos y complejos. De ahí la importancia de comprender las formas simbólicas de la dinámica de los movimientos sociales y la lucha política, no únicamente en su pragmatismo político y determinación material, sino en su subjetivación y producción cultural. La conciencia es la moral y es el componente básico de los valores de los movimientos sociales (Snow y Lessor, 2013).

Efectivamente, en la literatura sobre movimientos sociales, existen dos categorías que deben ser aclaradas, porque pueden coexistir en las resonancias históricas del cambio político, como el que presentamos en este libro, de acuerdo con los procesos electorales del 2000 al 2018. Estas dos nociones se refieren, primero, a los procesos de concientización, y segundo, a los de transformación de la conciencia. Ambos términos involucran la adopción de un marco de diagnóstico y un esquema de atribución, en el que el problema o una serie de problemas se sitúan en la responsabilidad o causalidad de la culpa. El cambio generalmente implica el paso de una culpa individualizada a una culpa sistémica. Cambiar la causa de la culpa, de achacarla a razones personales o propias, a pasar hacia causas sistémicas, es decir, politizar el agravio.

Para Snow y Lessor (2013) un ejemplo del proceso de concientización es el movimiento feminista de la tercera ola, de las décadas sesenta y setenta del siglo xx. Las integrantes del movimiento pasaron por un proceso de concientización, un cam-

bio en la atribución de la culpa, de una adjudicación personal e idiosincrática, a una atribución sistémica y política. La consigna “lo personal es político” es la imagen clarificadora de este proceso de concientización. En palabras de Melucci (1996), los movimientos cambian los códigos simbólicos, las formas de pensamiento y los códigos de razonamiento que permiten a los individuos reflexionar de otra manera, con referentes de explicación, etnometodologías y valoraciones diferentes. Los movimientos sociales contribuyen pues a la formación de la conciencia colectiva.

Una segunda definición asociada a la noción de conciencia es precisamente la transformación de las conciencias. Este segundo sentido se refiere a cambios en los dispositivos de la conciencia, la transformación de algunas presuposiciones, profundizaciones y jerarquizaciones de los discursos que se expresan como resultado de un proceso de toma de conciencia. En la teoría de los marcos y las identidades (Chihu, 2006, 2002; Tamayo y Wildner, 2005), el discurso se plantea en función de la autorreferencia y el autorreconocimiento del sujeto. El sentido de pertenencia y de solidaridad, la conciencia del campo de conflicto, la otredad y la caracterización de la utopía. En la teoría del enmarcado, esto implicaría sobre todo la articulación de discursos y su alineamiento, que transformaría los discursos o parte de los discursos involucrados: amplificando y vigorizando los valores y creencias del movimiento, así como extendiendo las preocupaciones y motivaciones del movimiento a otros sectores de la población (Snow y Lessor, 2013). Las conciencias pueden transformarse.

Así, la idea de revolución de las conciencias podría descansar en estas dos ideas centrales. Revolución como cambio de conciencia, en el sentido de adquirir valores y entendimientos como resultado de *un proceso de concientización*, a través quizá del “choque moral” de muchas clases y sectores (Jasper, 1997), y también como *transformación de las conciencias*, el alineamiento de diferentes discursos que modifiquen parcialmente las bases

de sus diagnósticos, pronósticos, motivaciones, así como la reivindicación de un nuevo nosotros.

CONCIENCIA, RESONANCIAS HISTÓRICAS Y UTOPIAS

El debate actual no ha podido aún rebasar el dilema de la determinación de la conciencia. ¿Es la conciencia la que promueve la transformación de las condiciones materiales de existencia, o son los cambios en las necesidades sociales lo que trae una nueva conciencia y organización de las ideas? Ya veíamos que el polémico morenista John Ackerman considera que el discurso del presidente mexicano en 2018 al mostrar una moral de rectitud republicana y austera, sentaba las bases de una “profunda revolución de las conciencias” (Ackerman, 2019). El problema indiscutible, de nuevo, es qué tipo de conciencia es la que llevará a las profundidades de esa revolución.

La nueva revolución de las conciencias, a partir de la formación del nuevo gobierno progresista (o populista desde otra perspectiva) de AMLO en diciembre de 2018, es para algunos, como señala Ackerman, una utopía pos-(neo)liberal fundada en la colaboración, el desarrollo, el bienestar, la participación y la libertad. Para algunos, situados en la izquierda radical ese nivel de conciencia no basta. De lo que se trata en una revolución de las conciencias es de adoptar una conciencia revolucionaria, no sólo anti-neoliberal sino sobretudo anticapitalista. Para otros más, ubicados en la derecha neoliberal o más conservadora, el discurso de AMLO refleja un populismo mesiánico y banal. En los capítulos sobre las elecciones desde el 2000 al 2018 se podrán identificar las bases de estos debates.

Por ahora, interpretando el discurso de AMLO y la cultura política mostrada en los cierres de campaña electoral, habría que plantear que la elección presidencial del 2018 significó la consecuencia de un proceso de resonancias históricas que influenciaron decididamente en la construcción de una conciencia colectiva de la ciudadanía. Metodológicamente, creemos

que esto es correcto, y por eso tratamos un análisis longitudinal de las elecciones en un lapso de 18 años.

No obstante, estas resonancias vienen extendiéndose como ondas con diferente intensidad y forma, desde por lo menos 1968. Si nos adherimos a esta postura, pensaríamos que las resonancias históricas de la experiencia política y cultural de los movimientos sociales y de las y los activistas, aunque con una trayectoria sinuosa, pudo definir varios ciclos o periodos de acción. El nivel de conciencia de la ciudadanía, amplio en su definición, que llegó a sumarse al proyecto alternativo de nación de Morena y AMLO no fue uno socialista, no fue anticapitalista, pero sí fue antineoliberal (o si se quiere pos-neoliberal) y una apuesta popular por el bienestar social, aunque de carácter eminentemente asistencialista.

Históricamente, el primer periodo, que quiero apuntar someramente en este recorrido, va de 1968 a 1988. Es el periodo de transición política que llevó al país de un modelo económico basado en la industrialización por sustitución de importaciones –y un modelo político hincado en el populismo con base en el nacionalismo revolucionario aún priista– a un modelo de libre mercado –y un modelo político asociado al neoliberalismo impulsado por los detractores priistas del nacionalismo revolucionario junto con la derecha panista y empresarial–. Las formas prácticas y significaciones de la ciudadanía modificaron la jerarquía y legitimidad de los derechos sociales y civiles, el papel del Estado y las formas de participación política de las y los ciudadanos (*cf.* Tamayo, 1999). El movimiento estudiantil de 1968 fue un parteaguas histórico que generó una gran resonancia histórica en todas las luchas sociales posteriores. El golpe que recibió en ese año el movimiento estudiantil fragmentó en decenas de pedazos a los movimientos sociales y los diferentes grupos de izquierda. Fue una gran explosión que generó grandes ondas y secuelas en todas direcciones por años y décadas. Durante los años setenta la fragmentación se fue superando poco a poco, gracias a la persistente resistencia

de organizaciones campesinas, urbanas y sindicales. Además, experiencias unitarias dieron orientación a muchas de ellas, como el movimiento frentista liderado por Rafael Galván en 1976, y después la formación de importantes coordinadoras nacionales sindicales, campesinas, urbanas, de maestros/as, de mujeres y de derechos humanos. A la década de los setenta se le denominó el periodo de la insurgencia obrera, campesina y popular por tales movilizaciones de múltiples organizaciones sociales en todo el país. La Reforma Política de Reyes Heróles de 1977 abrió otro espacio de participación para esta opción de la izquierda que pudo así aumentar su influencia durante toda la década de los ochenta, hasta que la ruptura de la élite política generada por la corriente democrática del PRI, llevó a la formación, junto con un amplio espectro de la izquierda social, al Partido de la Revolución Democrática (PRD) una de las organizaciones políticas más importantes entre 1989 y 2010. Al mismo tiempo, la derecha, en torno a los grandes empresarios se reorganizó en este periodo. La formación del Consejo Coordinador Empresarial (CCE) en 1975, a partir del manifiesto de Cancún, delineó los principios básicos del neoliberalismo, la privatización y la libertad individual que deberían seguirse en México. Si bien el hecho de que la burguesía mexicana ha sido muy diversa, y ha obstaculizado la unidad de los empresarios, esa unidad se ha venido construyendo especialmente durante la década de los ochenta, asimilando a la ideología del CCE otros organismos como Coparmex, Hombres de Negocios, y los pequeños empresarios organizados en Canacintra y Concanaco. La revolución de las conciencias también tocaba al sector de la burguesía mexicana, pero con principios y valores distintos. Así es como se fueron delineando proyectos políticos más amplios, como en este caso, fueron sintetizados por el PAN y la corriente neoliberal del PRI que se hizo después hegemónica, en lo que Ackerman (2019) reconoce como la verdadera revolución de las conciencias, pero invertida: una conciencia neoliberal.

La etapa que va de 1988 a 2000 es una bisagra que abre dos grandes momentos. Uno primero marca el resquebrajamiento de la arquitectura de bienestar social erigida en el periodo anterior, a través de habilitar el nuevo modelo económico basado en el libre mercado, el desmoronamiento de las fronteras arancelarias, la apertura a la inversión de corporativos trasnacionales y la privatización de bienes públicos. Un proceso que como David Harvey (2006) establece significó la presencia de las características innegables de una especie de acumulación originaria del capital a través del despojo, de la violencia y la destrucción de formas colectivas y comunitarias de la vida social. De la misma forma, la activista trasnacional Susan George (2009) plantea esta expansión tanto material como ideológica en la sustentación del resignificado de la democracia y la representación. Por eso, la transición a la democracia (representativa) coincide precisamente con la sistemática profundización del modelo neoliberal. Lo anterior permitió que los principales análisis políticos se centraran en las reformas electorales y avalaran la formación de supuestos organismos autónomos de definición electoral como el Instituto Federal Electoral, que permitieron soportar un sistema de partidos que estaba perdiendo legitimidad entre la ciudadanía. La resonancia histórica de la lucha política en este periodo toca varios procesos. De los más importantes es la formación de un proyecto referente desde la izquierda democrática que nucleó grandes sectores de la política: los nacionalistas-revolucionarios ex priistas, el Partido Mexicano Socialista (renovación del Partido Comunista Mexicano) y varias organizaciones de la izquierda social. Este proyecto se mantuvo durante toda esta década, a pesar de la violencia estatal que cobró más de 600 vidas de esta corriente. En contraparte, la transición democrática tuvo importantes efectos en la alternancia de gobiernos locales, principalmente de la ciudad de México en 1997, y luego en 2000 a nivel presidencial, cuando por primera vez una alternativa de oposición de derecha desplazó al PRI del poder. Las oposiciones de dere-

cha e izquierda tuvieron en este periodo una resonancia histórica tal, que se construyeron sobre la base de la lucha social del periodo anterior, y fueron definiendo proyectos de nación con mucha mayor claridad, a los que se fueron posicionando grandes sectores de la población, hasta equilibrar a tercios las opciones políticas para la ciudadanía. Estas opciones son las que analizamos en la segunda parte de este libro, a partir de mostrar las formas simbólicas en que se fueron construyendo estos proyectos de ciudadanía y la manera como la ciudadanía fue edificando una conciencia social diversificada de cambio y participación.

Como vemos, existen desde entonces dos dimensiones de análisis que nos permiten explicar esta revolución de las conciencias. Por un lado, lo que denominaremos resonancia histórica de las luchas sociales. Por otro, lo que hemos definido en varios trabajos como la construcción de proyectos de nación o ciudadanía.

RESONANCIAS HISTÓRICAS

Los movimientos sociales y políticos son secuencias rivales de proyectos de futuro, que agrupan y activan a individuos, grupos, creencias, redes de significación y aspiraciones de poder. No surgen espontáneamente, tampoco terminan cuando aparentemente se desintegran fracasados por la autoridad, o cuando se erigen victoriosos por los resultados obtenidos. Esto significa que los movimientos tienen una historicidad que debe buscarse en la reproducción institucional de la dominación y en la resistencia, hasta alcanzar el estatuto de antagonistas de esas instituciones.

Las preguntas que debemos hacernos para pensar en estas resonancias son: ¿por qué la gente se moviliza?, ¿cómo participa e impactan los grandes escenarios de la contención política?, ¿cuáles son los mecanismos de oportunidad que mantienen el activismo a largo plazo?, ¿cuáles son las resonancias políticas y sociales de la participación?, ¿cuáles son las resonancias

biográficas, personales de su activismo a lo largo del curso de vida? (Cefai 2007, Fllieule y Neveau 2019).

Pensar en resonancias es digerir una historia que se construye de estudios longitudinales. Para el caso de este libro, abarcó dos ciclos, desde el año 2000-2012 de la alternancia, y del 2012 al 2018 que podríamos definir como la bisagra entre el fin del neoliberalismo ortodoxo al progresismo tardío (*cf.* Gaudichaud, Webber y Modonesi 2019).

Cada uno de estos periodos es identificado por los cursos y ciclos de acción de campañas electorales, asociados a los componentes y resonancias históricas del contexto local, social, cultural y político. Se puso especial énfasis en las tres dimensiones analíticas situacionales: el espacio etnográfico, la construcción hermenéutica de los actores sociales y políticos, así como el contexto social y político. El entorno de las organizaciones políticas fue definiendo un claro perfil militante. A través de espacios de interacción, los efectos de la socialización, las redes sociales y las alianzas políticas generadas reflejaron específicas visiones del mundo y formas simbólicas de su delimitada cultura política. Destacar estas experiencias es abordar el tema de las resonancias y sus efectos directos e indirectos en la conciencia de individuos y grupos (*cf.* Olivier y Tamayo 2017).

Algunos conceptos de la música y de la física, de la psicología social y la psicología desarrollista, así como desde las ciencias sociales, el neo-estructuralismo de Luhman hasta los estudios culturales del *framing* de Snow y Benford, nos permiten aclarar mejor la idea de *resonancia histórica*. En las ciencias sociales se han utilizado categorías análogas como eco social, consecuencias biográficas de la acción colectiva, efectos de generación y de socialización, definiendo así la gran divulgación e impacto social y personal de un acontecimiento social. En tal sentido, las categorías así definidas se encuentran dentro del marco de los efectos o de las repercusiones sociales (*cf.* Castoriadis, 1982; Goleman, Boyatzis y McKee, 2002; Lindón, 2007; Tenti, 1997).

Para efectos de este trabajo, la resonancia histórica debe concebirse como la presencia multidimensional de acontecimientos por repercusión de otros, y en consecuencia, se constituye como un conjunto de procesos sociales e históricos. Así como podemos considerar que la acepción de resonancia, en el ámbito del sonido y de la música, es la prolongada articulación de sonidos; en lo social, podríamos entenderla como la prolongada articulación de eventos sociales e históricos en el tiempo. En ciertas fases las resonancias van disminuyendo gradualmente debido a los factores de fricción (en términos sociales hablaríamos de represión o disminución en periodos de anomia) y a la baja en la frecuencia de la amplificación de un evento (en términos del *frame analysis*). Sin embargo, estas resonancias pueden sostenerse con diferentes magnitudes, dependiendo de la nivelación de las oscilaciones de movimientos de diferente tipo y del contexto.

Desde la perspectiva del *framing analysis*, Snow y Benford (1988, 2000) plantearon la importancia de estudiar los procesos de difusión, así como de las consecuencias e implicaciones de procesos de enmarcado para otros movimientos y sus resultados. Existen varias maneras en que los marcos de acción colectiva pueden variar, se consideran los grados de resonancia de un marco de interpretación. Éstos dependen de la credibilidad y del grado en que la experiencia llegue a ser relativamente sobresaliente.

A nosotros, en este trabajo, nos interesó aplicar la resonancia del proyecto político en cuestión, que compitieron en las campañas presidenciales y se sintetizaban de alguna manera en los cierres electorales. Esta resonancia se demostraba además por los resultados políticos de la votación general. Así, parafraseando la propuesta de Snow y Benford (2000), la credibilidad dependió de la consistencia del proyecto, de la credibilidad empírica y de la credibilidad de las y los autores, líderes o candidatos. La consistencia, o inconsistencia, del proyecto se refiere a la congruencia entre las visiones generales de cambio y estabilidad.

y de las características específicas del proyecto propuesto para el cambio, como lo veremos más adelante en el apartado que trata las características del proyecto político.

La credibilidad empírica se refiere al marco de alineamiento. Qué tanto la visión del cambio y del diagnóstico realizado encaja adecuadamente con el imaginario de la ciudadanía. No se trata, y esto es importante recalcarlo, de que las demandas y objetivos sostenidos en el proyecto sean "reales" o "válidos", sino que sean leídos por la ciudadanía como "reales" o "factibles". Y finalmente, sobre la credibilidad percibida. Esto tiene que ver con el hecho de la persuasión del discurso emitido por los candidatos a representación, de los líderes, de los candidatos presidenciales. Como veremos en cada uno de los casos empíricos, este aspecto no únicamente tiene que ver con el análisis del discurso emitido, sino con la etnografía situacional del discurso emitido ante las masas y sus reacciones emotivas.

Además de los tres elementos anteriores, la resonancia, de acuerdo con Snow y Benford, tiene una importancia primordial con respecto a lo sobresaliente que pueda resultar para los objetivos de la movilización política. Y en este sentido, otras tres dimensiones son cruciales: centralidad, conmensurabilidad experiencial y la fidelidad narrativa. La centralidad tiene que ver con las creencias, valores e ideas asociadas a los imaginarios de las masas, tanto en términos del discurso emitido en las plazas públicas como en términos de la inclinación ideológica de los votantes en general. Y si la centralidad tiene que ver con las creencias, la conmensurabilidad experiencial se refiere a la posibilidad de que el proyecto tenga resonancia con la experiencia personal y cotidiana de las masas, y de sus expectativas para alcanzar el cambio. Así, junto a la centralidad y la conmensurabilidad, está el factor de la fidelidad narrativa del proyecto, que significa el grado de resonancia de las narraciones culturales, los mitos, las presuposiciones dominantes o la ideología inherente en las masas. De esta manera, la alineación del discurso es un aspecto central, y la manera cómo los par-

ticipantes en los actos públicos se apropian socialmente del discurso y del espacio público.

Tales grados de resonancia se explican por inflexiones que las oscilaciones de la resonancia adquieren en determinados momentos, de ahí que una posibilidad para comprender su ondulación en el tiempo sea a través de esta comparación longitudinal y etnográfica de las campañas electorales. Es decir, la resonancia se explica sobre todo por las curvaturas, redirecciones, debilitamientos y fuerzas que consigue o pierde una acción, una idea o una experiencia, en contraposición con el paso del tiempo (como la pérdida de las frecuencias de oscilación de un columpio). Lo anterior implica que la concepción que entendemos aquí por resonancia no sea lineal, como la física clásica la analiza, ni unívoca, sino recíproca y dialéctica.

La resonancia biográfica (por ejemplo, los impactos a nivel del activismo) se encuentra íntimamente ligada a la resonancia histórica. Esta última, como vimos, es la que se relaciona con las complejas repercusiones personales, pero en vinculación directa con el entorno y con los sistemas o estructuras, a manera de los sistemas de Luhman (*cf.* Torres Navarrete 1999. Basabe Serrano 2005). Pero desde la perspectiva cultural de Snow y Benford (1988, 2000) retomamos la manera en que la experiencia social y cultural, más que neuronal, en determinadas fases de la vida, se interconectan no sólo con acontecimientos históricos relevantes, sino con el tono y pulsión de un determinado periodo histórico, lo que Raymond Williams (2011) llama “Estructura de sentimiento” o “tradición cultural”. O, en su caso, lo que Luhman considera como autopoiesis (o autorreferencia) de un sistema autónomo. De esta manera se permiten influencias recíprocas (como en nuestro modelo cuando hablamos de resonancias sincrónicas).

De esta manera, las resonancias, ya sean históricas o biográficas, son repercusiones culturales, marcadas por la presencia de impactos históricos en situaciones concretas. Experiencias que están en la memoria colectiva de algunos grupos o secto-

res sociales. De ahí la opción de estudiarlas en situaciones de gran significación política y en la manera como se socializa en el espacio público (*cf.* Scott 2007). Las resonancias son resultado del alineamiento de marcos de interpretación, de tramas multidimensionales de interpretaciones sobre mecanismos, trayectorias y procesos sociales e históricos, que se influyen mutuamente en el tiempo, se cruzan, impactan y se articulan entre sí con distintas direcciones e intensidades.

Si la resonancia es una articulación prolongada de eventos sociales en el tiempo, la confrontación de proyectos políticos en las campañas electorales fue trascendida por esas resonancias históricas, es decir, procesos sociales amplificadas que las tocaron irrevocablemente en su propia experiencia temporal. Pero al mismo tiempo, estas experiencias colectivas (en este caso las campañas políticas) impactaron consciente e inconscientemente fragmentos tanto imperceptibles como profundos de otras trayectorias, sin la cual no habrían podido experimentarse de la manera en que se plasmaron.

PROYECTOS ALTERNATIVOS DE FUTURO

Este proceso de resonancia histórica va construyendo una amplia subjetividad política en individuos y en grupos, que les hace constituir identidades colectivas expresadas en organizaciones y movimientos, así como prácticas que construye críticamente ciudadanía, agrupación de individuos y grupos sociales cuya experiencia va delineando un discurso de emancipación, que se confronta con otros discursos disímiles, constituyendo así una lucha de poder. Esos discursos se van haciendo proyectos, al principio serán proyectos inestables, inmaduros e incipientes. La resonancia ayuda a que estos proyectos se vayan convirtiendo en marcos de interpretación amplios, que les permiten transitar y corregirse en el camino, expandirse, y constituirse en referentes ya no locales y parciales, sino generales y universales difundidos entre una gran población. Son proyectos de lucha,

que se traspasan hacia proyectos de comunidad, de barrio, de ciudad, de clase, de género, de ciudadanía y de nación. Por eso decimos que un proyecto de revolución, en el sentido de transformar las condiciones de vida que afecta a un gran sector de la población es praxis e idea, es experiencia y resignificación de códigos dominantes.

En esos proyectos se reflejan posiciones irreductibles de clase, étnicas y de género y, en consecuencia, se crean ahí expectativas políticas, sociales y culturales de grupos diversos, que al actuar en interacción con otros hace que esas aspiraciones se conviertan en proyectos de ciudadanía y en utopías de emancipación. En estos proyectos están en juego al menos tres ámbitos de la política:

1. La visión de Estado, y más aún la relación que las formas de Estado deben tener con respecto de la sociedad civil.
2. La reivindicación que un grupo formula, con la finalidad de imponer una concepción particular de derechos, por ejemplo, poner énfasis en los derechos civiles o reivindicar derechos sociales, que ponen en tensión el carácter individualista de las libertades democráticas, por un lado, que se confrontan con el carácter colectivo, solidario y de bienestar social, por otro.
3. El cuestionamiento de las formas institucionales de participación y las distintas formas de practicar la democracia, sea en estrecha vinculación con estructuras de representación, sea en amplia libertad de acción a través de las luchas concretas por el poder.

De lo que se trata entonces es de imponer lo que previamente se ha llamado proyectos de ciudadanía, que son en realidad proyectos de emancipación, y puede particularizarse dentro de las fronteras de la nación, de una ciudad, o de sus particularidades en términos nacionales, sectoriales o antisistémicos (Dagnino, Olvera, y Panfichi, 2010; Tamayo y Navarro 2020,

Tamayo 2010). Los espacios de conflicto que se generan por la confrontación de estos proyectos son escenificados por actores sociales y políticos, convertidos en protagonistas en torno a un programa político, con demandas concretas, exigencias de lo que un grupo social considera como sus propios derechos.

Los programas políticos, a su vez, reflejan como dijimos visiones distintas de nación, sectoriales (urbanos, rurales, ambientales, de género, étnicos, de clase, etcétera) o antisistémicos (anticapitalistas), pero generalmente en correspondencia con intereses sociales concretos. Por eso escenifican conflictos de diverso tipo y expresan la cultura de los protagonistas organizados en asociaciones intermedias de la sociedad civil.

Así también, los proyectos se articulan a los movimientos sociales, que podríamos identificar con aquellas prácticas sociales que demandan derechos, opuestos a otras prácticas y a otras demandas de otros grupos de la sociedad. La existencia de movimientos evidencia la existencia de conflictos y de luchas de poder. Si la sociedad civil se constituye de asociaciones y organizaciones intermedias con diversos fines, la lucha política se consume entre distintas agrupaciones y segmentos de clases, así como movimientos, y así se entroniza a veces en amplios sectores. Cada grupo de estos señalados busca su asidero en las masas, las cuales actúan, interpretan y asumen su papel en un espacio construido de conflicto. Las masas de ninguna manera son neutrales. No hay por qué idealizarlas, pero tampoco desacreditarlas. Las masas asumen un papel clarificador en la política. Las multitudes legitiman las orientaciones políticas, clasistas o culturales de sus movimientos, que se concretizan en el contenido del programa político y la lucha de poder.

En consecuencia, al convertirse en movimientos políticos y ciudadanos de amplio espectro, al definir sus demandas contra el orden establecido o para jalar las riendas de ese orden, al desafiar, en un sentido u otro, la cuestión de quien ostente el poder para determinar los derechos y obligaciones de las y los ciuda-

danos, la ciudadanía (las masas) expresa su potencial clasista y político (cf. Barbalet, 1988).

En un Estado existen distintos proyectos de ciudadanía. Sólo algunos, al oponerse a los efectos perniciosos de la acumulación por desposesión, se identifican como proyectos anti-capitalistas. Muchos de ellos se ubicarían incluso por fuera de la lógica del conflicto capital-trabajo, mas no por fuera de los efectos de la globalización capitalista. La cuestión central es comprender los movimientos sociales en términos políticos, es decir, ¿quién en un momento histórico encabeza la lucha social bajo qué demandas, bajo qué objetivos y bajo qué programa de construcción ciudadana, social y político?

Los proyectos por la transformación, por lo tanto, se constituyen en un proyecto de vida, un proyecto de sociedad; e incluso, y quizá por eso mismo, puede considerársele como utopía. No sólo son proyectos y estrategias de acción, sino utopías. Proyectos que nos llevan por una ruta hacia objetivos finales con determinada intención. Utopías que pueden alcanzarse o no, pero queda claro que logran determinar comportamientos, formas simbólicas y experiencias del presente para alcanzar metas y objetivos (Tamayo, 2010).

Entender las resonancias históricas como trayectorias que desenvuelven en el tiempo proyectos de vida implica varios aspectos: es un proyecto societal, porque con los derechos se definen expectativas de sociedades históricas; se hace en la práctica, pero sobre la base de una utopía; construye identidad, porque implica un sentido de pertenencia a una organización territorial, a una membresía, o a una asociación de ciudadanos (como un *social closure*); su ejercicio comprende, por lo tanto, definir quiénes están dentro de este cerramiento (o límite) social y quiénes, quedan afuera, estableciendo así relaciones sociales, es decir identidades abiertas o cerradas (cf. Brubaker, 1992). Los proyectos de nación o de ciudadanía se difunden e implantan en la sociedad cuando logran levantar una gran fuerza social. El reto es, precisamente, responder a esto: ¿Cuál

es esa gran fuerza social? Esa fuerza asumirá la forma de un movimiento.⁴

Los proyectos de nación o de ciudadanía reivindican futuros alternativos al proyecto hegemónico. Pero las alternativas, muchas de las cuales, constituidas en utopías, se sustentan en al menos tres procesos combinados, que se cristalizan en resonancias históricas:

1. Las experiencias propiamente históricas de los individuos
2. La acción de los movimientos sociales que propugnan cambios o resisten embates desde el poder y
3. el imaginario colectivo que se proyecta históricamente hacia la construcción de un futuro promisorio.

Hasta 2018, podíamos definir cuatro proyectos de nación en México, que se disputaban el espacio de ésta, como veremos en los capítulos analíticos de las campañas electorales comparadas longitudinalmente. Estos proyectos son:

1. Un proyecto corporativista y autoritario, que no obstante haber sido histórico, ha cambiado y se ha ajustado a las nuevas relaciones internacionales dictadas por la globalización. Una parte de su apoyo social resiste el control corporativo, pero aún creen en la lealtad institucional. Ha quedado en franca minoría. Este proyecto estuvo impregnado de contradicciones, ya que su pasado histórico reivindicaba una ciudadanía social, que conculcaba los derechos civiles y políticos de los habitantes, permitiendo un control social férreo, pero ampliaba el Estado be-

⁴ Esta frase de Carlos Montemayor la retomo de un pronunciamiento suyo que me impactó hasta la fecha, en la ceremonia por el sexagésimo octavo aniversario luctuoso de León Trotsky, en el Instituto del Derecho & Asilo, Museo Casa de León Trotsky, 21 de agosto de 2008, *La Jornada*, 23 de agosto de 2008, sección “Cultura”, p. 6a.

nefactor. Con el neoliberalismo, estas tendencias internas de este proyecto rompieron inmisericordes esa fórmula de desarrollo social y se identificó claramente con una indignante corrupción, impunidad y profunda desigualdad social. Nos referimos primero a la corriente nacionalista revolucionaria que impulsó el PRI durante el siglo xx y que definió una ciudadanía social pasiva corporativa posrevolucionaria, hasta la incursión de la facción hegemónica que propugnó por un liberalismo social a partir de 1988 y a la fecha (Salinas de Gortari, 2008; 2010; Beltrones, 2011; Villamil, 2012; Tamayo, 1999; Palma, 2004, 2011).

2. Otro proyecto de nación se basa, también como el anterior, en impulsar la privatización (la acumulación por desposesión) sin miramiento alguno; pero este descansa en valores conservadores; no habría mayor objeción a promover la ciudad señorial, la ciudad empresa y la nación-empresa, sin ningún tapujo. Reivindica la ciudadanía civil, el individuo sobre la comunidad, y se acerca a ciertos rasgos de democratización, sólo por eso, pero no se da cuenta de que tal fórmula es insuficiente. La ciudadanía civil planteada en aislamiento propugna por un individualismo egoísta, arcaico, alejado de una respuesta necesaria para resolver las desigualdades sociales, ámbitos irreductibles de la política pública. Este proyecto es el punto de la alianza de la gran burguesía, del capital transnacional, la jerarquía católica y la ultraderecha. Impacta a una parte de la sociedad que se desborda ante el fanatismo y la mercadotecnia política, liberando esa religiosidad tantos años contenidos, y ese patriarcalismo a veces tan arraigado en las culturas nacionales. Este proyecto se ha afianzado desde la formación del PAN en 1939, basado en una versión de la democracia cristiana. A partir de la entrada del modelo neoliberal, el pragmatismo fue ganando adeptos con los gobernadores de Baja California.

- Guanajuato y Querétaro (*cf.* Mainwaring y Scully, 2010; Espino, 2009; Fox Quesada, 1999; 2006; Delgado, 2003; Vázquez Mota, 2011; Calderón Hinojosa, 2014; Loaeza, 1999; Palma, 2004; Rodríguez Araujo, 2004; Tamayo, 1999) y las presidencias panistas de 2000 y 2006.
3. El proyecto de centro-izquierda ha sido resultado de varios años de reflexión, práctica y modificación de ideologías. Se ha asumido como de tercera vía (Giddens, 2001); en algunos casos centrista y posmarxista; en otros casos, dentro de una de las corrientes de la socialdemocracia más radicalizada, asumiéndose de centro-izquierda. Ha admitido que una ciudadanía plena requiere equilibrar las expectativas sociales, con necesidades individuales y la apertura política multicultural. Sí al mercado, pero regulado. No al Estado que crezca y se extienda demasiado compitiendo deslealmente contra el sector privado económico. No es anticapitalista, sino que se acerca a ideologías nacionalistas progresistas, humaniza las diferencias sociales entre ricos y pobres, sin demonizar a los capitalistas. Además de lo anterior, todos esos ámbitos requieren de un ingrediente más, la democracia, para que funcione de la mejor manera. Y ése ha sido su mayor reto. La ciudadanía que se identifica con esta propuesta se habría emocionado ante las utopías de justicia e igualdad sociales de sus orígenes, pero se desvanece ante el resquebrajamiento y las pugnas internas, la institucionalización de la participación, que los han puesto en el camino de la claudicación socialdemócrata al libre mercado y a la obsesión del juego electoral (*cf.* Miliband, 1997). La traducción mexicana más cercana a esta tercera vía se puede encontrar en los vaivenes paradójicos de la izquierda electoral, especialmente de las tensiones entre el Partido de la Revolución Democrática (PRD) y el Movimiento de Regeneración Nacional (Morena como movimiento) y después Morena como partido político,

escisión del PRD, como podremos observar en el análisis longitudinal y comparativo de los cierres de campaña del 2000 al 2018. Para una perspectiva crítica de la tercera vía, véanse Denitch (2004); Saxe Fernández (2004) y Rodríguez Araujo (2002). Para la construcción del proyecto de ciudadanía, Garavito Elías (2010); López Obrador (2004, 2007, 2010); Cárdenas Solórzano (2005); Navarrete (2011); Palma (2004); Tamayo (1999); Aguilar (2009); Combes (2011).

4. Existe a la izquierda un proyecto propuesto a la sociedad civil, por un grupo no institucional anticapitalista, pero hoy muy fragmentario, que sin embargo, ha logrado impactar en ciertos sectores de la conciencia de trabajadores, clases medias urbanas y grupos étnicos. Se evidenció un proceso de correspondencia en torno a la lucha por los derechos civiles y culturales, aunque aún no se ha consolidado como alternativa política creíble, quizá por su sectarismo. La mejor expresión de este proyecto de ciudadanía que disputa desde su óptica la hegemonía de la nación es el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, en sus diversos esfuerzos por constituirse en una alternativa anticapitalista a nivel nacional (*cf.* Subcomandante Marcos 2007; Jardón, 2008; Holloway, 2002; Coll, 2011; Rodríguez Araujo, 2002).

POSFACIO

Este capítulo enmarca las nociones y conceptos que permiten explicar el proceso de formación de la conciencia colectiva. Aceptamos que en México se dio una revolución de las conciencias. No necesariamente una revolución como la han pensado los apologistas del gobierno de la 4T, sino más bien como un proceso dinámico, contradictorio, resultado de experiencias históricas, impactos sociales y formación de proyectos que se

dispusieron en un campo de conflicto de lucha por el poder. Definimos en una primera instancia lo que se entiende como conciencia pos-neoliberal, enmarcada en el proyecto alternativo de nación de AMLO, Morena y los intelectuales orgánicos que ayudaron a redactar su programa político. Es una conciencia que se queda encerrada en el sistema de cosas vigente y no llega a atreverse a ir más allá de la crítica al modelo exacerbado del neoliberalismo, sin transformarlo.

Después analizamos la idea de formación de conciencia de clase desde distintas perspectivas marxistas. La intención no fue señalar la importancia histórica de la conciencia de clase, aunque la tenga, sino sobre todo subrayar la importancia de los procesos culturales en la formación de la conciencia de clase. Esto nos permite entender en términos de totalidad la formación holista de la conciencia. Aquí destacamos la referencia del Che a nociones imprescindibles cercanas al humanismo, la justicia, la moral y el amor, con el objetivo de desmitificar el discurso del determinismo materialista y la ortodoxia economicista.

La discusión sociológica vinculada al pensamiento contemporáneo de la modernidad en autores como Ulrich Beck, Zigmunt Bauman y Alain Touraine, por una parte, así como la perspectiva de la psicología social recuperada de Erich Fromm y parte de la Escuela de Frankfurt permite comprender la complejidad en el proceso de formación de una conciencia que quiere alcanzar la emancipación. Pero este es un proceso tan complejo como contradictorio que nos obliga a pensar en la necesidad de otras nociones básicas, como el hecho de que la conciencia es un término polisémico y multidimensional.

Finalmente, quisimos introducir dos aspectos metodológicos fundamentales que permiten evidenciar y explicar el proceso de revolución de las conciencias, a partir de definir la noción de *resonancia histórica* y *proyectos alternativos de futuro*. Ambos conceptos explican el proceso histórico de formación

de la conciencia, y la incursión pedagógica necesaria para alinear visiones y alternativas de futuro.

Todos estos elementos están presentes en los periodos históricos del siglo xx que señalamos muy sucintamente (1968-1988 y 1988-2000) y explican la dinámica de la confrontación política y la lucha social en México en esa época. Pero también explican la manera en que se experimentaron en las dos primeras décadas del siglo XXI. Este libro se limita a los primeros 18 años de este siglo, para mostrar las formas en que las resonancias históricas de la lucha social y la definición de proyectos de ciudadanía le dieron contenido a la revolución de las conciencias, que se expresó en la victoria electoral de un nuevo proyecto, contenido por tanto tiempo en la oposición, y ahora instalado como gobierno de la 4T.

Esta revolución de las conciencias, que surgió como resultado de la lucha electoral del 2018, que quede claro, no se trata de una conciencia socialista, pero sí revolucionaria. Es decir, no todas las revoluciones, como vimos, son dogmáticamente socialistas ni marxistas. Una revolución es una transgresión institucional y un cambio brusco y radical de las instituciones. Si tomamos los dos tipos de Aristóteles, una revolución como cambio completo constitucional y otra como modificación de una constitución existente, la de AMLO se situaría más en la segunda, porque nunca se planteó una revolución que cambiara las estructuras sociales, sino que modificara, si acaso, el modelo de desarrollo. Hasta dónde llegue este tipo de revolución será materia de otro libro. La revolución de las conciencias que el gobierno de la 4T afirma haber pasado porque más de 53% de la población, una mayoría abrumadora en el contexto de las elecciones mexicanas, haya votado por un proyecto nacionalista, antineoliberal y popular, no habla de una conciencia socialista, ni una conciencia revolucionaria de tipo anticapitalista, que es la parte que más les interesa a las corrientes libertarias y marxistas ortodoxas, tanto como a otras tendencias más de centro y liberales.

Durante el periodo 2000-2018, que es el periodo que analizamos en este libro, se fueron delimitando los principios, los valores y la cultura política del proyecto de ciudadanía de la 4T. La alineación de diferentes proyectos y experiencias de la lucha social en torno a ese proyecto es lo que llamamos resonancias históricas. Éso le dio finalmente el triunfo a esta corriente, y se dio un cambio de régimen. Lo que se llamó Proyecto Alternativo de Nación fue la tesis adoptada de un hombre, pero fue elaborado por una comisión muy amplia, que sobrepasó la lógica de un solo individuo. Muchos de estos intelectuales pueden ser considerados de izquierda, en términos amplios. Muchos otros incluso provenientes o situados aún dentro del socialismo y el marxismo.⁵

Algunos sectores de la izquierda marxista coincidieron en caracterizar el proyecto del movimiento de AMLO de esta manera:

En efecto, este documento (el de AMLO) es, ante todo, un Proyecto político. En tanto Proyecto es una conjunción de deseos, de ideales y de plan: el deseo de otro México (no oligárquico y no neoliberal), la reafirmación de viejos ideales emancipadores que se remontan a la revolución francesa (“libertad, igualdad, fraternidad”) y a las luchas históricas de México, así como un plan para diseñar otro país. Como proyecto político es una propuesta

⁵ Los que colaboraron en este proyecto fueron: Arnaldo Córdova, Enrique González Pedrero, Luis Javier Garrido, José María Pérez Gay, Víctor Flores Olea, Lorenzo Meyer, Rogelio Ramírez de la O, Adolfo Hellmund, Juan José Paullada, Octavio Romero Oropeza, Luis Linares Zapata, Ignacio Marván Laborde, Julio Scherer Ibarra, Jaime Cárdenas, Luciano Concheiro, Héctor Díaz-Polanco, Elena Poniatowska, Laura Esquivel, Víctor Manuel Toledo, Cristina Barros, Víctor Suárez, Bolívar Echeverría, Armando Bartra, Jesusa Rodríguez, José Eduardo Beltrán, Agustín Díaz Lastra, Antonio Gershenson, Claudia Sheinbaum Pardo, Asa Cristina Laurell, Raquel Sosa Elizaga, Martha Pérez Bejarano, Bertha Elena Luján Uranga, Eréndira Sandoval y Jesús Ramírez Cuevas. Véase el texto de Andrés Lund Medina (s/f). Saludos - crítica al Proyecto Alternativo de Nación de AMLO. Partido Revolucionario de los Trabajadores, disponible en <<http://www.prt.org.mx/node/194>>.

dirigida al “pueblo mexicano” para disputar el poder político explícito (Estado) en las próximas elecciones, de manera pacífica y electoral, para desde ahí echar a andar las medidas planteadas.⁶

El proyecto es antineoliberal, nacionalista, pero se detiene en el preciso momento en que se requiere de una mayor fuerza para ir más allá, y continuar quebrando las fuertes estructuras del poder capitalista. Continúa:

En lo político, el Proyecto (Alternativo de Nación) manifiesta la tendencia democratizadora del mundo moderno: contra el Estado enajenado, defiende la soberanía popular, el respeto a la Constitución, un verdadero federalismo; tiene una política de valores ciudadanos, de derechos civiles y sociales, de cultura democratizadora, de ética republicana austera y combate a la corrupción; contra el neoliberalismo, reivindica al Estado social y al Estado benefactor, al Estado de Derecho y al Estado defensor de lo público contra las tendencias privatizadoras y mercantilizadoras; propone la elección de jueces y todas las nuevas formas de democracia participativa (referéndum, plebiscito, revocación, iniciativa popular, presupuesto participativo, acción ciudadana de inconstitucionalidad, audiencia pública, cabildo, consulta popular). El “Movimiento por la Transformación de México” encabezado por AMLO parte de la crítica a los dogmas absurdos del neoliberalismo (que identifica con políticas de saqueo y corrupción, con el abandono de la rectoría del Estado) y a un régimen oligárquico que ha secuestrado las instituciones públicas. Sin embargo, pese a que se denuncia que hay “una mafia que se adueñó de México” (económica y políticamente), ninguna de las propuestas que se hacen en la esfera política atentan contra su poder económico. Cuando mucho, se propone abrir los medios de comunicación de masas a la pluralidad social y, en lo económico, combatir los monopolios y “abolir los privilegios fiscales” para una redistribución de la riqueza social.⁷

⁶ Andrés Lund Medina (s/f). Saludos y crítica al Proyecto Alternativo de Nación de AMLO. Partido Revolucionario de los Trabajadores, disponible en <<http://www.prt.org.mx/node/194>>.

⁷ *Idem.*

Posterior a 2018, el ejercicio de gobierno de la 4T generó muchas contradicciones, dudas y enconos, que han permitido que muchos sectores de la derecha intenten una reorganización social y política; además, que otros desde la izquierda radical se opongan al gobierno, y otros más acepten una alianza táctica con la 4T. Pero eso será materia de otra historia, que habrá que contarla más adelante. Por ahora, nos interesa solamente sentar las bases de ese cambio, del tipo de revolución de las conciencias de la que se trata, y de la manera cómo a través de los significados simbólicos y la experiencia política en situaciones extraordinarias, podemos delinear esta conciencia. Creemos que las resonancias históricas muestran la forma en que la lucha social y la política se vinculan, del esfuerzo por construir o deconstruir alianzas poderosas que empujen proyectos de transformación, y que esos momentos de gran confrontación logren resonar históricamente en la conciencia de la gente. Por eso, descubrir estos elementos en los procesos electorales contenciosos y entenderlos, al contrario de la definición pragmática e instrumental de la política hegemónica liberal, más bien como espacios de experiencia, de confrontación y disputa nada menos que por la nación, que demuestra profundos conflictos y violencias políticas, nos permitirá incursionar en el sentido que ha adquirido esa conciencia en la ciudadanía mexicana.

Capítulo 2. Movimientos, alianzas y partidos

Un partido político, en la tradición weberiana, es un conjunto de individuos que coinciden en un programa común con el cual buscan detentar el poder por medios institucionales a través de elecciones. Esta ha sido la definición más célebre que ha orientado toda la caracterización y el análisis de los partidos políticos modernos en países democráticos. Una definición categórica que ha permitido delimitar la explicación del comportamiento de los partidos institucionalizados, legalmente reconocidos, y el sistema de partidos resultantes en regímenes políticos democráticos.

Siendo el estudio de este libro el caso de las contiendas electorales, deberíamos ceñirnos a estas definiciones y responder de manera más o menos clásica a la dinámica de estos procesos. En efecto, partiremos de estas bases. No obstante, el objetivo que tenemos para analizar las contiendas electorales en su acepción negativa no es reproducir y explicar los procesos como formas institucionalizadas y normativas de la lucha democrática por el poder en México, o en ningún otro país. El objetivo es más bien destacar las etnografías de las concentraciones políticas como una manera de recalcar las formas simbólicas de la contienda política electoral, no como un proceso

democrático e institucionalizado, sino como un campo de batalla de lucha irascible por el poder. Ponemos el énfasis, no en la centralidad de la estadística, sino en las siluetas y contornos de la contienda electoral (Tamayo, López Saavedra y Wildner, 2015). En procesos como éstos, no sólo se presentan pragmáticamente estrategias maquiavélicas impulsadas por el pragmatismo o utilitarismo político de las élites en turno (Rock, 2019) en contextos de competencia partidista, sino se expresan dispositivos y mecanismos simbólicos que reflejan culturas políticas disidentes y reforzadas en distintas ideologías en pugna.

De ahí que me parezca que la definición de partido institucional recorta analíticamente a un número amplio de organizaciones políticas que pueden llamarse partidos, pero que no corresponden a tales objetivos, ni medios ni fines. No siempre los partidos nacen en los sistemas parlamentarios, como señala Duverger (1979). Nos referimos a organizaciones no institucionalizadas, no legalizadas, aún proscritas, sin reconocimiento jurídico, de distinto signo de izquierda o derecha, clandestinas o abiertas, proelectorales o antielectorales, transgresivas o revolucionarias, que promueven la resistencia civil activa, violenta o pacífica. Ninguna de éstas cae en la definición clásica de partido, pero lo son.

Tampoco la idea de este capítulo, ni en general del libro, es hacer un recuento de todas estas organizaciones semi-institucionales. Se trata más bien de entreverar en las formas simbólicas institucionales como son las elecciones, otros mecanismos alternativos, cuáles partidos, líderes y coaliciones buscan superar los marcos restrictivos y reglas de comportamiento electoral que se les impone. Como nos dijo un candidato a alcalde en la CDMX, “las reglas son para romperse, los topes de gastos de campaña también” (Santacruz y Tamayo, 2011). Como este comentario, los procesos electorales no son asumidos por los contendientes como mecanismos democráticos, sino que están cargados de fuertes orientaciones y estrategias que pueden llegar incluso a la destrucción moral o de otro tipo de los

enemigos contendientes. En efecto, los competidores no son adversarios, se asumen como enemigos políticos (*cf.* Carl Smith en Mouffe 2003, 2011).

En esta lógica, entre otras, el papel central de la lucha política es la construcción de alianzas, como lo es también en la teoría de los movimientos sociales. Pero, las alianzas no son, en la medida que podamos ubicarnos en un marco democrático en el que se sitúan Sartori (2008) o Pasquino (2014), intercambios recíprocos de prebendas u oportunidades. Esto no es así, al menos no solamente. Las alianzas se convierten en un aspecto central en la organización de cualquier campaña política, sea institucional o no. Entre estas alianzas se expresan como significativas las relaciones entre partido y organizaciones, asociaciones o movimientos. Las campañas electorales sintetizan en muchos casos el conflicto social y político de un ciclo de protesta, y en la mayoría de los casos determinan las victorias o los fracasos. Así ha pasado en México en los últimos 20 años (Tamayo, 2019). En ese sentido, el énfasis de este capítulo para dar cobertura a los siguientes capítulos analíticos es reflexionar sobre las formas en que la relación partido-movimientos se han dado o se pueden dar en estos episodios de lucha por el poder, por medio de seis viñetas explicativas.

Destaquemos, antes de entrar en materia, dos ideas previas que pueden ayudar a comprender la formación de nuevos partidos como el PRD o Morena. Una primera parte de la definición de partido de Panebianco y retomada por Lakes (1995), es la que los sitúa como aparato o maquinaria electoral. En su caso, dentro del tema de las alianzas, se podría situar al partido electoral de masas, que surge de la asociación con movimientos populares. No obstante, estos últimos experimentan esta condición en un brevísimo tiempo, ya que al entrar a la dinámica del sistema se trastocan y transforman en partidos de cuadros. Una segunda idea, siguiendo a Lakes, parte también de la tradición weberiana que define a los partidos políticos de manera más amplia que la constreñida sólo en la función electoral. El

partido es una asociación dirigida a la consecución de un fin deliberado, ya sea objetivo, como la realización de un programa que tiene propósitos materiales o ideales; o personal, tendiente a obtener beneficios, poder, honor para los jueces y secuaces; o, en fin, tendiente a todos estos objetivos de manera conjunta (cf. Lakes, 1995). En el capítulo anterior vimos la importancia del proyecto o programa político para avanzar hacia un marco de referencia de carácter universal que abrace a diferentes sectores y grupos en una determinada sociedad, para aspirar a la hegemonía. En éste veremos el proceso en que la relación partido-movimiento permite la construcción de esos proyectos.

Para nosotros, la pregunta central de este capítulo que soporta la hipótesis general del libro es: ¿Hay posibilidad y de qué manera, de construir un partido desde el movimiento, o viceversa, hacer movimiento desde el partido? Éste es el dilema. Morena la organización política de López Obrador (AMLO) puede explicarse como un movimiento que construyó al partido, un movimiento popular de masas que, al lograrlo, el partido así formado destruyó al movimiento. No obstante, es posible pensar ahora que el partido Morena ni siquiera alcanzó la estructura firme partidaria que pudiera fortalecer liderazgos colectivos y consolidar una estructura de acción, sino al contrario, se fue convirtiendo en un aparato partidista del gobierno dominado por un líder central y carismático. Con todo, no debería sorprender al situarnos en el hecho de que Morena también surgió originalmente de una iniciativa política de varios grupos al interior del PRD. El vínculo movimientos y partido ha sido paradójico. De eso queremos reflexionar en este capítulo, de sus orígenes y trayectorias.

La relación partido-movimientos sociales es un problema teórico y empírico, que refleja un debate histórico amplio e inacabado. Si pensamos en la transición política y en la manera en que se fueron construyendo subjetividades, que alcanzaron lo que AMLO y otros autores denominan la revolución de las conciencias, la tesis de este libro parte del supuesto de que

una parte de este proceso se explica por la relación intrínseca e indisoluble entre el partido y los movimientos sociales. En términos amplios podríamos situar la noción de partido a partir de la precisión de Marx, como esa conciencia histórica de clase que da orientación y sentido históricos, enraizada profundamente en la experiencia de movimientos sociales, definidos éstos como campos culturales de conflicto que disputan proyectos de vida.

Desde una posición pragmática partidista, las definiciones proliferan entre diferentes tipos de partidos: de masas, de cuadros, de cuadros con influencia de masas, centralista democrático, de vanguardia, o como frente de organizaciones. El debate incluso se recrea incansablemente desde la ahora menospreciada perspectiva leninista del partido. En una arriesgada iniciativa de revisión de la experiencia histórica de la revolución rusa adelantamos una hipótesis que subraya que la visión de Lenin, sólo situándola en su contexto sociopolítico e histórico específico, se dirigió siempre a la necesidad de construir un partido revolucionario que permitiera superar el espontaneísmo de las masas. Al contrario, aunque sólo por circunstancias también históricas, León Trotsky, otro personaje central de la revolución, consideró primero la necesidad de erigir el movimiento, a partir de su propio liderazgo y experiencia personal en la construcción de los soviets en las revoluciones de 1905 y 1917 en Rusia, y desde ese posicionamiento, y sólo así, se planteó el vínculo con el partido bolchevique. Mi argumento es que ambas visiones, explicadas históricamente, plantean formas distintas pero complementarias de articulación del partido con el movimiento.¹ Aún más, el debate debe enriquecerse y complejizarse si atraemos al análisis las críticas ácidas de Rosa Luxemb-

¹ Para una descripción detallada del papel de Trotsky en la revolución rusa y en la construcción del partido bolchevique véase a Isaac Deutscher (1976) en *Historia de la Revolución Rusa* (Trotsky, 1987).

burgo² acerca del vacío democrático de los partidos socialistas y su imposición sobre los movimientos revolucionarios.

En efecto, el debate sobre la ausencia de democracia en los partidos se desarrolló desde principios del siglo xx con Moisei Ostrogoski (1902), quien analizó el funcionamiento de los partidos en EUA e Inglaterra definiéndolos como “máquinas en busca del poder a toda costa” Robert Michels (1911), por su parte, quien analizara el partido socialdemócrata alemán, y extendiera su análisis a los socialdemócratas de Francia, Inglaterra e Italia. Los argumentos fundamentales del análisis de estos dos autores establecen la seducción de los partidos a convertirse en verdaderas oligarquías, y la existencia perversa, casi inevitable, de camarillas y subclases. La profesionalización de políticos de los partidos marcaba, para Michels, el inicio del fin de un partido con voluntad democrática. Y en esa época la visión del partido se asociaba con términos guerreristas, cuyos significados estaban sesgados por conceptos amplios de organización militar, disciplinada y jerárquica. Se usaba indiscriminadamente una terminología tal como “marchas”, “combate”, “lucha”, “movilización”, “banderas”, “vanguardia” (*cf.* Alcántara, 2004), “lucha de posiciones”, “lucha de movimientos” (estos últimos desde un enfoque gramsciano a partir de las estrategias militares originadas en la Primera Guerra Mundial).

Actualmente, la discusión del vínculo partido-movimiento se recrea una vez más como uno de los más importantes temas en la construcción de partidos de izquierda, como son los casos

² Véase el libro de Ernest Mandel (1974) sobre las reflexiones de clásicos marxistas en referencia al control obrero, consejos obreros y la autogestión. En especial el capítulo “Rosa Luxemburgo”, de la cual se retoman aquí distintos escritos: “¿Qué quiere la liga Espartaco?”, en relación con el programa revolucionario; “Discurso en el congreso de fundación de la Liga Espartaco”, realizado en 1918, sobre la movilización de masas; y “La revolución rusa”, escrito en 1918, donde aborda la discusión de socialismo y democracia.

del Partido Socialista Unido de Venezuela,³ el Partido Popular de Panamá, y el Frente Amplio de Uruguay, el Movimiento al Socialismo de Bolivia, por sólo mencionar unos pocos.⁴

En México el tema se retomó en el contexto de la crisis interna del Partido de la Revolución Democrática (PRD) a 20 años de su fundación alrededor del 2009 y durante toda la segunda década del siglo XXI, crisis que destapó el ciclo de construcción de Morena como movimiento político, y después como partido político-movimiento. En este capítulo nos referiremos sólo a algunas dimensiones que podrían asociarse a los orígenes de este debate, desde distintas perspectivas teóricas y metodológicas, ya que son centrales para interiorizarnos después a las prácticas culturales de las distintas alianzas políticas entre partidos y organizaciones civiles, expresadas en los procesos electorales más importantes de los primeros 18 años (2000-2018), y que expondremos en los siguientes capítulos. Estas condiciones las presento como sigue en forma de cuestionamiento, sin orden jerárquico alguno: ¿Cuáles son los acercamientos teóricos que ligan sistema político, autonomía, militancia y movimientos sociales? ¿Qué relación entre partido y movimiento se planteó como estrategia en el caso del movimiento de Andrés Manuel López Obrador (AMLO)? ¿Qué relación del partido con los movimientos pudo expresarse en las complejas elecciones desde el 2000 hasta el 2018? ¿Qué construcción de partido movimiento, como dijeron algunos analistas, se propuso el PRD desde su fundación con el impulso que le dio el movimiento democrático de Cuauhtémoc Cárde-

³ Véase sobre esta discusión a *Marea Socialista*, núm. 1/ revolución bolivariana y socialismo, en *mareasocialista.com*.

⁴ Véase el artículo “El tema de los valores. Partidos de cuadros vs. partidos de masas” de Carlos Eduardo Rubio, en *prensa.com Panamá* del 14 de agosto de 2007. Fecha de la última visita: 31 de octubre de 2009. En el caso de México, es interesante la postura de Adolfo Sánchez Rebolledo, en “Organización, partido y movimiento”, en *La Jornada*, jueves 4 de diciembre de 2008 sección “Opinión”.

nas en torno a 1989?

¿Cuál ha sido, finalmente, la concepción hegemónica del partido para la izquierda, como frente de facciones, como un pacto de líderes de movimientos sociales, y a partir de qué origen y trayectorias?

VIÑETA 1. SISTEMAS POLÍTICOS Y MOVIMIENTOS

Existe un enfoque que analiza la estructura del sistema de partidos, más allá de la inmediata relación entre un partido y los movimientos sociales. Se trata de encontrar mecanismos causales que explican la consolidación e institucionalización del sistema de partidos sobre el desarrollo de los movimientos. Christian Adel Mirza (2006), desde un enfoque politológico, destaca la relación de los movimientos sociales con los sistemas políticos y su impacto en el desarrollo de la democracia. La hipótesis plantea que la desinstitucionalización y la deslegitimidad del sistema de partidos abren oportunidades para la emergencia y consolidación de la sociedad civil, entendida ésta en su parte organizada como movimientos sociales. La relación entre sistema de partidos y movimientos sociales debería analizarse así a partir del grado de institucionalización del sistema de partidos. La confianza en las instituciones democráticas (en cuanto a partidos políticos, poder ejecutivo y legislativo) determina el grado de institucionalización, medido a través de encuestas aplicadas en el Latinobarómetro, desde la perspectiva del modelo de institucionalización de Mainwaring y Scully (1995). Así, se establecen correlaciones entre confianza en las instituciones y densidad de la acción social colectiva en los países estudiados (Argentina, Brasil, Chile, Ecuador, Paraguay, Venezuela y Uruguay). Por ejemplo, para el caso de Ecuador existe una “correlación efectiva entre pérdida de confianza en las instituciones democráticas y un mayor desarrollo de la acción social colectiva” (Mirza, 2006:184). Aún más, aplicando la teoría clásica estática de la Estructura de Oportunidades

Políticas,⁵ afirma que, a mayor autonomía de los movimientos sociales respecto de los partidos políticos, mayor generación de alternativas de construcción democrática del sistema político. Las derivaciones del trabajo de Mirza son unívocas: la conformación de plataformas amplias de diversos actores y movimientos sociales contribuye a afianzar las capacidades particulares y consolidar su legitimidad social. En este sentido, sólo la ampliación de la participación no formal de la sociedad civil (léase movimientos sociales) consolidará un nuevo modelo de relaciones igualitarias, de modo que garantice la estabilidad de los sistemas políticos.

No todos los estudios de las Ciencias Políticas que retoman la correspondencia entre sistema de partidos, movimientos sociales y democracia llegan a los mismos resultados. A. Smith (2009) analiza para Bolivia la legitimidad de los agravios y su impacto en las preferencias a la democracia, el apoyo al sistema y la participación política. La pregunta central es si las actitudes de los bolivianos afectan, y de qué manera, la participación de los ciudadanos en un régimen democrático. Son tres las formas de participación en estudio: el contacto con funcionarios públicos, la participación en partidos políticos y la protesta. El estudio muestra que para aquellos bolivianos que estuvieron a favor de métodos institucionales de representación, apoyando la democracia formal, incrementaron su apego al sistema político tradicional y disminuyeron la elección por la protesta; en

⁵ Subrayo la perspectiva teórica clásica estática de la Estructura de Oportunidades Políticas (EOP), debido a los referentes de Mirza sobre dicho concepto, apoyándose en escritos previos de McAdam, Tarrow y Tilly. En textos posteriores estos autores han propuesto, con base en una autocrítica de su modelo estático de los movimientos sociales, un modelo dinámico basado en la identificación de los actores sociales y políticos. Sobre tal premisa, lo importante del análisis de la EOP no es la definición "objetiva" de dicha estructura, sino las apreciaciones que sobre ella tienen los actores, y en consecuencia los efectos y transformaciones de la EOP a partir de las acciones de movilización. Véase McAdam, Tarrow y Tilly (2003).

cambio, para aquellos ciudadanos que se manifestaron a favor de métodos populares de representación, el resultado fue totalmente opuesto, es decir, se desvaneció el apego al sistema institucional. Así, un mayor apego al sistema por los ciudadanos muestra una fuerte asociación con la participación institucional, en el sentido que predice negativamente la protesta, pero anticipa positivamente la militancia en partidos políticos y el acercamiento hacia funcionarios de gobierno. En cambio, una mayor preferencia por la democracia se relaciona con una fuerte disminución en la participación institucionalizada con partidos políticos y una mayor correlación positiva con la protesta. Así, el caso de Bolivia ofrece para Smith un claro ejemplo de la conexión entre participación individual, movimientos de masas y estabilidad en el gobierno. Bajos niveles de preferencia por la democracia y altos niveles de malestar político sugieren que las preferencias pueden incidir en cómo la gente decide participar. Quizá uno de cada diez ciudadanos puede ser parte de la protesta en algún punto de su trayectoria personal.

Aunque el análisis de la relación partido-movimiento se ha venido canalizando hacia la preocupación por la gobernabilidad y la estabilidad política, otros estudios con enfoques más cualitativos han observado variaciones regionales en el trabajo militante de los movimientos, y su impacto desde lo local en los procesos de transición democrática. En esta perspectiva, el análisis de Martín Aguilar Sánchez (2009) advierte la influencia de los movimientos sociales en el proceso de transformación del sistema político autoritario. En el desarrollo de estas luchas las dinámicas de confrontación se politizan casi inevitablemente, ya que para alcanzar sus propias reivindicaciones necesitan forzosamente enfrentarse al corporativismo, al clientelismo del partido hegemónico y al Estado autoritario. El estudio de las autonomías y la independencia política de los movimientos con respecto al Estado plantea como condición *sine qua non* la vinculación con organizaciones políticas, con las que establecen paradójicamente otro tipo de relaciones con diferentes

grados de subordinación y/o autonomía. El enfoque compara tres experiencias regionales con el PRD durante la década de los noventa.⁶ Advierte que la correspondencia entre movimientos sociales y el sistema político es muy compleja. No se trata solamente de medir y analizar cómo los movimientos sociales entran y salen del sistema político, sino de comprender de qué forma surge este proceso y qué tipo de transformaciones se producen.

El vínculo entre partido y movimiento se construye a partir de identificaciones ideológicas, alianzas políticas y vaivenes en el sistema político, pero a nivel micro-social estas relaciones abstractas adquieren significado con la participación militante y el entorno partidista. El militantismo se ha estudiado con acercamientos etnográficos y sociológicos, para comprender las articulaciones del activismo político en la construcción de acciones de movilización. Hélène Combes (2008) compara las concentraciones electorales de tres partidos diferentes en la ciudad de México, para indagar sobre las formas de organización de los participantes, y descubrir los mecanismos causales de las aglomeraciones con simpatizantes y miembros de organizaciones distintas al partido. La correspondencia asocia no únicamente la identificación de los ciudadanos con el partido sino resalta componentes del contexto histórico y de organización partidaria. Esta perspectiva entonces no parte de los movimientos, sino del partido. De esta forma, las concentraciones políticas son un punto de observación privilegiado de los entornos partidistas y de los *ethos* militantes. Combes ha participado en las etnografías situacionales de los cierres de campaña que describimos y explicamos en los siguientes capítulos. Así:

El análisis etnográfico articulado a la realización de entrevistas permite dar pistas de reflexión acerca de las re-configuraciones de

⁶ Las experiencias regionales son La Unión El Barzón, que surge en Zatecas; el movimiento campesino indígena y la coordinación por la defensa de Pemex en Veracruz; y el movimiento político en Tabasco.

la militancia partidista en México: la afirmación de la estructura territorial en el caso del Partido Revolucionario Institucional (PRI) frente a las grandes corporaciones, la llegada de (los llamados) “empresarios de la movilización” en el caso del Partido Acción Nacional (PAN), a pesar de la importancia de la estructura del partido; y finalmente la diversidad de las formas de movilización en el caso del PRD (Combes, 2012: 201-232).

En la reconfiguración del perfil de los activistas se asocian también variaciones de las sociabilidades militantes dependiendo del tipo de partido, como pueden ser la familia o las redes sociales diversificadas. Pero además, desde ese enfoque es posible vislumbrar los *habitus* políticos de los sectores populares.

El análisis de las concentraciones políticas partidarias, específicamente electorales, sirven entonces como un primer punto de observación de las modalidades y formas de la movilización. Se trata entonces, desde las herramientas de la sociología de la acción, preguntarse ¿cuáles son los recursos movilizados –materiales, organizacionales y simbólicos-, que explican la presencia de militantes o simpatizantes en las concentraciones políticas? ¿Cuáles son los dispositivos que explican dicha movilización?

VIÑETA 2. EL MOVIMIENTO DE AMLO

El caso de AMLO es sintomático sobre la relación del partido con una de las más grandes movilizaciones ciudadanas en la historia de México. Martín Aguilar (2009) expone bien los antecedentes de lo que llama el movimiento político de Tabasco surgido contra el fraude electoral encabezado por AMLO. Posteriormente, en una investigación etnográfica sobre las distintas movilizaciones que catalogamos genéricamente “por la democracia” identificamos cuatro objetivos de esta relación entre partido y movilizaciones: a) la protesta contra el desfuerzo de López Obrador en 2005; b) el análisis de la cultura política en los cierres de campaña del PRD en 2006, a partir de los simpatizantes partidarios; c) el seguimiento del movimiento

poselectorales contra el fraude en las elecciones presidenciales de ese año y de las movilizaciones posteriores que instauraron la Convención Nacional Democrática (CND); d) estudiamos después el movimiento contra la privatización del petróleo, impulsado por el mismo movimiento y originado en la lucha contra el fraude, transformado entonces en Movimiento Nacional en Defensa de la Economía Popular, el Petróleo y la Soberanía, así como la estructura de organización política basada en lo que se denominó las Casas del Movimiento (cf. Tamayo, 2016).

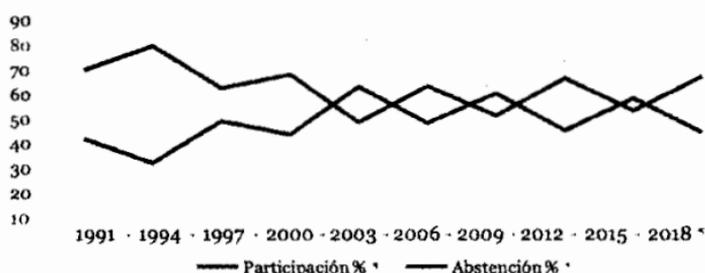
La correspondencia que encontramos aquí entre partido y movimiento expresa una asimetría y desequilibrio en lo que Beatriz Stolowicz (1999) señala como la tríada fundamental de la fuerza de un partido, compuesta por la fuerza política, la fuerza electoral y la fuerza social. Acercando esto a la perspectiva anotada en la viñeta 1, en México distintas encuestas sobre valores y cultura cívica refieren a un porcentaje significativo de la ciudadanía que no confía más en los partidos políticos. El aumento del abstencionismo en México, como se muestra en el cuadro 2.1 y la gráfica 2.1, a partir de datos del IFE-INE, es la mejor forma de corroborar esta afirmación.

Cuadro 2.1. Participación ciudadana en elecciones federales 1991-2018

Año	Participación %	Abstención %
1991	65.97	34.05
1994	77.16	22.84
1997	57.69	42.31
2000	63.97	36.03
2003	41.68	58.32
2006	58.55	41.45
2009	44.81	55.19
2012	62.08	37.92
2015	47.07	52.93
2018	63.1	36.9

Fuente: Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica. (2017). Estudio comparativo sobre la Participación Ciudadana en las Elecciones Federales de 2009, 2012 y 2015 [Tabla]. Disponible en <https://www.ine.mx/wp-content/uploads/2018/01/DFECEYEC_Comparativo_VF.pdf>.

Gráfica 2.1 Participación ciudadana en las elecciones federales 1991-2018



Fuente: Elaboración propia con información de Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica. (2017). *Estudio comparativo sobre la Participación Ciudadana en las Elecciones Federales de 2009, 2012 y 2015*, disponible en <https://www.ine.mx/wp-content/uploads/2018/01/DECEYEC_Comparativo_VF.pdf>.

El porcentaje de abstención en los distintos años de elección presidencial, así como en los años con elecciones intermedias aumentó significativamente. Mientras que en 1994 el abstencionismo fue de 22.84 por ciento, durante las elecciones del siglo XXI subió a 36 % en el año de la alternancia y en 2006 llegó hasta 41.45%. Casi 20 puntos más en un lapso de 12 años. La tendencia continuó en el periodo entre 2009 y 2018 siguiendo los flujos entre elecciones presidenciales e intermedias. Fue 2018, cuando de nueva cuenta la contienda se definió entre la continuidad del neoliberalismo o la alternativa de lo que llegó a llamarse el progresismo tardío de AMLO (Gaudichaud, Webber y Modonesi, 2019). Eso muestra, en efecto –y en correspondencia con otros datos como la alta competencia entre partidos y los resultados electorales– la potencialidad o debilidad de la fuerza electoral de un partido político. Pero eso no explica todo el problema, como podemos deducir del análisis de Martín Aguilar Sánchez expuesto en la viñeta 1. Es importante que la fuerza electoral del partido se equipare a la fuerza social y sobre todo a su real fuerza política, es decir, el impacto o resonancia histórica que tiene sobre la transformación real de las instituciones. AMLO demostró una fuerza social inédita. Las mega-movilizaciones que llevaron al mega-plantón en

la ciudad de México en 2006 lo confirmaron. La estrategia del movimiento fue la formación de dos estructuras organizativas paralelas y aún convergentes, los comités del gobierno legítimo y las casas del movimiento. El vínculo del movimiento con partidos políticos más allá del PRD a través de una estrategia político-electoral se alcanzó con la formación del Frente Amplio Progresista (FAP). La liga con las estructuras de gobierno de la ciudad se fortaleció por el hecho de que el Gobierno del Distrito Federal (GDF, hoy CDMX) estaba controlado por el PRD. Además, una estrategia jurídica dependiendo de la coyuntura, y finalmente un plan de difusión del movimiento a través de medios, fueron otras fuentes alternativas de movilización de recursos (cf. Tamayo, 2016). Ello muestra que, aún cuando el movimiento se sostuvo con asociaciones, sindicatos y partidos preexistentes, las formas de organización del movimiento se innovaron por la misma dinámica del movimiento. Superaron el entorno de las organizaciones participantes y se extendieron más allá. Volveremos a eso más adelante en la discusión del tema. No obstante, es importante decir por ahora que la jerarquía del partido se hizo presente en los propios actos de masas, como en otras ocasiones. Un recuento del mitin de cierre de campaña electoral del PRD en 2006 es ilustrativo en ese sentido (véase el capítulo 4 de este libro).

La apropiación social de las organizaciones y del espacio público (Tamayo y López Saavedra, 2012; Tamayo 2016) densificó el espacio público. De decenas de grupos de identidad, en su momento la colectividad se constituyó en multitud. Se desvaneció de repente la identidad social y política de cada una, para mostrar un sentido de pertenencia único en torno a la figura del líder y sus íconos partidarios. Con todo, esa totalidad se formó por agregaciones, organizaciones populares, organizaciones políticas, organizaciones sindicales y ciudadanas, cada una con identidades propias que cedían su lugar al marco he-

gemónico.⁷ A pesar de que los contingentes definían sus límites, la multitud se constituyó en masa, espontáneamente el sentido del nosotros se hizo a partir de la identidad con su líder. La masa no estaba en los balcones de los edificios que rodeaban la gran plaza, por lo que no podía tener una idea de totalidad del acto. Desde algunos puntos remotos era imposible distinguir al candidato. Pero el imaginario hacía que la gente lo sintiera como si estuviera al lado suyo, y comentaban coloquialmente: “Si lo hacen perder (a AMLO), viene la revolución contra esas chachalacas”. Las organizaciones disciplinadas organizaban las consignas y los vítores. Entre las organizaciones y la gente hicieron sus propias pancartas. Y la religiosidad popular estuvo presente. Para Guillermo Almeyra (2006) la religiosidad se justifica si viene del pueblo. Y pareciera que es parte intrínseca del discurso de AMLO en mítines públicos que le hacen desvanecer la defensa irrestricta del Estado Laico al que se debe todo mandatario que se digne respetar la Constitución. ¿Hasta dónde un dirigente debe ceder a las tradiciones e imaginarios espirituales de la gente para mantener un cierto nivel de aceptación? es una pregunta pragmática que debe explicarse en el marco del nuevo proyecto alternativo de nación.

Entre muchas cosas, el recuento de este mitin en el capítulo 4 destaca una fuerte presencia del líder y llama la atención sobre una importante relación más, la del líder-partido-movimiento. Un movimiento necesita y forma a sus líderes. ¿Cómo debería ser pues la constitución colectiva de ese liderazgo? La teoría de los *nuevos* movimientos sociales (NMS) desde su elaboración (cf. Touraine, 1994; Melucci, 1996), hasta la nueva definición que hace Wieviorka (2009) de movimientos globales, asegura una caracterización tajante con varios supuestos: se

⁷ Como ejemplo, podríamos decir que en esa campaña la participación se expresó a través de un número creciente de organizaciones sindicales urbano-populares, tales como sindicatos, redes ciudadanas, organizaciones populares, comunidades, asociaciones cívicas y organizaciones políticas.

identifican los NMS por no tener liderazgos formales, ni organizaciones estables, ni se plantean la toma del poder. Son así apolíticos, apartidistas y culturales.

La realidad mexicana y otros estudios sobre América Latina, como hemos visto, desmitifican tal elucubración. Los movimientos sí tienen liderazgos, a diferentes escalas y con jerarquías bien marcadas; sí están en vinculación con los partidos, con el sistema de partidos y el régimen político; esa articulación depende de la forma en que el partido se asume y se inserte en la dinámica propia del movimiento y se definan los puentes de alineamiento de marcos (Scott, Benford y Snow, 2006; Tamayo, 2016), de la participación y la concepción que tengan de autonomía. Las etnografías de los casos electorales que registramos evidencian este señalamiento. En consecuencia, los movimientos sociales sí se plantean el asunto del poder precisamente por el tipo de articulación que pueda darse con el partido u organización política, sea institucionalizado o clandestino, sea sobre la base del respeto a su autonomía, o al contrario, subsumiendo al movimiento en la estructura partidaria y el sistema político.

En otras palabras, Leon Trotsky en su obra *Historia de la Revolución Rusa*, expone la necesaria y dialéctica relación entre los movimientos de masas y el partido político. Se parte de la base que las masas no participan en un movimiento o en una revolución con un plan preconcebido de la sociedad nueva, pero sí con un sentimiento claro de la imposibilidad de seguir soportando la sociedad vieja, o la insoportable situación de vida en que se encuentran. La articulación del partido con los movimientos permite ir delineando y sometiendo la estrategia política que se somete a prueba y error y a la aprobación de las masas. Dice así:

Sólo estudiando los procesos políticos sobre las propias masas se alcanza a comprender el papel de los partidos y los caudillos[...]
Sin una organización dirigente, la energía de las masas se disiparía,

como se disipa el vapor no contenido en una caldera. Pero sea como fuere, lo que impulsa el movimiento no es la caldera ni el pistón, sino el vapor” (Trotsky, 2017: 28-29).

Asociando la metáfora, diríamos con Bauman que la modernidad líquida produce movimientos líquidos, que fluyen sin control hasta desaparecer, si no cuentan con un contenedor que los soporte con suficiente densidad, como se refiere la crítica de Bauman a las revoluciones líquidas de la primavera árabe de 2011, flujos sin direccionalidad, sin estructura, sin liderazgos históricos. Varios trabajos han profundizado el estudio de casos donde la relación entre partidos, formas de organización política y movimientos sociales se desenvuelven a través de trayectorias históricas. Así es la experiencia de los movimientos sociales urbanos que surgieron al calor de la lucha por la reconstrucción de viviendas y de zonas urbanas de la ciudad a raíz de los sismos en la CDMX en 1985. La Unión de Vecinos y Damnificados 19 de septiembre fue una organización central que experimentó diversos grados de articulación con organizaciones políticas, ninguna perteneciente al sistema de partidos institucionalizado, como el Partido Obrero Socialista (Uníos, el Partido Mexicano Socialista, la construcción posterior del Frente del Pueblo. La fuerte vinculación política no redujo la autonomía de la organización social, sino que permitió construir una de las organizaciones sociales más sólidas del movimiento de damnificados de esa época (González Ibarra, 2018).

VIÑETA 3. LOS MOVIMIENTOS EN ELECCIONES LOCALES

Destaca el hecho de que, en el PRD, ante la escisión programática evidenciada entre dos principales fuerzas a su interior, sobre todo a partir de la derrota electoral de 2006 ante el candidato derechista Felipe Calderón Hinojosa, el peso dado a la opción electoral, el movimiento o las formas de control de los liderazgos fueron diversos e incluso dispares. Es significativa la forma

en que se expresaron los conflictos en las delegaciones Iztapalapa y Miguel Hidalgo en el DF durante las elecciones intermedias de 2009, que quisiéramos retomar para ilustrar este punto. El caso “Juanito” es sintomático en este sentido. Juanito fue un líder perredista de organizaciones informales en la Delegación Iztapalapa, que cayó irremediamente en la vorágine de la corrupción y la guerra sucia electoral. Ello desestabilizó cualquier intento de mantener un compromiso respetuoso entre el partido y distintas organizaciones del movimiento social. El conflicto político y electoral se diseminó por todo el movimiento, precisamente porque no se dieron límites claros de diferenciación entre uno y otro. No obstante, deberíamos reconocer al menos que fue muy difícil que esos límites pudieran haberse observado con claridad. La politización de los movimientos no es únicamente el paso de un estanco de conciencia a otro superior de la política, sino que este trayecto se enfrenta al riesgo de imitar las prácticas perniciosas de corrupción y de la estructura jerárquica y oligárquica del partido, tal como lo pensaba Michels ¿cómo entender si no, los golpes bajos en el entorno de la Delegación Iztapalapa, que se dieron indistintamente entre organizaciones sociales y corrientes partidistas? ¿Cómo explicar el hecho de que un líder connotado del PRD llamara por un voto diferenciado a favor de otros partidos antagónicos, dependiendo de la correlación de fuerzas internas y de los candidatos oficialmente propuestos por el propio partido? ¿Cuál es la noción, si es que la hay, de centralismo democrático, o de centralismo a secas, que se practicaba en el PRD? Alrededor de la debacle de la Liga de los Comunistas en la década de 1850, Karl Marx de alguna manera discurría en este dilema, entre lo que debería entenderse como disciplina del partido y la intención individualista de sus miembros para hacer pública alguna diferencia de fondo que arremetiera contra los principios partidarios (cf. Jones, 2018). Como puede verse, éste es un dilema irresuelto hasta ahora, con excepción de la línea más militante de la concepción del partido leninista acerca del centralismo democrático.

Otro caso relevante que puede ilustrarse a través de elecciones locales fue el caso de la Delegación Miguel Hidalgo en la ciudad de México. También en 2009 se mostró este desequilibrio absoluto entre partido y movimiento. Una investigación sobre el seguimiento de la campaña del PAN para delegado en esta demarcación llamó la atención acerca de los compromisos y negociaciones que el candidato panista fue construyendo con la corriente Nueva Izquierda del PRD. Su principal rival de entonces era la deportista Ana Gabriela Guevara, candidata por el PRD. Pero en la Miguel Hidalgo este partido estaba dividido. Algunos líderes y miembros de organizaciones populares perredistas asistían a mítines y cierres de campaña del candidato del PAN para sumarle audiencias y llenar el espacio público de los eventos panistas. Sus partidarios, sin embargo, no llamaron nunca a votar por el PAN, sino por el candidato del Partido Social Demócrata (PSD), un pequeño partido local. No obstante, eso fue suficiente para que el partido blanquiazul ganara la elección, pues, de cualquier forma, el efecto de esta alianza fue contundente al quitarle miles de votos a la candidata oficial del PRD. La alianza PRD-PAN se alcanzó con el único fin de minar la fuerza electoral del propio partido en esa demarcación. Otra vez surge la pregunta ¿cómo se entiende aquí la disciplina partidaria? ¿Por qué tales diferencias en las prácticas electorales, que motivaron a realizar prácticas desleales con alianzas subrepticias por el mero objetivo de minar la fuerza de adversarios del propio partido? ¿Por qué se prefirió reducir la fuerza electoral y política del PRD como institución, con tal de que una militante del mismo partido ganara la elección? ¿Por qué se prefirió dañar la estructura de una institución a perder la hegemonía interna y personal de conducción política? ¿Y los movimientos? ¿Cuál es su papel en toda esta maquinación? Fue evidente aquí la relación clientelar que existía sobre las organizaciones sociales. De ese modo ¿por qué los participantes de esas organizaciones no opusieron ningún tipo de objeción para asistir a los actos del PAN, siendo que pertenecían supues-

tamente a organizaciones independientes, aunque lideradas por militantes del PRD? ¿De qué manera se dio ahí el vínculo partido-movimiento? (cf. Santacruz y Tamayo, 2011).

VIÑETA 4. LA VISIÓN PARTIDO-MOVIMIENTO

Una primera reflexión sobre definir a un partido-movimiento debe tomar en cuenta el origen, las herencias políticas y las trayectorias del partido (Alcántara, 2004). En el caso del PRD, como después el de Morena, varios estudios han definido al partido desde su fundación como un “partido-movimiento”. Es de llamar la atención dos hechos sobresalientes: para el caso del PRD, a 20 años después de su fundación, hacia 2008, tres corrientes al interior del PRD se plantearon una reflexión en ese sentido. Algunas de estas facciones fueron después promotoras de Morena, constituido en 2010, y otras se mantuvieron hasta la debacle del PRD en 2018, para pasar también a formar filas en el nuevo partido.

El primer hecho se refiere a la corriente Izquierda Democrática Nacional (IDN) que estableció, para ser discutida y en su caso aprobada en el XII Congreso Nacional del PRD de diciembre de 2009, una propuesta de construir como línea política general al partido-movimiento. El segundo hecho relevante para los efectos de este trabajo, considera a las corrientes Unidad y Renovación (UnyR) e Izquierda Social (IS), las cuales, criticando el vacío ideológico y político de la entonces dirigencia partidista organizada ésta en la corriente Nueva Izquierda, llamaron, posterior al XII Congreso Nacional, a impulsar la construcción de un *movimiento social reivindicativo* de las demandas de la población. ¿Cuáles son realmente esos ejes de construcción del partido?

En primer lugar, IDN reconocía el hecho de que no bastaba participar en elecciones para aspirar a una transformación de la sociedad. Pero tampoco la lucha social por sí misma era su-

ficiente, si ésta no iba asociada a un proceso político en el terreno del sufragio efectivo. Una participación política sin una estrategia electoral diría esta propuesta, generaría la preeminencia de una visión economicista, gremialista, corporativista y clientelar. Se buscaba entonces articular la lucha electoral y la lucha social. Se privilegiaría la democracia participativa, directa, que impulsase el poder ciudadano y con ello el poder popular. La visión al parecer es que la correspondencia de la lucha social y la lucha electoral tendría un efecto político mayor. Se pensaría que la estrategia es penetrar las organizaciones sociales para mejorar las opciones electorales del partido.⁸

La justificación de la IDN parecía en principio aceptable. Proponía territorializar la acción partidaria, con una lógica hacia el movimiento urbano y campesino, pero dejaba de lado la relación del partido con el movimiento de trabajadores en sindicatos. Con todo, sugería la organización de comités de base, que sería el núcleo de organización de la población; sería éste además el órgano de decisión fundamental y no las cúpulas. Implicaría la formación de una coordinadora de comités de base, de colonia, pueblo o comunidad, donde se nombrasen representantes al consejo municipal, estatal y nacional del partido. Ahí habría una dirección, pero se moverían por mandato. Tampoco se trataría —así se explicaba— de provocar una imposibilidad de las direcciones, pero la idea central era que las direcciones fueran en realidad representantes populares. No obstante, la confusión fundamental y de origen que permeaba todo el documento estuvo en ubicar al movimiento y a las organizaciones sociales como sinónimos. Lo abordaremos más adelante.

En segundo, está la perspectiva de las corrientes UnyR e IS. El 21 de febrero de 2010, en un acto masivo estas dos corrientes formalizaron la creación de un Frente Amplio por la Igual-

⁸ Véase la página de Izquierda Democrática Nacional, disponible en <<http://www.idn.org.mx>>.

dad Social (FAIS), en la que reprobaron la política de alianzas del PRD que la dirigencia nacional había impuesto, en la que privilegiaba los acuerdos con el PAN o con el PRI, dependiendo de las condiciones locales. El Frente fue resultado del primer Encuentro Nacional de Dirigentes de Izquierda Otro México es Posible al que invitaron a la corriente IDN. El FAIS formado por más de 127 grupos sociales tenía como objetivo fortalecer una candidatura única del movimiento democrático para la elección presidencial de 2012. Para ello debería primero vigorizarse al movimiento popular y a las organizaciones sociales, sin que ello implicase dejar de lado la participación del FAIS en los procesos internos del partido. Para contrarrestar la política errática de la dirigencia nacional del PRD el Frente pretendía impulsar la unidad de las organizaciones sociales y populares con el objetivo de rescatar los valores y principios del PRD.⁹ Otra vez, como en el caso de la IDN, el objetivo medular era el partido, y los movimientos tendían a ser un recurso más que les permitiera consolidar al partido como un polo de la izquierda. El movimiento, siguiendo la estrategia de estas corrientes, se convertiría en un medio para la consecución de un fin que era el partido, y no al revés, la consolidación del partido para lograr el fortalecimiento del movimiento.

Esta estrategia no es nueva en México. Apareció al menos desde finales de los años setenta, en la época del ascenso del movimiento y la constitución de coordinadoras sectoriales a nivel nacional, como en el movimiento urbano popular, el magisterial, el campesino, el Frente contra la represión y el Frente de mujeres. Algunas corrientes construyeron una perspectiva a mediano plazo basado primero en la articulación de movimientos de masas que empujarían después la construcción de

⁹ Véase los artículos de Ángel Bolaños Sánchez “Izquierda Social y UnyR llaman a reflexionar sobre el rumbo del PRD” en *La Jornada* domingo 21 de febrero de 2010; y de Rocío González Alvarado “Corrientes perredistas prueban política de alianzas electorales con PAN y PRI”, en *La Jornada*, lunes 22 de febrero de 2010.

partidos políticos, como fue después el caso de algunos grupos de la izquierda revolucionaria de masas y corrientes proletarias. Algunos ejemplos más, como indicamos anteriormente, se mostraron en la construcción de frentes del pueblo con la intención de politizar la movilización social y popular (González Ibarra, 2018) y de los resabios de organizaciones de liberación nacional. Morena se fortaleció de estas orientaciones.

VIÑETA 5. LOS MOVIMIENTOS EN EL ORIGEN DEL PRD, RESONANCIAS HISTÓRICAS DE MORENA

Estos planteamientos dejan en una situación ambigua las contradicciones inherentes de la relación partido-movimiento, tanto en términos del “partido sustituto”, que suplanta la autogestión de los movimientos, como en su caso el partido que pretende un real enraizamiento en los movimientos, respetando su autonomía. Veamos por qué.

Este dilema se presentó con mayor fuerza hacia el final de la década de los ochenta del siglo XX por múltiples organizaciones políticas y sociales que confluyeron en la corriente nacionalista revolucionaria del PRI, para fusionarse después en lo que fue el origen del PRD. Ante la convocatoria de Cuauhtémoc Cárdenas, estas organizaciones se preguntaron ¿qué tipo de partido construir? Hélène Combes (2004) describe la trayectoria de la política contestataria durante la transición de la década de los ochenta, en la cual se observa la fuerte influencia del movimiento urbano popular (MUP) y el movimiento estudiantil en la dirección nacional del PRD, pero aún entonces la hegemonía política la tenía la corriente democrática del PRI. Por eso este dilema, desde entonces, acabó subsumiéndose en una ideología nacionalista revolucionaria y una práctica clientelar antidemocrática. Éste no es un dato menor porque explica en mucho las identidades construidas y expresadas en las etnografías situacionales de los cierres de campaña que se expo-

nen en los siguientes capítulos, y asimismo son referentes para comprender mejor la construcción de la subjetividad política de la ciudadanía organizada. Así, sobre el origen del PRD, Rosa Albina Garavito¹⁰ lo expresa así:

A pesar de haber contribuido de manera determinante a la modernización, a la puesta al día del sistema político nacional, el PRD es un partido pre moderno. Esa pre modernidad la analizo en dos dimensiones: a) lo es porque prefirió anclarse en la ideología y en el proyecto económico del nacionalismo revolucionario, antes que construir uno que democratice la política y la economía, y b) porque se encuentra preso del caudillismo en la relación con sus dirigentes históricos, y preso también de la impunidad y el autoritarismo en su vida interna[...]

El PRD —continúa Rosa Albina— vive también en la paradoja permanente de haber nacido para luchar por el respeto al voto de los ciudadanos para la elección de sus gobernantes y representantes populares y ser un partido antidemocrático. Uncido a sus liderazgos carismáticos, primero el de CCS y ahora el de Andrés Manuel López Obrador, AMLO, no se trata de un partido de ciudadanos libres, pues además los militantes se encuentran secuestrados en las redes de los grupos de poder internos, que manipulan todos los mecanismos de decisión, desde el padrón de afiliados, hasta las votaciones en asambleas mediante el clientelismo. Se trata de una lucha interna desigual, pues quien mejores instrumentos tiene para la manipulación de decisiones y votaciones, es también quien mayores recursos posee, en un sistema en el que el origen y monto de los recursos que financian la actividad de los grupos al interior de los partidos, no es auditado ni supervisado.

En efecto, podríamos decir que el movimiento social de izquierda pasó de ser una resistencia heroica en los setenta y ochenta, a una posibilidad real y nacional de ser gobierno, en la medida que se subordinó al proyecto nacionalista revolucionario en

¹⁰ Véase el texto “México, sin partido de izquierda”, de Rosa Albina Garavito Elías, en José Othón Quiroz, Nicolasa López Saavedra, Sergio Tamayo, María García Castro (2011). *Izquierdas: nuevas y viejas*. México: UAM Azcapotzalco y Eón.

1988. En la formación de este nacionalismo como opción política se unieron dos principales corrientes: el neo-cardenismo que apoyaba el proyecto revolucionario de Lázaro Cárdenas y la mayor parte de la izquierda socialista. Con múltiples contradicciones, sin embargo, esta izquierda fue representada por el Partido Mexicano Socialista (PMS), el Partido Popular Socialista (PPS) y el Partido Socialista de los Trabajadores (PST). Además, en la campaña electoral de 1988, Cuauhtémoc Cárdenas obtuvo el apoyo de muchos grupos de la izquierda socialista radical tales como trotskistas, de una parte del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), maoístas de la Organización de Izquierda Revolucionaria (OIR-LM) y Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), de la Organización Revolucionaria Punto Crítico (ORPC), de la Coalición Obrero Campesino Estudiantil del Istmo (COCEI), de la Unión de Lucha Revolucionaria (ULR), del Movimiento de Lucha Revolucionaria (MLR), y de la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR). La formación del PRD en 1989 sintetizó así la opción política desarrollada en la campaña electoral del año anterior.

Antes que eso cada organización social asumía en realidad posiciones ideológicas partidistas y visiones distintas de construcción del partido y del movimiento de masas. Lo cierto es que los vaivenes en la construcción de fuerzas políticas determinaron las características de los movimientos influidos por ellas. Así fue el caso de las corrientes maoístas, con sus intentos de fusión y sus escisiones. El planteamiento inicial de los maoístas era construir diversos movimientos que fueran la fuerza social sobre la cual, ya agrupados, constituir una fuerza política (entrevista con Ricardo Hernández, en Leslie Serna, 1997). La Coordinadora Nacional del Movimiento Popular (Conamup) fue el crisol de las fuerzas políticas maoístas, de la Colima (Coordinadora Línea de Masas) que rápidamente escindida conformó, por un lado la OIR-LM, la que después se transformaría hacia 1987 en Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata (UPREZ); por otro, estaba la Unión de Colo-

nias Populares (UCP) que posteriormente formó el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP). Eran grupos políticos maoístas clandestinos que se insertaron en las colonias populares para construir movimientos, con una postura inicial antielectoral y antipartidista.

La Coordinadora Única de Damnificados (CUD) en 1985 introdujo, como señala Leslie Serna (1997), innovaciones al MUP. Algunas de ellas fueron: la pluralidad política; la persistencia del trabajo político en el centro de la ciudad, como vía alterna al trabajo de masas en las periferias urbanas; nuevas formas de lucha; la ocupación de espacios importantes dentro de los medios de comunicación; y un sentido democrático del proyecto de ciudad (Serna 1997: 16). Así coinciden algunos de sus dirigentes, René Bejarano, Marcos Rascón y Alejandro Varas: "Las organizaciones se vincularon más clara y abiertamente a iniciativas políticas, la clandestinidad de los militantes fue desplazada por el reconocimiento explícito y abierto de la pertenencia a partidos políticos" (Serna 1997:17). El dirigente Alejandro Varas señala:

El movimiento urbano anterior a la CUD estaba reñido con los partidos políticos y con la actividad política. La CUD nace teniendo diálogos con el PAN, el PRI, el PRT, el PSUM. Muchas de nuestras actividades consistían en hablar con los diputados para que nos echaran la mano desde la tribuna[...] Antes, los militantes políticos negaban su procedencia. El movimiento de damnificados fue un movimiento que desde el principio se politizó. La lucha era contra el PRI. Al mismo tiempo, el movimiento de damnificados fue muy plural, había una vanguardia política con militantes de todos los colores (Entrevista a Alejandro Varas, en Serna, 1997:17).

En efecto, algunas organizaciones políticas que participaron en este movimiento plural fueron el PRT, Punto Crítico, la ex Corriente Socialista (en ese entonces en proceso de constitución del Partido Popular Revolucionario), el Partido Obrero Socialista, la Unidad Obrero Socialista (Uníos), la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), el MRP (Serna, 1997)

y el Frente del Pueblo. De esta forma, todas estas corrientes que trabajaron en el MUP y el Consejo Estudiantil Universitario (CEU, formado en la huelga de la UNAM de 1987) fueron parte importante del origen del PRD. Las mismas que, después de múltiples escisiones y reacomodos internos, constituyeron las corrientes que actuaron como tribus (Izquierda Social, Izquierda Unida, Izquierda Democrática, Nueva Izquierda, Unidad y Renovación, etcétera).

Una de las corrientes hegemónicas en el PRD se dio a través de Nueva Izquierda, que tiene su antecedente en el PST, que después se convirtió en el Partido Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN) (Lakes, 1995). La manera como se articulaba el PST con el movimiento era francamente de oportunismo y de conveniencia política, prácticas heredadas del clientelismo y corporativismo priista. Las formas de afiliación se escondían engañosamente en las solicitudes de casas o terrenos urbanizados que prontamente firmaban los colonos y las mujeres pobres para anotarse como solicitantes de vivienda. Las formas de movilización se imponían, como las sistemáticas invasiones a inmuebles y terrenos baldíos, para negociar después, entre líderes y autoridades, puestos de representación en los congresos locales. Fue una práctica clara de sustitucionismo político. Podría aventurar y decir que hay al menos dos concepciones del trabajo del partido en los movimientos, una que subordinó el trabajo de masas a la construcción del partido, otra que reconoce la existencia misma de la organización política y requiere de un mayor enraizamiento en el movimiento. Aún así, el problema persiste en la manera en que se vislumbra una relación más equilibrada, recíproca, donde el partido no se imponga sobre el movimiento, ni viceversa.

De los estudios sobre el tema central de este trabajo, unos siguen la teoría de los partidos políticos de autores clásicos como Duverger, Sartori, Panebianco, Mainwaring y Scully, y Mair, (cf. Palma, 2004, 2008) como son la mayoría de las perspectivas vistas en la viñeta 1. Éstos plantean, y así lo expre-

co esquemáticamente, que el carácter y la trayectoria de un partido político, como puede ser el PRD o Morena, se explican a partir del origen histórico, del momento y la naturaleza originarios del partido. Se hace relevante el análisis de las formaciones anteriores, las corrientes ideológicas y las facciones, la ubicación territorial del núcleo fundador, el contexto socio-político, el carácter electoral en el momento de origen, el liderazgo y el programa fundadores (*cf.* Aguilar, 2009; Combes, 2004). En nuestra perspectiva, todo eso marca la importancia de las resonancias históricas. La literatura sobre el PRD en particular coincide en definirlo como un partido inacabado al que le faltó reglamentación interna, en parte por la forma en que se fueron incorporaron las distintas fuerzas del movimiento social de izquierda. Un partido que por esa razón se revolcó siempre en la ambigüedad ideológica, y fue presa fácil de luchas intestinas entre facciones, convirtiéndose irremediablemente en un “partido de cuotas”. Con eso, se introdujeron y reprodujeron prácticas tales como el clientelismo y el burocratismo. Se creó así una imagen de partido “violento y conflictivo”, principalmente por la descalificación y estigmatización que se extendió en los medios de comunicación a partir del movimiento que surgió por la defensa del voto en los estados de Tabasco y Michoacán (*cf.* Vargas 2005) y luego en el DF (hoy CDMX).

Es interesante atender a esta caracterización, porque supone de entrada el predominio movimientista sobre el partido y su institucionalización. Siendo el objetivo central de este trabajo destacar las contradicciones que se muestran en la relación partido-movimiento y la manera como se expresa en campañas políticas electorales, un aspecto central que explica el origen tanto del PRD como Morena es precisamente la relación de las distintas fuerzas políticas asociadas a los movimientos. Este origen le dio su propio perfil partidario. Pero lo que va surgiendo de este relato es más bien la dialéctica que se observa en el partido con respecto a los movimientos sociales. El

partido a través de algunas de sus facciones se puso en realidad por encima del movimiento y lo controlaba para sus intereses partidistas. Pero al mismo tiempo, la imagen que se presentaba ante la opinión pública, sesgada por la crítica, era al revés. Para ésta, son los movimientos los que le han dado a un partido pre-moderno, su perfil violento, desregulado, desinstitucionalizado, descentrado entre ambiguas ideologías.

La siguiente nota es del Movimiento Cívico, una corriente política que proviene de la antigua ACNR, con influencia en movimientos sociales y uno de los grupos originales al interior del PRD, y después constructor de Morena. Es una referencia sintomática de la concepción que otras corrientes tenían en su momento con respecto a la fundación y construcción del partido. En realidad, muchas de estas asociaciones nunca pensaron coexistir en un partido cohesionado, definido éste como una agrupación de militantes comprometidos, con una ideología común. Más bien, lo definieron como un “frente de organizaciones” en el cual había que hacer una intensa lucha ideológica para imponer su hegemonía. A pesar de la longitud de la nota,¹¹ me parece pertinente en el marco de nuestra reflexión:

En el mes de marzo de 1989, convocamos al II Congreso de la ACNR en la ciudad de Querétaro. Después de un amplio debate, por mayoría se acordó la incorporación al Partido de la Revolución Democrática, sin diluir el proyecto cívico, es decir, mantenernos al interior del PRD como corriente política, (pero) dejando las siglas de la ACNR[...]

Debatimos ampliamente la situación política nacional y la necesidad de dar el salto, incorporándonos al PRD, teniendo claro que el nuevo partido *no era la vanguardia revolucionaria*, que por su conformación y método para la unidad, *era un gran frente* con amplio apoyo popular[...]

¹¹ Cf. Documento de análisis “Los cívicos, una vertiente histórica de la Izquierda Mexicana. Nuestra historia”, discutido en el acto conmemorativo al 26 aniversario de la ACNR, febrero de 2009. Archivo electrónico.

El PRD, que en su proceso de construcción ha venido enfrentando una serie de dificultades debido a la heterogeneidad de las fuerzas que lo componen y a las actividades sectarias y prepotentes que han manifestado algunas de ellas, se viene constituyendo en los hechos, *como un frente en el que confluyen diversos proyectos políticos de la izquierda y de sectores democráticos nacionalistas*. Su nombre de partido viene siendo, por ahora, un elemento formal que facilita la participación de este organismo en la lucha electoral[...]

Esta situación conlleva a considerar al PRD como un espacio en el que se estará dando permanentemente la lucha ideológica y política entre los diferentes proyectos que buscan potenciar su desarrollo al interior del mismo[...] Planteamos que la decisión era una cuestión táctica que podría tener una repercusión estratégica [...] El principal objetivo táctico para este periodo y que tiene relevancia estratégica, es la generación de un amplio movimiento por la democracia, la justicia social y la defensa de la soberanía, expresado en una estrecha vinculación del PRD con el Movimiento Social y en la unidad de acción de ambos frentes. (Las cursivas son mías).

Sin embargo, a 18 años de la fundación del PRD, hacia 2007, el Movimiento Cívico hizo un balance pesimista:

Y los Cívicos aquí estamos, cumplimos con el compromiso de no diluirnos, nos hemos ganado un espacio, un reconocimiento en el PRD, como una nueva vertiente y como componente de las fuerzas que hacen vida en el PRD; *pero en honor a la verdad no logramos el otro objetivo, construir la vanguardia revolucionaria y estamos inmersos en el pragmatismo y en la lucha del poder por el poder que predomina en el PRD, sin contar ya con una correlación de fuerzas para incidir en el cambio de rumbo que requiere urgentemente el partido* (las cursivas son mías).

Me parece valiosa para el análisis la autocrítica de esta corriente, que debe coincidir con muchas otras, aunque no convenga en las perspectivas políticas. Desde afuera, otras fuerzas políticas no institucionalizadas, aunque pequeñas, como el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), que se mantuvieron en la línea del socialismo como bandera de identidad para influir desde ahí al movimiento social, han planteado que lo

fundamental del perfil del PRD desde su origen, además de las corrientes políticas que lo formaron, fue el programa y la estrategia política fundacional. En efecto, los movimientos sociales, pero sobre todo lo que hemos llamado el movimiento social de izquierda (orientado al socialismo) tuvo en distintos momentos del periodo de transición 1968-1988, vínculos con la otra gran tendencia nacionalista revolucionaria del movimiento. En estos contactos el socialismo siempre estuvo subordinado a la fuerza ideológica del nacionalismo. La fusión de ese movimiento social de izquierda con la Corriente Democrática que enarboló el verdadero proyecto nacionalista significó el desplazamiento final en el PRD de la utopía socialista. Éste es un buen ejemplo de las formas en que las resonancias históricas se mueven. Así, el PRT dice en su reflexión, sobre lo que considera ha llegado a ser la hecatombe del PRD:

El programa y perspectiva estratégica fundacionales del PRD explica la evolución y degeneración de este partido, no sus escándalos y detalles anecdóticos de corrupción, clientelismo, corporativismo o conciliación. Aunque en uno de los congresos del PRD éste se definió de izquierda, fue en realidad con sentido mediático y abstracto, sin un anclaje ideológico mayor [...]

La mayoría de los militantes y corrientes provenientes de la izquierda socialista aceptaron dejar de lado su programa (de por sí defenestrado por la derecha) para abrazar el programa de “la revolución democrática”, que en la práctica significó subordinar o abandonar la lucha por la transformación social, sustituyéndola por la alternancia democrática en el gobierno y por tanto en un esfuerzo centrado en el respeto al voto”¹²

No obstante, el PRD obtuvo avances importantes a nivel electoral en los estados de Zacatecas, Michoacán, Guerrero, sobre todo en el Distrito Federal en 1997, 2000 y 2006. Pero el éxi-

¹² Cf. “Una nueva oportunidad en la construcción de un partido revolucionario, en *Proyecto de resolución para el Congreso Extraordinario del PRT de junio del 2009*”, Boletín Interno, PRT, 2009.

fasis de la crítica socialista se enfoca en el hecho de no haber podido articular los avances electorales y traducirlos en fuerza social y fuerza política. El análisis del PRT sigue así:

Inmediatamente, este impulso democrático conoció sus límites y contradicciones, pues no era suficiente buscar el “cambio” en el terreno político institucional, haciendo abstracción de lo social, es decir de la necesidad de una transformación y cambio en el modelo de desarrollo social, especialmente frente al modelo neoliberal que impone el capitalismo actual.¹³

VIÑETA 6. MORENA

Morena como movimiento fue llamado a constituirse el 25 de julio de 2010 por AMLO, y se fundó como asociación civil denominada por sus siglas Movimiento de Regeneración Nacional el 2 de octubre de 2011. La constitución legal fue resultado de profundas resonancias históricas que, como vimos, emanaron de la experiencia política del PRD y su vínculo con organizaciones sociales. Parte de estas resonancias fueron las fuertes tensiones generadas entre los dos líderes carismáticos, Cuauhtémoc Cárdenas y Andrés Manuel López Obrador, como resultado de diferencias de estrategia en la construcción del partido y sobre el reconocimiento o no de los resultados de las elecciones presidenciales del 2006, lo que tensó la permanencia de AMLO en el PRD. Se añadió la pugna entre las corrientes más hegemónicas de ese partido, el grupo de Nueva Izquierda y la de AMLO, a raíz sobre todo del desenlace electoral de 2006, las diferencias en el tipo de acciones de resistencia ante el fraude, la política contra la privatización energética de 2008, la contienda interna por la renovación del liderazgo del PRD ese mismo año, y finalmente la firma del PRD encabezado por Nueva Izquierda del Pacto por México en 2012

¹³ *Idem.*

reconociendo la legitimidad del nuevo presidente de México Enrique Peña Nieto. Todo ello profundizó las fisuras hasta hacerlas irreparables.

Desde luego, la lucha por la hegemonía del PRD fue un factor que explica la gran movilización social que AMLO impulsó desde 2005, ante el intento del entonces presidente de México Vicente Fox de desaforarlo para eliminarlo de la contienda electoral de 2006. Desde una perspectiva de construcción de un liderazgo carismático se pueden identificar los acontecimientos políticos en la carrera por la candidatura de AMLO (Navarrete, 2011). No obstante, en la idea de reflexionar el vínculo entre la construcción del partido político y su resonancia en los movimientos, habría que destacar los ciclos de movilización que, desde el 24 de abril de 2005, a partir del desafuero, tanto AMLO como un fuerte grupo de perredistas de diferentes corrientes lograron impulsar, alcanzando la organización de uno de los movimientos sociales más importantes en los últimos 15 años. Ese día AMLO llamó a la población a iniciar una campaña de resistencia civil pacífica, que no se detuvo hasta que consiguió la presidencia en 2018. La evolución del movimiento se alimentó de triunfos políticos, como el hecho de que el desafuero fue inhabilitado, pero también de revertir las derrotas en formas de lucha y movilización popular. En efecto, después del fracaso electoral del 2006, AMLO generó un amplio movimiento contra el fraude que movilizó a cientos de miles de ciudadanos y ciudadanas en todo el país, expresado en el mega plantón realizado desde la plaza central del Zócalo en el centro Histórico y a lo largo de una de las avenidas más históricas y simbólicas de la CDMX (Tamayo, 2016). Diferentes repertorios de movilización y de motivación de la acción colectiva se desprendieron de cada uno de estos episodios, como fueron la organización de la Convención Nacional Democrática que eligió a AMLO como presidente legítimo y a un gabinete formado por los principales dirigentes del movimiento, constituyendo así el llamado Gobierno Legítimo,

en franca dualidad con el reconocimiento legal del fraude de 2006. Las movilizaciones de la época se convirtieron en las demostraciones masivas más concurridas en la historia del país. Pero AMLO no paró ahí, realizó varios recorridos por todo el país, municipio por municipio, alentando a la organización y a la acción, manteniendo un movimiento dinámico y persistente. De ahí que la lucha impulsada en 2008 contra la privatización del petróleo y contra la reforma energética fue considerado por el movimiento como un logro de su resistencia, contrario a la perspectiva más institucional de las corrientes moderadas del PRD, que atribuyeron el triunfo a la movilización y cabildero en los espacios más institucionales del Congreso de la Unión. Se profundizaban las diferencias.

Las tensiones de AMLO y ese gran movimiento que lo hacían verse como una estrategia de rompimiento institucional, fisuraron aún más las discrepancias. Así, para el 25 de julio de 2010, preparándose para contender nuevamente en las elecciones presidenciales, AMLO anunció su separación del Frente Amplio Progresista que se había formado con el PRD, el PT y Convergencia, y su deseo de formar un nuevo partido, surgido de la movilización de grandes sectores populares. Por supuesto que AMLO construyó una imagen carismática de su liderazgo, pero a base de un trabajo persistente y sustentado en la movilización de masas. De ahí, que es importante destacar el origen de Morena, ya no sólo como asociación civil, sino como partido político, que siguió, de alguna manera, las orientaciones de la vieja izquierda maoísta, es decir, poner el énfasis primero al movimiento, que deberá sostener después a la organización partidaria.

No obstante, existe otro elemento que debemos destacar en el análisis, el caso de Morena no es común, en el sentido de que el partido surge del movimiento, pues el movimiento de AMLO brotó a partir de la pre-existencia del partido, reflejado en el PRD. Morena AC surgió entonces como un movimiento social al interior del PRD, el cual se oficializaría el 20 de no-

viembre de 2012, recién llevadas a cabo las elecciones presidenciales con el triunfo del priista Enrique Peña Nieto. Y fue hasta el 9 de julio de 2014, casi dos años después, que el INE le otorgó su registro como partido independiente ya reconocido legalmente.

¿Qué pasó aquí? Morena, un movimiento, se convirtió en partido, una institución, una organización. Teóricamente dejó de ser movimiento. El debate sobre la caracterización de Morena sigue los mismos ejes teóricos de la discusión que hemos abierto sobre la trayectoria del PRD. Para algunos militantes de Morena la organización en términos pragmáticos es un partido-movimiento, que se diferencia de las definiciones clásicas del partido de masas (Sartori, 2008, Panebianco, 1988). Pero en términos teóricos presenta una grave contradicción, en su función, en su estructura y en su dinámica. Esto es así, debido a que desde la teoría de los movimientos sociales podemos definir a los movimientos como grandes afluentes de resistencia y antagonismo que trasgreden instituciones y estructuras estables. En consecuencia, un partido político, en tanto estructura, permanencia y organización, no puede considerarse más que una institución. Y las instituciones por definición le temen a los movimientos porque éstos se oponen a ellas, las desquebrajan, las fisuran, las deterioran (Alberoni 1984, 1993). Morena como movimiento se convirtió en un dolor de cabeza para el PRD, porque en el debate, el soporte de la fuerza y la representación social de los militantes sobre el movimiento era muy alto, de lo que carecían otros dirigentes miembros de la nomenclatura de élite. Pero los movimientos también por definición no son instituciones y se contraponen a la dinámica misma institucional.

Los graves conflictos que Morena como partido tiene ahora después del triunfo de AMLO en las elecciones presidenciales de 2018 reflejan claramente esta contradicción entre partido y movimiento, sustitución o enraizamiento. Al mismo tiempo, reflejan las resonancias históricas que impactaron su constitución y trayectoria por experiencias de grupos y organizacio-

nes tanto de izquierda como de centro que desde mucho antes vivieron en resistencia, y en su momento intentaron a su vez formar al PRD de 1989.

Los capítulos sobre la contienda electoral abordarán estos dilemas.

COMENTARIOS FINALES

Son varios los problemas teóricos que nos parece enfrentan esta disyuntiva, entre partidos y movimientos. Uno de ellos, central desde mi perspectiva, es la definición de movimiento social. Charles Tilly (1995, 2006, 2008) hace una crítica, y auto-crítica, al reduccionismo que en general los estudios ubicados en la teoría de la movilización de recursos, y los mismos teóricos de los movimientos en México, han originado al confundir movimiento con organización. Frecuentemente, los trabajos pioneros sobre movimientos sociales en México durante las décadas de los setenta y los ochenta del siglo xx asociaban el concepto de movimiento con algún tipo de organización local o un frente de organizaciones. No es trivial retornar a algunas definiciones de movimiento social:

Por un lado, para Touraine (1995: 68) un movimiento social:

es la acción, tanto culturalmente orientada como socialmente conflictiva, de una clase social definida por su posición de dominación o dependencia en el modelo de apropiación de la historicidad, de los modelos culturales de inversión, conocimiento y moralidad, hacia los cuáles se orienta el movimiento[...]

El término de historicidad, como el de sujeto, son cruciales en la perspectiva tourainiana. La historicidad es la importancia y trascendencia de un acontecimiento que produce un movimiento social a partir de prácticas colectivas. El sujeto se constituye en la historicidad y tiene la capacidad de cambiar, transformar y crear, y en consecuencia hacer significativo ese

acontecimiento. Desde esta posición, he considerado en otros trabajos (cf. Tamayo 1999, 2002, 2006) que, en América Latina y particularmente en México, el nuevo sujeto de transformación, al menos desde la década de los ochenta del siglo xx, ha sido el ciudadano (en su actuación política y colectiva), y la historicidad se ha ido construyendo desde prácticas de ciudadanía distintivas y beligerantes que han ido expresando el conflicto central a través de distintos adversarios sociales y políticos.

Por otro lado, en su identificación negativa, un movimiento no es un grupo específico. En efecto, para Charles Tilly (1995) un movimiento social es un proceso, una *agrupación de actuaciones* (formas distintivas de acción), que no tiene una historia evolutiva continua, sino discontinua, recurrente pero coherente en sí misma y dentro de un contexto social, cultural y político en el cual debe entenderse. Un movimiento es pues una *forma compleja de acción* orientada contra los que detentan el poder, en nombre de una población desfavorecida que se expresa a través de distintivas *exhibiciones públicas*.

El objetivo del análisis empírico desde este enfoque se orientaría a *distinguir los repertorios* de la movilización y con ello comprender la correspondencia entre movimiento social y participación ciudadana. De esta manera, asociando este acercamiento con las iniciales definiciones, diríamos que la perspectiva de Touraine nos permitiría explicar la relación de la lucha por la ciudadanía y los movimientos sociales; mientras que la perspectiva de Tilly nos permitiría comprender la relación entre los movimientos sociales y el carácter político de las formas de participación (cf. Tamayo, 2016). Touraine y Tilly pueden asociarse rompiendo la falsa discusión que los oponía como corrientes teóricas irreconciliables, como finalmente ha reconocido el mismo Wieviorka (2009).

La tendencia del pensamiento de la izquierda en general ha sido pensar los movimientos como organizaciones, y su análisis se ha reducido a los recursos movilizados de tipo organizacional. Se dice comúnmente: “la historia del movimiento

es la historia de sus organizaciones”. En mi visión esto es un error. Un movimiento son flujos de pensamiento, formas de confrontación, donde confluyen efectivamente organizaciones sociales, pero también personalidades, corrientes de opinión, organizaciones políticas, ideologías, marcos de referencia, discursos, acciones, todo eso que construye un campo de conflicto, una dinámica social colectiva, una conmoción, un espacio de inestabilidad y conflicto. Las organizaciones son importantes, pero no son el único objeto de análisis. El movimiento rebasa las fronteras teóricas y empíricas de las organizaciones tradicionales, construyen nuevas, incitan al cambio. Una organización es estabilidad. Un movimiento es transformación.

Por un lado, si entendemos así a los movimientos, la relación del partido con el movimiento podría entenderse a partir de esta pregunta, ¿cómo se articula el partido al movimiento por la democracia, por la defensa de la soberanía, por la ciudadanía plena? ¿Deberíamos pensar que el movimiento por la democracia, o por la soberanía, o el movimiento ciudadano, se reduce a un tipo de organización? Si redujéramos movimiento a una organización, entonces la pregunta sería ¿Cómo se articula el partido a la organización X, o a la organización Y? Por supuesto que ésta es una pregunta válida y pertinente, sobre todo en la literatura sobre las alianzas y los partidos (Pasquino, 2014), pero cambiaría el sentido y la perspectiva de lo que estamos reformulando aquí.

Por otro lado, el partido es una organización e institucionalización de la política, mientras que un movimiento es la trasgresión de toda forma de institucionalización. Por esa razón el vínculo entre uno y otro está plagado de contradicciones, y ése es el desafío al que se enfrentan tanto los partidos como los movimientos ¿Cómo una institución puede vincularse con un estado de efervescencia social? En tiempos de relativa estabilidad, apelan a medios distintos de acción, aunque pueden alcanzar ciertos objetivos comunes. El partido tiene que mantener su presencia en las organizaciones sociales, pero en

una relación de equilibrio de fuerzas. En esta circunstancia, la relación tendría que ser así, de institución a institución, de organización a organización. La dificultad en este nivel es que los objetivos de cada uno no concuerdan en alcance, visión y formas de acción. En uno son políticos y de transformación, en el otro son de reivindicación de necesidades concretas. En cambio, en tiempos de efervescencia, el partido se diluye en el movimiento, pero para poder estar y orientar la dinámica del movimiento social. Cuando éste surge, el partido necesita haber estado ahí, presente en las asociaciones sociales previas apoyando su organización y sus demandas específicas.

El movimiento, como pensaba Rosa Luxemburgo (*cf.* Mandel, 1974), construye sus propias formas de organización, rebasa los límites de las organizaciones existentes, tanto sindicales como sociales. En el caso de las revoluciones rusas tanto de 1905 como de 1917, por ejemplo, el movimiento se expresó en los consejos de obreros, soldados y campesinos. Dichos consejos fueron la forma de organización de las masas que permitió la participación activa y consciente del pueblo. Surgió así de los propios lugares de trabajo, pero se extendió a todas las otras áreas de actividad y vida de los trabajadores, a su partido, a sus sindicatos, a las empresas productivas del campo y la ciudad, a los espacios ciudadanos, a los lugares de residencia, a la familia, etc. Por eso aquella revolución, como la pensaba Trotsky en tanto protagonista, quien fungiera como presidente de los Soviets de ambas revoluciones y mantuviera una fuerte discusión con la mayoría de la dirección del partido bolchevique en ese entonces por la orientación de la revolución, se planteó el poder no para el partido, sino para el soviét, es decir, para los consejos de obreros, campesinos, soldados y ciudadanos. Fue la degeneración posterior de la revolución la que identificó la lucha por el poder como objetivo de un solo partido y para sí mismo, y no por y para los trabajadores (Trotski, 1987, 2017; Deutscher, 1976). En esto tendríamos que pensar también cuando hablamos de la relación partido-movimiento.

La experiencia del PRD con los movimientos sociales y la de Morena muestra que el debate es actual en términos teóricos y empíricos. Como vimos, hablar de un partido nos lleva a reflexionar además sobre los liderazgos y la fácil seducción en la que caen los militantes de considerarse las vanguardias del cambio. La idea de vanguardia pesa mucho aún en las corrientes de izquierda, porque su acepción se ha reducido al concepto de *avant-garde*, que en francés se refiere a un término militar, que significa la parte más avanzada de un ejército, la que estaría en las primeras filas de la exploración y del combate. Tiende, así me parece, a darle un sentido de heroicidad a la práctica militante, que lleva incluso a la competencia desleal entre sectas y grupos con el objetivo de conquistar el mote de “vanguardia revolucionaria”, o “partido vanguardia” y creerse la dirigencia iluminada de los movimientos.

No obstante, existe otro mote de vanguardia, ubicada más en la modernidad de principios del siglo XX, que no se define como tal, pero podría ayudar al menos a suavizar la arrogancia primigenia del término. Esta concepción se refiere más bien a una tendencia artística que rompe con el tradicionalismo y el conservadurismo de estilos anteriores, y se plantea una renovación radical de esos estilos. No obstante, la búsqueda constante de rupturas hace a los vanguardistas adquirir posturas dogmáticas y prepotentes. Hoy en pleno siglo XXI, la sociedad y sus redes de articulación han cambiado; en consecuencia, la perspectiva de “vanguardia del proletariado” debería desterrarse. Si el cambio es obra de las y los ciudadanos y trabajadores a través de distintos medios que ellas y ellos mismos construyen con su propia experiencia, entonces el cambio no vendrá por la imposición de ningún grupo de iluminados que se sientan “la vanguardia del proletariado” o del “pueblo bueno”.

La relación partido-movimiento no debe pensarse en el sentido de que las posibilidades de transformación deben construirse sobre la base de la sustitución del movimiento social

por el partido, como ha pasado inexorablemente con Morena. De ser así, el autoritarismo y la antidemocracia se extendería en un doble sentido, hacia el movimiento, creando élites y burocracias en sindicatos y organizaciones sociales que usurpan la participación de sus bases; y hacia el propio partido, sustituyendo después al conjunto de los miembros del mismo por su dirección nacional, y más adelante a la propia dirección nacional colectiva por el presidente o secretario general del partido, como preveía Michels y comprobó Trotsky en el partido bolchevique de la primera década del siglo xx. Los procesos de transformación social deben construirse no por el partido sino por el conjunto de ciudadanos y sus organizaciones, incluyendo a los partidos.

Aceptaría del pensamiento marxista el hecho de que no todas las organizaciones sociales y de trabajadores en periodos de paz son fuertes ni preferibles. En un periodo de lucha, cuando la mayoría de las y los trabajadores conforman un movimiento social o político, forman entonces nuevas formas organizativas, innovan en ellas, y aglutinan millones de ciudadanos. Son movimientos que deben ser lo suficientemente flexibles para permitir la adhesión a ellas de una amplia gama de trabajadores/as y ciudadanos/as. El partido *no* es el movimiento, pero forma parte de él. El movimiento *no* es el partido, sino mucho más que éste, pero lo necesita. El partido así formaría parte del movimiento junto con miles de trabajadores y propondría, no impondría, una autoevaluación política, orientación ideológica y pedagógica, así como posibles formas organizativas y de acción para alcanzar sus objetivos sociales y políticos.

La relación del partido con los movimientos sociales debería ser de un profundo respeto a su autonomía e independencia políticas. Un posible objetivo desde la militancia partidista es apoyar a construir el movimiento, y no sustituir su acción autónoma. La relación partido-movimiento debe ser recíproca y fraternal, para evitar al mismo tiempo que la acción del movimiento sin perspectiva política domine sobre el partido. Ni un

partido autoritario, ni un partido movimientista con reivindicaciones parciales, gremialistas y localistas.

En este sentido, me inclino a pensar al partido como una organización política de cuadros y militantes dispuestos a la reflexión ideológica y la acción política, para la transformación de la sociedad. El partido funcionaría como un medio pedagógico de transferencia de ideas, concepciones y propuestas concretas hacia el movimiento social. Las tareas deberían ser realizadas por ciudadanos y ciudadanas con la participación compensada y nivelada del partido.

Pero todo esto es un proceso dialéctico, donde el partido aprende también del movimiento, y este último, a través de un debate democrático y de la experiencia, retomará lo más significativo del partido para lograr sus demandas sociales. Deberíamos recordar al final que, sin la acción de un partido orientado al cambio, será muy difícil alcanzar objetivos de transformación.

Los capítulos que siguen muestran experiencias de partidos, alianzas, coaliciones y movimientos sociales a lo largo de las contiendas electorales entre 2000 y 2018. En todas estas experiencias se evidencian las contradicciones aquí expuestas. Y en eso, al parecer, estamos de nuevo ante una ciudadanía sin cabeza.

Capítulo 3. La plaza pública cedió la nación a la derecha, pero retuvo la ciudad a la izquierda

El 2 de julio del 2000, en el último año del siglo xx y en el umbral del xxi, los mexicanos sorprendieron al mundo por haber liquidado en las urnas 71 años de permanencia del Partido Revolucionario Institucional (PRI), aquel heredero directo de la Revolución de 1910, que instituyera lo que un escritor famoso definió como la “dictadura perfecta”. ¿Este encantamiento fue resultado de un proceso de transformación de las conciencias del pueblo mexicano? Si esto fue así ¿qué características adquirió esa sensibilización social, política o cultural, individual o colectiva de las masas? ¿Qué tipo de carácter social resurgió en qué parte y en qué sentido del pueblo mexicano, que permitió un cambio de régimen político?

La izquierda siempre estuvo ansiosa de aprovecharse de crisis y coyunturas que permitieran dar pasos certeros hacia la revolución anticapitalista. Movilización social y participación electoral es una fórmula que con cierta ilusión han intentado por décadas. El voto en ese 2000, sin embargo, se cargó de conservadurismo, pues le dio la mayoría relativa a Vicente Fox, candidato del derechista Partido Acción Nacional (PAN). Con todo, un patente bochorno ideológico no se hizo esperar, con

los encabezados de muchas opiniones sesudas de intelectuales e *influencers*: comicios ejemplares para Latinoamérica, cambio democrático real, acceso directo a la modernidad política; y, por lo tanto, el resultado electoral debió ser reflejo del voto útil y pragmático de los ciudadanos, castigo al PRI y hartazgo de los mexicanos.

En esos mismos comicios se dirimió también la Jefatura del Gobierno del Distrito Federal (GDF), la capital del país, que por primera vez en su historia, desde 1997, fue ocupada por un partido de oposición de corte socialdemócrata, el Partido de la Revolución Democrática (PRD). Y en el 2000, los capitalinos refrendaron con el voto la dirección perredista, moviéndose hacia una perspectiva menos conservadora que la media nacional, aunque igualmente populista.

La forma en que un presidente de derecha puede ganar un país, al mismo tiempo que un jefe de gobierno de izquierda lo hace en el Distrito Federal (hoy Ciudad de México, CDMX), ha sido ampliamente explicado por las ciencias políticas. Dependería, en todo caso, de la diversidad del voto, de las condiciones culturales y regionales, de la diferenciación de las expectativas políticas a nivel nacional y local, etcétera.

Pero lo importante, en este capítulo, no será explicar el hecho de que un derechista y un izquierdista hayan ganado en distintos niveles de gobierno, sino comprender las expresiones culturales ciudadanas con las cuales la población expresó esa diferenciación, y en ese sentido, describir, por un lado, cómo pudo así disentirse en esos niveles (la nación y la ciudad capital) y, por otro lado, cómo se expresa la cultura ciudadana en transformación, el conflicto que genera esta enorme diversidad, y adelantar hasta qué punto esta dinámica ayudó a forjar una conciencia social en las y los mexicanos, que pudo expresarse renovadamente en 2018 (véase el cap. 6).

Una manera de entreverar estos fenómenos, en especial de lo que nos ha interesado en relación con la trayectoria de subjetividades por un desenvolvimiento de las conciencias, es, entre

otras aproximaciones, por la vía de analizar concentraciones masivas con las que concluyen campañas políticas contenciosas, de tipo electoral, de los principales candidatos tanto para la presidencia de México como para jefes de gobierno del DF, en la plaza más importante del país, el Zócalo de la ciudad de México. Estas concentraciones que marcaron la magnificencia de los cierres electorales, conjuntaron en un solo acto a los dos niveles de gobierno. Se combinaron las expectativas de los candidatos a la presidencia (en este caso a Francisco Labastida Ochoa del PRI; Vicente Fox del PAN; y Cuauhtémoc Cárdenas del PRD), con aquellas que soportarían las candidaturas de los respectivos postulantes a gobernar la ciudad (el priísta Jesús Silva Herzog, el panista Santiago Creel Miranda y el perredista Andrés Manuel López Obrador).

Por eso decimos que la ciudad mostró a un país dividido en tres opciones políticas, de derecha, de centro-derecha y centro-izquierda. Tales proyectos de ciudad y de nación se expresaron intensamente en las calles, en las plazas y en el espacio público. Es ahí, en esos lugares donde ubico la espacialidad del análisis de la cultura política en México y de la construcción de las conciencias por el cambio político. Me interesa caracterizarla por medio de observar la relación que existe entre el comportamiento colectivo y las formas de apropiación del espacio público, comparando los cierres de campaña del PRI en aquel domingo 18 de junio, del PAN el sábado 24 de junio y del PRD el domingo 25 de junio del 2000, siguiendo la experiencia metodológica del análisis situacional.¹

Para tal efecto, divido este capítulo en tres partes. El primer apartado describe las condiciones de la política, el desarrollo de las campañas y los enfrentamientos entre los candidatos que contextualizan la etnografía. En el segundo explico con detalle las situaciones de los cierres de campaña, describiendo

¹ Véase, asimismo, la reflexión metodológica sobre el análisis situacional en el capítulo 3 de Tamayo, (2016).

las características cambiantes del espacio, la forma en que se expresó la cultura ciudadana en los mítines y su vinculación con la personalidad y el discurso de los líderes. En la tercera destaco los aspectos centrales de esta discusión que explican el proceso de construcción de la conciencia por la vía de la movilización política y el alineamiento a proyectos o ideales de ciudadanía.

LA POLÍTICA EN EL CONTEXTO SITUACIONAL.

La ciudad de México, la más grande del mundo, ha sido un espacio cosmopolita, el nodo de intercambio internacional del país, residencia de los poderes federales, casa de presidentes originarios de cualquier región distinta al Distrito Federal, administrada por regentes nativos de otros estados de la República, poblada por millones de provincianos, habitada hoy por segundas y terceras generaciones de inmigrantes.

La ciudad, también, ha sido el receptáculo de los conflictos y dramas culturales de todo el país; aquí se manifiestan los sindicatos nacionales, las organizaciones ganaderas locales, los movimientos políticos estatales, las experiencias indígenas insurgentes, junto con otras demandas de organizaciones locales urbanas y asociaciones cívicas. Es el lugar de las concentraciones culturales más grandes del país, los mejores *ballets* internacionales, los espectáculos musicales o las fiestas deportivas de gran magnitud, al lado de manifestaciones religiosas masivas que se organizan en el Zócalo capitalino o en la Basílica de la Virgen de Guadalupe. Y ellas se combinan con fiestas locales, ferias barriales que se agregan a la existencia de museos y exposiciones artísticas de gran envergadura.

Es posible decir que la ciudad expresa múltiples redes y vínculos a nivel internacional y nacional, tanto regional como local. Quizá por esta razón, a diferencia de muchas otras, esta ciudad testimonia una fuerte diversidad cultural, manifestada

en la paradoja que se da entre el imaginario de la modernidad urbana y la persistente tradición provinciana. Resultado de ello, la ciudad de México ha sido siempre cosmopolita, más liberal que conservadora, y sin embargo, pudo cambiar.

En tal contexto, el año 2000 atestiguó una fuerte confrontación de proyectos, utopías y visiones de ciudad y de nación, por medio de discordantes campañas electorales para elegir tanto al presidente de la República, como gobernadores de los estados de Guanajuato, Morelos y Distrito Federal, así como congresos locales y ayuntamientos.² El proceso tuvo una característica especial, no únicamente debido al resultado, en el cual el régimen del PRI y el fortísimo eslabón entre gobierno y partido se rompió definitivamente con su derrota, sino por el cariz que las distintas prácticas de ciudadanía fueron tomando en ese momento, aspecto que definió en mucho el tipo de campaña realizado y la singularidad de los contendientes.

Las campañas se desarrollaron en una atmósfera de gran confrontación, en donde a nivel nacional prevalecieron temas como: la economía y las finanzas expresadas en el caso Fobaproa, una política del gobierno federal que asumió como deuda pública una deuda privada del sistema bancario del país; el conflicto de la UNAM por la huelga de 1999 y en consecuencia del futuro de la educación pública y superior en el país; los conflictos internos en todos los partidos que emergieron a la superficie, especialmente en el oficial PRI, el conservador PAN, el socialdemócrata PRD, así como el patrioterero PARM; la injerencia de la Iglesia Católica y la laicidad del Estado; el conflicto en Chiapas y el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN);

² La gran jornada electoral incluyó el mismo 2 de julio a: las elecciones federales para presidente, diputados y senadores; las gubernaturas de Guanajuato y Morelos; la Jefatura de Gobierno, la Asamblea Legislativa y 16 jefaturas delegacionales del Distrito Federal; los congresos y ayuntamientos de Colima, Sonora, Nuevo León, Querétaro, San Luis Potosí, Campeche, Morelos y Estado de México; así como en el mes de agosto las gubernaturas de Chiapas y Tabasco.

así como las denuncias desesperadas de supuestos delitos electorales manifestadas entre todos los contendientes. Cabe mencionar que estos temas fueron la fuente de ciclos progresivos de protesta y resistencia de un creciente movimiento social de izquierda desde entonces hasta por lo menos 20 años después.

Y a nivel de la ciudad de México, los candidatos enfrentaron la sombra o la brillantez de sus candidatos presidenciales. Se lanzaron injurias en cuanto había oportunidad y se descalificaban unos a otros; la situación se desenvolvía en el hecho de que desde 1997 el DF era gobernado por el PRD, por el mismísimo candidato presidencial Cuauhtémoc Cárdenas, quien fuera percibido por la derecha como un gobernante tímido y poco eficaz, aunque honrado y con principios. El hecho de que haya ganado en 1997 con el 48 por ciento de la votación en el DF y se haya ido con una calificación por la opinión pública de apenas 5.5, demostraría lo anterior. Pero esa imagen cambiaría pronto, debido a que Rosario Robles,³ de origen maoísta y sindicalista universitaria, quien sustituyó con ingenio, creatividad y habilidad política al ingeniero Cárdenas, subió el *rating* político del PRD en la ciudad. Las encuestas daban por segura la victoria del nuevo candidato Andrés Manuel López Obrador (AMLO), de origen tabasqueño, ex candidato al gobierno del estado de Tabasco y ex presidente del PRD, y desde entonces se fue moldeando como un líder carismático y eficaz.

En cambio, las mismas estadísticas preliminares desfiguraban a Jesús Silva Herzog, de un PRI acabado sin ninguna presencia ante los capitalinos, y lo mismo pasaba con Santiago Creel que no pudo recomponer nunca la desorganización de su campaña. Así las cosas, Silva Herzog y Santiago Creel ne-

³ Rosario Robles es un caso paradigmático, pues su trayectoria de vida estuvo plagado de altibajos y escándalos de corrupción. Salida de la izquierda universitaria a finales de la década de los ochenta y líder perredista durante los noventa, pasó a apoyar a los gobiernos de derecha panistas y luego priistas durante el sexenio de Enrique Peña Nieto, entre 2012 y 2018, hasta que fue acusada de peculado y detenida judicialmente.

cesitaron del refuerzo constante de Francisco Labastida y Vicente Fox respectivamente para tener cierta presencia entre los capitalinos, situación totalmente distinta a la del PRD, en la que Manuel López Obrador, desde principios del año se mantuvo fuerte por capacidad propia, en cambio Cuauhtémoc Cárdenas nunca pudo despuntar del tercer lugar al que lo habían tirado las encuestas nacionales de opinión. Así lo muestran los siguientes datos, relativos a las encuestas de opinión y los tiempos de publicidad distribuidos en los medios electrónicos.

En efecto, las campañas electorales fueron en realidad campañas de guerra declarada a través de un medio distinto y poco utilizado en México, las encuestas de opinión, entendidas éstas, según señala Ana Cristina Covarrubias (2000), como si fuesen artillería pesada de guerra publicitaria. A tal grado fue el exagerado uso que se le dio a éstas, muchas apócrifas, que en todos los casos se aprovecharon como manipulación y mercadotecnia política. No obstante, los resultados de algunas empresas serias coincidieron en la preferencia ciudadana e incluso en los resultados absolutos de los comicios.⁴ En la gráfica 3.1 (p. 188) es posible observar los resultados de distintas encuestas publicadas entre el 1 y el 23 de junio de 2000, que con algunas diferencias más o menos significativas ubicaban la preferencia a los candidatos presidenciales en un 41.7 por ciento para Vicente Fox, 37.7 para Francisco Labastida, y 17.6 para Cuauhtémoc Cárdenas.

Con los datos de esta gráfica era obvio pensar que sólo dos contendientes tenían posibilidades de ganar, el del PRI y el del PAN, pero las diferencias eran muy reducidas, de tal forma que

⁴ Algunas de las empresas y encuestas realizadas fueron: ARCOP patrocinada por el PAN; Alduncin, patrocinada por *El Universal* y *Democracy Watch*; PREP patrocinada por el Instituto Federal Electoral, IFE; Mundi, patrocinada por el *Dallas Morning*; Demotec, patrocinada por el *Dallas Morning*; Nielsen, patrocinada por *Milenio*; Zogby, patrocinada por *Reuters*; Greenberg, patrocinada por el PRI; GEA; *Reforma*; y Consultores y Marketing Político. Véase Enrique Alduncin, (2000).

no había aún nada para nadie. Lo notable fue que hacia el final de la campaña Cuauhtémoc Cárdenas subió unos puntos más en las preferencias, lo que generó reacciones diversas. Por un lado, Vicente Fox lanzó una fuerte campaña por el voto útil de los izquierdistas, pues si el PRD aumentaba su porcentaje, eso significaría que, aún perdiendo, le quitaría votos al PAN y le daría la victoria al PRI. La campaña fue sin tregua alguna. Los aliados de Fox, como Porfirio Muñoz Ledo, quien había quebrado previamente la alianza con el Ing. Cárdenas, se lanzaron duro hacia los “indecisos”, Héctor Castillo, tomando el nombre de su padre Heberto, arengaba a la izquierda moderada, y el mismo Jorge G. Castañeda, antes intelectual de centro-izquierda, cuestionó la honorabilidad de Cárdenas, todo lo anterior dentro de una red de intrigas e injurias que los propios partidos ayudaron a crear.

La guerra se transformó en un campo de mercadotecnia en todo sentido. Las campañas se llevaron a los medios electrónicos. Los cuadros 3.1 y 3.2 (pp. 188 y 189), muestran el tiempo distribuido de las televisoras Televisa y TvAzteca así como de 8 estaciones radiofónicas entre los candidatos presidenciales. En el cuadro 3.1, destaca que la mayor cobertura sin publicidad pagada fue para Vicente Fox, en un porcentaje casi igual al tiempo que el PAN y la Alianza por el Cambio destinó publicitariamente, es decir, pagándolo. El PRI contrarrestó la discriminación que le hicieron por el poco tiempo ocupado con un gasto mucho mayor en publicidad. La sorpresa se dio en que Cuauhtémoc Cárdenas fue el segundo candidato que recibió más tiempo en los medios electrónicos. Aunque lo que no sorprende es el bajo porcentaje que el PRD le dedicó a gastos en publicidad.

Lo interesante en estos casos es la perspectiva que cada candidato y alianza electoral le dio a estos recursos de movilización política. El PAN y el PRI destinaron grandes esfuerzos a la difusión de la imagen de sus candidatos y a las consignas centrales de la campaña. Mientras que el PRD parecía justificarse todavía

en la movilización masiva, priorizando las concentraciones en las plazas y la “reorganización del tejido social”, como varios de sus dirigentes lo expresaron durante el proceso. Mientras que Fox y Labastida usaban sus propios errores políticos en éxitos mercadológicos, el PRD se esperaba en que las encuestas no representasen una realidad que se negaban a asumir y que los resultados finales serían distintos, recordando para ello la estrepitosa experiencia fallida de las encuestas en las elecciones de 1990 en Nicaragua, cuando la preferencia de los ciudadanos le daban al entonces partido gobernante FSLN⁵ casi un 70 por ciento, no obstante, los resultados electorales lo derrotaron casi con el mismo porcentaje pero a la inversa.

Vicente Fox redujo su campaña a la pura forma, relegando el contenido del discurso político a frases cortas y usando monosílabos: “Ya” y “hoy, hoy, hoy” eran los gritos de batalla. Esa repetición monosilábica le hizo verse, un martes fatídico en el mes de mayo, como una persona arrogante e intolerante frente a la imagen de un Cárdenas paciente y autocontrolado, cuando Fox insistía en un debate inmediato con sus contrincantes, sin tener resueltas las condiciones técnicas del encuentro. Sin embargo, rápidamente Fox convirtió este desliz en consigna popular. El “Ya”, significó para la gente un “ya basta” pero desde la derecha, que *ya* era suficiente de PRI en el gobierno, que *ya* habían tenido su oportunidad por 71 años y era justo que se fueran, que *ya* habían sido demasiados años en el poder, que *ya* era hora del cambio, *hoy, hoy, hoy*. A diferencia de Fox, la campaña de Labastida, basada en la consigna “que el poder sirva a la gente” representó, en efecto, la continuidad del control del poder por el PRI, que quería usarlo supuestamente para la gente, pero que nunca lo había compartido con ella.

En el caso de los candidatos para la jefatura de la ciudad de México, la situación fue distinta. El temor de algunos, en el sentido de que gobernar una ciudad tan compleja como la

⁵ FSLN: Frente Sandinista de Liberación Nacional.

de México, en tan poco tiempo, generaría una percepción de que no se cumplieron las expectativas y castigarían al PRD, no se dio. Eso puede inferir que la administración del PRD logró cambios significativos, principalmente en lo relativo a la cultura y los jóvenes, el combate a la corrupción y a la violencia urbana. Aunque lo más importante haya sido, seguramente, haber mantenido en funcionamiento la gran maquinaria de la urbe.

Otro elemento fundamental fue la presencia de la primera mujer en la jefatura del Gobierno en el Distrito Federal así como el enorme carisma y valentía que mostró en su cargo al enfrentarse con decisión a problemas relevantes como la huelga de casi un año en la Universidad Nacional, el conflicto de la policía de Seguridad Pública de la ciudad con quien dialogó abiertamente en el Zócalo capitalino, la dignidad percibida por los capitalinos frente a sus diferencias con el Ejecutivo nacional de matiz priista, y el impulso a los grandes espectáculos culturales orientados principalmente, aunque no exclusivamente, a los jóvenes transformando la plaza mayor en un espacio público por excelencia. Nadie hubiera imaginado el drama que viviría Rosario Robles pocos años después, metida en escándalos de corrupción.

Corroboremos lo anterior en los cuadros 3.3 y 3.4 (pp. 189 y 190), en relación con la percepción y simpatía partidaria con la intención del voto. En el cuadro 3.3, el 58 por ciento de las personas que aprobaron el gobierno de Rosario Robles votarían por Andrés Manuel López Obrador. Aquellas que aparecen neutrales para calificar el gobierno votarían mayoritariamente por López Obrador, pero la proporción es casi un tercio en los tres candidatos principales. En cambio, aquellos que no sabían o que no conocían el gobierno del DF le daban un número mayormente significativo al PRD. Únicamente aquellos que no aprobaban el gobierno votarían en un 39 por ciento por Santiago Creel y en un 29 por Silva Herzog, pero López Obrador lograría captar un nada despreciable 27 por ciento de esa frustrada población.

Lo interesante es hacer notar que López Obrador estaba captando un número importante de votos de simpatizantes de otros partidos: un obvio 94 por ciento del PRD, además de 15 y 17 por ciento respectivamente del PRI y el PAN, así como el 52 por ciento de ciudadanos que afirmaron no tener ninguna preferencia política. El 6 por ciento de personas del PRD que no votarían por López Obrador se distribuyeron entre los otros candidatos, principalmente entre el PAN y Democracia Social. De tal manera que la simpatía de los encuestados daba un 45 por ciento a López Obrador, el 30 por ciento a Santiago Creel y el 22 a Jesús Silva Herzog. Lo anterior puede explicar el cariz del candidato, que se mostró como valiente políticamente y honrado socialmente (“honradez valiente” era el lema de su campaña), características de su carisma y arrastre social, tal y como se venía dando desde su liderazgo en el movimiento por la democracia en Tabasco de 1995 y en los cierres de campaña de 1997 (*cf.* Tamayo, 2002).

Cabría ahora preguntarse cuánto pudo la publicidad influir en los resultados, como parte del contexto político-cultural de la ciudad. Los cuadros 3.5, 3.6 y 3.7 (pp. 190, 191 y 192) muestran la distribución del tiempo destinado a las campañas por las televisoras Televisa y TvAzteca y 23 estaciones radiofónicas. En el caso de la ciudad de México existe un cambio notable con respecto a las campañas nacionales. En primer lugar, está el hecho de que López Obrador acaparó el mayor porcentaje del tiempo sin publicidad en los medios electrónicos (véase cuadro 3.5); además, desglosado por televisora y radio destaca que López Obrador tuvo más del 50 por ciento de la cobertura en Televisa, el 33.5 en TvAzteca y el 33.8 en la radio. ¿Cómo entender el hecho de que los medios electrónicos en la ciudad de México le hayan dado una mayor cobertura a un candidato que no es popular en los monopolios privados de comunicación? La respuesta se encuentra en el cuadro 3.6, en el cual se desglosa el tiempo obtenido por noticia favorable, neutral y desfavorable. Ahí es posible observar que la mayor

referencia a Andrés Manuel López Obrador fue desfavorable, en relación al total de desfavorables. En Televisa obtuvo el 24 por ciento de su cobertura, en TvAzteca el 21 y en la radio el 13 por ciento.

Un hecho relevante en la batalla política es el conflicto desatado entre TvAzteca contra el PRD y el gobierno del DF a raíz del asesinato del comediante Paco Stanley, que involucró a su compañero de trabajo Mario Besares y a la misma estructura de la televisora por suponerse conexiones con el narcotráfico. La batalla fue cruenta. TvAzteca no escatimó esfuerzo alguno para descalificar a Cuauhtémoc Cárdenas, Rosario Robles y al Procurador capitalino Samuel del Villar realizando programas apócrifos donde exageraban la violencia y la corrupción en las calles de la ciudad, fingían noticias y actos delictivos con actores y productores propios con el objetivo claro de desacreditar a estos políticos. De tal manera que a los porcentajes de publicidad negativa ligada a las campañas electorales específicas de los candidatos del PRD, habría que añadir esta enorme campaña de difamación jamás vista en contra de un gobierno local, montada por un medio de comunicación a nivel nacional.

En tal atmósfera de violencia verbal y comunicativa, los comicios del 2 de julio del 2000, día en que Vicente Fox cumplía 58 años de edad, la población que votó le dio el triunfo al candidato del PAN y la Alianza por el Cambio. El cuadro 3.8 (p. 192) muestra los resultados de la elección federal por partido político. Vicente Fox ganó una mayoría relativa con un 42.52 por ciento, Francisco Labastida obtuvo 36.10 y Cuauhtémoc Cárdenas 16.64. Hay que notar que PAN-Alianza por el Cambio bajó más de dos puntos porcentuales en su votación para diputados y senadores, mientras que el PRI mantuvo su votación, con poco más del 0.5, y PRD-Alianza por México aumentó casi 2.2 por ciento la votación del Congreso, lo que algunos han explicado como el efecto del llamado voto útil. El cuadro 3.9 (p. 193), muestra los resultados del cómputo total correspondiente a la elección del jefe de gobierno. Andrés Manuel López

Obrador obtuvo 38.55 por ciento, Santiago Creel el 33.25 y Jesús Silva Herzog el 22.71. Lo interesante en estos datos es que el PAN-Alianza por el Cambio obtuvo mayor votación que la que preveían las encuestas. Recordemos que la diferencia entre López Obrador y Santiago Creel era de casi 15 por ciento. Al final, la diferencia fue apenas de 5.25 por ciento. Eso explica el hecho de que el PAN no reconociera su derrota de manera inmediata, hasta horas después de cerradas las casillas electorales, aduciendo un empate técnico.

Es obvio que, en el marco de esta confrontación política, el PRD nunca visualizó como fundamental la imagen de sus candidatos a través de distintos medios de comunicación. Estaban en contra de la mercadotecnia y sus preferencias. Era el contacto que los candidatos podían hacer en mítines, visitas domiciliarias, encuentros con organizaciones sociales, etcétera, en una serie de acciones que buscaban aprovechar la campaña para reorganizar el tejido social, convencer y hacer conciencia. De ahí que un termómetro político importante para ellos fuese la asistencia a las plazas y sobrevaloraron las concentraciones magnas que Cuauhtémoc logró en La Laguna, Ciudad Obregón, Zacatecas, Pinotepa Nacional, Oaxaca, La Paz, Morelia, Villahermosa e incluso en Monterrey, bastión panista, que colmó la macro plaza con un cierre regional. Fox, en cambio, no parecía interesarse tanto por las plazas. Siempre llegaba tarde y hacía esperar a los simpatizantes, como en el caso de Nueva Rosita, Coahuila donde llegó una hora tarde, en Ecatepec, donde lo esperaban 10 mil personas pasó lo mismo, o el acto deslucido en San Pablo del Monte en Tlaxcala, entre otros ejemplos.

Las plazas no ganan las elecciones, “votan tantito”, dijo Marcelino Perelló ex dirigente estudiantil del movimiento de 1968. “Darán 100 mil votos, los millones están en su casa” y ven televisión y escuchan la radio.⁶ Para un partido político

⁶ Cf. Entrevista realizada por *El Universal*, 21 de junio del 2000.

que busca reconocerse en la población, usar la campaña electoral para mostrar su proyecto, vincularse con la población y establecer con ello relaciones con organizaciones sociales, tiene su importancia, porque ello fortalece la reconstrucción del tejido social que tanto les preocupaba a los dirigentes del PRD. Pero eso solo, no hace ganar elecciones. Para un partido que desea ganar, el método debe ser otro, porque lo que importa es primero ganar las elecciones y después, ya en el poder, reconstruir el tejido social. Ninguna sociedad se organiza en tan reducido tiempo durante unas elecciones. Las campañas sirven para que la sociedad ya organizada persuada a otros a votar por proyectos de largo alcance.

Sin embargo, si bien es cierto que las plazas no ganan las elecciones, sí en cambio dicen mucho de la temperatura política y la efervescencia social de los asistentes. No se trata de profetizar con estas concentraciones los resultados electorales y menos de una votación nacional, sino comprender la dinámica de la cultura ciudadana, tanto la hegemónica, como la disidente anti o alterhegemónica, que se expresa en tales eventos. Sí es posible, pues, explicar en las plazas la liga que se crea entre la personalidad de los líderes, el programa político de los partidos y la expresión de los ciudadanos por medio de su comportamiento colectivo. De eso trata este libro, así como la etnografía del siguiente apartado.

Quisiéramos iniciar, antes de entrar de lleno al análisis cultural, diciendo que las concentraciones explicaron no únicamente el hecho de que existan proyectos alternativos de ciudad y de nación, sino cómo se expresaron culturalmente, enraizados en los propios asistentes. La plaza, el Zócalo capitalino, fue el escenario de los cierres de campaña de los tres partidos más importantes numéricamente hablando en el año 2000. La plaza del PRI denostó al partido-gobernante, le dijo que su tiempo había pasado, que para mantenerse tenía que cambiar internamente, a pesar de las enormes resistencias. Véase si no el hecho de que la forma de organización del acto en el 2000

no fue muy distante a la forma en que se hizo en 1997, ni en las posteriores, como veremos en los siguientes capítulos (*cf.* Tamayo, 2002). A diferencia, la plaza del PAN le dio a Fox la nación entera. Llena de simpatizantes de otros lugares que se juntaron con miles de capitalinos, aceptó que quería un cambio, pero no dijo hacia dónde, todo fue un voto útil. La transformación de la conciencia conlleva muchas direcciones, y no todas van ni hacia la democracia ni hacia adelante. El cambio que se pidió en la plaza fue un cambio pragmático, hoy y aquí. Pero, a diferencia del PAN y PRI, la plaza del PRD le dijo a Cuauhtémoc que no ganaría la nación, pero mantendría su bastión en la ciudad capital. Estableció con claridad que la intelectualidad y la cultura de vanguardia vinculada a la popular hacen un proyecto posible de modernidad, confrontándose abiertamente a la cultura de los medios y del espectáculo mercantil. Este fue un paso necesario en la revolución de las conciencias que se evidenció hasta el año 2018, nada menos que dieciocho años después.

Es decir, para entonces, la plaza cedió la nación a la derecha, pero esa misma plaza retuvo la ciudad cosmopolita a la izquierda electoral. Así pasó.

APROPIACIONES SIMBÓLICAS DE UN PROYECTO POLÍTICO

EL ESPACIO EN CONTESTACIÓN

La participación de los ciudadanos fue inédita por ser masiva en los tres actos, pero llamó la atención la del PAN, por la efusividad, espontaneidad, duración y convicción de los asistentes. En realidad, mantuvo el ritual de un acto político, pero tal como fue definido por algunos cronistas, el evento se convirtió en un espectáculo multimedia, que olvidaba la esencia política para asumirse como un centro de diversiones. En el Zócalo la ubicación de los objetos físicos y de los asistentes fueron

sintomáticos del tipo de acto que el PAN había planeado y se convirtieron en formas simbólicas de su identidad política. En el mapa 3.1 (p. 197) es posible advertir la apropiación del espacio público. El templete fue un escenario vistoso y modernista. Tenía una cubierta para evitar las ocurrencias intempestivas del clima, que no fue requerido en ese día caluroso y luminoso. En la parte posterior del escenario se colocó una gigantesca pantalla que proyectaba y enmarcaba la figura de los oradores, en especial de Vicente Fox. El templete se ubicó frente a la Catedral Metropolitana, formando un eje virtual de comunión ideológica entre los dos puntos, mientras que el escenario le daba la espalda a las oficinas del Gobierno del DF, ocupada por la oposición de izquierda. Hacia la derecha del templete, estaba el Palacio Nacional, lugar donde gobernaría Fox, decían, en caso de ganar. El Zócalo estuvo repleto desde las 17 horas del sábado 24 de junio, dividido por clases sociales. Los sectores populares ocuparon rápidamente la parte más cercana al templete. Desde ahí hasta la asta bandera era imposible caminar. Se relajaba el hacinamiento hacia el oriente frente a Palacio Nacional, pero en la parte poniente, en los accesos de las calles de Madero y 5 de mayo se arremolinaba la multitud que iba entrando de las marchas organizadas previamente.

En efecto, se realizaron cuatro marchas provenientes de distintos puntos de la ciudad. La primera llamada "Azul" liderada por Santiago Creel, partiría a las 16 horas del Monumento al Ángel de la Independencia, transcurriría por avenida Reforma, y entraría al Zócalo. A la misma hora iniciaría la marcha "Verde", auspiciada por el Partido Verde Ecologista de México, desde el Monumento a Cuitláhuac, a la altura del Conjunto Habitacional Tlatelolco, al nororiente del centro histórico, se uniría con la "Azul" en la avenida Reforma y entraría al Zócalo por las calles de Madero y 5 de mayo. La columna "Blanca" o "de la esperanza" la encabezaría Porfirio Muñoz Ledo, expe-redista, excandidato presidencial por el PARM y aliado de último momento de la Alianza por el Cambio. Esta saldría del Mo-

numento a la Revolución a las 17 horas. Finalmente, la cuarta manifestación “La naranja” encabezada por el ex gobernador de Chihuahua Francisco Barrios, saldría de la esquina formada por las avenidas Pino Suárez e Izazaga, al sur del Zócalo.

Las multitudes se congregaron en esos cuatro puntos. Ahí llegaron los 1250 autobuses de al menos 14 estados de la República.⁷ Todas esas vías relacionaron puntos cercanos y ejes que fueron formando una especie de pulpo inmenso con anchos tentáculos de seres humanos que iban por todas partes: el Ángel de la Independencia, la avenida Reforma, la glorieta del Metro Chapultepec, los cafés Sanborns de Reforma y Madero, las glorietas de la Diana Cazadora y del Monumento a Cuauhtémoc, donde cientos de simpatizantes se reunían para esperar el momento de integrarse al contingente, la avenida Juárez convertida en un enorme estacionamiento de camiones, vehículos modernos esperando el turno para entrar a los estacionamientos privados, el Palacio de Bellas Artes como un hito de encuentro, las calles aledañas al Zócalo que se convirtieron en enormes estacionamientos callejeros.

Las arquitecturas que rodeaban la plaza la delimitaban extraordinariamente. La sensación era de éxtasis. Las personas se arremolinaban en un mar de gente, rodeadas de magníficos edificios, el Palacio Nacional, la Catedral Metropolitana, los Palacios de Gobierno del Distrito Federal. Los hoteles Majestic, de la ciudad de México y Holiday Inn estaban repletos, de 8 a 12 personas en cada ventana, en las terrazas sólo colores azules y blancos adornaban los perímetros.

Hacia arriba las pantallas gigantes, los globos y zepelines aerostáticos, así como los helicópteros del Estado Mayor Presidencial, limitaban el espacio en las alturas. La gente se enfocaba en un punto, el escenario, porque estaba ansiosa de ver a

⁷ Los estados de donde arribaron fueron: Estado de México, Puebla, Morelos, Tlaxcala, Veracruz, Guerrero, Hidalgo, San Luis Potosí, Querétaro, Michoacán, Jalisco, Zacatecas, Sinaloa y Nayarit.

su líder. Pero constantemente volteaba para sentir la atmósfera brillante y cálida que la temperatura ayudaba a crear. Veían la Catedral y el Palacio. Decían que ahí estaría Fox. Miraban a la gente de alcurnia prendida de los hoteles. Así, ellos mismos definían también sus límites sociales y espaciales.

Era una fiesta nacional, así lo parecía. Los enjambres de gente se empezaron a reunir desde las 14:30 horas. A las 15:25 había ríos de individuos caminando en pequeños grupos en Reforma que se dirigían a todos lados, al Zócalo o al Ángel, indistintamente. Hubo gran movimiento. En la avenida Juárez se había formado ya una manifestación espontánea, y todavía las marchas oficiales no salían de sus puntos de reunión. El Zócalo estaba casi lleno. Aumentaban los cláxones conforme pasaba el tiempo, las banderas del PAN y nacionales se veían por doquier. Poco a poco se acentuaba el ruido, la energía, la emoción y el bullicio. Familias con cabello rubio, familias morenas, el criollismo y el mestizaje unido por el conservadurismo. Carros, cláxones, micros, camiones, consignas, gritos, música en el fondo. El espacio se densificaba.

Una situación muy distinta fue el acto del PRI, el domingo 18 de junio, ocho días antes que el del PAN. La distribución de los objetos en la plaza fue distinta. Sin embargo, la parafernalia y los recursos usados fueron similares. Como se aprecia en el mapa 3.2 (p. 198), el templete estaba ubicado al centro del Palacio Nacional, sin toldo y sin respaldo. Lo importante era tener el lugar del poder como marco del escenario. A los lados estaban las tribunas para los invitados. La tribuna A, era para los de gafete blanco con punto rojo, el Comité Nacional del PRI, el Consejo Político Nacional, gobernadores, miembros del gabinete y coordinación. Hacia el otro lado, estaba la tribuna B, para los de gafete blanco con punto verde, funcionarios, invitados del candidato y funcionarios del partido.

Al lado derecho del templete se encontraba otro escenario con un toldo blanco que asemejaba, guardando toda proporción, la Ópera de Sidney. Ahí se ubicó una orquesta sinfónica

que se formó ex profeso, bajo la dirección de Enrique Patrón de la Rueda. Desde ahí la actriz y conductora de *talkshows* Carmen Salinas, así como el famoso cantante popular Juan Gabriel presentarían el espectáculo que se complementaba al acto político. A diferencia del espacio del PAN, donde no hubo diferencia entre acto y espectáculo, todo era como un *talk show* gigante.

El espacio reorganizado por el PRI mantuvo las mismas características que las del cierre de campaña para jefe de gobierno, apenas 3 años antes. Al igual que entonces, el espacio priista está perfectamente segregado por organizaciones sociales y sindicales, principalmente de la Federación de Sindicatos de Trabajadores al servicio del Estado (FSTSE), Petroleros, Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos (CROC) y la Confederación Revolucionaria de Obreros de México (CROM). Exactamente frente al podio, los contingentes se dividían por colores, ubicándose de tal manera que desde arriba se veían los colores de la bandera nacional, que son los mismos del logotipo del PRI. De rojo estaba el grupo de Antorcha Campesina y Antorcha Popular. Al centro estaban los petroleros vestidos de blanco y al otro extremo, de verde, el grupo Redes 2000, formado por sectores populares organizados por la esposa de Francisco Labastida.

La parte más densa, al igual que en el PAN, iba desde el templete hasta los límites del asta bandera. Alrededor de la plaza se construyeron gradas preferenciales que dividieron por organizaciones: de ciudad Nezahualcóyotl, dirigentes del PRI estatales, dirigentes del PRI del DF. Así como otras que se ocuparon principalmente por grupos campesinos provenientes de otros estados.

El acto estaba previsto a las 11 horas y a esa hora empezó puntual. Hacia las 9:30 la zona cercana al templete estaba ya a reventar. Ante el paso de algunos y otros se daban empujones. Predominaban los petroleros, que no aceptaban que otros quisieran meterse para ver al candidato. Periodistas y camarógra-

fos que se atrevían a pasar por ahí eran abucheados y a veces se les aventaba basura y papeles. Nadie en esas plazas, ni siquiera en el acto de los panistas, confiaba en los medios. Poco a poco el sol empezaba a calar. Se oían porras y música de tambores, al estilo batucada brasileña que alegró la espera.

Imposible ver desde el templete hacia otros lados, sin embargo, más allá del asta bandera el espacio era muy relajado, se podía deambular, sentir un espacio transformado en blanco y decenas de aparatos y tecnología. Había cuatro torres de sonido con 45 bocinas cada una, lo que hizo un total de 180 que reprodujeron el sonido con una nitidez de excelencia y una intensidad de volumen ensordecedor. Las pantallas gigantes, las grúas monumentales, las gradas en los perímetros, todo ello delimitó un espacio ocupado por contingentes cansados y frustrados. Los hoteles Majestic y Ciudad de México se encontraban atestados de priistas, igual que siempre, mostrando las jerarquías y la diferencia de clases que existen en el partido. Las clases altas en las alturas, o cercanas al candidato, las clases populares y trabajadoras abajo y a distancia.

Finalmente, el cierre del PRD se distinguió de los dos anteriores (véase el mapa 3.3 (p. 199)). Se realizó un día después al de Fox, el domingo 25 de junio a las 11 horas. La izquierda siempre se había distinguido por el espontaneísmo, y en parte sus actos mostraron bastante de ello. Dan preferencia al contenido y se olvidan de la forma. El caso opuesto al pragmatismo de Fox, que le da prioridad a la forma, a lo publicitario y a la imagen, antes que al contenido y a la esencia de la política. La parafernalia y la tecnología que se usó en el mitin perredista fue muy inferior a los otros eventos. El templete, en forma por demás significativa, se colocó dando la espalda a la Catedral Metropolitana. Frente a este punto, los candidatos podían tener como límite, viendo al sur, el propio Palacio de la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal, repleto de trabajadores y simpatizantes del PRD. Pareciendo un símbolo de identidad, a la izquierda se encontraba el Palacio Nacional donde presumi-

blemente Cuauhtémoc Cárdenas, decían, esperaba despachar en breve. El templete, construido por la empresa Argos, estuvo a punto de desplomarse por la cantidad de personas y sobre todo el gran número de fotógrafos que querían estar arriba y cerca de los líderes. Sin toldo, con una pantalla más o menos gigante, de poca resolución que pasaba imágenes del acto en distintos puntos del Zócalo, tenía a un costado un escenario medio improvisado para los grupos de *rock* que amenizarían el acto político.

La gente fue acudiendo muy cerca de la hora inicial. Los lugares de reunión en el centro era el tradicional Café la Blanca de la calle 5 de mayo que se volvió amarillo con el PRD y blanco cuando fue el PRI. Desolado cuando le tocó al PAN, pues sus huestes prefirieron los McDonald's y los Kentucky Fried Chicken de los alrededores. Lo cierto es que, a las 10 horas, apenas una hora antes, el Zócalo se veía solitario: "Va a ser un fracaso", comentaban unos amigos. Hacia las 10:30, frente al templete, las personas empezaron a abarrotar el lugar, no se veían organizaciones o grupos tan definidos como en el caso del PRI. De la misma forma que en los otros casos, la parte más densa se extendió hasta los límites del asta bandera. A las 12:17 comenzaría el acto y entonces el Zócalo parecía derramarse. Fue el lleno más impresionante de los tres actos de la campaña, como asintió el campanero oficial de la Catedral, que pudo apreciar desde las alturas los tres eventos. No obstante, ese lleno fue repentino, se dio en menos de una hora. En el mitin del PRI, desde muy temprano empezaron a llegar los contingentes. El bullicio del evento fue más allá del acto protocolario abarcando al menos tres horas. No se diga el caso del PAN que fue apabullante, pues la movilización se dio desde las 14:30 hasta las 21:30 horas ¡7 horas de alegría desbordante! Sin embargo, la concentración del PRD alcanzó las 300 mil personas en unos cuantos minutos, mientras que el PAN llegaba a 250 mil y el PRI pudo concentrar 200 mil.

El espacio se delimitaba por varios elementos físicos. Destacaron las 10 tiendas de registro de simpatizantes que denomi-

naron “sociedad civil en movimiento” alrededor de la plancha, así como la pantalla gigante ubicada en el acceso de la calle 20 de noviembre que permitió a muchos ver, aunque no escuchar, algunas de las escenas más importantes del acto. El PRD colocó 9 módulos de sonido, pero a diferencia de las enormes moles del PRI, éstas estaban achaparradas y albergaban únicamente 13 bocinas cada una.

La algarabía y la convicción de los participantes semejava el estado de ánimo de los panistas, y contrastaba con la rutina de los participantes de los priistas. La música del son cubano y las cumbias colombianas fueron invadiendo la plaza mayor. La atmósfera era de alegría y energía. El templete se iba llenando de invitados, gente de partidos aliados, y la multitud congregada lucía diversa pero popular, igual los de arriba que los de abajo.

La altura del espacio no se delimitaba tan claramente como en los actos del PAN y el PRI porque no contaban con globos y zepelines a gran altura. Pero los participantes al acto buscaron maneras de extenderse hacia arriba a través de pequeños globitos que subían con el calor de una mecha, o el caso de un enorme pero liviano balón amarillo que alguien aventó y que el gentío empezó a jugar elevándolo hacia arriba y a los lados.

La densidad en la plaza fue mayor que en el caso del PRI y similar al PAN. Mientras tanto, la masa se mostraba ansiosa pero respetuosa. El calor arreció, los cuerpos sudaban, pero nadie quitaba la vista del templete y la pantalla. Se contenían a veces emocionados, elevando sus brazos y haciendo la V con los dedos de su mano izquierda, una V significativamente distinta a la manopla de poliuretano de Vicente Fox. Las campanas de las torres de la Catedral repiqueteaban a las 12 horas, como siempre, como todos los domingos. Pero ahora se oían con timidez. Alguien en ese instante tocó un caracol. Para eso, el Zócalo ya estaba a reventar: “Se necesitan dos zócalos el día de hoy”, dijo la animadora mientras señalaba las calles de Madero y 20 de noviembre, totalmente desparramadas.

La cultura política no se define únicamente por las tendencias del voto de los ciudadanos, los porcentajes de inserción política de los partidos políticos, la forma en que sus representantes hacen "lobby" para sacar alguna iniciativa de ley en el Congreso, o el organigrama de las instituciones del Estado, sino por la forma en que se conduce la ciudadanía en ciertos asuntos públicos. La cultura política se advierte también en los recursos que utilizan ciertos grupos sociales para movilizarse en función de proyectos políticos alternativos; la forma en que se comportan colectivamente en eventos públicos en relación con sus preferencias electorales; el grado de inserción a proyectos políticos que denotan y connotan enfoques ideológicos, es decir, la manera en que esos proyectos ideológicos son percibidos e interpretados por parte de grupos e individuos y que le dan sentido a las acciones tanto colectivas como individuales. Así pues, la cultura política es un asunto que combina objetividades y subjetividades complejas.

Parte de esta cultura política fue descrita en el apartado anterior, sobre la transformación del espacio en los cierres de campaña, pues es evidente que el espacio no es una estructura neutral de formas de apropiación, sino se conforma en función de la iniciativa de los individuos. Ahora, intentaremos describir las diferencias culturales de los tres mítines a partir de detallar, por un lado, el comportamiento de los asistentes y, por otro, la manera en que cada partido se proyectó ideológicamente a través del propio acto.

El cierre de campaña del PAN fue una fiesta ciudadana. Había un contado número de organismos vinculados al partido o en alianza con él, por ejemplo, el Partido Verde Ecologista de México (PVEM), Acción Juvenil, grupo del PAN, comunidades o municipios ganados electoralmente, como Atizapán-PAN, Xochimilco-PAN, Estado de México-PAN, Querétaro-PAN, Mujeres-Fox, etcétera. Brillaban por su ausencia sindicatos y or-

ganizaciones sociales en el acto, circunstancia que exhibe la intención histórica del partido desde su fundación, en el sentido de crear un *partido de cuadros*, de profesionales y especialistas en la política que buscan incidir en la opinión pública. Pocas veces el PAN ha abierto desafíos mayores al sistema a partir de actos masivos reivindicando, por ejemplo, la desobediencia civil y la no-violencia como táctica de confrontación (cf. Tamayo, 1999, 2016).

El PAN es definido por algunos intelectuales de izquierda, como un partido “pequeño burgués” o “clasesmediero”. Lo cierto es que, en un principio la mayoría de los integrantes del PAN eran profesionistas y pequeños y medianos empresarios, base social a la que el partido tuvo acceso. Pero posteriormente, sobre todo a partir de los conflictos entre los grandes empresarios y el Estado en 1976, el PAN comenzó a ser receptor de muchos empresarios medianos y grandes que fueron orientando y fortaleciendo su política derechista, pragmática y conservadora.

Así, las diferencias de clases y étnicas se hicieron evidentes en este tipo de mítines, a diferencia de cualquier otro partido. La mayoría de los simpatizantes arribó en automóviles último modelo.⁸ Usaron ropa de marca, playeras del Club Mead y los Bulls de Chicago, Polo, Versace, SPA. Llevaban mascotas con *pedigree*, vistieron crucifijos y medallas religiosas al pecho; además, destacaban su posición de profesionistas: “joven arquitecto con Fox”, contaba un letrero, y portaban imágenes de la Virgen de Guadalupe. Se repartieron volantes apócrifos ensalzando al evangelio y pasajes de la Biblia que vinculaban la doctrina del PAN con la Iglesia. Fue común observar a grupos

⁸ Se contaron infinidad de marcas y modelos recientes en el mitin del 24 de junio, tales como Countour, Suburban, Van, Cavalier, Chrysler 300, Audi, Jetta, Mercedes Benz, Rangers, etcétera, muchos de ellos con quemacocos y equipos de lujo. Estos autos contrastaban con muchos otros de las clases populares, por ejemplo, los “vochos” carros compactos económicos, taxis repletos de familias, etcétera.

de tres o cuatro señoras, vestidas de azul marino, como las monjas. Muchos aprovecharon para rogar a Dios por su candidatura en la Catedral Metropolitana. El santuario lucía lleno de panistas que realizaron un acto religioso casi paralelo al acto político que se daba afuera.

No obstante, la gran diparidad en este mitin fue la diferencia de clases. El PAN pudo atraer a una enorme cantidad de clases populares, que se vieron arrastradas por el carisma de Fox. Un campesino de San Martín Texmelucan, con un morral de lona, sombrero de plástico, bastón de palo, tenis baratos y andar dificultoso, llevaba dos banderas blanquiazules. Venía desde el Monumento a la Independencia. “Ya viene la marcha, dijo, pero yo me adelanto para llegar a tiempo”. En eso un muchacho de la universidad privada más importante del país, el Tecnológico de Monterrey, rubio, con lentes oscuros, jeans y playera blanca, pasó junto a él y le sobó el brazo: “Vamos señor, vamos a llenar el Zócalo más que Labastida”.

En el Zócalo se diferenciaron los grupos sociales, pero la gran masa de sectores populares se confundían, mezclándose las clases. Un cronista acertó al decir, se vio un PAN con más sociedad y menos panistas.⁹ Sobre el templete estaban organizadores, invitados y otro personal con un claro predominio de la clase media alta y alta, de tez blanca, rubios y trigueños, bien vestidos, con equipos, audífonos, celulares y radios. Todo un alarde de eficiencia empresarial y tecnología. La gente de abajo, era una mixtura de estratos sociales, principalmente popular y clase media baja, de tez morena, vestían *jeans* de Guess y marcas “piratas”. Pocos con tenis. La diferencia era muy notoria al grado que una mujer le dijo a su acompañante: “¡¡Uuy!! Son puros güeros”, mientras señalaba al templete, en un tono entre envidia y sumisión. Una diferencia que no impactaba negativamente, la gente la toleraba porque estaba muy alegre, era como si estuviese en un espectáculo multimedia.

⁹ Cf. Crónica de Roberto Zamarripa, en *Reforma*, 26 de junio del 2000, p. 6A.

El mitin dio comienzo a las 18:30 horas, aunque en realidad fueron los animadores los que lo iniciaron buscando entrete-ner a las masas por dos horas más. Llegaron los invitados: Luis Felipe Bravo Mena el líder nacional del PAN, Jorge González Torres del PVEM, Santiago Creel Miranda el candidato a Jefe de Gobierno, Porfirio Muñoz Ledo, Alfonso Durazo exsecretario del asesinado Luis Donald Colosio, los gobernadores panistas Alejandro González de Baja California, Fernando Canales de Nuevo León, Ramón Martín de Guanajuato, Ignacio Loyola de Querétaro, Antonio Echevarría de Nayarit.

Los animadores se desgañitaban, inventaban consignas y se apropiaban de otras del movimiento social de izquierda: “Corre la voz, ya ganó Fox”, “Ya llegó, ya está aquí el que va a chingar al PRI”, “el que no brinque es priista”, “arriba, abajo el PRI se va al carajo”. No obstante, la gente empezó a desesperarse. Eran las 19 horas de un acto convocado a las 18. “¡Queremos a Fox!”, decían al unísono. Los animadores y el equipo de seguridad se pusieron nerviosos ante tal concentración. Ellos esperaban 100 mil espectadores, y llegaron 250 mil. Entonces, los animadores, autoritariamente, dijeron: “¡Les pido silencio!”. La respuesta fue un enorme abucheo, ya parecía que la gente se iba a callar en un cierre de campaña. “¡Queremos a Fox!” insistía la masa al unísono. Los animadores no supieron qué hacer, organizaron una “Ola”, suplicaron a la multitud que cambiara de ánimo. ¡Dónde está la sonrisa!, decían preocupados. La respuesta fueron chiflidos y gritos de ¡Fuera, fuera! ¡Sáquenlos! Los animadores casi aullaban para cubrir las voces de descontento. Pidieron a gritos que el ingeniero de sonido sintonizara música a todo volumen, para acallar a la masa. Y en efecto, el sonido, impresionante, opacó la democracia. Entonces se oyó la voz de Fox, y todos a la expectativa, pero, oh, era sólo un video. La gente paró un poco su delirio, pero sin mucho gusto. De repente, todos los invitados del templete empezaron a irse. A las 19:17 horas dejaron solas a las masas. Los animadores tuvieron que regresar a cantar, gritar y bailar, para

tratar de calmar lo que no podían controlar. La gente fue a ver a Fox, y quería verlo “ya”. Pareció que el grito intolerante de Fox de hacer las cosas de inmediato sin prever ninguna consecuencia, el grito de “hoy, hoy, hoy”, que se volvió consigna de multitudes para cambiar ya al sistema, se le revertía al PAN y al futuro presidente ante la antidemocracia que mostraban en los actos populares. ¿Dónde estará la tan pregonada democracia? Se preguntaban.

En eso, más música a todo volumen. Entraba un *ballet* de cuatro hombres y cuatro mujeres, en una coreografía de Roberto y Mitzuko, famosa pareja de bailarines de espectáculos.¹⁰ La gente seguía molesta y gritaba con señas de “nooo”. Al mismo tiempo salieron a escena tres personalidades cantando con pistas y un mariachi atrás que no se oía. Un hombre rubio, rapado, con impecable traje negro, presentó a ¡Diego Fernández de Cevallos! el líder natural del PAN. Gran ovación, pero resultó que, engaño de nuevo, era una grabación. Diego, junto con el expresidente del PAN, Luis H. Álvarez, fueron los grandes ausentes, evidenciando los conflictos internos entre panistas y foxistas, debido en parte al exagerado pragmatismo del candidato presidencial. Mientras la multitud:

¡Queremos a Fox! ¡Mándenlos a Fox!, decía al unísono. Siguieron saliendo mujeres hermosísimas, de espectáculo, rubias todas. La animadora dice “Si alguien ha perdido un niño...” “¡Han perdido ustedes a Vicente, güey!” “Este cierre se está transmitiendo a todo el país”, dijo el güero animador como para advertir que el comportamiento inadecuado podría ser observado.

El *ballet* inició su actuación, una coreografía con trajes prehispánicos estilizados, con dos mujeres de túnicas blancas, después una pareja de “inditos” con rostros cabizbajos, entonces salieron dos parejas vestidas de *smoking*, ellos, y de grandes

¹⁰ El acto cultural estuvo a cargo de Gabriel Vázquez, productor de espectáculos de artistas comerciales.

olanes, ellas, como vestidos de novia o quinceañera de orientación filoeuropeo, finalmente un bailable regional jalisciense. Fue un espectáculo de mal gusto. Durante el acto algunos dijeron “¡Nos están tomando el pelo!”, pero al final la gente aplaudió, le gustó, se acordaron finalmente de los programas de la televisión comercial de pobre producción cultural.

El espectáculo fue sintomático del país que quiere el PAN, una posmodernidad sincrética, historicismo ramplón, circo para las masas, aquellas que son bienvenidas en los actos, pero reprimidas en sus ansias de libertad. Se preveía que sería difícil, de cualquier modo, la presidencia de Fox, pues algo que no se había previsto es que las masas no son multitudes fácilmente manipulables. Si no, entiéndase el mensaje cuando un dúo de cantantes, rubios para variar, entonaron la canción “¡México ya, México ya, México ya!”, y fue coreada por las multitudes como “¡Váyanse ya, México ya, Váyanse ya!” Cuando las masas se escaparon del control, los organizadores perdieron la postura y mostraron sin disimulo autoritarismo e intolerancia.

Vayamos ahora al evento del PRI, que siguió con persistencia la operatividad de tantos actos ensayados en tantos años de poder. Pareció que no había aprendido de los cambios estructurales que el mundo y el país estaban teniendo. Transformaciones profundas que impactaban la forma en que la sociedad civil enfrentaba los retos públicos. Ahora en el 2000, con mayor parafernalia, la organización fue la misma que 30 años antes. Corporaciones, organizaciones sociales y sindicales, compra de votos, control de asistencia, contingentes leales al frente, señales y organizadores para motivar la ovación, acarreo, 900 elementos de seguridad, a diferencia de los 600 del PRD y 350 del PAN, un equipo de sonido de gran calidad, 2 mil autobuses foráneos.

En contraste con el PAN y el PRD, los contingentes del PRI llegaron en grandes grupos, pertenecían casi todos a organizaciones campesinas, populares o de trabajadores. Cerca del templete se establecieron tres cuadrantes donde se apretujaron

las organizaciones más leales: de rojo Antorcha Campesina, de blanco los Petroleros, de verde los de Redes 2000, esto es los sectores priistas campesino, obrero y popular. Los obreros se colocaron exactamente al frente del templete. Eran jóvenes, la mayoría. Bien vestidos, con *jeans* marca Levis, camisa de cuadros, de algodón, playeras y sudaderas, suéteres y chamarras, zapatos de goma confortables, algunos tenis, nadie con botas. El 95 por ciento de estos grupos eran hombres, las mujeres de baja estatura difícilmente podían ver.

“¡Vamos a ganar!”, era la consigna del PRI, mientras que la sentencia del PAN era “¡Ya ganamos!”.

La jerarquía en el acto fue más que evidente. En el PAN, la diferencia de clase y raza separó a los que tenían el poder (el control del templete), prósperos y criollos los de arriba, mestizos y populares los de abajo. En el PRI la jerarquía se dio entre la alta burocracia que se apostó en las gradas a los lados del templete donde únicamente los candidatos podían estar. En otras gradas, cerca de la Catedral estuvieron también las burocracias intermedias. En las terrazas de los hoteles se encontraba lo mejor de la sociedad priista, disfrutando el espectáculo. Y abajo, de nueva cuenta, las masas populares.

Lo cierto es que en ocasiones se sintió el apoyo y la lealtad de algunos grupos al candidato y al partido, pero no se encontró esa solidaridad entre la gente que se apreció en el acto del PRD. La multitud se molestaba cada vez que alguien pasaba y se rozaban los cuerpos. Se ponía rígida. No quería perder su espacio vital. El contingente de obreros había cambiado esa imagen histórica del movimiento nacionalista. Estaba formado por contingentes de jóvenes-adultos, recios, decididos y disciplinados, conscientes del tipo de país priista que ayudaron a construir. Estaban ahí por convicción. A diferencia de ellos, los sectores populares se veían más confundidos. Se organizaban en grupos cerrados. Síntoma de una menor educación política y mayor acarreo partidario. Estaban más bien atiborrados sobre la enorme plancha.

Junto a ellos estaban los apoyadores comprados u obligados. Pero entonces la gente no se quedó callada, junto a los priístas confesos, de convicción, obreros y comerciantes que se emocionaban por sus líderes, estuvieron otros irredentos: “Me trajeron, pero yo votaré por Fox”, “Tuve que venir, para que no me quiten el día, pero yo soy perredista”. El PRI seguía sin entender la enorme distancia que separaba a la cúpula de sus bases, y esto fue un golpe brutal a mediano plazo que se profundizó con el tiempo.

El acto en sí mismo mostró una cultura híbrida: se tocó el famoso Huapango de Moncayo y popurrís de música mexicana con orquesta sinfónica, coros y mariachi. Se apoyaron en una animadora, la priísta de siempre Carmen Salinas, que quiso darle al espectáculo el sesgo de un deprimente *Talk Show*. Música “cult” reminiscencia del México rural posrevolucionario que ya no existe más, combinado con la música comercial urbana de Juan Gabriel. Buena táctica, porque miles fueron al acto no para ver a Labastida o a Jesús Silva Herzog sino a su ídolo “Juanga”.

En cambio, el acto del PRD fue una combinación de los anteriores. La gente no se organizó en fuertes corporaciones como en el caso del PRI, pero sí había grupos y organizaciones sociales y políticas presentes que conformaron la Alianza por México, de las que destacan Asamblea de Barrios, Sindicato Mexicano de Electricistas, Autobuses Unidos, Petroleros, Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata (UPREZ), Cooperativa Pascual.¹¹

¹¹ Además estaban presentes la Alianza de Organizaciones y Comerciantes, trabajadores del Instituto Nacional de Bellas Artes, Trabajadores Ferrocarrileros, Estudiantes de la UNAM, Comunidades y Organizaciones de Paracho, Guerrero, Tlaxcala, Los Reyes la Paz, Oaxaca, Ixtacalco, Villahermosa, Tierra y Libertad, comerciantes de La Merced, Banda Tepito, Brigadistas de Alianza por México, Asociación Sindical de Trabajadores del Metro, Convergencia Democrática, Sociedad Nacionalista Juventino Rosas, Asociación de Colonos de Tlalpan, Coacalco, Peña Morelos, Unión de Inquilinos Colonos y Comerciantes, Organización Obrera, Campesina,

Junto a ellas cientos de pequeños grupos de jóvenes y familias llegaban por los accesos más cercanos. Era parte de la sociedad civil conformada por grupos y ciudadanos. La diferencia de clase, que no racial, como en el caso del PAN, fue difícilmente notoria, pero existió. Grupos populares, grupos de trabajadores y clases medias ilustradas, intelectuales y artistas.

La gente abarrotó el Zócalo de una vez por todas. En las zonas más densas, sin embargo, no había apretujones ni agresividad, como en el caso del PRI y el PAN. Se toleraban entre sí, se dejaba pasar. Compartían una euforia fuera de serie. Entre los invitados sobre el templete y la gente de abajo no había diferencia de clase de ningún tipo. Ahí estaban actores, artistas, intelectuales, activistas sociales y políticos.¹²

A las 11 horas los animadores, un hombre y una mujer, gritaron que el Zócalo estaba repleto. La prensa se ubicó en el templete que para entonces estaba atiborrado y a punto de desplomarse. El sonido fue muy malo, como siempre. La cantante Yesenia interpretó “Casas de cartón”, una melodía chilena que se hizo famosa en los setenta, reflejando las condiciones de las colonias proletarias. La gente cantaba con ella, emocionada por la solidaridad. Poco después se pudo escuchar música *rapera* del grupo Jugete Rabioso, en vivo, que cantaba una canción alusiva al candidato. La gente se prendió de en-

Urbano-popular de Durango, Evangélicos, Unión Popular de la colonia Anáhuac, etcétera.

¹² Entre ellos se encontraban el actor Damián Bichir y la actriz Julieta Gurrola, Carlos Imaz, Amalia García, presidenta del PRD, Ricardo Monreal, gobernador de Zacatecas, Martí Batres, coordinador de los asambleístas del DF, Alberto Sánchez Anaya, gobernador de Tlaxcala, Carlos Payán Verver, exdirector de *La Jornada* y senador y miembro de la Cocopa, Alberto Anaya, líder del Partido del Trabajo, José Agustín Ortiz Pinchetti, ex consejero ciudadano; Celeste Batel, esposa de Cuauhtémoc, la familia de Andrés Manuel López Obrador, Arnoldo Martínez Verdugo, ex secretario general del Partido Comunista, Rosario Robles, jefa de Gobierno del DF y su hija, Edgard Sánchez, dirigente nacional del Partido Revolucionario de las y los Trabajadores,

tusiasmo. Conocía a las personalidades de arriba, a actores y actrices como Demián Bichir, Julieta Egurrola, María Rojo y los ovacionaron.

Poco después, pasaron un video, síntesis de la campaña de Cuauhtémoc Cárdenas, y la gente puso gran atención, sin quitar la vista de la pantalla, emocionada. El templete no tenía toldo, como abierto al sol. El del PAN era un templete para la jerarquía de la élite, el del PRI el de una jerarquía de Estado. El del PRD significaba espontaneidad total. En eso, llegó Rosario Robles, caminando desde el edificio de Gobierno del DF, sin guardaespaldas, con su hija. Fue cruzando la plaza exactamente a la mitad, la gente iba abriendo paso, le aplaudía, la ovacionaba. Rosario representaba en esos días para los capitalinos una figura fuerte, inteligente, audaz y feminista.

El acto del PRD fue austero, la atmósfera la hizo la gente que gritaba y cantaba con efusividad; levantaba el brazo tendido haciendo la V de la victoria o el puño en alto. Al cantar el himno nacional el ambiente por la emoción se hizo más denso. Al término la gente se volcó hacia sus líderes, principalmente hacia Amalia García a quien le pedían autógrafos y firmas en gorros, libros y banderines.

EL DISCURSO Y LAS MASAS

La relación entre líderes y masas se dio de forma contradictoria. Dependió del carisma y la posición política que los individuos adoptaron en el tiempo y espacio específicos. La forma en que se dieron los discursos y la respuesta de los simpatizantes fue sintomática de la cultura política y ciudadana que cada partido político y cada acto representó. La cultura no es únicamente un aditamento de la lucha política, representa ante todo la esencia de la confrontación, porque a través de ella podemos conocer el verdadero sentido del comportamiento colectivo, las relaciones de poder y sus verdaderas motivaciones.

Cuando finalmente Vicente Fox llegó al templete, la gente brincaba, desbordada; 250 mil personas en la plaza gritando

“¡Ya ganamos, hoy, hoy, hoy!”. Hubo además una enorme cantidad de reporteros y fotógrafos que no daban facilidad de movimientos a Vicente Fox y Santiago Creel.

Empezaron los discursos. Jorge González Torres, líder del PVEM dijo, queriendo ser ocurrente basado en su fe católica: “San Juan bendice esta alianza...” pero no hizo ninguna gracia a los presentes. Cuando habló de Vicente, no le costó trabajo vincularse con la doctrina del PAN, porque el PVEM es un partido también de élites. La gente aguantó la llegada de los discursos, porque al fin dio comienzo el acto político, pero tuvo que esperar casi cinco horas y comenzó a sentir los efectos del cansancio y los fuertes dolores de espalda.

Al término del discurso de González, la maestra de ceremonias presentó a Porfirio Muñoz Ledo como el ideólogo desde 1988 de un movimiento ciudadano, histórico y definitivo que nadie podría parar. Porfirio, entonces, se dirigió a los indecisos, aquellos que tenían la responsabilidad democrática. Llamó a los presentes a convencer al voto cobarde, al voto débil. Parafraseó consignas de izquierda: “Soy la voz de la izquierda democrática”, y retomando una frase célebre del EZLN afirmó que Vicente Fox “gobernará obedeciendo”.

El PAN y Fox les dieron un peso muy importante a varios oradores provenientes de la izquierda, porque la preocupación principal era atraer el voto útil del perredismo. Por eso Héctor Castillo, hijo del líder célebre Heberto Castillo, elegantemente vestido, también les pidió a los perredistas sumarse al verdadero cambio. “¿Cuántas tumbas más, dijo, se necesitan ingeniero Cárdenas para que se unan usted y el PRD a la única opción real de cambio?” Y en actitud de sacrificado dijo: “Si le basta una, le ofrezco la mía”. En el mismo sentido fue representativa la presencia de Antonio Echavarría, gobernador de Nayarit, quien había ganado con una amplia alianza presidida por el PRD, y ahora se sumaba a la Alianza por el Cambio. Diferencia sutil, pero que mostraba la búsqueda neo-nacionalista del PRD en contraparte del cambio pragmático de Fox.

Pero el discurso de Echavarría fue interrumpido constantemente por una multitud que desesperaba por oír a Fox. Sentía frustrarse ante un pésimo discurso, cantinflesco, gritón y resbaloso. El orador, como casi todos, señalaba constantemente desde la tribuna al Palacio Nacional, levantaba el brazo derecho para repetir “Ahí gobernará Fox”.

El PAN es un partido de ciudadanos, recalcó la maestra de ceremonias y habló de sus héroes: Maquío Clouthier y Bravo Mena, todos neopanistas. No hubo ninguna referencia al panismo ortodoxo o histórico. Un marco ideológico para presentar al presidente nacional del PAN e invitarlo a tomar la palabra. La gente le chifló y abucheó hasta el final. Para entonces, la multitud se mostraba francamente desesperada. Entonces llegó Santiago Creel el candidato a la Jefatura de Gobierno del DF. “Ahora sí, dice una mujer, éste es el último, después de él sigue Vicente”. Santiago, a diferencia de Andrés Manuel del PRD, tuvo una campaña gris y desorganizada, muy similar a la que el PAN organizó en 1997. Al parecer a la gente no le importó demasiado, no estaban ahí por la ciudad, estaban por la nación y querían a Fox.

Santiago fue la reencarnación misma del autoritarismo, patriarcalismo y la homofobia del PAN. El candidato se acercó al podio, junto con su esposa, su hijo Santiago y sus dos gemelas Ivette e Ivonne. Todos lucían elegantes, rubios y de ojos azules. “¡Qué niña tan bonita!” dijo una mujer morena, extasiada por la imagen. Estaban dos chicos, vendedores ambulantes de 12 años, disciplinados, con un litro de laca en el pelo. Llevaban playeras del PAN, se sentían felices, en su ambiente, pues todos a su alrededor tenían la misma apariencia.

El discurso de Santiago se convirtió más bien en una arena a las masas. Se transfiguró él mismo en un energúmeno, gritón, que se deslizaba por encima del podio, abría inconmensurablemente sus ojos, manoteando a discreción. Todo un espectáculo de fuerza que contrastó con la timidez de su familia, que tenía que soportar, así pareció, el espectáculo del

esposo y padre. “En esta ciudad bendita me tocó nacer”, insistiendo como todos los demás oradores en vincular a Dios con la política. “Rescatemos la ciudad”, esgrimió, pensando seguramente en los vándalos y pobres indeseables. Era el retrato en vivo de una familia tradicional, con un padre enfurecido y una familia obediente. Subrayó los temas de inseguridad y el compromiso de buscar empleos para las mujeres. Fue cuando se pudo oír entre la audiencia una ovación tímida y desorganizada, mientras su esposa permanecía incólume. Las gemelas se empezaron a aburrir de un discurso que se extendió más de la cuenta. Las hojas del discurso ya leídas revoloteaban por el aire. Su hija quiso arreglarlas. La madre le detuvo la mano en un signo de autoridad. “¡Esto no lo para nadie!” terminó diciendo Santiago.

Cuando Vicente se acercó al podio, la plaza estaba oscura. Fox había llegado desde las 18 horas, pero atrasaron el acto deliberadamente para que el candidato se acompañara de las luces y rayos láser, las pantallas gigantes y el espectáculo publicitario del evento. En el mismo esquema que el anterior, Vicente se hizo acompañar de dos de sus hijas, Cristina y Paulina. Entonces, vistió un traje azul marino que le cambió el *look* de la campaña, de un candidato ranche-ro desparpajado a la imagen de un estadista. “México despertó. Ni Juan Gabriel [...] decía cuando fue interrumpido por la gente que se desgañitaba reproduciendo mil veces la consigna homofóbica “A Pancho (Labastida) le gusta Juanga (el cantante Juan Gabriel), a Pancho-le-gusta-Juanga”, consigna que entonces sí salía espontánea de la multitud, sin necesidad de animadores. Hizo recordar a muchos la postura intolerante de muchos gobernadores y presidentes municipales panistas, especialmente de Xalapa, Veracruz, Aguascalientes, Guadalajara, Querétaro y Baja California contra grupos homosexuales, feministas y artistas cuyas actitudes no concordaban con su moralista doctrina. Una postura prototípica de alcaldes mochos, aseguraron algunos

en los medios, contra los derechos humanos, el arte y las mujeres.¹³

Su discurso tardó únicamente 22 minutos. Se dirigió al pueblo, pero principalmente trató de persuadir a los cardenistas. Ese fue el tono más importante de todo el discurso y la consigna de la tarde: “¡En-tién-de-lo-Cuah-te-moc!! Só-lo-fal-tas-tú”. Así, Fox le apostó a todo, pues las encuestas predecían al menos un empate técnico, entre él y Labastida. La gente alrededor del templete estaba atenta.

Vicente ofreció un discurso superfluo, pero seguro del triunfo: “Trabajaré con todos, incluso con los adversarios”, dijo, y elevaba su voz para “derribar el muro ¡hoy, hoy, hoy!” y la gente se prendía y ovacionaba a rabiar ¡Viva México! Tronaron cohetes, miles de luces artificiales en el cielo iluminaron la plaza. A las 21:30 horas había una gran algarabía. La gente no se iba. Se apretaba una a la otra para ver a su candidato. ¡Sombrero, sombrero! le gritaron. Le pedían con desesperación que se pusiera un sombrero de charro o de ranchero. Les gustaba más la imagen de *cowboy* al estilo *Marlboro* que el traje de estadista. Al final de cuentas, los adjetivos que durante la campaña le endilgaron tanto sus adversarios como los medios

¹³ Están documentadas experiencias de este tipo, principalmente de ayuntamientos panistas. Por ejemplo, en Veracruz, donde la dirigente de Ancifem, Patricia Fox, propuso crear “zonas de intolerancia” contra los homosexuales y las prostitutas; lo mismo pasó en Aguascalientes en donde existe un balneario con un letrero en la entrada que dice “Se prohíbe la entrada a homosexuales y a mascotas”. César Coll destruyó aparatos televisores para protestar contra el programa *Los Simpson*. Un alcalde de la ciudad de Guadalajara prohibió usar minifaldas a sus trabajadoras. En Nuevo León quitaron el busto del héroe liberal decimonónico Benito Juárez para sustituirlo por el arcángel San Miguel. Se permitió la mutilación de obras artísticas porque mostraban desnudos calificados como obscenos y pornográficos. Además acciones contra mujeres por reivindicar el derecho al aborto. Todo ello apoyado por grupos religiosos y representantes oficiales de la Iglesia Católica. Véase al respecto el amplio reportaje en el suplemento *Masiosare* de *La Jornada*, domingo 4 de febrero del 2001.

de comunicación sí representaron, a veces con fidelidad, la personalidad de Fox: empresario de Coca-cola, autoritario del neopanismo, pragmático y maromero, católico devoto, vínculo estrecho con la internacional demócrata cristiana del derechista presidente español José Ma. Aznar, ranchero, empresario convertido a político fornido, conservador, egresado de la universidad jesuita Iberoamericana, inculto, desinteresado de la literatura, la música y el cine, arrogante y arrebatado, intolerante y oscurantista.¹⁴

Desenfreno total. Las mujeres en la histeria. Los jóvenes embelesados, gritaban con gran sentimiento. Los residuos de los cohetes caían libremente, la gente trataba de taparse un poco de la lluvia de palos, pero no importaba mucho, querían ver al candidato. El Himno Nacional se cantó con gran emoción y convicción. Fox ondeó la bandera nacional. Santiago Creel siempre a su lado le ayudaba. Estuvo muy pendiente de lo que hacía Fox, no quería quedar mal. Lo veía profundamente a sus ojos, como queriendo adivinar lo que iba a hacer en seguida. La gente seguía histérica.

Alguien le dio un busto del Padre de la Patria, el Cura Miguel Hidalgo con el estandarte de la Virgen de Guadalupe y fue el acabose para sus seguidores. Jovencitas desenfrenadas, gritando, vociferando, como parte de un club de *fans*. Las miradas, los movimientos de brazos, toda una energía contenida que de repente salía como despavorida. Vicente Fox mostró un tremendo carisma. A pesar de que el acto se dio por terminado nadie se iba. Todos se arremolinaron al frente. Querían verlo así, como un hombre recio, macho y fuerte, como un artista de espectáculos, un ídolo. Era sin duda, una fabricación mediática.

¹⁴ Véanse los reportajes sobre la personalidad de Fox y los calificativos que algunas agencias de noticias, principalmente las internacionales le endilgan al presidente, Reuters y CNN; además la entrevista a Pablo Emilio Madero en *El Financiero*, 26 de junio del 2000, así como el reportaje sobre los vínculos del PAN y Fox con la democracia cristiana a nivel internacional, en *Reforma*, 24 de junio del 2000.

Todo lo contrario con el acto del PRI, frío, calculador, sin entusiasmo. La jerarquía y la sumisión fue evidente en cada gesto. Jesús Silva Herzog, candidato a jefe de Gobierno del DF se sintió anfitrión de Labastida. Estaba en su casa, la Ciudad de México, era su plaza, quería que todo saliera bien; 15 minutos antes de que llegara el candidato presidencial, Jesús ya había llegado, vestido con impecable traje gris y corbata roja. Nervioso se ajustaba y desajustaba la corbata. Pero Labastida se presentó de chamarra y totalmente informal. Al verlo así Jesús desapareció por segundos, se quitó la corbata, el saco y lo cambió por una chaqueta café que alguien le prestó. Nadie podía lucir distinto al candidato.

Labastida llegó solo por un pasillo diseñado ex profeso para él. Saludó a un luchador encapuchado, el Hijo del Santo. En el templete lo esperaba su esposa, la secretaria general del PRI, Dulce María Sauri, Jesús Silva y su esposa. Nadie más, ni entonces ni durante todo el acto. El espacio únicamente para ellos, para ser bien apreciados por las masas y la televisión. La esposa de Labastida, una intelectual, universitaria e inteligente, se condujo muy bien. Lo recibió amorosa, le limpió el polvo de su saco con amor, para que alguien entre la multitud gritara “¡Beso, beso!” y embelesara a la multitud. La personalidad del candidato presidencial se asemejaba mucho a la personalidad colectiva del PRI a finales del siglo xx. Detractores y medios de comunicación coincidieron en definir a Labastida como orgulloso y vanidoso. A pesar de ser un líder nato, siempre deseó impresionar, esperaba reconocimiento, era protagónico y egocéntrico. Con una actitud así, el PRI no podía esperar impactar a una ciudadanía que buscaba otros valores.

Sólo ellos hablarían, Dulce María, Jesús y Francisco Labastida. Poco ruido se escuchó en el discurso de la socióloga Dulce María, pero no todos pusieron atención, pareció poco popular ante las masas. De vez en cuando sonaron cornos y matracas. Jesús, sentado, se veía muy molesto, quería que la multitud guardase total silencio. Señalaba repetidamente con

el dedo a su oído, como pidiendo silencio a la multitud o a los organizadores de la multitud. No le hacían caso, por supuesto. Siguieron las porras a Labastida. Mientras Francisco, a diferencia de Jesús, oía con atención el discurso de Dulce María. Al contrario, Jesús no pudo, se veía preocupado. Su vista era austera, dirigida con cierto odio hacia las masas. “¡Vamos a ganar!” afirmaba Dulce María, no sabía entonces que Fox diría una semana después “¡ya ganamos”!

El discurso de Jesús fue superfluo. Se apoyó en la imagen de Francisco, sabía que las encuestas lo habían desacreditado terriblemente. Le agradeció al pueblo y les pidió más esfuerzo, dijo, para empeñarlo todo: “¿Mááás?, pos si ya lo empené todo, güey” se oyó decir a un petrolero. Se hizo un silencio desinteresado, un poco incómodo. A la gente no le llegó el discurso, fue uno sin carisma, sin peso político. Se escucharon chiflidos. “¡Ya, yaaa, cállate!” empezó la gente a gritar. Se oyeron cencerros para apagar la rechifla, pero los asistentes querían a Labastida, ya.

Francisco tomó el micrófono y los petroleros salieron a ovacionar: “¡Petroleros-Labastida, petroleros-Labastida!”. El candidato se dirigió cortésmente a los gobernadores, líderes de los sectores y amigos priistas. También les dedicó un párrafo a las mujeres y se oyeron algunas porras a lo lejos, a buena distancia del círculo férreo de los obreros, que se voltearon sorprendidos e incrédulos. Labastida apoyaría a Silva Herzog para recuperar la ciudad de la ineptitud, pero ni en eso hubo respuesta de la gente. Los obreros y campesinos parecían no tener identidad urbana. “¡Vamos a ganar!” seguía diciendo y la ovación no se hizo esperar. La gente de la tribuna se paró para seguir la consigna con más fuerza.

La bandera nacional ondeaba a toda asta. Había un líder de los petroleros al frente, que se comunicaba con otros, en una especie de triangulación de coordinadores ubicados estratégicamente. La señal del que está al frente al resto se hacía con los dedos, mostrando con ellos los números uno, dos, tres,

etcétera, o combinando varios dedos para identificar alguna consigna. Ahí todo, hasta la porra se controlaba, en el PAN todo fue espontaneidad.

Terminó el discurso a las 11:44, después de 20 minutos. Los fotógrafos le pidieron fotos con la plaza de fondo. La gente se empezó a retirar desde el momento mismo en que empezaron los discursos. El himno nacional se cantó con fuerza. Muchos se pusieron la mano derecha sobre el pecho. Al terminar se oyeron matracas, tambores, platillos y sirenas. Francisco Labastida se fue como llegó, solo. Las esposas y Silva Herzog se quedaron en el templete viéndolo partir. Lanzaron miles de confetis de colores verde y rojo con el nombre de Labastida, a través de cañones de aire. Terminó el acto oficial y comenzaría el espectáculo de Juan Gabriel, en el que todos querían estar. Apoteosis total con el cantante, él sí que es popular, y ni con él se pudo.

Con el PRD los líderes se mostraron distintos. Se les reconoció por los medios que eran educados, con amplia cultura y progresistas. Demostraron que eran honestos, aunque no pudieron con las pesadas estructuras. A Cuauhtémoc lo tachaban de ambicioso y terco. El voto útil del PRD que se fue con Fox, aunque únicamente alrededor del 2 por ciento, justificó su decisión por la testarudez de Cárdenas. El problema de la izquierda es que cambia poco, carga aún con muchos esquemas del pasado: desorganización, espontaneísmo, improvisación, desprecio por la imagen y demasiada atención a temas que nadie entiende.

No obstante, el acto del PRD, a diferencia del PAN y el PRI, estuvo cargado de contenido y aceptación por la multitud. No asistió por la forma únicamente, sino por convicción y por principios y valores progresistas. El mitin fue abierto por el actor Demián Bichir, a quien la gente estimaba mucho. Habló bien y corto, únicamente 6 minutos. Después el turno fue para Antonio Calderón, presidente de la Alianza por México y dirigente del Partido Alianza Social (PAS), uno de los aliados del PRD.

Los edificios del Gobierno del DF, los balcones y las azoteas estaban abarrotados de gente. Amalia García estaba anotando ideas en una libreta pequeña, que sería el índice de su discurso que improvisaría en pocos minutos. El orador de la Alianza se retiró varias veces del micrófono para tomar algunos tragos de una botella de agua. Sorbía, la dejaba, la volvía a tomar. Tenía la boca seca. Estaba nervioso. Reiteró la existencia de proyectos distintos de nación y de ciudad entre los contendientes políticos. La gente observaba con atención, pero no había gracia. Cuauhtémoc Cárdenas se veía rodeado por su esposa Celeste y sus hijos Lázaro, Cuauhtémoc y Camila.

El turno fue de Amalia. Tenía sus notas en la mano, de un discurso que apenas acababa de estructurar. Insistió en la existencia de dos tendencias, los de Hidalgo y Morelos contra los de Iturbide, los de Juárez contra los de Miramón y Mejía, los mestizos y la hibridez cultural contra el proyecto criollo. Amalia reflejó ser una dirigente conocida y querida. Ovacionaban cuando hablaba de la disputa por la nación. —“¿Qué te parece? Es buena ¿verdad?” —dijo alguien— “Buenísima,” le contestaron. En efecto, fue un discurso interesante, pero poco impactante que empezó a alargarse por casi 15 minutos.

A las 12:42 el turno fue de Andrés Manuel López Obrador y lo recibieron con una enorme ovación. Mostró ser un líder nato, de honradez valiente como rezaba su campaña publicitaria, carismático, desde sus campañas de desobediencia civil contra el fraude electoral en su natal Tabasco. López Obrador, a diferencia de Amalia, leyó su discurso: gobernar desde abajo, reuniones en colonias, barrios, unidades habitacionales... Lo interrumpían constantemente para ovacionarlo con el grito universitario de “¡Duro, duro!”. No se trataba de que el poder sirva a la gente, dijo, sino que el poder esté con la gente. Sirvamos sin ostentación. Y desarrolló los 20 compromisos básicos en materia de política social para la ciudad, en un discurso que a diferencia de sus homólogos de los otros partidos, reflejó claramente ser un programa de gobierno. López Obrador se

sentía seguro de ganar la ciudad. Las encuestas casi le daban el 50 por ciento y eso lo animó a decir, en franco populismo, que cada dos años organizaría un plebiscito para que la gente decidiera si López Obrador seguía o se retiraría, porque el pueblo pone, dijo, pero el pueblo quita. Una frase que se hizo popular hasta el momento mismo en que se hizo presidente de la República, 18 años después. Mientras tanto, el suyo fue un discurso sentido que apeló al pueblo y a los trabajadores. No hubo referencia alguna, ni en el discurso de Amalia, al ciudadano ni a la ciudadanía, a diferencia de los otros partidos. Expresiones que en ese evento no formaron parte de la visión de ciudad ni de nación de los perredistas. López Obrador terminó su discurso de 25 minutos, imaginándose una ciudad generosa y fraterna, democrática, alegre y feliz. Lo despidieron con una enorme y efusiva ovación, a diferencia de los otros candidatos a jefe de Gobierno de los otros partidos que no pesaron en el ánimo de sus simpatizantes.

Cuauhtémoc entonces se acercó al micrófono y saludó a unas masas frenéticas que no dejaron de gritar por más de dos minutos. Saludó a los gobernadores y cuando mencionó a Rosario las masas parecieron reventar de la euforia. Cuauhtémoc leyó los compromisos de gobierno. Fue un discurso de estadista, distinto a los otros. El de Fox fue pragmático, el de Labastida demasiado institucional, el de Cárdenas fue definitorio de la distancia programática entre los tres partidos. La gente lo interrumpió más de 30 veces para ovacionarlo, cuando habló sobre los Acuerdos de San Andrés, sobre el conflicto de Chiapas; que el ejército se replegaría para priorizar la negociación; sobre la educación laica y gratuita desde el jardín de niños hasta la universidad; sobre el derecho al trabajo, a la propiedad y a la parcela; y por un gobierno honrado, patriota y responsable; capaz, sensible y sensato.

Los organizadores dejaban pasar poco a poco a los fotógrafos, de tres en tres, para acercarse a una distancia de dos metros y tomarle fotos a Cuauhtémoc. Temían que el templete

no aguantara y se desplomara. Antes de finalizar, Cuauhtémoc le respondió a Fox diciendo que en el PRD nadie le estaba pidiendo “chamba”, que él era un delincuente y apátrida. Con esto terminó su discurso de 45 minutos. Largo, pero la gente lo aguantó. Se cantó el himno nacional con emoción, con el brazo extendido con la V y algunos con el puño. Se sintió una atmósfera densa de gran emotividad. A las 14 horas terminó el acto, la gente se iba despacio. Amalia se quedó firmando autógrafos.

Actos inéditos estas tres concentraciones masivas. Plazas llenas de fervor y convicción, la del PAN y el PRD; plaza llena de conformismo y apatía, la del PRI. La plaza del PAN fue una que le dio a Fox la nación. La plaza del PRD retuvo la ciudad para la izquierda nacionalista.

COMENTARIOS FINALES

El objetivo de este capítulo fue iniciar el recuento de la revolución de las conciencias por la vía de describir las distintas prácticas y experiencias ciudadanas en México. Se analizaron tres eventos públicos significativos, los cierres de campaña del PAN, PRI y PRD, durante el proceso para elegir al presidente de la República y al jefe de Gobierno del DF en el año 2000, el año de la alternancia política, el año del cambio de régimen.

Tratamos de comprender la forma en que se mantuvieron o transformaron los espacios ciudadanos en lugares de confrontación entre adversarios políticos, de interacción comunicativa y de lucha de proyectos de futuro. Es claro que la idea de construcción social e histórica de la ciudadanía puede observarse a través de estos dramas o situaciones sociales que hacen visible, o al menos más visible, aquello que se hace invisible a nuestros ojos. Para ello es importante tomar en cuenta tres campos de análisis: el análisis del evento, el posicionamiento político e ideológico de los actores sociales y políticos en pugna, y el contexto político y cultural.

Con esta perspectiva el análisis de los eventos públicos se orientó a estudiar la forma de apropiación del espacio por grupos sociales y la manera en que lo transforman; las manifestaciones concretas de la interacción social que reflejan prácticas ciudadanas contrastantes; la respuesta racional de una multitud ante los líderes carismáticos; el modo en que prácticas de ciudadanía se transforman; y, finalmente, el modo en que las multitudes se entrelazan en procesos dialécticos de racionalidad, sugestión, imitación y emotividad creciente.

Fue importante contextualizar la lucha de los seis candidatos de los principales partidos políticos y vincular tales hechos con la apreciación que ellos mismos u otros adversarios tenían sobre su personalidad que en todos los casos era producto de sus experiencias culturales y resonancias históricas. Los candidatos, sin embargo, expresaron también las enormes pugnas internas en sus respectivos partidos. Francisco Labastida, Roberto Madrazo y Ernesto Zedillo en el PRI; Vicente Fox y Fernández de Cevallos en el PAN; Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo, Rosario Robles y Andrés Manuel López Obrador, por parte del PRD. Tales situaciones muestran las fuertes pugnas que se dan al interior de las instituciones y las tensiones políticas que se generaron para resolverlas.

Acciones y actitudes, ubicadas en contexto, mostraron los principales temas políticos y las diferencias de abordarlas por cada partido, el caso del Fobaproa y la actitud propagandística de Vicente Fox, que lo hizo verse como un embustero pero político arriesgado ante la opinión pública. Un Fox arrogante que supo revertir rápidamente la percepción de los votantes cuando, ante un gesto intolerante al exigir a sus contendientes un debate ¡hoy, hoy, hoy!, sin aparente justificación, pudo transformarlo en consigna de campaña: “Saquemos al PRI, hoy, hoy, hoy”. Es posible constatar la relación que el PAN ha tenido con la Iglesia, su posición democratizadora únicamente en el campo de la representación política, pero discriminatoria en la vida cotidiana, su actitud ante las mujeres y la familia, su

conservadurismo y vínculos internacionales con la derecha, su postura pro-empresarial, privatizadora y clasista, ajena a cualquier enfoque social de gobernar. Todo ello pudo expresarse a través de las actitudes, respuestas, interacciones, posiciones, reacciones y discursos que los candidatos panistas realizaron, tanto en los actos analizados, como durante el tiempo de campaña.

Lo mismo puede decirse con el PRI y el PRD. El PRI se convirtió en lo que muchos han coincidido en llamar el partido dinosaurio, burocrático, corporativista y clientelista, pero ¿cómo se expresan estos calificativos en la práctica política? La jerarquía de su sistema, la separación elitista del pueblo que antes lo apoyaba incondicionalmente, pero entonces le exigía conducción y acercamiento, porque se había convertido en una ciudadanía estricta, fueron aspectos que el mismo priismo se negaba a reconocer.

El PRD también mostró agudos conflictos internos, pero de distinta naturaleza. Empezó a tener un arraigo importante en muchos sectores, con un discurso pensado y una cultura intelectualizada que provenía de una clase media ilustrada y de izquierda, que se iba implantando poco a poco en las masas populares como resonancias históricas.

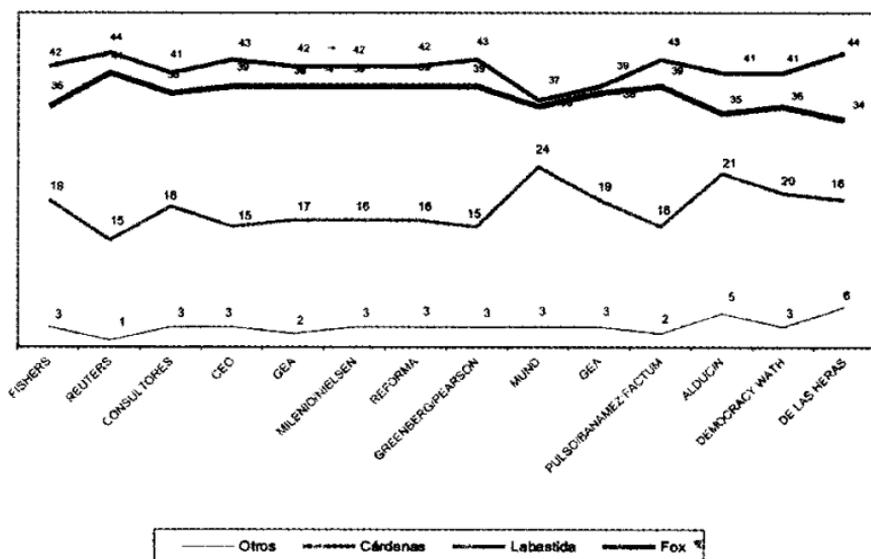
La ciudadanía toda se expresó en estos proyectos y empezó a dividirse: por un lado se resistió al control priista pero aún mantenía creencias en la lealtad institucional; por otro lado, se desbordó ante el fanatismo y la mercadotecnia panista, liberando esa religiosidad tantos años contenida y ese machismo tan arraigado en la cultura nacional, con lo que logró un cambio trascendental; más allá, no pocos ciudadanos/as se emocionaban ante las utopías de justicia e igualdad sociales de los perredistas. Un proyecto que más que partidista, era político y cultural, forjado entonces en ciernes, orientándose hacia una trayectoria lenta que, sin embargo, alcanzó su cumbre más alta hacia el 2018.

Eso es lo que pudimos apreciar en estos actos. Claramente, la multitud en la plaza más importante de México le dio la nación a la derecha conservadora de Fox; pero otra multitud en esa misma plaza retuvo la ciudad para un proyecto social todavía trunco del PRD.

Así se expresó la cultura ciudadana, en el umbral del siglo XXI, reforzando y edificando dialécticamente una revolución de conciencias.

ANEXOS CAPITULARES

Gráfica 3.1 Encuestas publicadas entre el 1° y el 23 de junio



Fuente: Este País, núm.113. Covarrubias, Ana Cristina. (2000). Encuestas y elecciones: primeras evaluaciones [Gráfica]. En Este País, núm. 113 (p.42). México.

Cuadro 3.1 Porcentajes de los tiempos totales en Televisión y radio, pagados y sin publicidad, según candidatos presidenciales

Candidatos	Sin Publicidad	Con Publicidad
Vicente Fox	32.4	35.12
Cuauhtémoc Cárdenas	27.7	11.34
Francisco Labastida	20.2	43.50

Candidatos	Sin Publicidad	Con Publicidad
Manuel Camacho Solís	14.4	2.21
Gilberto Rincón Gallardo	5.2	7.74

Fuente: Elaboración propia basada en la información recopilada de la presencia electrónica correspondiente al tiempo-aire monitoreado el viernes 23 de junio durante los horarios estelares, que incluye los canales 2 y 13 de televisión, así como 8 estaciones radiofónicas (imagen, azul 89, Radio Red. Stereorey, Stereo 100, Inolvidable, Radio Acir, Radio Fórmula. *Reforma*, elecciones 2000, Pulso electrónico, sección "Ciudad" y "Metrópoli", domingo 25 de junio de 2000.

Cuadro 3. 2 Tiempo en segundos, desglosado por televisora y radio sin publicidad según candidatos presidenciales

Candidatos	Televisa	TV Azteca	Radio	Total
Vicente Fox	1 102	418	4 717	6 237
Cuauhtémoc Cárdenas	391	781	4 153	5 325
Francisco Labastida	238	190	3 456	3 884
Manuel Camacho Solís	0	0	2 779	2 779
Gilberto Rincón Gallardo	472	212	323	1 007
TOTAL	2 203	1 601	15 428	19 232

Fuente: Elaboración propia basada en la información recopilada de la presencia electrónica correspondiente al tiempo-aire monitoreado el viernes 23 de junio durante los horarios estelares, que incluye los canales 2 y 13 de televisión, así como 8 estaciones radiofónicas (imagen, azul 89, Radio Red. Stereorey, Stereo 100, Inolvidable, Radio Acir, Radio Fórmula. *Reforma*, elecciones 2000, Pulso electrónico, sección "Ciudad" y "Metrópoli", domingo, 25 de junio de 2000.

Cuadro 3.3 Aprobación de Rosario Robles como Jefa de Gobierno e Intención de Voto en la ciudad de México, año 2000

¿usted, en términos generales aprueba o desaprueba como jefe de gobierno a Rosario Robles?	Si las votaciones para jefe de gobierno fueran hoy ¿por quien votaría usted?				
	JSH*	AMLO**	SCM***	TV****	Total
Aprueba	15	58	25	2	100
Ni uno ni otro	30	34	31	5	100
Desaprueba	29	27	39	4	100
NS/NC	26	42	22	10	100
Porcentaje de votación por candidato	22	45	30	3	

*JSH: Jesús Silva Herzog del PRI

**AMLO: Andrés Manuel López Obrador del PRD

***SCM: Santiago Creel Miranda del PAN

****TV: Tere Vale de Democracia Social.

Fuente: *Este País, tendencias y opiniones*, núm.113. Monitoreo de Opinión en el Distrito Federal. (2000) Aprobación de Rosario Robles como Jefa de Gobierno e Intención de Voto en la ciudad de México [Tabla]. En *Este País, tendencias y opiniones*, núm. 113 (pp. 47-49).

Cuadro 3.4 Simpatía por partido político e intención de voto en la ciudad de México, año 2000

Sin importar por quién ha votado en el pasado, ¿con cual partido político simpatiza usted más?	Si las elecciones para jefe de gobierno fueran hoy ¿por quién votaría usted?				
	JSH	AMLO	SCM	TV	Total
Ninguno	15	52	28	5	100
PRI	77	15	7	1	100
PAN	7	17	73	3	100
PRD	1	94	3	2	100
Porcentaje de votación por candidato	22	45	30	3	100

Fuente: *Este País, tendencias y opiniones*, No. 113. Monitoreo de Opinión en el Distrito Federal. (2000) Simpatía por partido político e intención de voto en la ciudad de México, año 2000 [Tabla]. En *Este País, tendencias y opiniones*, No. 113 (pp. 47-49).

Cuadro 3.5 Porcentaje de los tiempos totales en televisión y radio, pagados y sin publicidad, según candidatos al gobierno del DF del 1 de marzo al 28 de junio de 2000

Candidatos	Sin Publicidad	Con Publicidad
Santiago Creel	22	32
Andrés M. López	35	19
Alejandro Ordorica	7	0
Jesús Silva-Herzog	28	49
Teresa Vale	8	0

Fuente: Elaboración propia basada en la información recopilada por "Pulso Electrónico" que incluye los canales 2 y 13 de televisión, así como 23 estaciones radiofónicas de *rating* que transmiten desde la ciudad de México; 13 de ellas de alcance nacional como Azul 89, Radio Red AM y FM, Radio Fórmula AM y FM, Imagen Stereorey, Radio Acir, la Z, la Ke buena, XFN, Inolvidable y Sabrosita; y 10 de alcance local como Digital 99, 1500 vida, Órbita, Radio Activo, Radio 13, Stereocien, Stereo Joya, Stereo 97.7, Formato 21 y Universal Stereo. *Reforma*, monitoreo "Pulso Electrónico, Sección Ciudad y Metrópoli, 29 de junio del 2000.

Cuadro 3.6 Cobertura informativa a los candidatos a Jefe de Gobierno, por televisora y en radio, desglosado en tiempo favorable, desfavorable y neutral, del 1 de marzo al 28 de junio de 2000

Medios	SCM* (PAN)		AMLO** (PRD)		AO*** (PARM)		JSH**** (PRI)		TV***** (PD)	
	min	%	min	%	min	%	min	%	min	%
Televisa										
Favorable	25	46	72	48	5	75	33	46	14	87
Neutral	27	49	42	28	2	25	31	44	2	13
Desfavorable	3	5	36	24	0	0	7	10	0	0
Total	55	100	150	100	7	100	71	100	16	100
TV Azteca										
Favorable	65	49	66	33	23	34	62	47	51	78
Neutral	61	47	91	46	43	65	63	48	14	21
Desfavorable	6	4	42	21	0	1	7	5	0	1
Total	132	100	199	100	66	100	132	100	65	100
Radio										
Favorable	556	60	713	50	199	73	664	53	273	77
Neutral	321	35	533	37	60	22	474	37	57	16
Desfavorable	44	5	193	13	14	5	122	10	26	7
Total	922	100	1 438	100	272	100	1260	100	356	100

*SCM: Santiago Creel Miranda del PAN

**AMLO: Andrés Manuel López Obrador del PRD

***AO: Alejandro Ordorica del PARM

****JSH: Jesús Silva Herzog del PRI

*****TV: Tere Vale de Democracia Social.

Fuente: *Reforma*. Información recopilada por “Pulso Electrónico” que incluye los canales 2 y 13 de televisión, así como 23 estaciones radiofónicas de *rating* que transmiten desde la ciudad de México; 13 de ellas de alcance nacional como Azul 89, Radio Red AM y FM, Radio Fórmula AM y FM, Imagen Stereorey, Radio Acir, la Z, la Ke buena, XEN, Inolvidable y Sabrosita; y 10 de alcance local como Digital 99, 1500 vida, Órbita, Radio Activo, Radio 13, Stereocien, Stereo Joya, Stereo 97.7, Formato 21 y Universal Stereo. Pulso Electrónico (29, junio de 2000) Cobertura informativa a los candidatos a Jefe de Gobierno por televisora y en radio, desglosado en tiempo favorable, desfavorable y neutral, del 1 de marzo al 28 de junio de 2000 [Tabla], en *Reforma*, “Ciudad” y “Metrópoli”.

Cuadro 3.7 Distribución del tiempo de cobertura informativa a los candidatos a Jefe de Gobierno por televisora y en radio, del 1 de marzo al 28 de junio de 2000

	Total		SCM		AMLO		AO		JSH		TV	
	min	%	min	%	min	%	min	%	min	%	min	%
Televisa	299	100	55	18.4	150	50.1	7	2.3	71	24	16	5.3
TV Azteca	594	100	132	22.2	199	33.5	66	11	132	22.2	65	11
Radio	4 248	100	922	21.7	1 438	33.8	272	6.4	1 260	29.6	356	8.4

Fuente: Elaboración propia a partir del monitoreo Pulso Electrónico, en *Reforma*, sección "Ciudad" y "Metrópoli", 29 de junio del 2000.

Cuadro 3.8 Resultados de la elección federal del 2 de julio de 2000 en México, por partido político

Partido	Presidente de la República	%	Diputados	%	Senadores	%
Alianza por el cambio (Vicente Fox Quezada)	15 988 740	42.52	14 227 340	38.23	14 215 252	38.10
PRI (Francisco Labastida Ochoa)	13 576 385	36.10	13 734 140	36.91	13 707 778	36.74
Alianza por el cambio (Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano)	6 259 048	16.64	6 954 016	18.69	7 032 452	18.85
Democracia Social (Gilberto Rincón Gallardo)	592 075	1.57	699 152	1.88	669 890	1.80
Centro Democrático (Manuel Camacho Solís)	208 261	0.55	428 927	1.15	521 346	1.40
PARM (Porfirio Muñoz Ledo)	157 119	0.42	272 635	0.73	275 132	0.74
Candidatos no registrados	32 457	0.10	30 439	0.08	31 080	0.08
Votos anulados	789 838	2.10	865 930	2.33	852 627	2.29

Partido	Presidente de la República	%	Diputados	%	Senadores	%
Total de votos	37 603 923			63.31	37 305 557	63.46
No votaron	21 178 814			36.69	21 477 180	36.54
Total del padrón	58 782 737			100.00	58 782 737	100.00

Nota: Alianza por el Cambio: Partido Acción Nacional (PAN) y Partido Verde Ecológico de México (PVEM).

Alianza por México: Partido del Trabajo (PT), Partido Alianza Social (PAS), Convergencia por la Democracia, Partido Sociedad Nacionalista (PSN) y Partido de la Revolución Democrática.

Fuente: Cuellar, Alonso y Cuellar, Mireya. (10, julio de 2000). Resultados de la elección federal del 2 de julio de 2000 en México, por partido político [Tabla], en *La Jornada*.

Cuadro 3.9 Resultados del cómputo total correspondiente a la elección de Jefe de Gobierno

Partido Político o Coalición	Votos	Porcentaje
Andrés Manuel López Obrador*	1 694 186	38.55
Partido Acción Nacional	1 461 656	33.25
Partido Revolucionario Institucional	998 351	22.71
Votos en blanco y nulos	80 785	1.84
Votación total	4 395 735	100.00

*Andrés Manuel López Obrador fue el candidato común que obtuvo los siguientes votos: por el Partido de la Revolución Democrática fueron 1,504,202 votos, 34.33%. Además, por el Partido del Trabajo, Convergencia por la Democracia, el Partido del Centro Democrático, el Partido Sociedad Nacionalista, el Partido Acción Social. Todos ellos, junto con votos para el candidato común, alcanzaron 4.33% del total.

Fuente: Instituto Federal Electoral (s.f.). Resultados del cómputo total correspondiente a la elección de Jefe de Gobierno. INE. Disponible en <<http://www.iedf.org.mx>>.

Cuadro 3.10 Los mítines

Asistentes	PAN ¹	PRD ²	PRI ³
Asistentes según organizadores	250 000	300 000	200 000
Asistentes según SSP	60 000	90 000	100 000 de fuera de DF
Autobuses	1 250	1 350	2 000
Precio de pasaje / persona	\$100 - \$150	50% por persona	-----
Renta / autobus	\$3 000 - \$6 000	\$3 000 - \$6 000	\$3 000 - \$4 000

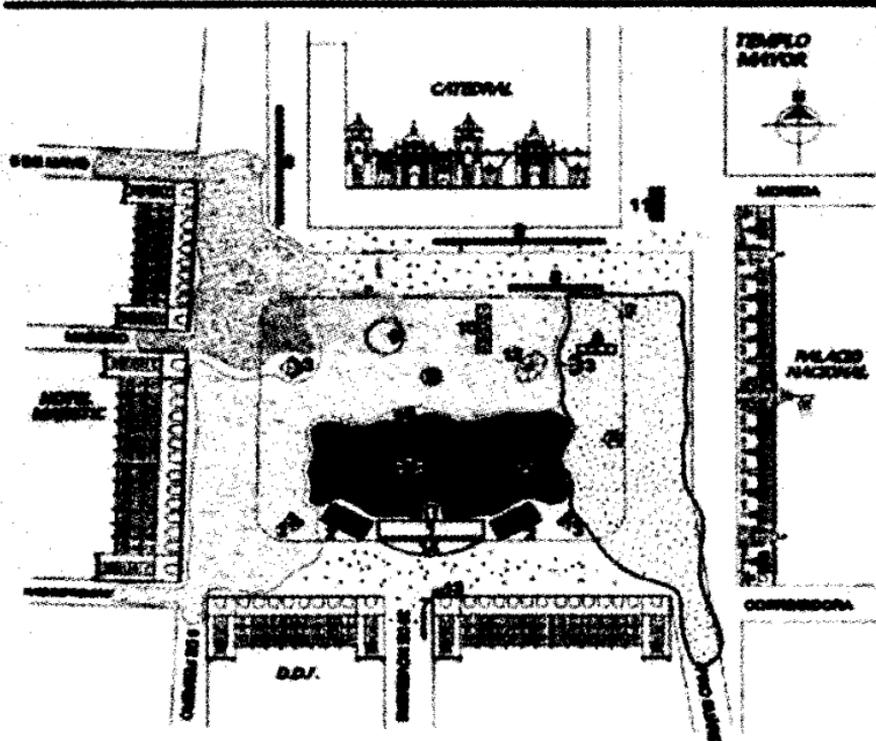
Asistentes	PAN ¹	PRD ²	PRI ³
Procedencia	Edo. de Méx., Puebla, Morelos, Tlaxcala, Veracruz, Guerrero, Hidalgo, San Luis Potosí, Querétaro, Michoacán, Jalisco, Zacatecas, Nayarit, DF.	Michoacán, Morelos, Puebla, Tlaxcala, Tabasco, Veracruz, Oaxaca, Edo. de Méx., Hidalgo, Campeche y DF.	Edo. de Méx., Veracruz, DF, Puebla, Tabasco
Microbuses	320	-----	
Ocupación de los estacionamiento del centro histórico.	30% - 13 hrs. 100% - 19 hrs	-----	2 kilómetros de calles alrededor del zócalo fueron cerradas.
Ocupación de hoteles	124 habitaciones del Gran Hotel ocupadas por panistas.	Gran Hotel y Majestic lleno.	
Duración del acto	3 hrs. 40 mins.	3 hrs.	
Discurso principal	15 mins.	45 mins.	
Sillas para invitados	1 000 en color azul para invitados especiales		
Seguridad	200 policías SSP 30 gruyeros 17 patrullas SSP 1 patrulla de la PGDF 15 grúas 80 policías privados del grupo Sagitario 1 helicóptero del Estado Mayor Presidencial 1200 brigadistas voluntarios 15 guardespaldas	249 policías 20 gruyeros 111 patrullas 25 motopatullas 10 guías 1 helicóptero 30 policías de vialidad 120 elementos del Agrupamiento Femenil Cisnes 30 policías de protección 7 policías encargados del equipo 25 motopatulleros 500 militantes voluntarios	400 elementos del Estado Mayor Presidencial 120 policías militares 200 policías SPP 65 agentes de vialidad 55 elementos del Bufete de Seguridad 60 de la agencia privada Bull Dog Control
Incidentes	1 centro de atención 1 auto llevado al corralón 1 persona trasladada a clínica	1 falsa alarma de robo 19 personas extraviadas	50 personas extraviadas 40 médicos 40 enfermeras 13 centro de atención 5 ambulancias 60 personas con padecimientos

Asistentes	PAN ¹	PRD ²	PRI ³
Equipo de sonido	6 módulos de sonido 164 bocinas de 6 toneladas c/u 175 680 watts 5 plantas de energía 17 sistemas inalámbricos 11 cámaras de transmisión 6 cámaras fijas 4 cámaras móviles 1 cámara aérea 7 pantallas gigantes 500 trabajadores 50 horas de instalación	9 módulos de sonido 128 bocinas 76 800 watts 3 plantas de energía ----- 10 cámaras de video ----- ----- ----- 2 pantallas gigantes 180 trabajadores 9 horas de instalación	4 módulos de sonido 72 bocinas 108 000 watts 450 kg. De peso de bocinas 3 delays anti-eco 150 000 mts. de cable 8 plantas de energía eléctrica 500 mts. de distancia de capacidad de recepción 5 pantallas gigantes 44 horas de instalación 3 cámaras con guía 4 cámaras fijas 3 guías hidráulicas 4 globos y zepelines
Ventas	\$50 / máscaras de candidato \$60 / playera \$30 / paliacate \$20 / manoplas de tela \$20 / manoplas de espuma \$10, \$15 y \$40 / banderines \$ 2 / sello en mejilla \$50 / video \$20 / fistoies \$100 / libro del candidato		

Fuente: Elaboración propia de Crónica por Juan C. Magallanes, Ernesto Nuñez, Carlos Reyes, Abel Barajas, Margarita Vega, Alejandro Salas y Luis Guillermo Hernández. (*Reforma*, 25 de junio de 2000).² y ³ Elaboración propia de *Reforma*, lunes 26 de junio de 2000.

Mapa 3.1.

**Apropiación física y social del espacio
Ciudad de Campeche de Atención por el Cambio (PAC)**
abierta 24 de junio de 2000



- 1. Templo principal
- 2. Ovejas
- 3. Parques gigantes
- 4. Cámaras de video y fotografía
- 5. Área bandera
- 6. Servicios médicos
- 7. Ambulatorios
- 8. Ventadores ambientales

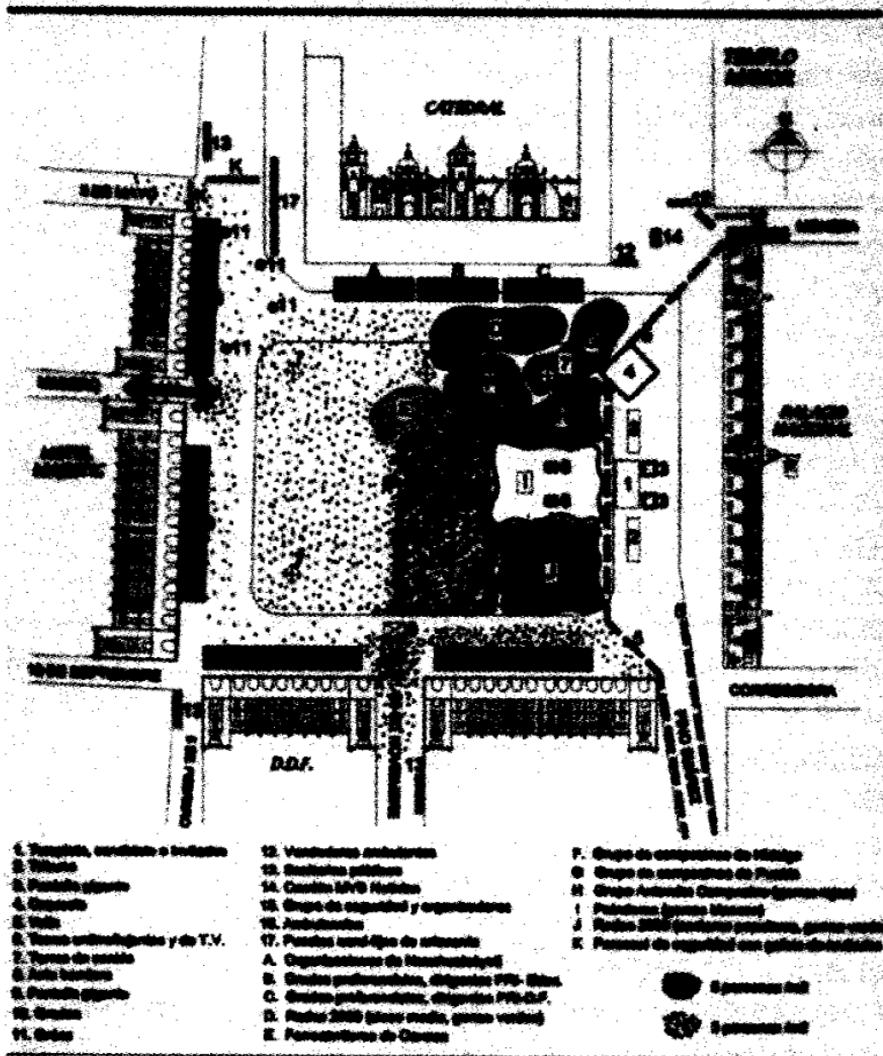
- 9. Carreras multivariantes
- 10. Courts de juegos gimnásticos
- 11. Cobitos gimnásticos
- 12. Glóbo gigante
- 13. Orto
- 14. Campa para visitantes acrobáticos
- 15. Prodentista de clases populares
- 16. Prodentista de clases medias

- 3 personas/m²
- 4 personas/m²
- 6 personas/m²
- 8 personas/m²

Elaboración: D.A.R. Ciudad Campeche 2000

Mapa 3.2

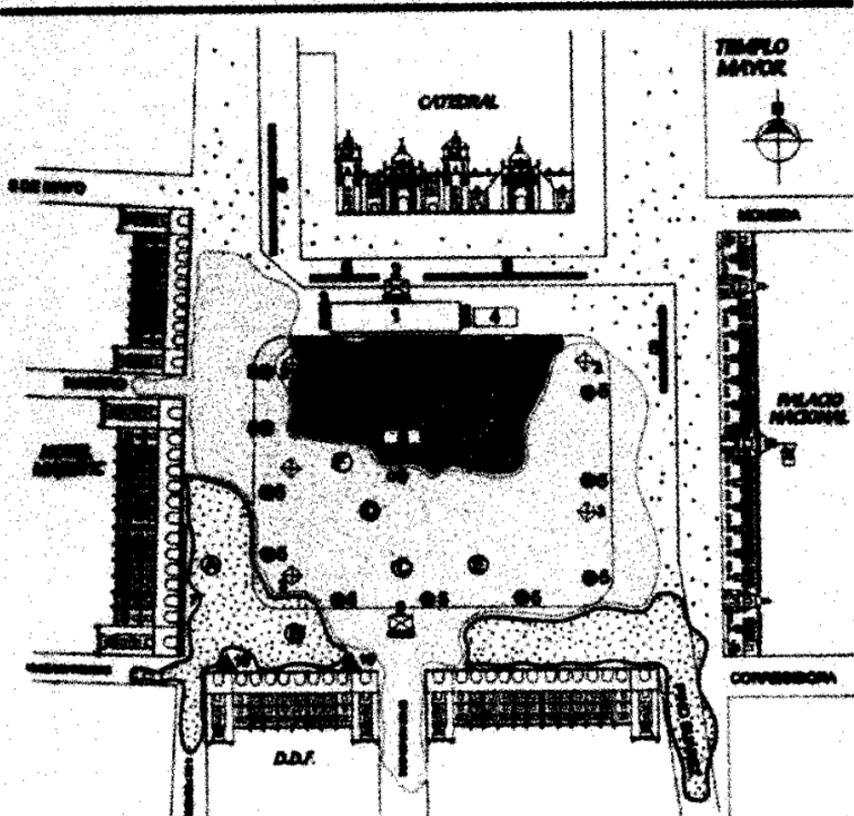
**Ocupación del espacio en el Estado
Ciudad de Campeche del PVE
domingo 18 de junio de 2006**



Elaborado por: Francisco Gómez P.

Mapa 3.3

Apropiación física y social del espacio Clave de Campaña de Altarza por México (PND) domingo 25 de junio de 2000



1. Templo principal
2. Puntal principal
3. Escalera
4. Templo para niños
5. Registro de desplazamientos (punto de partida en movimiento)
6. Ventaneros católicos
7. Muebles publicitarios
8. Templo de videos de TV y audio
9. Auto bandera

10. Registro de desplazamientos (línea de campaña)
11. Muebles o desplazamientos de la columna de la plaza de la catedral
12. Muebles del GDF (principalmente jefes y zona de gobierno), subsecretarías y dependencias de la UNAM con planes con video
13. Columna del D.F. ICPSA
14. Muebles de la orden de videos populares
15. Configuración de organizaciones afines

- Grupo del PT
- ▨ 2 personas
- ▨ 4 personas
- ▨ 6 personas

Capítulo 4. Crisis de la cultura política y resonancias electorales

INTRODUCCIÓN

La crisis de la política se ha definido como aquellas tendencias de fragmentación y desvinculación política y ciudadana con respecto al régimen y al sistema político, que en distintas escalas añaden tensiones a la democracia. Lo anterior se mide con estadísticas sobre la percepción de los ciudadanos con respecto a la democracia, que muestran un desencanto generalizado hacia los gobiernos de transición en toda América Latina. No obstante, y paradójicamente, lo que se advierte es un momento de extrema participación no institucional, que llena los enormes y deshabitados espacios institucionales. Estas movilizaciones parecerían contradecir a las visiones pesimistas sobre la decadencia y muerte del espacio público. Al contrario, así me parece, se experimenta esa maravillosa idea de la ciudadanía radical de “reinventar el vacío” contraviniendo los diagnósticos pesimistas, tanto empíricos como normativos, que identificaron estas manifestaciones en la primera década del siglo XXI, definidas como tensiones políticas que desfiguraban a la democracia. En contraparte, la mirada popular se ha centrado efectivamente en esa reinención del espacio, que en casi todos

los casos se ha expresado como reapropiación, reutilización y reconquista, así como revaloración y resignificación del espacio público. No obstante, y eso debe reconocerse, la definida y entusiasta participación no encuentra asideros ni políticos ni ideológicos que permitan transformar esa caduca institucionalidad. Pasa lo que Manuel Castells denominó la inevitable multiplicidad y fragmentación de identidades colectivas sin ninguna conexión entre sí.

El espacio público es el escenario donde el ciudadano se manifiesta, se apropia y se construye como identidad política. Y es en esa identidad donde también se va definiendo el grado de conciencia que les permita transitar de un momento de subalternidad a otro de antagonismo y emancipación. No obstante, esa extraordinaria reapropiación política, de múltiples lugares ordinarios que constituyen el espacio público, por demostraciones masivas, efímeras, extraordinarias y a veces fugaces modifican en diferentes grados las condiciones de desigualdad y el malestar de los ciudadanos por las instituciones que se alejan cada vez más de sus intereses y deseos. Y eso es un acto de conciencia y de producción persistente de conciencia. Estas enunciaciones se sitúan perfectamente en las preocupaciones que Sonia Álvarez, presidenta en 2006 de la Latin American Studies Association, formulara a propósito del XXVI International Congress realizado en Puerto Rico, y que llamaron mi atención en ese tiempo. Estábamos viviendo otro momento o ciclo de participación y descontento social. Ya no se trataba de los movimientos sociales de los setentas y ochentas, ni era el aumento formidable de las ONG de los noventas. En 2006 se trataba de expresiones efímeras, aparentemente sin conexión reticular, que sin embargo, lograban impactar tremendamente a las instituciones en Ecuador, Bolivia, Brasil, Venezuela, Chile, Argentina, México, etcétera. A estas experiencias de cambio les llamaron regímenes progresistas antineoliberales. Las preguntas de Sonia Álvarez (2006) se conducían en ese sentido: ¿Las expresiones de entonces de movilización social profundi-

zaban y extendían la democracia, o al contrario, socavaban la gobernabilidad democrática? ¿Estábamos viviendo un regreso a las acciones de masas y de protesta como el medio preferente de activismo social, o todo esto era señal de caos y anarquía? ¿Eran simplemente acciones de protesta o podíamos hablar de movimientos sociales con efectos directos en los cambios de regímenes políticos? ¿Qué viejas y nuevas perspectivas teóricas podrían ayudar a dilucidar estas nuevas situaciones?

Para ahondar en esta mirada desde una perspectiva de la transición política hacia la construcción de una determinada conciencia de los sectores populares, me cuestiono lo siguiente: ¿Cómo se han relacionado las campañas políticas electorales con las expresiones de movilización social? ¿Cuál es la importancia de la acción colectiva, de masas, en las campañas institucionales de política electoral? ¿Qué relación existe entre los actos públicos, las campañas y la orientación del voto? ¿Cómo se expresa la cultura política y ciudadana en estos actos de movilización de masas? ¿Hasta qué punto una campaña política tiene resonancia en el nivel de conciencia de los votantes que permiten, no únicamente con su voto, sino con su acción colectiva modificar radicalmente la dinámica institucional?

Este capítulo desea responder, aunque sea en parte, a tales interrogantes, en este ejercicio longitudinal que salpica la trayectoria en la construcción de la conciencia. Desde exploraciones etnográficas, me introduzco en la vorágine del cambio político. Las formas de apropiación simbólica del espacio público se produce, se transforma y se reinventa colectiva y cotidianamente (*cf.* Irazábal, 2007). El análisis de los cierres de las campañas político-electorales subrayan las formas en que eso se da: por el impacto que tiene la orientación política de la organización ciudadana; por el tipo de debate y confrontación de los actores sociales y políticos; por la participación de los medios de comunicación y el manejo ideológico de la opinión pública; y por los repertorios de la movilización y la acción colectiva. Cabría pues preguntarse qué tan efímeras, a final de

cuentas son estas prácticas, cuando dejan huella en la memoria de los ciudadanos, impactan las estructuras institucionales, cambian la percepción del entorno, y forman parte ya de un constructo de subjetivación política.

¿Las plazas votan? Éste fue un cuestionamiento recurrente cuando se trataba de distribuir los recursos de los partidos políticos en los medios de organización de sus campañas, como lo comentamos en el capítulo anterior. Y es que en efecto, la afirmación de Marcelino Perelló, exdirigente del movimiento estudiantil de 1968, siendo un activista connotado, repercutió hasta en los sectores de izquierda. Dijo a propósito de las elecciones del 2000, que “las plazas no votan, (bueno, diría) votan tantito, (pero) los millones de votantes definen su intención (electoral) a través de la televisión y el radio”. ¿Por qué entonces, si esto fuera cierto, se daba con tal insistencia del entonces perredista Andrés Manuel López Obrador (AMLO) el impulso de organizar concentraciones masivas en todo el territorio nacional? ¿Cómo explicar que en su último discurso AMLO destacara que en su campaña electoral había recorrido 140 mil kilómetros para visitar pueblos y ciudades de México, asistido a 681 mítines, con la participación de 3 millones 500 mil personas? ¿Por qué, a pesar de la orientación mediática de la campaña de Felipe Calderón, candidato del conservador Partido Acción Nacional (PAN) la organización de actos masivos no fuese desplazada de sus prioridades? ¿Por qué, además, Felipe Calderón organizó un magno cierre de campaña en el Estadio Azteca? ¿Por qué la estrategia de cierre electoral de Roberto Madrazo, candidato del Partido Revolucionario Institucional (PRI) fue la realización de 54 cierres regionales en todo el país? ¿Qué significa la organización de mítines y concentraciones electorales en la cultura política? ¿Qué explican de esa cultura las concentraciones masivas? Asumiría en una primera instan-

cia el significado de espacio público de Francis Alÿs¹ y que podría expresar estas interrogantes como vimos en el acontecimiento de los cierres del 2000 así como del 2006: “(Las) Plazas y calles son uno de los últimos refugios de la política de masas”. Por su parte, Olivier Fillieule (2001) diría que es una manera de “votar con los pies”, para explicar la transformación de los usos políticos de la calle.

Así, el planteamiento empírico de este libro es que las plazas no votan, ni predicen los resultados finales. No obstante, dan una clara muestra de las jerarquías partidarias, de la expresión y comportamiento de simpatizantes, militantes y activistas políticos, de los proyectos alternativos que se erigen como utopías de nación, y en específico, al menos en esta ocasión, muestra lo que Guillermo Almeyra (*La Jornada*, 9/jul/2006: “Y ahora la dictablanda”) dibujó apenas en relación con las elecciones del 2006:

Por primera vez, dice, la derecha (los neoliberales del PRI más los ultraderechistas del PAN) se enfrenta con las izquierdas, bloque contra bloque y sin conciliación posible. Éste es el dato más relevante del análisis: se cierra una etapa en la vida nacional y los movimientos sociales comenzarán a ocupar el primer plano en el escenario político.

Dos consecuencias destaco de lo anterior: primero, la articulación de las campañas electorales con movimientos sociales y ciudadanos, en consonancia a las interrogantes de Sonia Álvarez; y segundo, la referencia que hace Chantal Mouffe (2003) sobre la existencia inequívoca de dos campos ideológicos que se enfrentaron sistemáticamente: la derecha y la izquierda políticas. Destaco con esta afirmación la incapacidad de la filosofía liberal para pensar la política y comprender el papel constitutivo que juega el conflicto y el antagonismo en la construcción

¹ Exposición del artista Francis Alÿs en el Museo de San Ildefonso de la UNAM, Sala “del Zócalo”, junio de 2006. Ciudad de México.

social, en una paradoja de lo que llamamos “despolitización de la política”. En este dilema se ha venido construyendo la subjetividad política de una izquierda que pudo interiorizarse en la conciencia de amplios sectores populares del país.

La estructura analítica de este capítulo se compone de cinco apartados: Los primeros dos se refieren: a) al concepto de cultura política, b) a la descripción del espacio físico y simbólico como estrategia política e ideológica; c) a la construcción del espacio social, a partir de la apropiación política del espacio y la constitución de la masa como identidad colectiva; y d) al espacio del discurso de los líderes, la reacción de la masa y los proyectos de ciudadanía. La intención final es realizar una comparación entre los tres cierres de campaña electoral y explicar cómo éstas aportan a la construcción de la cultura política del disenso y los procesos de subjetivación política.

CRISIS DE LA POLÍTICA Y CULTURA POLÍTICA

El análisis de campañas políticas, especialmente electorales, ha permitido discutir conceptos que se han implantado originalmente en países de democracias en consolidación sobre *la crisis de la política* y las características de *la cultura política* en ciernes. Veamos estos dos conceptos.

En América Latina, al menos, se produjeron cambios políticos trascendentes en varios países que reflejaron procesos de transición hacia regímenes democráticos durante la década de los ochenta. Como establecemos con distintos acercamientos a lo largo de este libro, tales transformaciones han constituido verdaderas tensiones de las “nuevas democracias”. México vivió esa fase en los noventa y fue hasta el 2000 que se produjo la alternancia electoral, a la que muchos llamaron la culminación de la transición. No debe extrañar lo anterior cuando los resultados estaban siendo halagadores: se habrían generado mecanismos institucionales sólidos, un sistema electoral viable

construido colectivamente, un sistema de partidos, que aunque frágil, estaba abierto a la competencia,² medios de comunicación autónomos y críticos, y garantía de libertades individuales y colectivas (Gutiérrez, 2001). No obstante, el panorama no estaba exento de límites y riesgos. Como una democracia en ciernes, aún se temía por la vulnerabilidad y fragilidad del Estado de derecho, fallas en la procuración de justicia, desarraigo de la cultura de la legalidad, debilidad del esquema federalista, desequilibrio entre los poderes públicos, parálisis legislativa por gobiernos divididos, partidos como empresas de negocios particulares, distorsiones en la opinión pública por una sobre-exposición de los medios,³ etcétera.

Roberto Gutiérrez (2001) hace un interesante registro de los valores de la democracia de los mexicanos, con base en la Encuesta Nacional de Valores que se aplicó por el primer gobierno electo de la alternancia, presidido por Vicente Fox (2000-2006). La conclusión del estudio muestra una ciudadanía con una incipiente conciencia cívica, ante una élite política poco responsable. Los datos en efecto reflejaban un entusiasmo de rango medio hacia la democracia. En un año la satisfacción con la democracia mexicana había subido de 29 a 51% de los encuestados en 2000. Además, 53% consideraba tener confianza con el gobierno, mientras que únicamente el 38% decía confiar en la Cámara de Diputados y el Poder Judicial. Una percepción diferencial con respecto a las instituciones fundamentales del Estado. Sin embargo, el 75% decía tener poco o ningún interés por la política. Podía esto reflejarse en la existencia de una sociedad civil frágil, y un tejido social débil, pues la participación de la ciudadanía no rebasaba el 10% en

² Una interesante reflexión sobre la debilidad o vitalidad de los partidos en el sistema de representación se encuentra en Esperanza Palma (2008).

³ Y para una mejor contextualización de la participación de los medios y su conformación como poderes fácticos durante el periodo 2000-2006 en México, así como su impacto en el establecimiento de la agenda política y el control de recursos, remito al lector al análisis de Roberto Gutiérrez (2011).

cuanto a pertenecer a alguna asociación civil. Sólo 4% pertenecía a un partido político, 6% a sindicatos y 9% a asociaciones deportivas. En contraste, un 23% de la población encuestada, el más alto de los indicadores, dijo pertenecer a organizaciones religiosas.

Estos datos cambiaron hacia el final del sexenio del gobierno alterno. Así que la desilusión con respecto a la democracia habría aumentado y así también un desencanto con las instituciones del Estado. No obstante, en contraste, Zovatto (2002) asegura que mientras el apoyo a la democracia como régimen en América Latina se situó en 56 %, en México la satisfacción apenas llegaba a un 32. Según este autor, antes de la alternancia los mexicanos se sentían satisfechos con su democracia sólo en un 27 %. Para 2002, poco después de la alternancia, ese porcentaje bajó aún más, a un 18. La desconfianza hacia las supuestas instituciones democráticas de representación disminuyó drásticamente, mientras que la confianza a la Iglesia y la televisión alcanzaba 75 y 46 % respectivamente (los más altos de todas las instituciones referidas). En cambio, la confianza ciudadana hacia el Congreso y los partidos políticos apenas llegaban al 27 y 29 % respectivamente. Esto último coincide con los datos de la Encuesta Nacional.

La crisis de la política se resumiría así en la incapacidad real del aparato estatal para que la ciudadanía asumiera los valores fundados en la democracia instituida, que avalara las instituciones establecidas, participara en corresponsabilidad con las autoridades y garantizara un nivel aceptable de gobernabilidad.⁴ La apatía y el desencanto, tanto como la rebelión y la disidencia, generaron así situaciones cercanas a la inestabilidad y la ilegitimidad. De ahí que la crisis de la política se entienda más como un riesgo perceptible que las élites califican desde sus propios posicionamientos jerárquicos. Ese estado de

⁴ Un análisis que diferencia dos términos técnicos, gobernabilidad y gobernanza, se encuentra en el trabajo de Miriam Alfe (2008).

ambigüedad normativa, como dice Bauman (2002: 159), que se refleja en posiciones de ambivalencia, indefinición y falta de claridad significa para el Estado una amenaza que afecta al bienestar de la sociedad en su conjunto.

De ahí que es pertinente analizar el sentido de la palabra crisis en el contexto actual. Con una postura crítica, Bauman (2002) descifra atinadamente, y para efectos de la intención de este análisis, los diferentes significados de la palabra “crisis”. Si bien etimológicamente el término crisis tiene su raíz en “criterio”, definida como el momento en que se toman decisiones, se asocia así a juicio o razonamiento; pero el sentido común y la academia han referido como “crisis” más bien al desastre, a la catástrofe, a la ruptura o al momento de cambio decisivo y estructural. Un estado de crisis es un estado naciente de incertidumbre, inestabilidad e incompreensión (Alberoni, 1984, 1993). En consecuencia, no induce confianza, estabilidad ni seguridad por el presente, es la sensación de que las cosas van mal. Siguiendo a Bauman, “la percepción de crisis precede a la conciencia de la normalidad” (2002:150). Por ello, cuando se habla con conciencia de una crisis, a lo que induce es a una reflexión sobre su contraparte, lo normal y a un imaginario de normalidad.

La crisis provoca asimismo un posicionamiento de los individuos en torno a ella para resolverla y construir en consecuencia un nuevo estado de normalidad. De ahí que como Castoriadis estima (citado en Bauman, 2002:152), una crisis es una manera habitual, un estado normal de la sociedad, porque “cada momento de la vida de la sociedad es de autoconstitución, de auto reproducción y de auto renovación”; Luhman (1997) hablaría de autopoiesis, como la capacidad del sistema social, o cualquier elemento constitutivo, por ejemplo, del sistema político para reproducirse y mantenerse por sí mismo. No obstante, el verdadero problema empírico se presenta cuando para la gente un estado crítico con una intensidad extraordinariamente alta genera preocupación pública, entonces puede

hablarse de crisis económica, de los efectos de una crisis mundial, crisis de las instituciones, crisis de valores o crisis de la política, y se convierte en un problema estructural que hay que resolver en su totalidad para entrar nuevamente a la normalidad (sea esta económica, mundial, institucional, ética o política). Pero esta construcción analítica proviene del funcionalismo y el estructuralismo, sea parsoniano o luhmaniano, por la que se busca la normalidad de las cosas realmente existentes.

Así, desde la proclamación del advenimiento de la democracia, como la que se expandió a partir de la alternancia del 2000, entramos paradójicamente y al mismo tiempo a lo que se ha llamado “crisis de la política”, básicamente porque los valores atribuibles a la democracia no fueron “bien” asumidos por la ciudadanía. A la crisis de la política habría que extender la crisis de la cultura política contenida. La percepción de “crisis de valores” es como discute Bauman, en primer lugar, el signo del fracaso del “proyecto moralizante”, el fracaso del proyecto institucional moralizante. Según su propia esencia, es este el fracaso de la única moralidad que ese proyecto reconoce como moralidad. Es así el fracaso del proyecto hegemónico alcanzado en el 2000. La crisis es pues una amenaza a tal moralidad. De ahí que los movimientos sociales sean los principales exponentes de esa crisis, porque son estos estados nacientes que amenazan y transgreden tal moralidad. Y en ese proceso constituyen una cultura política distintiva y de disenso. En segundo lugar, la promoción de una moralidad única (que podemos asociar al proyecto hegemónico) busca la sumisión a la regla y el cumplimiento irrestricto de la norma: “No importa qué es lo que se nos ordena hacer, lo que importa es el poder y la legitimidad –respaldada en el poder. Así, (lo importante es el poder) de la autoridad que lo ordena” (Bauman, 2002:157).

Con todo, nos encontramos con una multiplicidad de valores que la ciudadanía asume con respecto a las normas y a las instituciones. La pluralidad debería entenderse como un signo de libertad, autonomía y responsabilidad. Pero ciertamente,

quizá deberíamos mirarla como resultado de una cosmovisión, resultado, a su vez, de experiencias culturales y políticas, actos y adhesiones a esquemas de pensamiento, marcos de interpretación e imaginarios sociales muy diversos. No debería entonces verse necesariamente como crisis, sino como un estado natural de las cosas. Pero tampoco esto significa que la pluralidad (o multiplicidad) sea una cualidad moral de tales cosas, sino su complejidad. Como dice Bauman (2002:158):

[...]la multiplicidad de valores en sí misma no garantiza que los individuos morales crezcan y maduren. Pero sin ella, los individuos tienen pocas posibilidades de hacerlo. Sometido a un escrutinio meticuloso, lo que suele llamarse “crisis de valores” revela ser en realidad, el “estado normal” de la condición moral humana.

Para Marx, al contrario, una crisis es el rompimiento de un estado de normalidad. Como para los funcionalistas y estructuralistas, los marxistas ponen el acento en la crisis, pero a diferencia de los primeros, la crisis significa la oportunidad de que los sujetos adquieran conciencia de esa crisis y la resuelvan. Si para los funcionalistas la crisis y su resolución se entienden en el sentido de buscar alternativas para regresar a la normalidad, para los marxistas la crisis y su resolución permitiría el acceso al cambio y a la revolución. Si esto es así, la crisis política de la primera década del siglo XXI permitió a la izquierda y al movimiento social popular poner las bases de una distintiva revolución de las conciencias, que pudo desenvolverse después hasta alcanzar la hegemonía de su proyecto en 2018.

Ahora bien, obsérvese también que la percepción que se tiene de crisis de la política está íntimamente ligada a la percepción del ciudadano con respecto a los valores de la democracia, y por lo tanto referida también a una crisis de valores. En consecuencia, esto nos lleva a tocar el tema de la cultura política, del ejercicio de las élites, de la relación entre movimientos cívicos y partidos políticos, y de las actitudes y prácticas de los ciudadanos. Un modo de acceder a esta perspectiva es distin-

guir en este sentido la dialéctica de la cultura política, y de la funcionalidad de esa cultura para las instituciones, pero también del rompimiento cultural, simbólico de las masas con las normas institucionales vigentes. Siguiendo a Bauman: La tendencia dominante ha definido a la cultura “como un sistema de normas complementarias y mutuamente coherentes”, que es la dominante, que penetra la base misma del sistema social. Esta tendencia presupone, en la herencia de Talcott Parsons, la funcionalidad de la cultura, como mantenimiento del sistema, adaptación e integración, control de tensiones y reproducción de la sociedad de manera integral (*cf.* Cefaï, 2001). Desde nuestra perspectiva esto pasó en la experiencia de 2006. La transgresión de valores encarnados de la democracia formal por las instituciones políticas rompieron el vínculo de la ciudadanía con el proyecto hegemónico neoliberal. Se evidenció por la incongruencia de los valores asociados a la democracia ante la existencia del fraude, por la experiencia errática del gobierno anterior de Vicente Fox, y por el resurgimiento del conflicto social y la confrontación entre derecha e izquierda, que la ideología neoliberal había querido desterrar de su discurso (*cf.* Aziz, 2012).

Resonancias de esta orientación se presentan en los primeros estudios comparados sobre cultura cívica y desarrollo político. Los trabajos de Almond y Verba (1963; Almond, 1999) y Pye y Verba (1965) son los referentes principales en el uso de las encuestas de opinión que evalúan actitudes y valores, tales como ahora se presentan en el “Latinobarómetro” y otras encuestas regionales, así como la Encuesta Mundial de Valores, etcétera (Cefaï, 2001). Desde esta visión, por cultura política se define al “sistema de creencias empíricas, símbolos expresivos y valores que definen la situación en la que tiene lugar la acción política”. Estos valores y actitudes son resultado, así se supone, de la interiorización por los individuos, a un nivel micropolítico, y a través de procesos de socialización, de las orientaciones dirigidas desde el sistema macropolítico. De ahí

que una evaluación de tales actitudes de los ciudadanos genera ordenaciones para la política, en el sentido amplio de diseñar mecanismos que promuevan actitudes positivas hacia la modernización del sistema político y las instituciones democráticas (*cf.* Krotz, 2002). El análisis utiliza técnicas cuantitativas que relacionan variables elementales, por ejemplo, estimar el impacto de la acción gubernamental sobre la vida cotidiana, evaluar la modificación de una reglamentación que pueda parecer injusta, identificar la frecuencia del debate de algún tema político entre ciudadanos, la propensión a la sociabilidad y la confianza a las instituciones, así como el grado de participación en partidos, iglesias y asociaciones (Cefaï, 2001). Los instrumentos de Almond y Verba combinaron, por un lado, dispositivos de observación y descripción bajo los sondeos de opinión y de motivaciones, y por otro lado, articularon modelos generales y normativos sobre la naturaleza de la democracia. Así, estos autores argumentan que el mejor sistema político posible es aquel que posee una cultura cívica que alcance un equilibrio entre la democracia, como opuesta al autoritarismo, y la estabilidad, como opuesta a la inestabilidad (Abu-Laban, 1999).

Las referencias conceptuales a la cultura y a la política así como las críticas al trabajo de Gabriel Almond y Sydney Verba, hicieron irremediablemente que el concepto y las aproximaciones metodológicas se diversificaran. Las objeciones a las argumentaciones de los autores de “La Cultura Cívica” se centraron en su justificación del orden establecido, el énfasis en la estabilidad, como opuesto al cambio y al disenso, en su carácter etnocéntrico (desde una postura dominante de la cultura política estadounidense) y ahistórico, además de su exclusivo enfoque a homogenizar la cultura nacional excluyendo las subculturas y la idea de diversidad (Abu-Laban, 1999).

En un minucioso análisis del estado de la cuestión, Esteban Krotz (2002) identifica precisamente esta diversidad, desde diferentes disciplinas y corrientes teóricas (*cf.* Gutiérrez y Palma, 1991): desde la sociología y las ciencias políticas que recupera

las encuestas y sondeos de opinión en relación con los valores de los ciudadanos; desde la antropología vinculada a temáticas de la cultura nacional, los procesos electorales, los partidos políticos y los sectores sociales; desde la psicología social orientada a las motivaciones y cambios internos en la apatía de los ciudadanos; así como desde la lingüística, la filosofía y la historia.⁵

Siguiendo en esta disertación, para Jasper (2005) este concepto se ha reducido “al poder de los cuidadores del *statu quo*”, de la legitimación retórica de las organizaciones formales, de los determinantes sociales del arte y las ideas, de la reproducción de las jerarquías, de la adquisición de capital cultural y de la normalización del yo individual. Por cultura política acaso deberíamos entender una valoración más amplia con relación al ejercicio del poder, a la confrontación de voluntades, la construcción de ideas y acciones alternativas, e incluso como fuente de resistencia. La gente no ve y encuentra el mundo alrededor suyo directamente, sino a través de muchos cristales de significaciones culturales, interpretaciones, tradiciones, memoria, estructuras de sentimiento y esquemas cognitivos (Jasper, 2005). De ahí que el análisis de los movimientos de protesta y otras formas extra-institucionales de acción política sean una fuente relevante del análisis alternativo de la cultura política y la construcción de identidades colectivas. Diferentes argumentaciones se aplican a ello, desde el estudio del “comportamiento colectivo” que asocia los movimientos a procesos de irracionalidad, euforia y sugestión, hasta movimientos que son resultado de campos de acción cultural, independiente-

⁵ Remito al lector, también, a la excelente síntesis sobre cultura, conocimiento y política de James M. Jasper (2005). En este trabajo el autor reflexiona sobre el concepto de cultura y la controversia existente desde los principios del Romanticismo y la Ilustración. Rescata la genealogía del concepto en la sociología política, los primeros estudios de Almond y Verba y los confronta con la tradición de los estudios culturales, la lingüística y la semiótica, la teoría crítica y otros temas como hegemonía, ideología, identidad colectiva, marcos de interpretación, prácticas y discursos.

mente de que tengan objetivos valorativos o normativos del cambio social. Siguiendo a Jasper, la definición que este trabajo rescata es la idea de cultura política como un lugar potencial de confrontación más que una fuente mecánica de unidad social. Se considera así como un elemento de estrategia y poder.

El concepto de cultura política que utilizamos en este libro se construye analíticamente asociando distintos paradigmas. Pero especialmente se vincula, por un lado, a la construcción de las identidades colectivas, distinguiendo dimensiones analíticas como el sentido de reconocimiento y pertenencia, de solidaridad y oposición (otredad), de práctica y conflicto (Tamayo y Wildner, 2005). Por otro, es importante para lo político asociar, no desligar, la noción de ideología con la de cultura. John B. Thompson (1993) coincide con Clifort Geertz (1990) en establecer esta vinculación dialéctica. La cultura política está constituida también por ideologías, imaginarios, formas simbólicas y conflictos sociales. Es la interrelación entre formas simbólicas, significados y poder, entendido éste como relaciones de dominación. El significado se trasmite por medio de estas formas simbólicas (que pueden ser lingüísticas, discursivas, interaccionistas, a través de imágenes e imaginarios, en contextos sociales e históricos, etcétera). La cultura se constituye por formas de representarse y de imaginarse las cosas (Winocur y Gutiérrez, 2006). Digo pues que la cultura política no puede analizarse únicamente a través de la internalización de valores hegemónicos por una ciudadanía con respecto a las instituciones, sino también, y sobre todo, por el posicionamiento de los ciudadanos con respecto al poder.

Asumo, al incorporar categorías como identidad e ideología, la crítica de James Jasper. En efecto, a favor de esa visión alternativa de cultura política, como la que presento aquí, varios autores han desarrollado conceptos, que según Jasper han resultado en la exclusión de otras formas y formulaciones que han limitado inevitablemente la riqueza y complejidad del estudio de la cultura política. Estos conceptos son el de ideolo-

gía, los marcos cognitivos, la identidad colectiva, la metáfora del texto, la narrativa, el discurso, la retórica, el ritual y la práctica, entre otras. En su lugar, Jasper considera que aún falta por reconocer otros aspectos de la cultura y la política, tales como las emociones; las características de los protagonistas; la biografía de los personajes, el poder de persuasión de los líderes; las motivaciones inconscientes o significados ocultos de la acción; cambios generacionales en relación con la memoria y los significados; estrategias políticas como resultado de los tipos de personalidad, pragmatismos, rutinas y emociones; todo ello genera distintas formas de elegir y encarar dilemas que no contienen respuestas preestablecidas, y condiciona las interacciones entre individuos de forma abierta.

Destaca en esta perspectiva el concepto tridimensional de cultura de Bourdieu (1990; *cf.* Wacquant, 2002), con el que puede asociarse la tríada cultura-formas simbólicas-ideología. Cultura, siguiendo a Bourdieu, en una primera instancia, es un instrumento de dominación, de ahí la relación estrecha con el concepto de ideología y poder. Se constituye en una segunda instancia por las formas simbólicas a través de las cuales los individuos ordenan y representan el mundo, de ahí su relación con los imaginarios sociales que permite construir el mundo colectivamente. Finalmente, la cultura se constituye por objetos simbólicos y medios de comunicación. Si como dice Geertz, las formas simbólicas de la vida social constituyen el mundo de la cultura, podría entonces decir que son esas formas simbólicas de la política (instituciones) y de lo político (prácticas) que constituyen la cultura política, engarzadas indeleblemente por las relaciones de poder, las distintas formas de conflicto y las profundas desigualdades sociales.

En este campo de argumentación, el análisis de la cultura política aborda directamente las formas subjetivas con las cuales los individuos evalúan, identifican, interpretan y justifican la acción política. Las formas lógicas de análisis se ligan pues a la metodología cualitativa, multidimensional e interdiscipli-

naria. Y es en esta perspectiva multidimensional que tratamos de evitar la polarización de enfoques, buscando al contrario la triangulación de métodos cuantitativos y cualitativos. Los trabajos de Combes *et al.* (2012), son relevantes en este sentido triangulando el análisis estadístico con aproximaciones etnográficas de las campañas electorales.

Para analizar la cultura política y el comportamiento de actores colectivos, reflejada en las campañas políticas electorales, utilizamos una perspectiva cualitativa de triangulación que se basa en la etnografía densa de Geertz y Marcus y el concepto “espacios de ciudadanía”. Lo que sigue es la etnografía comparada de los tres actos públicos de las concentraciones electorales de 2006, que debemos situar longitudinalmente con las experiencias del 2000, 2012 y 2018, que se articulan a lo largo de este libro. La construcción de la cultura política entrelazado en relaciones de poder y dominación se explica a partir de tres dimensiones analíticas: la apropiación simbólica del espacio público, la construcción colectiva del espacio social, y el espacio de los discursos políticos.

EL CONTEXTO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Fox y la alternancia generó paradójicamente una fuerte desilusión por la democracia. La gente comenzó a no creer en ella. Prefería vivir en paz y con comida, que con hambre y democracia, prefería la felicidad a la libertad. Después de la expectativa de la alternancia, el estilo de Fox cansó. Empezó a evidenciar una grave inexperiencia en asuntos de Estado. Con este presidente concluyó un ciclo de movilizaciones e inició otro de características muy específicas (Méndez y Leyva, 2007).

Fue la década de las grandes protestas, grandes en número y en demandas. Se ingenió entonces el nombre de los grandes repertorios como megamarchas, manifestaciones arriba de las 200 mil personas: manifestaciones, plantones, tomas pacíficas

de recintos de gobierno. Desde entonces, los grupos más reaccionarios intentaron impulsar legislaciones, principalmente en el ámbito del DF, para reducir el efecto de las manifestaciones: leyes de participación, leyes en cultura cívica, cambios en reglamentos de transporte y vialidad, todas restringiendo las oportunidades de manifestación. Así fueron la leyes de 1997, de 2000, 2004, 2005, 2010 y 2013. Coparmex y otros organismos empresariales se habían manifestado abiertamente contra las manifestaciones, que causaban pérdidas millonarias a los negocios (Tamayo, 2016).

El EZLN organizó la primera megamarcha en 2001, por la iniciativa de ley por los derechos y cultura indígena, a partir de los acuerdos de San Andrés. Las atribuciones que el EZLN y el Subcomandante Marcos le dieron a la nueva estructura de oportunidad política, para realizar una toma simbólica de la ciudad de México, consolidar el Congreso Nacional Indígena, fortalecer organizaciones locales a su paso, y reanimar la solidaridad de la sociedad civil. Pero el asunto aquí fue la desavenencia con el PRD, a pesar de la inevitable negociación entre el entonces Subcomandante insurgente Marcos y el PRD para la reforma de cultura indígena. Los cambios al proyecto original de la Cocopa alteró totalmente la ley reduciéndola en sus alcances. Poco después, el fatídico martes del 11 de septiembre con la destrucción de las torres gemelas en la ciudad de Nueva York, coincidió con el retraining del EZLN para reforzar estructuras organizativas internas y formar las Juntas del Buen Gobierno y los Caracoles, municipios en resistencia (Arias, 2003; EZLN, 2005; Huffschmid, 2011; Ramírez Paredes, 2002).

Ese mismo año, 2001, en Atenco se constituyó el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra contra la intención del gobierno de Fox de construir un nuevo Aeropuerto Internacional (intereses creados entre empresas y gobernadores del Estado de México, Hidalgo y DF) por la vía del despojo de tierras (Alcayaga, 2002). Éste es un tema importante que tie-

ne que ver con un fenómeno ya planteado por David Harvey acerca de la nueva acumulación del capital por desposesión. Se trata de revertir la propiedad y el espacio público y social, distribuido en la era del Estado de Bienestar, a partir de ese pacto social del que hablamos, por la defensa del ejido y las comunidades, del apoyo corporativo a los líderes sindicales de las grandes centrales obreras, y el control de los barrios y las clases medias a través de la CNOP. La privatización ahora, ya desmantelado el antiguo pacto social, significó desposeer los bienes públicos y privatizarlos. Las grandes obras públicas del Estado se dirigirían así a estimular los grandes capitales transnacionales, las mineras canadienses, las empresas estadounidenses y británicas en la explotación de energéticos, etc. En general, todo lo anterior se contraponía directamente con intereses locales. Los casos de la presa la Parota, así como la defensa del territorio Wirikuta, además de otras luchas en el marco de la ecología política, han sido también ejemplos de esta confrontación. Ha sido una contradicción que reflejó en estos fenómenos concretos la lucha de clases en su definición más amplia y general, más abstracta y universal. El asunto se ha expresado en el sentido de cómo ciertas obras de gran envergadura nacional que podrían justificarse en beneficio de la nación, en realidad son producto de una intervención elitista de las políticas de Estado. La relación costo-beneficio para los locales ha sido terriblemente desigual, y por eso la resistencia tomaba matices de confrontación. Como también fue el caso del movimiento El Campo No Aguanta Más (CNAM).

Por su parte, el movimiento sindical se mostró a la defensiva en la década de Fox. Se reagrupó en nuevas centrales y una nueva correlación de fuerzas se vio reflejada en la megamarcha de noviembre de 2003, con la formación de lo que popularmente se conoció como “el Frentote”, con la participación del SME, los maestros del magisterio, Telmex, Seguro Social, secciones de mineros, transportistas, campesinos organizados en el CNC, todos marchando al lado del expriista y entonces petis-

ta Manuel Bartlett, saliendo del Monumento a la Revolución; junto con el PRD movimentista de la corriente de Cárdenas y la Central Cardenista Campesina quienes salieron del monumento en conmemoración del prócer Lázaro Cárdenas; y por su parte, las organizaciones independientes como los deudores de la banca de El Barzón, el movimiento urbano del FPFV, el Movimiento Proletario Independiente y varios partidos socialistas menores quienes salieron desde el Congreso de la Unión. A partir del 2004, este Frentote, que se denomina “Movimiento por la Soberanía Alimentaria y Energética, los Derechos de los Trabajadores y las Libertades Democráticas”, realizaba una manifestación hacia la última semana del mes de enero que reivindicaba la lucha por la soberanía, contra el neoliberalismo, y contra la privatización. Dos aspectos que nos gustaría subrayar aquí: el carácter nacionalista de este movimiento de los trabajadores, obrero y campesino, que explica en parte las resonancias históricas del fortalecimiento del movimiento de AMLO pocos años después; y la concepción amplia (independientemente que orientada al nacionalismo) del concepto de ciudadanía expresada en su propia denominación: soberanía, nacionalización, derechos sociales y libertades civiles.

El carácter nacionalista es una ideología que ha echado raíces en el movimiento obrero desde la corporativización cardenista de los treinta, en la ideología posrevolucionaria institucional. Se ha expresado incluso en las luchas por la democratización del sindicato electricista en los setenta con la tendencia galvanista, y se ha mantenido en los sindicatos más radicales como el SME. Para nosotros, una deficiencia del movimiento es precisamente el desplazamiento de la visión de la lucha de clases, por una perspectiva nacionalista de alianzas interclasistas. Y esto se expresaba en las inclinaciones electorales durante las campañas electorales.

Sobre la concepción amplia de ciudadanía, ésta ha sido poco frecuente en los movimientos sociales previos, sobre todo en términos de asociar y articular una visión de totalidad

y universal de ciudadanía: la visión del Estado ligada al ejercicio de derechos ciudadanos y las formas de participación. En este caso se aprecia claramente la concepción que el movimiento tiene sobre el Estado y la soberanía nacional, basados en una ciudadanía social sustentada en la lucha de clases, y de la inclusión de una ciudadanía civil que abrace las libertades democráticas de carácter individual y la lucha por los derechos humanos. Los proyectos que se fueron delineando en la década de los ochenta, previo a las elecciones de 1988, han retomado su cauce al reconocerse en el nombre propio del Frente, y refleja esta perspectiva amplia e integral de ciudadanía social, civil y política (Tamayo, 1999, 2010).

El gran problema de la inseguridad no inició en la administración de Fox, pero se desató en los gobiernos panistas, como resultado de su inexperiencia política para tratar asuntos de alta gravedad que han llegado a amenazar incluso aspectos decisivos de seguridad nacional (Fox, 1999; 2006). La marcha de blanco contra la inseguridad ciudadana en 2004, impulsada por medianos y grandes empresarios nacionales, tuvo un eco inusitado en muchas capas de la clase media e incluso en algunos sectores populares confundidos por la gravedad del problema y la falta de alternativas políticas con una perspectiva más social. Los autos de marca importada, familias saliendo del Gran Hotel Sheraton vestidas con ropa de marca de lino blanco, cargando a sus *pedigrees*, era el paisaje que se reprodujo todo el día durante la marcha, era como si fuera una pasarela de moda y glamur. De estos grupos y manifestaciones surgieron asociaciones civiles y estrategias de movilización representados por Martí y la Wallace, que después se convirtieron en los voceros de los empresarios ante el gobierno y hasta candidatos al gobierno del DF por el PAN en el 2012, como veremos en el capítulo 5.

Cerca de los comicios electorales de 2006, el país vivió una tragicomedia que ridiculizó al flamante presidente Vicente Fox. Su temor ante el populismo mesiánico profetizado por Enri-

que Krauze en la figura de AMLO, hizo que de manera burda intentara en 2005 desaforar a AMLO como jefe de Gobierno del DF (Rock, 2019; Delgado, 2016). Podemos decir que ese fue el momento del surgimiento de un gran movimiento nacionalista, antineoliberal y popular, el más importante en los últimos años de la historia del país. Ni siquiera el EZLN, tanto por el mérito de sus movilizaciones, la magnitud de la protesta y los efectos sociales y políticos de su accionar, llegó a tener esta resonancia. Volveremos a este caso, sobre todo en la etapa del contexto del gobierno de FCH, en el capítulo 5.

Por ahora, habría que hablar del retorno del EZLN y la otra campaña en 2006, surgida de la sexta y hasta entonces última declaración de la selva. Además, de la vuelta a Atenco en el Estado de México de 2006 en el marco de la otra campaña del EZLN; y de la APPO en Oaxaca en junio-noviembre de 2006.

El EZLN sorprendió nuevamente al hacerse público y plantear una declaración que rompía drásticamente con el estilo, la orientación y la esencia de la cultura política de otros comunicados. El tono de esta declaración fue una cruda crítica anticapitalista al sistema, usando términos y categorías marxistas y revolucionarias. Contrastaba con la forma de escritura bilingüe de estilo indígena de otras proclamaciones. La Sexta en efecto radicalizó su discurso. Se desprendió de la visión unicista indígena, sustentada en los derechos y cultura indígenas, y se planteó una lucha de los trabajadores contra el capitalismo. Fue una especie de resultado de un proceso difícil de rupturas continuas con intelectuales y corrientes de izquierda, con quienes decidieron suspender cualquier tipo de alianza política. Fue un momento en que el EZLN, paradójicamente decidió desaparecer el FZLN, supuestamente constituido por la sociedad civil autónoma e independiente, que devino en fracaso de una política que se esforzó inútilmente en construir un gran movimiento de apoyo al zapatismo desde que se conformó en 1994 y se constituyó la Convención Nacional Democrática zapatista. Para el 2006, el EZLN decidió construir un movimiento con

otras fuerzas, organizaciones locales, con quienes organizó la Otra Campaña, dirigida claramente a plantear una contracampaña electoral, principalmente contra la figura de AMLO. Desde entonces, el EZLN ha venido perdiendo fuerza social, apoyo externo del campo de las audiencias y públicos, e impacto político.

Atenco resurgió a partir de la defensa a ultranza de unos vendedores de flores desalojados de sus puestos de venta, en el municipio del Estado de México (Cuéllar y Kuri, 2011). La situación se salió de control, provocada por el exagerado uso de la fuerza pública. El conflicto es paradigmático del papel de los medios y su postura parcial, de la alianza entre un panista que ocupaba la presidencia, un PRI estatal (el de EPN) que ordenó la intervención de la fuerza pública, una presidencia municipal perredista coludida en la represión, y un pacto PRI-AN para el refuerzo de la candidatura de FCH (Delgado, 2016). Reflejó también la brutalidad de la fuerza pública contra mujeres y niños, y el absurdo de las instituciones de justicia que sentenciaron al líder de Atenco a más de 125 años de prisión. Muestra además la identidad colectiva de un movimiento que se presenta con machetes, apropiándose de las calles de la ciudad de México y poniendo en jaque a las autoridades. Con todo, recibieron apoyo incondicional del Subcomandante Marcos y de la Otra Campaña, que suspendió un recorrido nacional programado como contra campaña, para instalarse en el DF y no moverse hasta que se solucionara favorablemente el conflicto. Cosa que no pasó, por lo que metió en un brete al propio Marcos y a la Otra Campaña que tuvo que salir de la CDMX pocos días después. Algunos consideraron que Marcos habría apostado demasiado, toda la Otra Campaña digamos, por rescatar un conflicto que no lo merecía.

La APPO fue también un movimiento paradigmático del siglo XXI. Fue un movimiento que surgió a partir de la repetición de repertorios de movilización tradicionales, organizados año con año por los maestros oaxaqueños integrantes de la CNTE.

Pero ahora, la EOP constituyó la base sobre la cual se generó un movimiento de gran cohesión interna con impacto a nivel nacional (Lache Bolaños 2013; Bolos y Estrada, 2013; Combes, Tamayo y Voegtli, 2016). Cabe preguntarse la manera como un conflicto se inicia con maestros sindicalizados y se desarrolla con gran magnitud al fusionarse con comunidades indígenas. El papel de la represión se convirtió en un elemento analítico de primera importancia, como un acicate de la movilización, más que como una limitante de la acción. Un movimiento que se fue transformando con el paso del tiempo de un movimiento social, sindical, a un movimiento político que estuvo cerca de conseguir la declaración de ingobernabilidad en el Estado. Y la manera en que los marcos de alineamiento funcionaron para asociar comunidades y sindicato (Tamayo, 2013;Recondo, 2009; Nevaer y Sendyk, 2009).

Es importante notar que estos últimos tres movimientos reseñados, además de un cuarto, el de AMLO, surgieron con gran fuerza en el contexto de las elecciones. Fueron las elecciones y la manera cómo los distintos actores atribuyeron su importancia, la parte significativa que delineó la estructura de oportunidad política, y que explica la emergencia de estos movimientos radicalizados desde su origen.

EL ESPACIO FÍSICO Y SIMBÓLICO DE LA POLÍTICA

En este contexto político y de los movimientos sociales se dieron las campañas y concentraciones políticas electorales de 2006. El espacio se tornó en una categoría de análisis fundamental para comprender los posicionamientos y confrontaciones entre los principales contendientes. El espacio simbólico estuvo íntimamente ligado al imaginario social del lugar material donde se escenificaron los cierres electorales. La definición de espacio de acuerdo con Lefebvre coincide con nuestra aproximación etnográfica de mirarla como una construcción

social. El espacio absoluto podría ser una serie de direcciones y extensiones de un espacio social, y precisamente por ello integra conceptos como los de pensar, percibir y construir el espacio (Lefebvre, 1972; cf. Wildner, 2012). La similitud de la organización de las concentraciones electorales en el espacio concreto se basa en elementos que se reproducen en cualquier acto (compárense los mapas 4.1, 4.2 y 4.3): el simbolismo del lugar, la demarcación física del acto oficial, y la calidad del espacio a través de iconos y colores partidarios que se usan y perciben.

Así, en primera instancia, el lugar como espacio político representa o simboliza algo para quien se lo apropia, y se asocia a la identidad política del acto, del partido o del líder. El objetivo del acto, la concepción del *performance* por sus creadores, la intención de servir como contenedor de amplios espacios públicos, y asumirse como anfitriones de un lugar que abraza, conecta, y vincula multitudes.

En segunda instancia, esa delimitación oficial del espacio se impone a través de una intensa movilización de recursos. Repasemos las concentraciones políticas a través de mantas alusivas que identifican demandas, organizaciones, personalidades, orientaciones ideológicas y objetivos sociales y políticos. Tal demarcación del espacio se hace también a través de la distribución de recursos tecnológicos como sonidos, pantallas, cámaras fijas y con brazos mecánicos; carpas de organizaciones o del partido, así como lugares de venta ambulante de *souvenirs*, información y propaganda electoral y política; utilización deliberada de bordes, sendas, hitos, áreas y cruces que permitan orientar, contener y controlar a las multitudes, como vallas, mobiliario urbano, límite de plazas, vías, templetos, y hasta la necesidad de proporcionar sanitarios portátiles de fácil acceso, etcétera. Esta delimitación del espacio se precisa movilizándolo recursos de distinto tipo, materiales, organizativos, técnicos, culturales, y es dirigida a públicos, grupos sociales, élites y medios de comunicación.

Finalmente, en tercera instancia está la imagen del acto, que se muestra con la irrupción de iconos de todo tipo que lucen y dan colorido al espacio: vehículos decorados con logotipos e imágenes, y consignas, globos gigantes, vestuarios, banderas personalizadas, corporativas, partidarias y patrióticas. Todo lo anterior es percibido a través de esas imágenes y símbolos del espacio apropiado.

Esta forma de organización espacial explica la regularidad de la cultura política asociada a las concentraciones electorales, pero la especificidad de la identidad política se observa únicamente en las diferencias de tales actos, y tal distinción se muestra en el contenido de las formas simbólicas de apropiación. Esta apropiación se refleja en las formas en que el espacio es vivido y practicado por los sujetos. Esto último hace la diferencia en el contenido de las subjetividades políticas construidas en el tiempo.

El PAN, a diferencia del acto de cierre de campaña del 2000, cedió en esta ocasión el espacio del Zócalo al PRD, lugar por excelencia de la manifestación popular. En su lugar, eligió un espacio significativo al contenido ideológico del partido, que referencia un tipo de articulación compleja entre el espacio público y privado. El Estadio Azteca es propiedad de Televisa, empresa que se vio directamente involucrada en la aprobación de la controvertida Ley de Medios durante el sexenio de Vicente Fox, mejor conocida como “Ley Televisa”, por los supuestos privilegios que le otorgaba. Aún más, en el momento del acto político de 2006 el referente del fútbol se había magnificado pues se estaba llevando a cabo el Campeonato Mundial de Fútbol en Alemania. Hacer el cierre en el Estadio Azteca tenía un significado muy especial para los panistas: “Bienvenidos al monumental Estadio Azteca” dijo la voz oficial a través del imponente sonido. “Un aplauso a nuestra selección (mexicana de fútbol) que hizo un gran trabajo ayer”, coreaban los animadores.

La apropiación política del Estadio Azteca estuvo siempre contenida dentro de límites físicos y sociales precisos: adecua-

do control de accesos, orden social que permitía la propia disposición de las gradas, una jerarquía del espacio entre la zona de invitados (que coloquialmente se le ha llamado VIP, *very important people*) y el resto de los participantes en gradería, agrupaciones de seguridad privada, además de algunos miembros de la policía de la Secretaría de Seguridad Pública del DF, y vigilancia partidaria. Asimismo, la movilización de recursos financieros y tecnológicos fue muy notoria, que incluyó grandes torres de bocinas gigantes, pantallas utilizadas como apuntador electrónico para los discursos del candidato, y un escenario especial para amenizar el acto. Destacó el templete enorme localizado al centro de la cancha que semejaba el logotipo cruzado del PAN. Podía verse desde todos los rincones del monumental edificio, el que funcionó como una especie de panóptico partidario. Al mismo tiempo era posible observar todo el estadio repleto, las mantas gigantes donde se repetía “Vamos juntos hasta la victoria” y “Felipe Calderón, presidente”, y la constatación de la multitud inmensa que se unificaba alrededor de los colores blanco, azul y naranja que identificaban al partido. Así, el Estadio Azteca ejerció y simbolizó al mismo tiempo un mayor control social del PAN sobre la multitud, que el que podría tener en un espacio abierto como el Zócalo. Como dato adicional, el estadio se vació al terminar el acto y después de contener a cerca de 110 mil personas ¡en 5 minutos! El retiro de multitudes en el Zócalo es mucho más tardado y cargado de amontonamientos. De momento, la orientación programática del partido hacia la privatización del espacio público, su jerarquía y la utilización de métodos antidemocráticos, como el corporativismo y el acarreo, que antes él mismo criticaba, se delinearon sutilmente ante un estadio funcionalmente diseñado para el control de multitudes. Fue un espacio privado para un acto político. Un espacio formal que garantizaba y simbolizaba por sí mismo la distinción, el orden, la estabilidad y el control social.

El PRI también cedió el Zócalo al PRD. Por primera vez con- tuvo la movilización y los mayúsculos acarrees en el DF, para concentrar todos los recursos en el cierre de campaña en la ciudad de Veracruz. El acto además no se programó en fin de semana, como en otras ocasiones. Fue un día hábil, lo que le quitó importancia como concentración masiva y dificultó la asistencia. La apropiación se limitó a una parte de la plaza del Monumento de la Revolución. Diseñado originalmente para ser el nuevo Palacio Legislativo del dictador Porfirio Díaz en el año de 1910, los trabajos de construcción del recinto se vieron interrumpidos por la revolución, y reanudados en 1933 sólo para dejarlo como un monumento que ha simbolizado la hazaña revolucionaria y el tránsito hacia la modernización institucional. La Plaza de la República, que acuerpa al Monu- mento, está delimitada por otros edificios emblemáticos que representan a los principales sectores sociales del priismo his- tórico: la Confederación de Trabajadores de México (CTM) y la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), aparte de las dependencias significativas del Estado de Bien- estar: Infonavit (vivienda para los trabajadores) e ISSTE (segu- ridad social para la burocracia estatal). Ese espacio simboliza el pacto original del PRI, su liga con la revolución mexicana y la construcción del México moderno (véase mapa 4.2). No en balde la candidata para jefa de Gobierno del DF, Beatriz Pa- redes se encargó de subrayar el simbolismo del espacio. “¿Por qué un acto del PRI en este monumento?”—se preguntó. “Porque somos corresponsables de la historia”—respondió. Esta es la ex- plicación del significado del espacio en la política. Es el símbo- lo del Estado y de las instituciones. De la conducción política del país que se alcanzó por el PRI, y la concreción de la moder- nidad. “En este monumento se encuentran los restos de los grandes estadistas —dijo Beatriz— Plutarco Elías Calles, funda- dor del Partido Nacional Revolucionario, y el General Lázaro Cárdenas, fundador del Partido de la Revolución Mexicana”, ambos históricos fundamentos del Partido institucionalizado.

La Plaza de la República fue así el lugar donde el priismo fiel se reconoció y se consideró con derecho de uso de ese espacio, porque “hemos aportado en la construcción del México Contemporáneo”. A pesar de todo, la plaza se llenó únicamente en una cuarta parte. Fue delimitada físicamente por la colocación del templete, la línea imaginaria que corría hacia el monumento, la segregación social por el pasaje donde entró y caminó el candidato, con un sillero alquilado para hacer llenar el cuadro y vallas de diferenciación entre los invitados especiales (VIP) y la masa. La organización partidaria del espacio impuso también una jerarquía espacial que evidenció la propia jerarquía del partido, y una diferenciación social que logró también el control de multitudes.

El del PRD fue un Zócalo confiadamente apropiado con una práctica acumulada desde nueve años atrás. La plaza significó para el PRD ese simbolismo funcional de la que habla Kathrin Wildner (1998, 2012), siendo así el corazón político, cultural y económico del país entero. Pero además, significaba para este partido el centro de su continuada hegemonía política sobre la ciudad. Por eso el PRD no podía cambiar de sede. Mostró, con el acto, su disposición a: “¡Aquí nos quedaremos!”, consigna habitual de organizaciones sociales urbanas del centro histórico. Era la seguridad de haber retenido la ciudad para su corriente desde entonces. La colocación del templete fue distinta a la ubicación en 1997, cuando este partido ganó por primera vez la jefatura de gobierno. Entonces se había ubicado dando la espalda al edificio del DF, administrada por los adversarios priistas. Distinta también fue la ubicación durante el cierre del 2000, cuando se situó dando la espalda a la Catedral y generando una línea de comunicación virtual con el entonces ocupado edificio del DF por el PRD. Para este acto, del 2006, el templete se colocó de espaldas a Palacio Nacional. Ese mismo Palacio que en los actos del PRI lo cobijaba y le daba la seguridad del escenario del poder, ahora era el PRD que con certeza, así creía, desbancaría al PRI y al PAN y se colocaría en la antesala del poder del Estado.

La delimitación del espacio físico, además de las arquitecturas, la hicieron los contingentes a través de sus iconos. Las mantas y el mobiliario constituyeron una multiplicidad de espacios apropiados que en conjunto se acumulaban para apropiarse políticamente de la plaza. Los recursos tecnológicos también se diferenciaron de los actos anteriores. Grúas enormes sostenían pantallas gigantes. Globos descomunales. La empresa *Imagen* construyó un imponente escenario con grandes estructuras metálicas para el candidato y la representación de la élite política (véase mapa 4.3). El PRD se ha especializado en el control de multitudes desde la presencia de López Obrador como jefe de Gobierno. Eso muestra, por un lado, el crecimiento del partido en las preferencias de los ciudadanos, pero por otro lado, el grado de rutinización de la manifestación pública que ha alcanzado este partido, mucho al estilo del viejo priismo. En efecto, desde 2006, una de las características de la organización de eventos ha sido la subdivisión de la plaza en cuadrantes perfectamente delimitados por vallas de contención. Constituye una forma de control de multitudes similar a la practicada por el PRI y asumida igualmente por el PAN.

Como vemos, el espacio físico no es neutro. Una primera significación se teje sobre la memoria histórica, reinterpretada por los propios actores. Es ejemplar en términos de la reverberación histórica. Y así queda en la memoria y en la resonancia histórica de las masas. Esto es así porque al espacio experimentado se le atribuyen significados, se combina la historia “oficial” con arreglos simbólicos del momento histórico en que se le apropia. El espacio se “historiza”. La Historia, con mayúsculas, es utilizada como espejo legitimador del presente, pero al mismo tiempo el espacio sirve para ubicar historias particulares de los grupos en contienda (*cf.* Wildner, 2005). Si bien el espacio físico puede medirse por sus dimensiones, geometría y los elementos materiales que lo conforman, esa materialidad configura la percepción que los actores tienen del lugar ocupado por ellos mismos. Por eso el espacio no es un contenedor neutro

de objetos materiales, al contrario, es más bien expresión de la percepción y apropiación social que lo condiciona. Podríamos decir que los actores atribuyen conscientemente una cualidad antropológica, como dice Marc Augé (1996). Por un lado, son lugares que aluden a eventos, mitos y formas simbólicas de la historia. Por otro, es un espacio ocupado y determinado, aunque sea fugazmente por los ciudadanos que actúan en él y fijan sus señales y límites físicos y simbólicos. Así, la apropiación del espacio permite a la gente acumular experiencias y producir por un lado la memoria, esto es la resonancia histórica de los venideros.

EL ESPACIO SOCIAL DE LA DISPUTA ELECTORAL

Los grupos sociales, los contingentes y las formas de apropiación colectiva dicen mucho de la cultura ciudadana y de las distintas posturas ideológicas de la izquierda y la derecha en México. El espacio social se construye por prácticas que se sitúan en el espacio material, ahí donde tienen efecto las interacciones sociales. Retomo la definición de espacio social de Pierre Bourdieu (1990, *cf.* Wildner, 2005; 2012), que destacamos anteriormente, como una forma de espacializar, posicionar y delimitar, a actores e interacciones. Si bien toda esta producción conceptual sobre el espacio social hace referencia principalmente a la constitución de la vida cotidiana, sería un error suponer que prácticas y comportamientos colectivos, en tanto su carácter efímero, no contribuyen a la formación de esa espacialidad. Al contrario, la apropiación política del espacio público no existe sin la interacción social que la produce. La disputa abierta por el espacio físico y simbólico constituye de hecho esa apropiación colectiva y social. Los ciudadanos se apropian de los espacios públicos de la ciudad, calles, plazas y edificios, de los territorios, de los límites de una nación, y le dan un uso determinado, como reu-

niones públicas, asambleas, caravanas o rituales políticos. Así, el espacio social es ese espacio físico apropiado, el cual se define por la distinción y “la exclusión recíproca de posiciones sociales diferenciadas” (Wildner, 2005, pp. 208). Para el caso de las concentraciones político electorales, esa apropiación se muestra con los ciudadanos, grupos sociales, organizaciones políticas y élites que interactúan en el sentido de una práctica social y política de apropiación, que también encierra y refleja distintos intereses sociales de distintos grupos a través de sus demandas y exigencias. Grupos étnicos, clases sociales, asociaciones políticas, sociedad civil organizada, posicionados política e ideológicamente, van construyendo en la práctica un campo de orientación y una utopía para el cambio. Alianzas, redes, y campos de identidad antagónicas se constituyen y producen un discurso que va teniendo significación histórica (cf. Dewerpe, 2006).

En el PAN, a diferencia del cierre de campaña realizado en 1997 en las elecciones para jefe de Gobierno del DF, pero más parecido al acto electoral del 2000, los grupos sociales que abarrotaron el Estadio Azteca vinieron principalmente de estados de la República del centro y centro norte.⁶ Fue un acto más nacional, por la representación de los contingentes, que en el caso del PRI y el PRD. Miles de camiones. Esperaban 700, pero ya únicamente en el estacionamiento del Estadio, hacia las 8:30 de la mañana, rebasaban los mil. Otros más se estacionaron circundando el edificio. El Estadio se llenó con más de 110 mil personas en las gradas, y más de 7 mil invitados en la cancha. La base social del acto estaba conformada por sectores populares de las ciudades y del campo. Pero la mayoría, el 68.8% de los asistentes no formaban parte de una organización so-

⁶ Destacaron contingentes de Perote y Xalapa en Veracruz, que fue un contingente grande de alrededor de 7 mil simpatizantes; Michoacán, Tlaxcala, San Luis Potosí, y Guanajuato; de Cuernavaca, Morelos; del Estado de México, Puebla y Querétaro; otro contingente amplio, también cercano a los 7 mil integrantes, fue el de Jalisco.

cial; 56.3% llegó con familiares y 23.2% con amigos (Combes, 2012; cf. Torres Jiménez, 2012). Llamó la atención los pocos palcos ocupados, únicamente 15, por familias de nivel medio y alto. En efecto, las diferencias de clase se expresaron por la ocupación social del espacio, entre la cancha ocupada por invitados especiales y la cúpula del partido (VIP, como *very important people*), y el resto del Estadio lleno de sectores populares (véase mapa 4.1). La derecha electoral se mostró así con una fuerte influencia de masas. Según datos estadísticos, aunque los sectores populares fueron mayoría en los tres actos, los más pobres participaron tanto en los actos del PAN como del PRI. El del PAN fue un acto también con mayoría de jóvenes, el 33% tenía menos de 26 años, y muchos llegaron con la regla de operar consignas contra AMLO, vestidos de playeras negras y afiches como el que decía: “AMLO, Pinocho mentiroso”. Fue así, para sus seguidores, un acto muy festivo (Combes, 2012; Torres Jiménez, 2012).

Las demandas estaban orientadas desde el programa político del PAN, a través de grandes estandartes que colgaban en las fachadas del Estadio, con los empeños del candidato Felipe Calderón: Verdad, Libertad, Empleo, Victoria, Democracia, Pasión, Valor. Ninguna demanda, por ejemplo, referida a la Justicia ni a la Igualdad, insistencia de un PRD instalado más a la izquierda. El contenido de otras mantas y carteles llevados por cuenta propia de la gente se referían a: “Mi dignidad no tiene precio”; “Vamos juntos hasta la Victoria”, “Felipe Calderón, presidente del empleo”. Destacaron las sistemáticas referencias al otro adversario, que al descalificarlo construían una identidad panista e identificación con su propio candidato: “Cuando la Chachalaca canta (calificativo que AMLO le endilgó al presidente Vicente Fox), el Peje (AMLO) muere”; “¿Cuántas veces te han asaltado? Eso no le importa al Peje, hoy la ciudad de México es la más insegura”. En una pancarta se dibujó la figura de AMLO, quien dice: “Mentir es mi fuerza”, “No hagas pejejadas, Calderón es el chingón”; “¿Tú le crees al

Peje, yo ni a Madrazos”; “AMLO: boda terrorista (foto *collage* de una boda entre el subcomandante Marcos y AMLO como novios) ¿Este gobierno quieres?”. Simultáneamente a estas descalificaciones, pulularon materiales relacionados con valores religiosos impresos por asociaciones. La derecha católica se identificaba con la democracia cristiana doctrinaria del PAN, expresada en el militantismo religioso de los organizadores, líderes y cuadros intermedios: “Si quieres un limosnero, regálale un pescado a un pobre. Si quieres un pescador, enséñale a pescar”; “El poder de la Oración”; y varios volantes con la imagen de la Virgen de Guadalupe. Una líder de colonia se apresta a convertir o convencer sobre la palabra de Dios, la fuerza de la familia y el voto por el PAN. Al término del evento, la gente organizó espontáneamente micromarchas alrededor del Estadio en su recorrido hacia los camiones que los llevarían de regreso a sus lugares de origen. La diferencia de contingentes por corporaciones no fue notoria en el PAN, pero los grupos se identificaban por las mantas, que hacían referencia a sus regiones, con cientos de globos y banderas de colores, primero el blanco, después el azul, después el naranja, y finalmente el rosa de las blusas para las mujeres panistas. Decenas de *performances* locales bajo la supervisión de los organizadores vestidos de *jeans*. El Azteca había sido demasiado rígido y controlado para el bullicio que la gente quería hacer. El Estadio se había convertido en una identidad multitudinaria, con un centro de gravedad en el candidato. Afuera se fragmentaba en cientos de identidades locales.

La delimitación social del PRI fue significativa a partir de la jerarquía priísta, que se resistía a desaparecer. La forma de distribución de los grupos en el espacio diferenciaba a la siempre leal Antorcha Campesina vestida de rojo, ubicada en la parte posterior de la pequeña plaza. Los también siempre devotos, pero cada vez más reducidos petroleros, vestidos de blanco, y los grupos populares que se hicieron presentes en pequeñísimas porras. Se presentó un reducido grupo del Partido Verde,

casi mil del Estado de México, y una minúscula agrupación del ala campesina del Partido Alternativa Socialdemócrata y Campesina, apenas escindida de ese partido. El pasillo dividió los contingentes, de un lado los sindicatos, del otro, los sectores populares. Atrás los campesinos. Las vallas separaban a los grupos sociales, que sumaron apenas un poco más de 13 700. Se diferenciaban también de los invitados especiales, candidatos a diputados locales y la cúpula burocrática de los sectores: la ESTSE y la CTM. El mismo formato de los mítines priistas, ajustado ahora a la forma física de la plaza de la República (véase Mapa 4.2). La misma jerarquía, el mismo esquema rígido e inamovible. Muy pocos de los presentes eran habitantes del DF, la mayoría que colmó el espacio provenía de los municipios del Estado de México. Las mantas con las consignas a favor de Roberto Madrazo se esparcieron en los límites de la plaza que se articulaban a las monumentales colgadas de los edificios burocráticos. La gente se acercó en grupos, trasladados en los microbuses de las organizaciones afiliadas al PRI. Otros sindicatos se hicieron presentes.⁷ Fue una concentración organizada por y para los militantes y activistas priistas, uniformados con camisas rojas y playeras de buena calidad. Quizá por eso el número de acarreados no fue tan alto, aunque fue el más elevado de los tres actos. 9.2% de los asistentes al acto del PRI respondió haber sido acarreado, contra 1.8 del PAN y 1.7 en el acto del PRD (Combes, 2012). Los viejos líderes vistieron como burócratas uniformados con traje sastre negro y gris. Los tambores de la organización popular estuvieron

⁷ Destacaron: el Organismo Nacional de Mujeres de la CTM, la Unión Sindical de Cocineros. La Federación de Trabajadores del DF, el Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana, grupos territoriales de las Delegaciones Venustiano Carranza, Coyoacán e Iztapalapa, de los municipios de La Paz, Ecatepec y Nezahualcóyotl, Sindicato Nacional de Harineros y Panificadores de la CTM, Sindicatos de la Bimbo, Marinela, Wonder y Tía Rosa. Confederación Nacional Campesina; Estructura Política del Magisterio Electoral, Pepenadotes, Frente Juvenil Revolucionario.

presentes como en otros actos para vitorear, generar bullicio, esperar las pausas de los discursos e indicar el momento de las consignas y los gritos del público. Las consignas impresas por la estructura partidista no hicieron referencia a los adversarios políticos. Se orientaron a definir demandas referidas a la ciudadanía social: “Por un campo sin pobreza”; “Garantizar igualdad laboral”, “Una ley que nos garantice una distribución justa del agua”, “Garantizar cadena perpetua a quien abuse de los niños”, “Garantizar mejor calidad y calidez en la asistencia social”. Muchas otras expresiones se refirieron a la lealtad y el compromiso priista, militante: “La militancia democrática de Nezahualcóyotl con Roberto Madrazo, Presidente”, “Compromiso mexiquense en buena ley”; “Con Roberto te va a ir muy bien”. No fue un cierre nacional sino un acto regional, lo que contextualiza lo desangelado del acto. No obstante, fue notorio que los fuertes conflictos internos del PRI, y el manejo que los gobernadores priistas así como otros líderes nacionales sindicales al apoyar la candidatura de Calderón y desligarse de la campaña de Madrazo, evidenciaron su ausencia en ese evento.

El Zócalo del PRD se colmó desde las 16:30. La ocupación fue densificando cada vez más el espacio por tiempos, como una bola de nieve que se agiganta a la caída. Se constituyó la multitud por cientos de grupos. Cada uno con una identidad social y política propia: organizaciones populares, organizaciones políticas, organizaciones sindicales y ciudadanas.⁸

⁸ Asistió un número creciente de organizaciones sindicales y urbano-populares, tales como: El Sindicato de Trabajadores del Seguro Social; Sindicato Mexicano de Electricistas; Alianza de Tranviarios de México. Frente Nacional por la Unidad y Autonomía Sindical; Sindicato de Trabajadores de Transporte de Pasajeros del DF; Trabajadores del Transporte Eléctrico Terrestre ATM; Redes ciudadanas, Unión Popular Revolucionaria Emiliano Zapata; Promotores del Voto. Movimiento por la Escuela Pública; UGOCM; Grupo de Mazahuas; Super Barrio y Asamblea de Barrios de la Ciudad de México, Vanguardia Ciudadana; Campamento 2 de octubre; Barrio San

La cantidad de organizaciones fue muy alta, casi 50% o más. No obstante, la estadística de la concentración del PRD indicaba que sólo el 5% de los asistentes declararon haber acudido por convocatoria de alguna organización. La explicación de esta discrepancia puede deberse a lo que Hélène Combes (2012) señala como la extensión de la influencia social en barrios u otros sectores, pues en contraste 47.5% y 20.8% de los asistentes fueron acompañados por familiares o amigos respectivamente. El llamado de las organizaciones pudo haberse extendido en zonas de débil organización social a otros sectores a través de amigos y familiares. Sin embargo, la observación etnográfica resalta la llegada de grandes contingentes en torno a organizaciones que se apropiaban del espacio de la plaza. Todos marchaban, deambulaban, se paseaban alrededor del Zócalo mientras podían. Se apropiaban de espacios concretos. Una multitud formada por muchas diferencias, que interactuaba de diferente manera. El sentido de pertenencia eran sus mantas, sus símbolos y sus banderas. Los contingentes definían sus límites, pero no fue tan rígido como en el acto del PRI y mucho más libre que en el caso del Estadio Azteca. Entonces, la multitud se constituyó en masa: espontáneamente el sentido del nosotros se hizo a partir de la identidad con AMLO, su líder. Una mezcla de moros y cristianos que perdían su identidad local para construir otra más grande, una alrededor de 300 mil personas (véase mapa 4.3).

Lucas, Iztapalapa; Trinchera Ciudadana; otra versión de Asamblea de Barrios; Asociación de Comerciantes en Pequeño, Semifijos no Asalariados; Benito Juárez, A. C.; Comunidades Indígenas en el DF; Coordinadora de Comerciantes, Trabajo y Libertad, de Tepito; Frente Ciudadano, de la delegación Gustavo A. Madero; Movidig (Movimiento por una Vida Digna); ONG Protectora de Animales; Comités de Desarrollo Vecinal “La colmena”, a.c.; Organización Nacional de Protección al Patrimonio Familiar; Frente Nacional de Organizaciones Sociales. Asimismo organizaciones políticas como el Partido del Trabajo y el Partido Convergencia Nacionalista; grupos en torno al periódico El Militante y el Machetearte.

Mientras eso pasaba en la plancha de la plaza, el PRD ubicaba a sus visitantes distinguidos en los hoteles, oficinas de los Asambleístas y en el edificio de la Jefatura de Gobierno del DF. El panóptico de la concentración. A diferencia del PAN en el Estadio Azteca, en el Zócalo del PRD la gente no podía tener una idea general del acto. Desde algunos puntos, incluso, era imposible distinguir el templete y al candidato. Pero el imaginario de sentir, casi palpar, la presencia del líder era suficiente como motivación para asistir y quedarse hasta el final. La plancha está a reventar. La apropiación que la gente hace del espacio es individual, por parejas y familias. Se ubican donde se puede, donde haya un pequeño espacio para acomodarse. La lucha por el espacio es dura, se codea, se presiona hasta alcanzar el acomodo. Refleja simbólicamente el conflicto interno de un movimiento de masas por la hegemonía política. Ya ubicadas las personas, la interacción se hacía densa. Amigas platican y se integran otros para comentar sobre los cierres del PAN, y distinguirse a partir de imaginarios maléficos: “Los otros del PAN son Caciques, y los caciques matan a los humildes”. Y otro le contesta: “Si lo hacen perder (a AMLO), viene la revolución contra esas chachalacas”. Por su parte, las organizaciones sociales entran marchando y se aproximan lo más que pueden para acortar la distancia hacia el templete. Organizan las consignas y los vítores, que giran en torno al Programa de AMLO, el Proyecto Alternativo de Nación, y que promueven principalmente las organizaciones sindicales. Otras consignas se refieren al patriotismo, la revolución, la seguridad de la victoria y la lealtad hasta en el fracaso: “Patria para todos”, “Revolución blanca”, “Sonríe, vamos a ganar”, “No estás solo”, “Ya ganamos”, “Con López Obrador, aunque me cargue la chingada”. Música salsa y cumbias pegajosas amenizan el momento del llenado. Las organizaciones y la gente hacen sus propias pancartas y sus propias mantas.

La religiosidad estuvo presente, pero no tuvo un carácter institucional. Con el PAN habían sido las organizaciones religio-

sas o cuadros partidarios que por consignas ligaban religión y política. Aquí se expresaba distinto. Una señora emocionada casi grita refiriéndose a AMLO: “¡Qué cumpla, que Dios lo está oyendo! No puede perder, porque la orden viene de allá arriba” (señalando al cielo). Recordaría el señalamiento de Guillermo Almeyra (2006) sobre la religiosidad de lo popular, que no se reconoce necesariamente con la religión institucional difundida por curas y obispos, sino que construye en paralelo una identidad plebeya, que se articula de otra manera con el anticlericalismo liberal del PRD.

EL ESPACIO DISCURSIVO

La etnografía, ya lo dijimos, es observación y conversación acerca de prácticas sociales y políticas. Ambas herramientas nos llevan hacia la configuración y análisis de los discursos. La acción produce un sentido discursivo, al mismo tiempo que es resultado de discursos razonados y expresados. Pero ciertamente, es posible comprender la acción social a partir de estas narrativas y postales discursivas (*cf.* Vila, 1997), pues la gente actúa o deja de actuar, según entienda e interprete su lugar en relación a los otros. Un discurso será siempre el resultado de la significación e interpretación de la acción por los propios actores, a través de argumentos y narraciones. En el discurso se construye y se da sentido a la vida social y política. Lo importante es cómo la gente se ve y se comprende a sí misma, y se reconoce o se distingue del otro (Ricoeur, 2003). Parto así de ubicar el discurso en la propia definición de cultura de Geertz, como una urdimbre de textos emitidos e interpretados.

El diseño del espacio simbólico y social de los cierres de campaña político electoral que describimos antes son de hecho discursos de la apropiación y acción política. En ese sentido, el texto analizado, siguiendo a Gadamer, debe pensarse como algo más que una escritura, o que una técnica de exposición

científica (en Polkinghorne, 1983). Más bien el texto como discurso no se presenta como un producto terminado. No es pues el objeto de estudio, no es un fin en sí mismo, sino un medio para redefinir el entramado discursivo de la acción. La hermenéutica del acto político es la mediación imperfecta de los actores y su mundo (imaginario) político.

Esta vez haremos énfasis en los discursos centrales emitidos por los candidatos, y lo entenderemos como la primacía del discurso de los cierres, a partir del cual se priorizan ideologías, imaginarios, acontecimientos, y así, se le imprime y confiere sentido a la acción (*cf.* Vila, 1997). Sin pretender un desarrollo exhaustivo del análisis de los discursos políticos, este apartado retoma el ejercicio de explorar la construcción discursiva del imaginario político específico, en este caso electoral, a partir de la etnografía de los cierres y bajo la perspectiva metodológica de Anne Huffs Schmid (2012). Se trata de leer “lo dicho y lo no dicho” (lo emitido desde el templete principal y desde los micrófonos). Me propongo rescatar algunos elementos que permitan navegar por la estructura del texto, la retórica, la representación, las analogías (intertextualidades para evidenciar similitudes) y antagonismos (intertextualidades para destacar las diferencias) (*cf.* López, 2005). El discurso muestra al menos tres cosas: la diferencia de los proyectos de ciudadanía, la relación del líder carismático con las masas, y la manera como esos discursos resuenan históricamente en grupos que se van apropiando del proyecto específico de ciudadanía.

El del PAN fue un discurso dualista y diferenciado, que se expresó desde la organización del espectáculo, los grupos musicales, una banda norteña antes del mitin y el grupo pop después, los animadores de carácter comercial, la característica del templete que reproducía una gigantesca boleta electoral con la cruz en el logotipo del PAN y el nombre escrito de Felipe Calderón, los oradores oficiales y el propio discurso del candidato. Felipe Calderón llegó a la cancha, sin mezclarse con la gente. Se acercó apenas a través de una valla de banderas con la gente VIP.

Una multiplicidad de barreras, muros infranqueables, mallas y vigilantes separaban al candidato de las masas populares y campesinas bien organizadas, apostadas en las alturas de los palcos.

Poco antes de que Felipe Calderón entrara triunfal a la cancha deportiva, el discurso de Demetrio Sodi, apenas de 8 minutos, enfatizaba sin miramiento la confrontación con AMLO y su administración en la ciudad de México: “¡Es el peor gobierno que ha estado en la ciudad de México! ¡AMLO amenaza la economía nacional!... ¡AMLO y el PRD se convertirán en el nuevo presidencialismo mesiánico!, ¡punta de mafiosos, de delincuentes!”, así dijo. Se diferenció, no obstante, del color panista. Demetrio Sodi había sido militante priista, senador del PRD pero con una actitud de disidente político, que lo llevó finalmente a ubicarse contra la postulación del PRD de Marcelo Ebrard, un ex salinista, aceptando la postulación del PAN para contender por la jefatura del DF. Quizá por eso, ante un sonido que retumbaba todo el Estadio, el “nosotros” de Sodi martilleó en los oídos de la gente, al mismo tiempo que trató de aparecer como más independiente del panismo conservador.

Después vino el discurso del presidente del PAN, Manuel Espino, quien se refirió al conjunto de la jornada electoral y de los candidatos a las gubernaturas de Jalisco, Morelos, Guanajuato y DF, como promotor del voto, dijo: “[...]porque ya ganamos, les quiero pedir un favor, que nadie se me *apendepeje* en el último tramo de la campaña[...]Sepulremos con votos la arrogancia, de quienes son un peligro para México[...] ¡Sí se pudo!”⁹

Mientras se esperaba la entrada de Felipe, las pantallas magnas del Estadio pasaron con música un video que mostraba rostros indígenas, a Zapata y la revolución, una rumba, paisajes

⁹ Es importante hacer notar que 12 años después, el propio Manuel Espino participaría en la campaña presidencial de AMLO, quien esa vez ganaría la elección, ocupando uno de los cargos centrales en la organización de sus campaña. Al parecer, el propio Espino no pudo resistirse al embrujo de *apendepejearse*. Véase el capítulo 6 de este libro.

turísticos revueltos con rostros de pobres, de niños, el Ángel de la Independencia de la ciudad, lugar panista por excelencia, pescadores, campos, viejos y jóvenes. Entonces, entra Felipe y algarabía total. El Mariachi canta “El hijo desobediente”. El sonido dice: “Bienvenido Felipe y su familia sagrada”. Él emocionado brinca al templete con la mano en alto. Su familia, también impresionada, lo sigue a una distancia prudente. Su esposa con un rebozo azul y sus tres hijos pequeños lo besan antes de despedirse y dejarlo sólo en la enorme tarima.

Como dijimos antes, el de Felipe Calderón se cargó de ese discurso dualista, agresivo, contra el peligro de la violencia que representaba el PRD, con la intención de presentarse plural pero de mano firme, una dualidad entre la rectitud de la lealtad y la rebeldía del joven desobediente. En el cuadro 4.1, se aprecian los enunciados positivos que significaba la opción del PAN, contra el imaginario maléfico que representaba el adversario del PRD (*cf.* Huffschimd, 2012).

El discurso se estructuró con base en dualidades, contra AMLO y todo lo que se asociara con él. Resalta en este sentido el hecho de que seis años antes, en el discurso de cierre de campaña del entonces candidato panista, Vicente Fox, el contenido agresivo de su arenga fuera contra Francisco Labastida, entonces candidato del PRI y buscara más bien en el PRD su apoyo a través del voto útil. Pero la situación ahora se tornó diferente. El PRD había mejorado notablemente sus simpatías electorales, el enemigo a vencer para mantener la continuidad en el poder era indudablemente AMLO.

Cuando terminó la diatriba, Felipe Calderón se dispuso a emular a Martin Luther King con su célebre discurso *I have a dream*. La intertextualidad de Felipe Calderón reiteraba: “Toda la vida he soñado[...] un México distinto y mejor[...] Me imagino un México[...]”, y con ese estribillo habló de política social, seguridad, ambiente, gobernabilidad, mujeres, el campo, las clases medias, del espacio simbólico del Estadio Azteca como expresión de política de paz, educación, y contra la po-

breza. Concluyó con una consigna intertextual originaria de la izquierda guevarista: “Por ese México que viene, vamos juntos, hasta la victoria”.

El discurso del PRI puede interpretarse como la continuidad de la ortodoxia burocrática. Por lo menos, desde la crisis que este partido mostró en los cierres de campaña local para elegir al primer jefe de Gobierno del DF en 1997, y lo que fue una hecatombe electoral en los procesos presidenciales del año 2000, el PRI siguió sin plantearse una verdadera autocrítica a la rigidez y jerarquización de sus estructuras. El mitin ahora fue igualmente organizado con bases populares y en medio de un espectáculo por antonomasia comercial y de baja calidad artística, como de hecho lo fue el del PAN. Música comercial de salsa, cumbias y vedetes encabezadas por la animadora Maribel Guardia: “Arriba las mujeres, arriba los hombres, puras viejas aquí, puros machos ahí...” coreaba repetidamente. La escenografía era la ya aprendida en tantos años con un guión tradicional, así como la estructura del discurso: el punto y aparte en la lectura de los oradores para dejar un espacio al silbatazo, que sustituyó ahora los tambores *huehuetl* del 2000, y que indicaban a todos los asistentes que era tiempo del aplauso, la porra y la alabanza.

El discurso de Beatriz Paredes, candidata a la jefatura de gobierno del DF, fue propio de su experiencia política, su formación como socióloga, y de su condición crítica como dirigente de la Fundación Colosio, pero igualmente incomprensible para la gente. El acto fue organizado premeditadamente para la militancia. Había que aprovechar para cerrar filas con los cuadros más fieles del priismo contra la desertión en masa. Al menos esa fue siempre la justificación de haber organizado un acto regional insignificante de no más de 13 mil priistas en la plaza de la República. Los asistentes, se suponía, eran la militancia dura del PRI. No obstante, hubo acarreados: “Escucha—dice una asistente— Yo-ven-go-a-ca-rrea-da. ¡López Obrador! ¡López Obrador!”. La sorpresa fue mayor, porque la señora

estaba en medio del público. Unos se voltearon y sonreían, otros la vieron con suspicacia, pero nadie la recriminó. Beatriz Paredes, mientras tanto, confundía frases de Octavio Paz y Colosio indistintamente, y eso demeritó su discurso porque lo intelectualizó innecesariamente ante una masa especialmente popular. Se refirió a la herencia revolucionaria del priismo, a la historia patria, la mística nacional, a la cultura nacional y a la propia historia priista con Plutarco Elías Calles, Lázaro Cárdenas y Luis Donaldo Colosio.

A diferencia de Beatriz, Roberto Madrazo empezó su discurso en una atmósfera propicia dejada por la arenga de Paredes. Pero el discurso fue descendiendo poco a poco al grado que desde antes de terminar, muchos se estaban ya retirando, incluyendo invitados de la zona VIP. Madrazo no mostró carisma alguno ni fuerza contra la crisis interna del partido y sus contrincantes organizados en el Tucom.¹⁰ En este contexto, su discurso fue defensivo, de búsqueda de la reanimación entusiasta como opción partidaria, de ahí que se dirigiera principalmente a los cuadros militantes, pero sin un programa claro de gobierno. Se posicionó al centro, entre la fiebre amarilla del PRD y el usurpador-intruso de los azules del PAN. El PRI representaría la unión, la unidad, la concordia y la armonía contra el pleito y la violencia perredista; y contra la aventura, la dilapidación y la irresponsabilidad del panismo. “Este PRI tiene raíz social y compromiso. El PRI son ustedes, la militancia [...]”

¹⁰ El Tucom significa Todos Unidos Contra Madrazo, un grupo de priistas connotados que se opusieron a la candidatura de Roberto Madrazo, y ante el ascenso de AMLO, se encauzó a apoyar la candidatura de Felipe Calderón a través de un pacto de alternancia política, hacia el 2012. Estos grupos pertenecientes al Tucom fueron gobernadores de Hidalgo, Estado de México, Coahuila, Nuevo León, Sonora, senadores como Enrique Jackson, Francisco Labastida Ochoa, Tomás Yarrington, Emilio Gamboa y Natividad González, vinculado a Carlos Salinas de Gortari. Además de la lideresa sindical Elba Esther Gordillo (*Proceso*, El Tucom, 10 de enero 2005).

que no nos minimicen[...]vamos a defender lo nuestro”, puntualizó.

El discurso del PRD expresó continuidad de la cultura de la izquierda. No se organizó ningún espectáculo previo, pero sí al final, con una banda grupera. El Zócalo estaba desbordado, pero no se sentía un afuera y un adentro, como en el Estadio Azteca. Los que se quedaron afuera del acto del PAN, quedaron así literalmente fuera. En el Zócalo esa impresión no se dio. La gente no veía a López Obrador pero lo sentía. El imaginario actuó como un “nosotros estamos con él”. La gente vitoreaba el discurso. Puso atención, hizo un silencio respetuoso para un discurso que se oía en todos los rincones de la plaza y más allá. El discurso de AMLO a diferencia del PAN fue menos partidista. Y a diferencia del PRI, que fue partidista pero burocrático, el de los perredistas fue uno que se apoyó en un escenario repleto de líderes de la Coalición Por el Bien de Todos, de candidatos, y de la élite del partido, en fin, de la estructura del PRD. El Partido apoya a AMLO, eso significaba, y la representación del poder estaba un poco más atrás del templete, en la extraordinaria fachada del Palacio Nacional.

Marcelo Ebrard, candidato a la jefatura del DF inició el acto con un discurso confiado del triunfo: “Sonrían porque vamos a ganar –afirmó–, la ciudad de México tendrá su constitución. Apoya el Proyecto Alternativo de Nación y cambiará la historia, pues avanzará como nunca antes por la cercanía y coordinación con la presidencia (perredista)”.

Y concluyó así: “Movilicémonos todos. Vayamos por todo. La historia es nuestra”.

El discurso de AMLO, a diferencia de los otros, no se dirigió contra sus adversarios, sino hacia la construcción de un proyecto de nación, como sentirse ya el próximo presidente de México. El objetivo de la campaña y del cierre tendría dos propósitos: difundir y lograr la aceptación del Proyecto Alternativo de Nación, y desatar la participación ciudadana para obtener el triunfo. Se refirió indirectamente a sus adversarios del PAN,

criticando la obsesión por mantener la continuidad política, de seguir por el mismo camino, y caricaturizó la frase del presidente Fox en su promoción ilegal para orientar el voto hacia el PAN: “cambiar de jinete pero no de caballo”. El país no es un comité empresarial, dijo, es el objetivo de una política por el interés del pueblo: reactivar la economía, progreso con justicia, política exterior, seguridad y gobernabilidad.

LAS PLAZAS REFLEJAN LA DIMENSIÓN CULTURAL DE LA POLÍTICA

Ahora bien, ¿por qué analizar las concentraciones políticas? Vale la pena replantear la pregunta, ¿las plazas votan? ¿Los cierres de campaña predicen los resultados electorales? El Zócalo de AMLO concentró a más de 300 mil personas. El Estadio de Felipe Calderón juntó a más de 110 mil. El cierre de Roberto Madrazo realizado en Veracruz llevó a 80 mil simpatizantes, poco después del acto regional en el DF con una asistencia apenas de 15 mil. Si las plazas votaran, AMLO hubiese ganado las elecciones por más del doble. Más aún e independientemente de la impugnación del proceso electoral presidencial que impulsó AMLO, por considerar que hubo fraude en el conteo de los votos, y según la dictaminación final del Tribunal Federal Electoral, Felipe Calderón obtuvo 14 millones 916 mil 927 votos, el 36.69% con los que ganó la elección. Y AMLO alcanzó 14 millones 683 mil 096 votos, el 36.11%. Mientras que Roberto Madrazo obtuvo un poco más de 9 millones, el 22.72%. La diferencia entre AMLO y Felipe Calderón fue de apenas 233 mil 931 votos, 0.58%. Aunque el número de votos anulados fue de un poco más de 900 mil, como puede observarse en el cuadro 4.2.

Un análisis técnico del conteo, según la Coalición por el Bien de Todos y otros especialistas, indicaban que se había hecho “un fraude cibernético”, y por esa razón la exigencia solicitada al Trife era ni más ni menos que el recuento voto por voto, y casilla por casilla, para dar certidumbre a la elección.

Los magistrados no aceptaron la demanda por falta de pruebas. Surgió entonces un enorme movimiento pos-electoral que llevó a la conformación de la llamada Convención Nacional Democrática (CND). Cientos de miles de ciudadanos, concentrados en calles y plazas desconocieron al presidente electo Felipe Calderón, y designaron por ovación a Andrés Manuel López Obrador como presidente en resistencia. No es el objetivo de este trabajo explicar el movimiento pos electoral, por lo que no me detendré en ello. Sugiero conocer la dinámica poselectoral de 2006 (Tamayo, 2016). Lo importante aquí, para los objetivos de este libro es reconocer la importancia de conectar procesos sociales, que se articulan y encadenan históricamente, cuando episodios tanto institucionales como transgresivos se asocian para explicar situaciones de crisis y formas simbólicas de la protesta (*cf.* McAdam, Tarrow y Tilly, 2001).

Las plazas, por lo tanto, no predicen cuantitativamente nada, pero sí explican en mucho el sentido de las acciones políticas y electorales de los actores y ciudadanos, sobre todo si las enlazamos con el contexto socio-político. Miremos algunos incidentes. Desde el principio de la campaña, las simpatías electorales estaban muy divididas entre los dos principales contendientes. Si comparamos las Gráficas 4.1 y 4.2 que muestran los resultados de las encuestas realizadas, y sólo para ejemplificar, de los diarios *Reforma* y *El Universal*, observamos que son muy similares. AMLO llevaba una ligera ventaja al principio. A pesar de que ni los medios ni la lucha fratricida entre los equipos partidarios percibieron la cercanía entre los porcentajes, lo cierto fue que la diferencia no era tan grande, por el margen de error natural de las encuestas. En realidad la distancia se hacía mínima, al grado que podríamos establecer un empate técnico desde el principio. Y a pesar de los vaivenes en el proceso, la tendencia siguió así hasta el final.¹¹

¹¹ Esta reflexión fue expuesta inicialmente por Jorge Buendía, consultor de estudios de opinión, y Leticia Juárez, investigadora y analista política, en

Aun cuando hemos dicho que a nivel nacional las concentraciones no reflejan fidedignamente los resultados del conteo, podríamos decir que las plazas sí predijeron los resultados a nivel regional. No cabe duda que AMLO fue contundente en el DF. Y el PRD ganó por tercera ocasión, como en 1997 y 2000,¹² pero con la mayor votación en su historia la sede política más importante del país. Ahora en 2006, el candidato por la Coalición en la ciudad de México, Marcelo Ebrad, un ex priista, obtuvo una mayoría contundente con casi 2.22 millones de votos, el 46.37% del total de la votación en el DF. Su seguidor más cercano fue el ex priista y después ex perredista Demetrio Sodi, ahora candidato por el PAN, quien obtuvo apenas un poco más de 1.3 millones, el 27.26%, pero que contendió fuertemente con la priista Beatriz Paredes, la que obtuvo un poco más de 1 millón de votos, lo que sumó para su causa el 21.59% (véase cuadro 4.3).

La evidencia cuantitativa y la forma en que se dieron las concentraciones electorales, podíamos dudar, en efecto, del triunfo de Felipe Calderón, pero también podríamos verificar la cerrada competencia, e incluso la posibilidad de que él haya sido el ganador. Lo que sí muestra este episodio de conflicto, es la consolidación de la alternativa conservadora en México, sobre un tercio del electorado, no únicamente en los sectores medios del norte de la República, sino en algunos sectores de campesinos. Ejemplifica también las resonancias históricas de esa derecha. Recordemos que en el análisis de los resultados electorales de 1997 y 2000 se señala como una marca importante el crecimiento del voto urbano y clasemediero en el PAN,

el Seminario versión Primavera del Café Debate de Cultura Política “De campañas y utopías electorales”, organizado por el Grupo de Análisis Político del Departamento de Sociología de la UAM Azcapotzalco, marzo-junio 2006; lo que puede constatarse con estas gráficas.

¹² Para un análisis etnográfico de los cierres de campaña en esos años, véanse los capítulos 8 y 11 del libro *Espacios Ciudadanos, la cultura política de la ciudad de México*, en Tamayo, S. (2002).

y del voto rural y popular del PRI (cf. Palma, 2004; Gómez Tagle, 1992). Habría que preguntarse la manera como el PAN fue forjando una base popular y campesina, en el transcurso de los seis años que duró la primera administración del cambio y la alternancia. José Reveles (2006) señala, con testimonios y evidencias, esta correspondencia alcanzada PAN-campesinos, que indudablemente le quitó votos al PRI, aunque estaba también dirigida a minar las simpatías de AMLO. Fue una política diseñada expresamente desde la Secretaría de Desarrollo Social, cuando a la cabeza de esta dependencia estaba Josefina Vázquez Mota, quien fuese después la coordinadora de campaña del panista. La estrategia incluyó al menos tres objetivos: desviar recursos oficiales para zonas y grupos vulnerables perfectamente identificables y cooptables a los intereses partidarios; realizar una agresiva campaña de cooptación de cuadros partidistas medios; y aplicar una política de clientelismo y corporativismo, con la formación de organizaciones blancas.

Todo empezó con una auto-evaluación realizada por los panistas que llegó a la conclusión de que al partido le faltaba una mejor infraestructura electoral, debido a su propia tradición histórica de formar una organización política de cuadros, sin influencia en los sectores sociales. Estaban, así decían, en contra del corporativismo. Ahora, decidieron “sumar liderazgos locales al PAN”, y apoyarse en los “beneficiarios de los logros de los programas del presidente Fox”, el de *Oportunidades* principalmente, y enfrentar así los efectos negativos que generaban “las divisiones locales y la desconfianza de miembros de otros partidos (lo que) hacen que este esfuerzo sea lento” (Reveles 2006: 80-81). Sobre la construcción de organizaciones campesinas que les permitiera, a los panistas, capitalizar políticamente la alternancia, contrataron, al menos, a un exmilitante priista sonoreense de nombre Montes Cuén. La historia de este líder con el panismo es reveladora. De su propia narración se destaca:

Ni las más remota idea tenían los panistas, cuando llegaron al poder, de cómo operaban las organizaciones campesinas y de cómo ellas lograban tener acceso a recursos del gobierno[...]. Fue cuando los diputados federales de Acción Nacional tuvieron conciencia plena de que no contaban con vasos comunicantes ni con estructuras receptáculo para esas millonarias entregas de dinero que este gobierno, tan crítico del populismo (sic), ha derrochado con singular entusiasmo para suplir con dádivas populistas la falta de soluciones de fondo a problemas ancestrales.¹³

Lo anterior permite explicar en parte la mayor participación de sectores populares y comunidades de otros estados de la República, en el acto del PAN.

COROLARIO

Las concentraciones electorales en México, al menos las realizadas en el siglo XXI, han mostrado un grado de confrontación política y de expresión de una cultura ciudadana que complejizan, por decir lo menos, la perspectiva dominante sobre la crisis de la política y la cultura política. Si bien el término de crisis se ha aplicado a procesos de reajuste de los gobiernos de nuevas poliarquías, la idea que aquí esbozamos es la de una fase que involucra el impacto de distintos mecanismos tanto institucionales como extra-institucionales.

McAdam, Tarrow y Tilly (2001) consideran que la confrontación política tiene dos variantes, una que es la contenida en marcos institucionales (por ejemplo, los procesos electorales y la lucha en el parlamento) y otra que es definida por el término de transgresión, es decir, la contienda no institucional (por ejemplo, movimientos sociales, ola de huelgas, revoluciones, o procesos de democratización). Sin intentar diferenciarme totalmente de esta perspectiva, a la que me he sumado con la

¹³ Entrevista a Montes Cué, citado en el prólogo de Lorenzo Meyer al libro de Reveles (2006:14).

idea expuesta de *Espacios de ciudadanía*, y *Repertorios de Protesta* (Tamayo 2010, 2016) considero que estos episodios de lucha y construcción de ciudadanía combinan ambas esferas, como lo podemos apreciar en el caso específico de la contienda electoral del 2006.

En particular, las concentraciones electorales, como los cierres de campaña, expresaron la existencia de proyectos de ciudadanía o proyectos de nación alternativos, y además contrapuestos entre sí. Pero tales proyectos no fueron inventados o surgidos por la idea típica del líder o de un grupo de iluminados. Fueron proyectos con historia y una experiencia de lucha y organización social. Las campañas electorales en México fueron la síntesis de la disputa por la nación. De ahí que este capítulo, que ha descrito las formas en que se expresó la cultura política o ciudadana en estos actos caracterizó así mismo el contenido de tales proyectos, las prácticas que se asociaron a ellos, y las creencias e ideologías de los grupos que se identificaron entre sí y se distinguieron de los otros. Diría como resultado de este estudio, que fue posible observar en estos episodios de lucha tanto la variante “contenida” o institucional, que movilizó recursos establecidos, como la variante “transgresora” o lucha política episódica y pública, que involucró organizaciones informales y utilizó las elecciones como un medio de confrontación política y no sólo como un fin en sí misma. Se construyó pues un espacio de ciudadanía y contribuyó a la construcción de una nueva subjetividad política.

El análisis etnográfico de las concentraciones electorales nos dice mucho de la cultura política institucional, pero también de la manera como se originaron las prácticas e ideas de los ciudadanos, que se acuerparon a las ideologías partidarias y a los proyectos de nación. No basta pues con la perspectiva homogeneizadora de cultura política ligada a lo institucional, al régimen y a la estabilidad o inestabilidad del sistema, excluyendo las subculturas, la diversidad y el conflicto interno. Así se construye un cambio en la conciencia de la ciudadanía.

El análisis comparativo intercultural de las tres concentraciones políticas, y su ubicación en el análisis longitudinal 2000-2018, exhiben similitudes entre sí, lo que confirma la continuidad del corporativismo, clientelismo, populismo de izquierda y derecha, control social, segregación política, social y cultural entre los VIP y las multitudes, el formato del discurso y la relación del líder con la masa.

Pero lo importante para comprender el proceso y el cambio es poner atención a los contenidos de estas formas sociales. Este capítulo que se centró en la experiencia de 2006, describió: las diferencias entre el corporativismo y el clientelismo del PAN, PRI y PRD; la manera en que se expresó el populismo y cuál fue la diferencia de esta idea y práctica desde la izquierda o la derecha; la representación del control social, burocratizado en el PRI, privatizado en el PAN, corporativizado en el PRD; la segregación social en el PAN, entre empresarios y trabajadores, o en el PRD entre élites y masas, o en el PRI entre burocracias y trabajadores. Todo ello, así nos parece, hizo la diferencia entre, por ejemplo, el argumento religioso en los partidarios de AMLO y el uso organizacional de la religión en el acto de Calderón; entre el corporativismo del PRD, ligado a experiencias históricas de los movimientos sociales, y el neo-corporativismo del PAN, ansioso por mantener el poder, que llegó a realizar un gran fraude para lograrlo. Eso hizo la diferencia entre la Democracia con mayúscula, entendida como un concepto hegemónico, y las democracias con minúsculas, definidas por los propios actores.

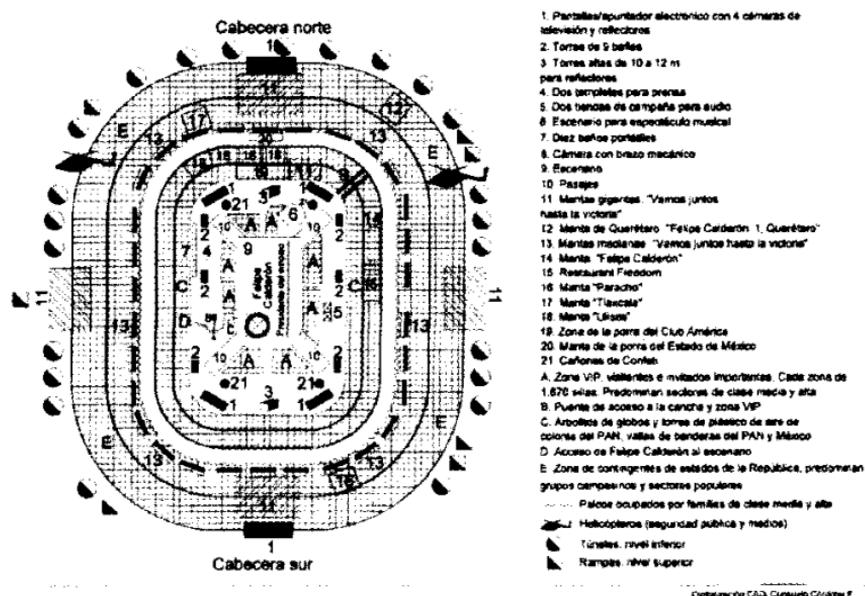
El espacio político, como campo de conflicto y poder, en esta revisión fue un concepto fundamental. El espacio fue simbólico y material, social y político. Estas cualidades se entrelazaron, se imaginaron de manera diferente, y al mismo tiempo la gente actuó sobre y en relación con el espacio que por eso se hizo relacional. Fue pues un espacio ciudadano, que no se formó por cierto a partir de la visión idílica del ciudadano deliberando, sino por una realidad más dramática del imaginario colectivo. Ese espacio fue uno de participación, pero de diferente mane-

ra, porque la gente participó por conciencia y se conflictuó con el otro, y fue capaz de violentarse y confrontarse con alguien aparentemente igual, en términos de clase, de etnia y de género, por ideales, por conciencia y por ideología.

Lo anterior permite comprender mejor por qué alguien de la misma clase puede simpatizar con partidos de distinta ideología. Los mecanismos y los procesos que explican esta formación contradictoria de la conciencia están contenidos en la cultura, y de ahí la cultura política. Ese es el espacio ciudadano al que me refiero, determinado culturalmente. Es contradictorio y dramático, impuro, híbrido y turbio, que describe la cultura a veces como dominio, como una gran losa que pesa sobre nuestros hombros, a veces como práctica liberadora, y a veces como crisis. Esa cultura es la que sostiene bajo sus hombros el proceso de construcción de nuevas subjetividades políticas.

ANEXOS CAPITULARES

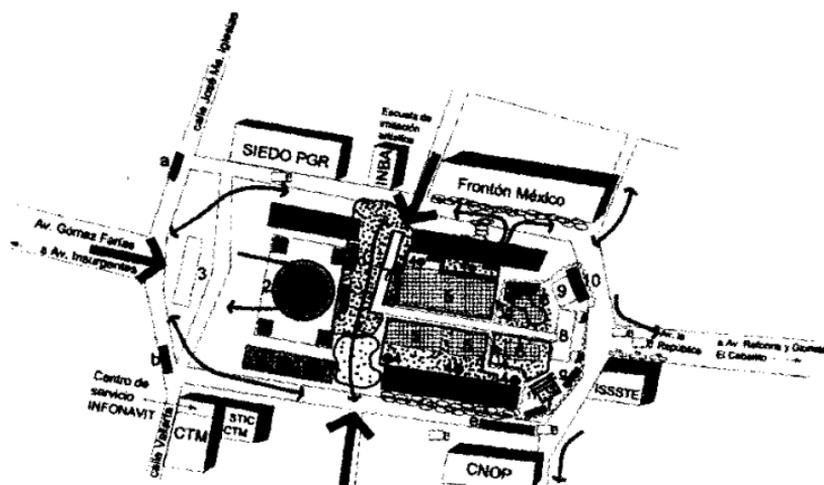
Mapa 4.1 Apropiación electoral del Estadio Azteca, en el acto del PAN



Fuente: Elaboración propia de la información recabada en los trabajos de campo del VI Taller de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-Azcapotzalco.

Mapa 4.2 Apropriación electoral de la Plaza de la República en el acto del PRI

Cierre regional de campaña del PRI en la Plaza de la República, Ciudad de México, junio de 2006

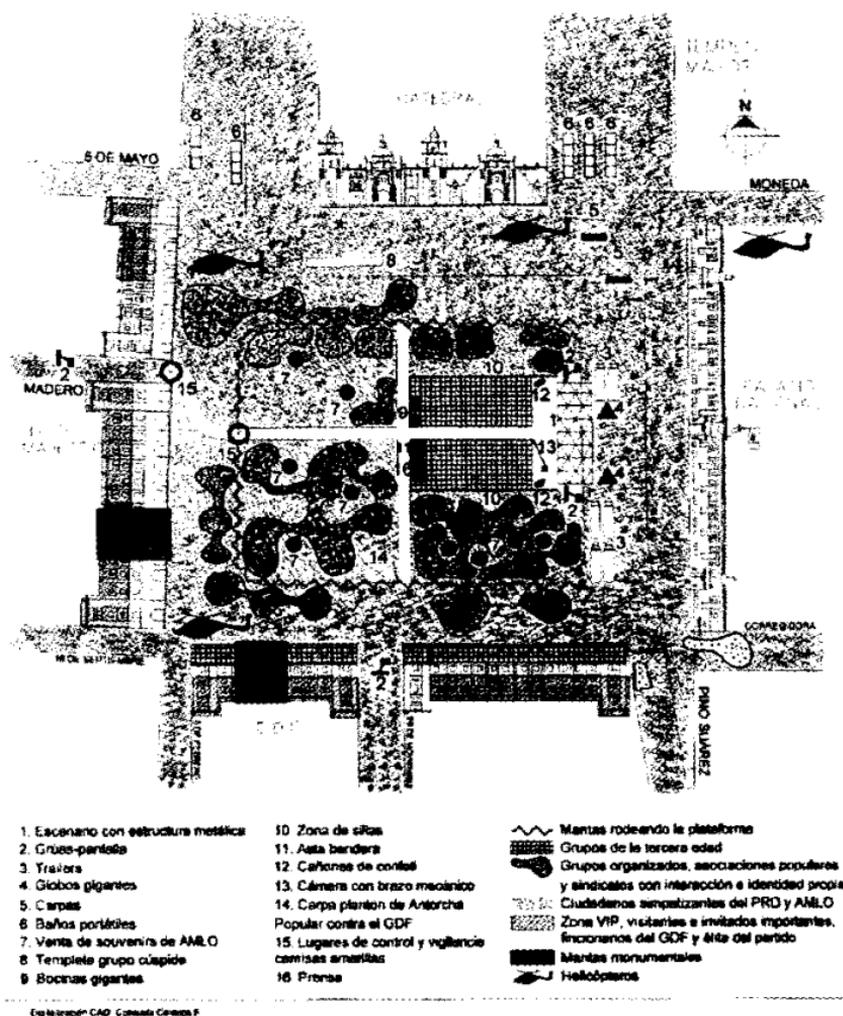


- | | | |
|---|--|--|
| 1. Jardines | → Accesos a la plaza | Sindicatos, en las gradas petroleros |
| 2. Monumento a la Revolución | → Flujos peatonales | Antorcha Campesina |
| 3. Ferrocarril-escultura | → Valla metálica | Partido Verde Ecologista de México |
| 4. Esculturas | → Globos gigantes | Contingente de sectores populares del Estado de México, predominio de Ecatepec |
| 5. Zona de Público con sillas | → Camiones y microbuses | Contingentes del D.F., predominio de Coyoacán y Gustavo A. Madero |
| 6. Zona VIP, visitantes e invitados importantes | → Patrullas | Grupos de sectores populares en espera |
| 7. Andador alto para el candidato | a. Manta en contra de la candidatura al D.F., Beatriz Paredes | |
| 8. Tempete | b. Manta de la CNC | |
| 9. Escenario para grupos musicales | c. Manta de Antorcha Campesina | |
| 10. Pantalla | d. Manta de la fracción campesina escindida de Alternativa Socialdemócrata | |
| 11. Gradas ocupadas por trabajadores petroleros | e. Manta monumental sobre el edificio de la CNOP | |
| 12. Prensa | f, g, h. Mantas de organizaciones populares | |

Digitización CAD: Consuelo Córdoba F.

Fuente: Elaboración propia de la información recabada en los trabajos de campo del VI Taller de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-Azcapotzalco.

Mapa 4.3 Apropriación electoral del Zócalo en el acto del PRD



Fuente: Elaboración propia de la información recabada en los trabajos de campo del VI Taller de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-Azcapotzalco.

Cuadro 4.1 Comparación de enunciados en el discurso de Felipe Calderón

Opción del PAN	Adversario: PRD
Opción de inversión y empleo	Opción que significa devaluación y crisis. Es el PRD (aplausos)
	Odio, calumnia, estafadores. Esa película de terror ya lo vimos.
	Ya hubo otros López: José López Portillo. Ellos devaluaron (AMLO representa la continuidad del pasado)
	No permitamos que se repita esa historia del pasado!!!!!!! (bravos)
	¿Quieren otras crisis, devaluación y miseria? (!!!!!!!!!!!!!!!no!!!!!!!!!!!!!!!, clama la gente)
Por supuesto que no. La opción es de Acción Nacional (segunda vez que se habla del PAN en ese mitin). Opción de empleos Gobierno responsable Con economía y justicia (Bravos)	
Hay dos proyectos:	
Uno democrático	Otro autoritario
De unidad	De odio y división
Con la Ley	Contra la ley, que se desprecia
Concordia y Pacificos	Violentos
Estabilidad	Crisis
Empleo	Deuda
México y mexicanos	(se supone, no mexicanos)

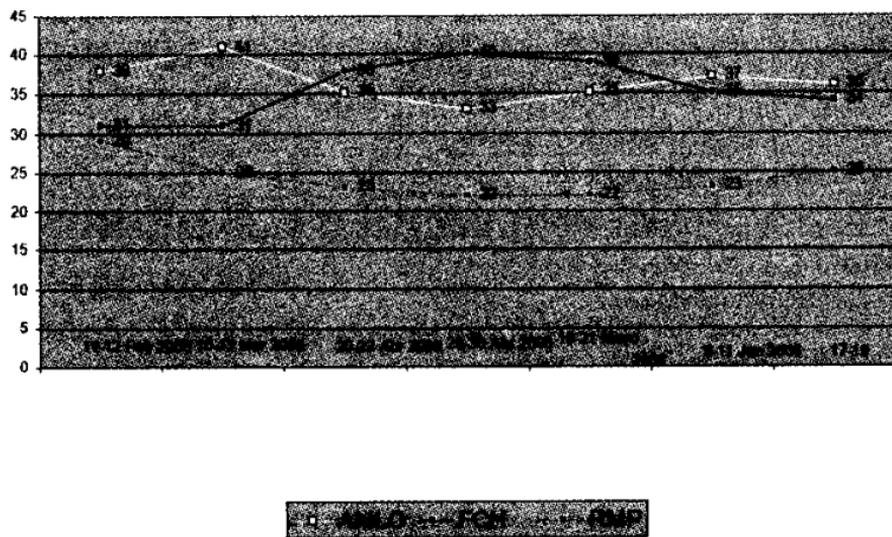
Cuadro 4.2 Resultados de la elección presidencial de 2006 por partido o alianza política, según datos del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación

						Candi- datos no regis- trados	Votos válidos	Votos nulos	Vota- ción total
Total	14 916 927	9 237 000	14 683 096	397 550	1 124 280	298 204	40 657 057	900 373	900 373
100.00%	36.69%	22.72%	36.11%	0.98%	2.77%	0.73%			

PAN:	Felipe Calderón Hinojosa
Alianza por México (PRI y PVEM):	Roberto Madrazo Pintado
Coalición por el Bien de Todos (PRD, Convergencia, PT):	Andrés Manuel López Obrador
Partido Nueva Alianza:	Roberto Campa Ciprián
Partido Alternativa Socialdemócrata y Campesina:	Patricia Mercado

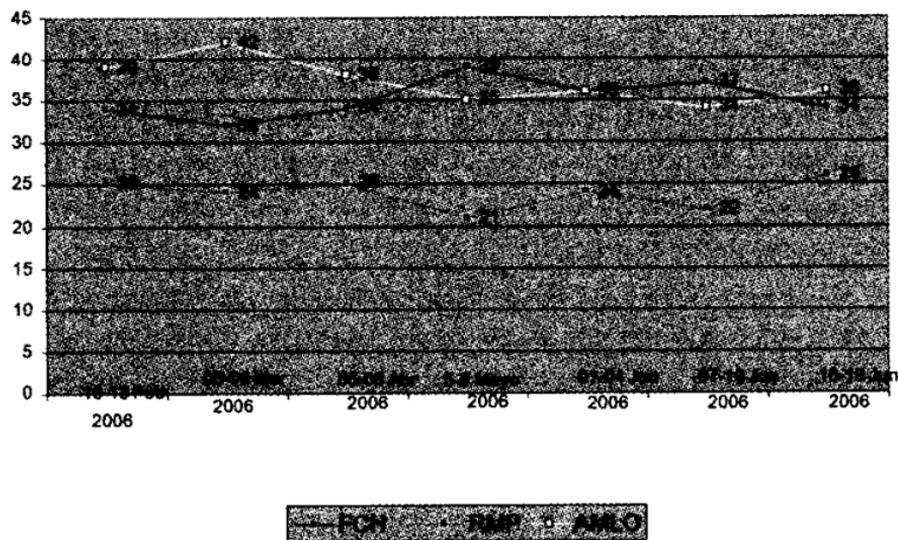
Fuente: Elaboración propia con datos del IFE y Trife.

Gráfica 4.1. Encuesta longitudinal del diario *Reforma*



Fuente: *Reforma* (s.f.). Encuesta longitudinal.

Gráfica 4.2 Encuesta longitudinal del diario *El Universal*



Fuente: *El Universal* (s.f.). Encuesta longitudinal.

Cuadro 4.3. Resultado de la elección del 2006 para Jefe de Gobierno en el DF, por coalición y partido político

Votación total	PAN(a)	Unidos por la ciudad (b)	Coalición por el bien de todos (c)	Nueva Alianza	Alternativa Socialdemócrata y Campesina	Votos nulos
4 777 204	1 302 097	1 031 334	2 215 147	109 133	50 482	69 011
	27.26	21.59	46.37	2.28	1.06	1.44

Notas:

a) Partido Acción Nacional

b) Coalición integrada por el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el Partido Verde Ecologista de México (PVEM)

c) Coalición integrada por el Partido de la Revolución Democrática (PRD), Convergencia y el Partido del Trabajo (PT).

Fuente: DEOyGE con base en los resultados asentados en las 40 actas de cómputo distrital de la elección de Jefe de Gobierno del 2 de julio de 2006. DEOyGE (s.f.). Resultado de la elección del 2006 para Jefe de Gobierno en el DF, por coalición y partido político.

Capítulo 5. La lucha por la hegemonía

(En colaboración con Azucena Granados Moctezuma)

PRELUDIO

Los acordes que anunciaron el memorable ritmo de “No te metas con mí cu cu...” sirvieron de entrada triunfal a un contingente oaxaqueño muy bailador, que llegó gritando: “Se ve, se siente, Josefina presidente”. Al mismo tiempo subió al templete en forma de la santa cruz, un conductor de eventos, el prototipo clásico de un animador de programa de concursos de televisión: joven, dinámico, corriendo atléticamente por todo el escenario, estableciendo constantemente como recurso de excitación el típico juego de la guerra entre los sexos: “¡Arriba las mujeres!”, “¿quién grita más: los hombres o las mujeres?!””, “¿quiénes son más fieles?!””, “¿quiénes llevan los pantalones en la casa?!”. Esto pasaba en el corazón panista de la colonia Del Valle de la CDMX, en la Plaza de Toros México.¹

Mientras, en el monumental Estadio Azteca, se oía de repente: “¡Enri-que bombón, te-quiero-en-mi-colchón!”, que repe-

¹ Fuente: Guadalupe Olivier Téllez, etnografía, en Base de datos IX Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-Azcapotzalco, junio-julio de 2012.

tía eufórico un gran contingente de mujeres que salía como atropellándose entre miles de autobuses varados en el gran estacionamiento del coso deportivo, vestido con camisetas rojas y gorras verdes, al tiempo que agitaban pancartas con la foto del candidato en una imagen de telenovela barata producida por la empresa Televisa que le financió la campaña. “¡Enrique amigo, mi vieja quiere contigo!”, así coreaba socarronamente el contingente de hombres que salía entre mujeres y niñas y se apretujaban entre sí como temiendo perderse en el maremágnum de gente, que se apostaba en el enorme estacionamiento de autobuses a las afueras del Estadio Azteca, listas para entrar desde temprano.

Dos días después, en el Zócalo de la ciudad de México, sucedía una plática:

—Profesor Armando Bartra, ¿cree que sirva de algo el cierre de campaña de AMLO?

—Sí. Sí sirve de algo. El hecho de demostrar que somos muchos y que estarnos aquí, eso ayuda, da ánimos; creo que tal cosa preocupa a las televisoras, a los que gobiernan; pero yo digo que más allá de que sirva para algo, también es válido en sí mismo, no es sólo la utilidad que pueda tener. Si salir y estar en la calle, estar juntos, estar gritando, estar brincando, no tuviera otro sentido más que salir a la calle, estar juntos y estar brincando, eso ya sería bueno, pero no es sólo el sentido de que ayude a ganar elecciones, sino el hecho que es en sí mismo un acto de convivencia, un acto de solidaridad, un acto de alegría; eso es lo que creo que vale la pena.²

Éstas son tres breves viñetas culturales que destacaron en la realización de los tres cierres de campaña electoral en la ciudad de México, y representan de alguna manera tres sentidos distintos en la disputa por la nación, en la lucha por la hegemonía.

² Entrevista de Antonio P. al intelectual Armando Bartra el 27 de junio de 2012, en el cierre de campaña de AMLO. IX Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-Azcapotzalco.

El primer evento organizado por el Partido Acción Nacional (PAN) el sábado 23 de junio en la Plaza de Toros México. El segundo por la coalición Compromiso por México, una alianza entre el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el Partido Verde Ecologista de México (PVEM), el domingo 24 de junio. Finalmente, el tercer evento fue promocionado por el Movimiento Progresista, alianza entre el Partido de la Revolución Democrática (PRD), el Partido del Trabajo (PT), el Partido Movimiento Ciudadano (MC) y el Movimiento de Regeneración Nacional (Morena), el miércoles 27 de junio, apenas cuatro días antes de la elección presidencial en México de 2012.

Como hemos subrayado en este libro, “los cierres” son recursos de la movilización social y resultado de una campaña política planeada y organizada. Pero, más allá de ser un simple requerimiento funcional de una campaña electoral, predefinida como si fuese un espacio de deliberación y competencia escrupulosa por la representación y la autoridad de la nación, para nosotros refleja un espacio de conflicto y de disputa por el poder. Por eso son referentes empíricos de las formas en que se construye la subjetividad política de amplias masas, organizadas políticamente. Y en ese proceso se produce una conciencia ciudadana distintiva.

En las elecciones, más que en cualquier otro campo político, se evidencia con claridad la existencia de proyectos desiguales que apuestan todo por tener el control del país. Esos proyectos, como lo vimos en el capítulo uno, no son argumentos políticos y jurídicos de formas institucionales de hacer política o de instrumentalización de la gobernanza. O no únicamente. Los proyectos son visiones del mundo y de país, sustentados en ideologías y prácticas político-culturales de grupos dominantes, encajados en formas distintivas de la cultura popular. Se convierten en paradigmas contra, anti o alterhegemónicos, para seguir la discusión de Rafael Rea (2020) con respecto a Laclau y Mouffe. En este sentido, partimos del supuesto de que en México en 2012 se evidenciaron cuatro proyectos de ciu-

ciudadanía (o de nación) representados así: un primer proyecto de liberalismo social y autoritario constituido por el PRI; un segundo más conservador de derecha representado por el PAN; estos dos proyectos (del PRI y el PAN) frecuentemente alinean sus marcos de referencia para formar un bloque hegemónico; un tercer proyecto representado por el Movimiento Progresista de centro-izquierda; y uno más, aún en el contexto de su débil fuerza social, por el EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional). Los tres primeros (de tres fuerzas políticas fundamentales para entonces) son los objetos de estudio de este libro.

Los proyectos de ciudadanía establecen una filosofía general que contiene diversas dimensiones políticas referidas a una concepción particular del Estado-nación, del papel de la sociedad civil en su relación con el Estado; de la concepción y ejercicio de los derechos ciudadanos; y de las formas institucionales e informales de la participación política y social. Pero no únicamente, se restringen estos proyectos a la definición de esta amplia filosofía general. Más aún, las dimensiones políticas se entrelazan con formas culturales asociadas a nociones religiosas, influencias mediáticas, consumos culturales, formaciones educacionales, prácticas e interacciones sociales (Bourdieu, en Wacquant 2002).

Para nosotros los cierres de campaña proyectan la compleja articulación entre filosofía (proyecto de ciudadanía) y cultura popular (interacciones y significados). Pueden entonces explicar la manera paradójica en que se construye y alcanza la hegemonía (contra y alterhegemonía, *cf.* Rea, 2020), no como un poder cosificado, sino como un proceso político-cultural que permite a ciertos grupos alcanzar el papel cultural dominante en las relaciones de poder. Pero además, y eso es lo que queremos demostrar aquí, construye un tipo de subjetividad política a través de alinear el sentido de ese proyecto con los imaginarios de amplios sectores de la población. Los proyectos insistimos, no son producto de iluminados, sino resultado

de la lucha social, y es un catalizador de la conciencia de amplios sectores.

Analíticamente los tres cierres configuran un espacio de disputa de ciudadanía (Tamayo, 2010). Lo interesante ahora es conocer estos tres proyectos delimitados no únicamente a través de la retórica oficial de los discursos de las élites partidarias e institucionales, sino a través de las prácticas culturales en que se reflejan y se confrontan los asistentes y públicos que son al mismo tiempo protagonistas, antagonistas y audiencias (Hunt, Snow y Benford, 2006). Por este efecto, el de comprender la dinámica cultural de la política electoral y las formas simbólicas de la lucha por el poder, es fundamental enfatizar, trazando metodológicamente, las formas de apropiación social y simbólica del espacio público, físico y metafórico; esto es, ponderarlas como un lugar de interacción e identidad, pero también como un campo de deliberación y confrontación política.

Se trata con esta exposición no sólo de recrear los proyectos de ciudadanía, sino sobre todo las formas simbólicas en que estos proyectos se confrontan entre sí por medio de formas de apropiación del espacio público. El capítulo está estructurado en cinco partes. En la primera, queremos enmarcar la teoría a partir de la cual reflexionamos sobre el proceso de construcción de un proyecto de ciudadanía que se confronta con otros en la lucha por la hegemonía política y cultural. Destacamos los referentes de universalidad y particularidad de dicho proyecto. La universalidad se explica aquí como aquella arquitectura que se constituye en utopía absoluta así pensada colectivamente, si bien imposible de lograr históricamente. Su inasequibilidad se explica porque dicha construcción utópica resulta inevitablemente de particularidades múltiples. Las experiencias particularistas e identitarias son aquellas de grupos y sectores de clase, segmentados en la sociedad, que se confrontan entre sí para intentar abarcar el sentido de totalidad del proyecto político. Retomamos para ello la perspectiva posestructuralista de Ernesto Laclau, que pone en correspondencia dialéctica estos

dos campos de tensión. No obstante, este fenómeno, aunque denota las dificultades de producir una revolución de las conciencias, como fue el tratamiento de AMLO en 2018, sí marca una trayectoria que a la vez que constituye la construcción de nuevas subjetividades políticas, las enraiza en la historia de la lucha social, desde los particularismos de las resistencias y las protestas. El vínculo entre movimientos y partidos, entre la participación transgresiva y la contención institucional, es el vehículo que permite explicar el progreso de la conciencia popular. La trayectoria no es simplemente resultado de la lucha social, sino de una lucha encarnizada por la hegemonía.

En la segunda parte abordamos los aspectos teórico-analíticos de las formas políticas del espacio de ciudadanía, reasumiendo la visión etnográfica y comparativa de los trabajos de Alain Dewerpe (2006) y Charles Tilly (2006, 2008). En la tercera parte abordaremos el contexto en que surgió y se desarrolló por medio de resonancias sucesivas el movimiento social y político más importante de este periodo, el de AMLO, sintetizado en el movimiento de regeneración nacional, antes de convertirse en partido político. La cuarta y quinta partes de este capítulo se insertan en la observación comparativa de los tres cierres de campaña electoral, haciendo emerger el entramado de las principales dimensiones analíticas discutidas en los primeros apartados.

LA DISPUTA DE PROYECTOS DE CIUDADANÍA COMO LUCHA POR LA HEGEMONÍA

La hegemonía es la obtención del consenso y la unidad social a través de la generalización de la cultura dominante. Es la interiorización colectiva de una determinada concepción del mundo, así como de normas de conducta que alcanzan el predominio en la sociedad. Podemos decir que cuando AMLO y su 4T alcanzada en 2018, seis años después de este episodio,

cuando aludía a la revolución de las conciencias, en realidad se refería al triunfo de un tipo de hegemonía anti-institucionalizada diferente a la hegemonía neoliberal imperante por más de 30 años. Lo que debemos resaltar aquí es el hecho de que la conexión entre las concepciones del mundo dominante y el sentido común, como cultura popular, se da a través de la política, de la forma en que se toman o imponen las decisiones en la comunidad. La política es así resultado del ejercicio y distribución desigual del poder, es decir, de las formas de dominación de un determinado bloque histórico.

Las elecciones son un medio de desplegar y asegurar la hegemonía. Pero también es el momento, uno entre varios, de ejercer la lucha por la hegemonía (anti, contra o alter), debilitar la existente por el bloque histórico fundamental, aunque necesariamente coyuntural y atribuir un proyecto hegemónico distinto. La primera acción de los grupos sociales que pretenden la hegemonía política es definir su propia filosofía y combatir el sentido común prevaleciente en la cultura popular. Se trata de construir como hegemonía un proyecto propio de ciudadanía (Portelli, 1992).

Por lo tanto, la hegemonía será aquí la definición y apropiación dominante de un discurso o proyecto de ciudadanía particular. Para efectos de este trabajo definimos un proyecto de ciudadanía como una forma de disputar a la nación. Dicha contienda se desenvuelve al confrontar distintas concepciones del Estado, del papel de la sociedad civil, de la reivindicación y ejercicio de los derechos ciudadanos y las distintas formas de participación (Tamayo, 2010). Asumimos así la noción de proyecto ciudadano como ese “conjunto de creencias, intereses, concepciones del mundo y representaciones de lo que debe ser la vida en sociedad, los cuales orientan la acción política de los diferentes sujetos” (Dagnino, Olvera y Panfichi, 2010: 43). Como vimos en el capítulo uno, se ajusta íntegramente a la idea gramsciana de hegemonía.

De este modo, un sujeto social, para serlo, debe contar con un proyecto definido, que se enfrenta a otros para conquistar la hegemonía o transformarla. El proyecto refleja y es resultado del nacimiento y consolidación de ese sujeto, debido a que enfatiza su intencionalidad política, reafirma al sujeto que lo propone, y establece relaciones conflictivas y disputa con otros sujetos. El proyecto de ciudadanía genera así un vínculo poderoso entre cultura y política, direcciona prácticas y significados sobre la sociedad y sobre las estrategias a seguir para alcanzar la utopía de progreso o de transformación. El proyecto se convierte en una concepción de ciudadanía y de sociedad que se construye colectivamente, con referencia a la experiencia histórica y a la situación o drama social del presente, para proyectar un futuro promisorio como una utopía. He aquí el vínculo indisoluble que planteamos entre la construcción del proyecto y las resonancias históricas. En síntesis, la definición de los proyectos societarios o de ciudadanía, como lo plantea Paulo Netto (*ibid.*: 45) son aquellos que presentan una imagen y un imaginario de la ciudadanía que se piensa y quiere construir, que reclaman determinados valores y facultades para justificarla y que privilegian ciertos medios y recursos para concretizarla. En las elecciones mexicanas de 2012 se enfrentaron tres proyectos que aspiraban a la hegemonía política, forjados por bloques de fuerzas sociales representativas de distintos sectores de la sociedad mexicana. Fueron proyectos que se venían decantando, por lo menos desde el año 2000 y resonaron históricamente en el fin de la transición política hacia 2018, ante el nuevo cambio del régimen, como veremos más adelante.

Sin embargo, aún en 2012, estos proyectos de ciudadanía, a diferencia de lo que algunas teorías estructuralistas explican sobre la hegemonía como un poder objetivado, estático y determinado, no se impusieron o deslizaron verticalmente de arriba a abajo ni de manera natural. La construcción y anclaje de estos proyectos en distintos sectores particulares se habrían estado dando a través de complejas mediaciones cul-

turales. Entendemos a estas intermediaciones en el sentido en que Stuart Hall concibe los constituyentes de la hegemonía; es decir, cualquier proyecto que sea capaz de operar en forma hegemónica “debe necesariamente entrelazar modos de pensar, medios de comunicación, cultura, lengua, filosofía, economía, cultura popular, iglesia, etcétera” (Hall y Mellino 2007: 59). Un campo de complejidad cultural. En esta misma lógica, cualquier proyecto que luche por la hegemonía debe entrelazar estas distintivas formas simbólicas de hacer política.

Importa en esta perspectiva destacar que la lucha por colocar el proyecto de ciudadanía como hegemónico, implicará un proceso que ponga en juego medios de articulación entre la nueva filosofía como la nueva concepción del mundo, y el sentido común como cultura popular (Portelli, 1992). Pero, desde aquí, en la argumentación de Ernesto Laclau (2003), es necesario construir un campo de universalidad que pueda orientar hacia la emancipación universal requerida, aunque ésta indefectiblemente surja de la sociedad fragmentada y diferenciada en particularidades múltiples. En situaciones históricas específicas, como la contienda electoral, esta dicotomía entre universalismo y particularismo se refleja con gran nitidez.

Nos interesa, en consecuencia, destacar de las reflexiones de Laclau aquellas que enfatizan el análisis formal de la lucha por la hegemonía, la cual pretendemos operacionalizar para realizar una sociología de la confrontación, a través de identificar los proyectos de ciudadanía en disputa en las elecciones mexicanas de 2012. Parte de las preguntas centrales de Laclau giran en torno a la existencia de una pluralidad de actores que obligan a pensar en una correspondiente diversidad de reclamos sociales. La sociedad no es el efecto de agentes sociales homogéneos, tampoco es la unidad el requisito de su transformación, sino la negociación persistente entre esa pluralidad de actores y experiencias. Este contraste lo explica Laclau así:

Las teorías clásicas de la emancipación postularon la homogeneidad última de los agentes sociales que debían emanciparse -en

el marxismo, por ejemplo, la condición para que el proletariado fuera agente de una emancipación global era que no tenía intereses particulares que defender, puesto que se había convertido en la expresión de la esencia humana pura-. Asimismo, en algunas de las formas de la política democrática clásica -el jacobinismo sería el ejemplo más claro-, la unidad de la voluntad del pueblo es el requisito previo para cualquier transformación democrática. Hoy, por el contrario, tendemos a hablar de emancipaciones (en plural), que comienzan a partir de una diversidad de reclamos sociales, y a identificar la práctica democrática con el consenso negociado entre una pluralidad de actores sociales[...] (Laclau, 2003: 13-14).

De este modo, no debe extrañar que la teoría clásica de la hegemonía presuponga, por un lado, que lo “universal” en la constitución del proyecto de emancipación social sea un objeto necesario. No obstante, desde otra óptica que parte del sentido contrario de la pluralidad, la hegemonía presupone un proyecto que a la vez que es necesario es, sin embargo, imposible de lograr. Es necesario porque, como la utopía, reclama una idea de futuro liberador (Tamayo, 2010). No obstante, esta necesaria universalidad se topa con la “imposibilidad” objetiva de su realización, por la presencia inequívoca de residuos de particularidad. Con todo, tal dicotomía no prescinde una de la otra. Siguiendo a Laclau, la relación entre poder y emancipación no es necesariamente de exclusión sino, por el contrario, de implicación mutua, aunque contradictoria. Por consiguiente, la relación hegemónica, concebida de esta forma, entre universalidad y particularidad, es una relación dialéctica constitutiva del vínculo político. Y en ese caso la pregunta es: ¿Cuáles son las apuestas estratégicas que es posible jugar a partir de sus tensiones internas? (Butler, Laclau y Žižek, 2003: 14). Estos juegos estratégicos se convierten para nosotros en el objeto de análisis en las elecciones mexicanas de 2012. Son las configuraciones de un proyecto de ciudadanía que es utopía (Tamayo, 2010), que se forma por contradicciones entre la memoria histórica, la acción de los movimientos sociales y políticos, y de

articulaciones sucesivas entre nuevas concepciones del mundo y la cultura popular.

El proyecto hegemónico universal, cualquiera que sea, se limita ante las particularidades de las fuerzas sociales expresadas en identidades colectivas y en la contienda política. Por eso los proyectos de ciudadanía en lucha por la hegemonía en momentos electorales se construyen por mediaciones culturales. Es en la confrontación antagonista en la que se reafirman las identidades colectivas parciales, particulares, que existen por la pluralidad y la diferencia. Si no fuese así, no existiría la identidad. La identidad es la negación de lo universal y la fuerza contraria a su establecimiento general (Butler, Laclau, Žizek, 2003; Tamayo, Granados, Minor, 2010). Es factible suponer en esta lógica que la lucha entre identidades colectivas se dé por la hegemonía, que define la relación política entre los antagonistas. En este sentido, una manera de comprender dichas relaciones es a través de identificar las formas simbólicas de la contienda política.

En el asidero empírico de este trabajo, la lucha por la hegemonía es la contienda más importante, que va más allá del simple logro coyuntural de la victoria electoral. Se trata de asumir la representación general de la filosofía general de la sociedad. Para que esto suceda se necesita, reinterpretando la argumentación de Marx, que una parte de esa sociedad condense en sí misma todos los atributos, así como todos los agravios generales de la sociedad, de tal manera que la liberación de un determinado sector se convierta en la liberación de todos, y el atributo sobresaliente de un determinado grupo sea la expectativa sobresaliente de todos.³ En otros términos, alcanzar un cierto grado de conciencia social.

³ Cf. Karl Marx (2004). “Contribution to the Critique of Hegel’s Philosophy of Law, Introduction”, en Karl Marx y Frederick Engels, *Collected Works*, vol. 3, Londres: Lawrence & Wishart, 1975, pp. 184-185, citado en Laclau, 2004.

Lo anterior significa, como dice Laclau, que la emancipación (o más concretamente el cambio político) aparece como consecuencia del logro de la “dominación general” que logra un sector parcial de la sociedad civil. El dilema, para nosotros, es cómo se logra esa dominación general de un determinado sector que es en realidad identidad colectiva, y que como tal se confronta con otras. ¿Es aquí dónde se va construyendo pausadamente la conciencia social, a través de múltiples resonancias históricas? Queremos destacar aquellos aspectos que sirven para comprender los procesos de formación de esas identidades colectivas particulares, y las formas simbólicas de la lucha por la hegemonía. La simple posibilidad dependerá de la capacidad que tenga un delimitado actor histórico para presentar su propia emancipación “parcial” como equivalente de la emancipación “total” de la sociedad (Laclau, 2003: 52). Cada coalición, alianza y partido político se convierte súbitamente en un acto histórico con un proyecto histórico en disputa.

Si la hegemonía de un sector social particular depende, para su éxito, de que pueda presentar sus objetivos propios como si fueran aquellos que hicieran posible la realización de los objetivos universales de toda la comunidad, queda claro que esta identificación, el puente entre marcos de referencia en términos de Goffman (*cf.* Chihu, 2006), no es la simple prolongación de un sistema de dominación sino que, por el contrario, toda expansión de esa dominación presupone el éxito de esa articulación y resonancia entre universalidad y particularidad, es decir, en nuestros términos, de una victoria hegemónica (Laclau, 2003: 55).

Esta articulación o resonancia entre lo general y lo particular es el dilema que enfrentan las identidades colectivas, generar una correspondencia entre las expectativas más generales y las formas particulares parciales de las fuerzas sociales. Ese es el esfuerzo incansable que hacen élites, partidos y movimientos sociales para definir y alinear sus proyectos con la sociedad en el logro de la hegemonía. Es este dilema que queremos

rescatar a partir de desentrañar aquellas formas simbólicas de los cierres de campaña en las elecciones mexicanas de 2012. Y he aquí nuestro dilema, el que Laclau plantea de esta manera:

En primer lugar, tenemos la identificación de los objetivos de un grupo particular con los objetivos emancipatorios de toda la comunidad. ¿Cómo resulta posible esta identificación? ¿Se trata de un proceso de alienación de la comunidad, que abandona sus verdaderos objetivos para abrazar los de uno de sus componentes? ¿O de un acto de manipulación demagógica de uno de estos últimos, por el cual se logra unir a una vasta mayoría de la sociedad bajo sus propias banderas? (Laclau, 2003: 59).

La respuesta *a priori* a estas preguntas es no. Pero mientras que Laclau para contestarlas desestima de alguna manera “el tratamiento sociologista y descriptivo” de los agentes concretos que participan en las operaciones hegemónicas por un análisis formal y abstracto para argumentar la esencia de tales procesos históricos concretos, nosotros nos vemos más bien en la necesidad, para responder a estas preguntas, de hurgar precisamente en el análisis cultural con el objetivo de comprender los procesos de alineamiento y resonancia de marcos y construcción de proyectos de ciudadanía hegemónica. Sobre todo, para demostrar la lógica cultural de las mediaciones políticas. Por eso, el problema de Laclau es que su abandono al análisis empírico no le permite observar la existencia de complejas redes e interacciones que producen y contaminan las equivalencias entre lo universal y lo particular. Estamos convencidos de que a través de un análisis sociológico de alineamiento de marcos, podemos recrear el proceso dialéctico formativo donde el proyecto universalizante, hegemónico, se transforma a través de la interacción entre “la sociedad” y los bloques particulares. Las identidades se transforman con el contacto de proyectos universalizantes de la misma manera que la perspectiva universal se contamina (a veces favorable, a veces desafortunadamente) de la intervención de proyectos parciales y particulares.

En la crítica a la Razón y al Espíritu Absoluto de Hegel, Laclau reconoce la intervención de esta particularidad en el mundo de la razón universal. Dice, en su crítica a Hegel: “si la Razón, por un lado, ha hegemonizado todo el campo de las diferencias, este último, por el otro, no puede evitar contaminarla” (Laclau, 2003: 67). Aquí está la dialéctica, ante la cual nuestra pregunta empírica es: pero, ¿cómo la contamina? ¿De qué manera se construye dialécticamente esta relación entre proyecto de ciudadanía hegemónico y necesidades particulares? Laclau parece reconocer esta conexión cuando sugiere que para comprender las transiciones hegemónicas “es imposible comprender conceptualmente la forma independientemente del contenido” (Laclau, 2003: 69). Esta correspondencia estructura a las identidades de los actores, y al revés, define las formas en que todas las identidades particulares penetran y delimitan la directriz de la universalidad. La relación es semiológica, en el nexo indisoluble entre los significados de la acción y el discurso. Empíricamente es la interacción simbólica de los distintos proyectos de ciudadanía que luchan por la hegemonía política. Es así como se constituye lo que Žizek llama un proyecto hegemónico que se convierte en campo de batalla⁴ (Laclau, 2003: 64).

Laclau tiene razón al adoptar una perspectiva sobre la sociedad que se constituye de múltiples particularidades, de ahí que el momento ético de la universalidad, del proyecto emancipador para todos, del proyecto hegemónico, es un momento inconmensurable. Pero con todo, el asunto estriba en conocer la transición entre esa sociedad fragmentada (la desigualdad de discursos) y la visión general, entre lo que es y lo que debería ser (Laclau, 2003: 88). El mismo Laclau da un ejemplo revelador sobre el momento de la conexión discursiva entre

⁴ Cf. Žizek en *The Ticklish Subject: The Absent Centre of Political Ontology*. Londres y Nueva York: Verso, 1996, pp. 100-101 [traducción castellana: El espinoso sujeto, Barcelona: Paidós; citado en Laclau, *op. cit.* p. 64].

la filosofía universal y la identidad particular, que quisiéramos compartir a pesar de su amplitud:

[...]un predicador milenarista, Antonio Conselheiro, estuvo durante décadas errando por el Sertao⁵ brasileño a fines del siglo XIX sin reclutar demasiados adeptos. Todo cambió con la transición del Imperio a la República y los numerosos cambios administrativos y económicos que esto trajo, los que, de diversas maneras trastocaron la vida tradicional de las áreas rurales. Un día, Conselheiro llegó a una villa donde la gente se estaba rebelando en contra de los recaudadores de impuestos y pronunció las palabras que luego se iban a convertir en la equivalencia clave de su discurso profético: 'La República es el Anticristo'. A partir de ese punto, su discurso fue una superficie de inscripción para todas las formas de descontento rural y se transformó en el punto de partida de una rebelión de masas que al gobierno le llevó varios años derrotar. Vemos aquí la articulación entre las dos dimensiones mencionadas antes: 1) La transformación de los significantes de Bien y Mal en los de la oposición Imperio/República es algo que no estaba predeterminado por nada inherente a los dos pares de categorías, era una *equivalencia* contingente y, en ese sentido, una decisión radical. La gente lo aceptó porque era el único discurso válido que se ocupaba de sus penurias. 2) Pero si ese discurso hubiese entrado en conflicto con creencias importantes e inmovibles de las masas rurales no habría tenido ninguna efectividad (Laclau, 2003: 89-90).

La historia de los movimientos está plagada de ejemplos similares. Designado de varias maneras, esto explica, precisamente, la pregunta sistemática que nos hacemos en el estudio político de los movimientos sociales ¿por qué se movilizan? La respuesta no es administrativa ni organizacional, sino cultural. Por eso sectores de una misma clase social optan por distintos proyectos de ciudadanía, aunque aparentemente sean contradictorios a sus necesidades, pero no a sus creencias en momentos históricos específicos. Eso puede explicar la diferen-

⁵ Sertao es una región del noreste brasileño caracterizado por su clima y paisaje semiárido.

cia de expectativas entre opciones y discursos electorales. Las diferencias dependen, como dice Laclau, de “órdenes comunitarios contextuales”; es decir, de contextos donde el sujeto se reproduce culturalmente. Pero esa contextualización puede transgredirse a través de una descontextualización (o deconstrucción) radical introducida por el momento ético, el discurso universalizante, o en nuestra visión, el proyecto de ciudadanía a través de resonancias históricas, siempre que se alineen adecuadamente los marcos de referencia.

LA APROPIACIÓN POLÍTICA

Adentrándonos a este marco teórico que explica la construcción de proyectos hegemónicos, nuestro análisis se centrará en las formas simbólicas de la contienda política. La dimensión analítica es el estudio de las formas de apropiación política del espacio público, social y simbólico (Tamayo, 2010; Tamayo y Wildner, 2005), a partir del cual se deconstruyen las identidades particulares y se revaloran los proyectos universales de ciudadanía en pugna.

Este capítulo aborda el análisis comparativo de tres cierres de campaña en el proceso electoral mexicano de 2012, de tres principales contendientes políticos, a los que constituimos como el espacio de ciudadanía (o espacio de conflicto político) a analizar. Estos tres contrincantes son: el Partido Acción Nacional, PAN,⁶ la alianza Compromiso por México⁷ y la alian-

⁶ El análisis de contexto, biografías políticas, trayectorias de campaña, así como los programas electorales del PAN, que apoyaron todo el análisis es el siguiente: Mainwaring, Scott y R. Scully, Timothy (2010), Espino, Manuel (2009), Fox Quesada, Vicente (1999, 2006), Delgado, Álvaro (2003), Vázquez Mota, Josefina (2011), Tamayo (1999; 2000).

⁷ Para el análisis de contexto de la alianza Compromiso por México y el PRI revisamos: Villamil, Jenaro (2009, 2012), López Brun, Maru (2012), Cruz, Francisco y Toribio Montiel, Jorge (2009), Beltrones Rivera, Man-

za Movimiento Progresista.⁸ Metodológicamente, enlazamos las formas simbólicas de la apropiación del discurso textual e interaccional de los asistentes a estos mítines. Las concentraciones fueron la clausura de un periodo de enfrentamientos y producción de amplios significados sobre la nación y la sociedad mexicana, y la necesidad de desarrollarlas o transformarlas.

La apropiación simbólica de un mitin electoral, como espacio público de deliberación y confrontación, es una actividad política de adjudicación simbólica por un actor social o político. Es esa acción la que se apropia también de un espacio que es esencialmente metafórico, porque es un espacio de representación. Es así como se hace espacio público y, en consecuencia, la manera en que se van construyendo ahí los proyectos alternativos y rivales de ciudadanía (*cf.* la discusión de Tamayo, en Combes, Huffschmid, López-Saavedra, Tamayo, Torres y Wildner, 2012: 354). El espacio público en un cierre de campaña electoral se constituye por la apropiación del espacio de una forma material a través de la presencia, y de una forma metafórica por la generación de un sentido de pertenencia política e ideológica de los asistentes al lugar (Tamayo, 2016).

Se da un proceso de doble vertiente. En primer lugar, al interior del evento, ese sentido de pertenencia es producto de una lucha por la hegemonía de los grupos dirigentes del movimiento, y por ganar mejores posicionamientos políticos en la correlación de fuerzas internas.⁹ No debe extrañar que esto sea así debido a la constitución del espacio público por actores

lio Fabio (2011), Salinas de Gortari (2010;2008), Proceso (2012), Tamayo (1999, 2000).

⁸ Desde la perspectiva del PRD y Movimiento Progresista, nuestras referencias son: desde la perspectiva del PRD. Garavito Ellas, Rosa Albina (2010), López Obrador, Andrés Manuel (2004, 2007, 2010), Cárdenas Solórzano, Cuauhtémoc (2010), Navarrete, Carlos (2011), Tamayo (1999, 2000).

⁹ En la perspectiva teórica que venimos planteando, así como en una visión histórica del término hegemonía, véase a Anderson (1978).

sociales y políticos diversos, de múltiples particularidades que intentan alcanzar la hegemonía de su propio proyecto y movimiento. Esto, a su vez, hace referencia a la construcción de marcos de identidad y a la influencia que puedan tener éstos en la producción del proyecto universal de ciudadanía que se hegemoniza.

En segundo lugar, es a través de esos procesos de apropiación simbólica que se construye el proyecto de ciudadanía de un sector particular de la sociedad, representado por las coaliciones o partidos políticos, que son los que se confrontan en la contienda electoral. Así se refuerza la identidad de los adversarios, a partir de oposiciones y definición de alteridades. La identidad, en este caso, se erige fundamentalmente a través del debate, de la confrontación política con los adversarios, e incluso a través de los imaginarios de los actores de llegar a influir a la opinión pública y demás audiencias (Hunt, Snow y Benford, 2006; Chihu, 2006).

Todo lo anterior se revalora en un espacio concreto y en un momento específico, cuando los ciudadanos sienten precisamente que poseen ese espacio y ese discurso. Es decir, las identidades se escenifican, aunque después se masifiquen por los medios de comunicación institucionales o alternativos. Por esa razón consideramos que las plazas plagadas por multitudes electorales sí votan, como explicamos en el capítulo 4, no en términos cuantitativos de predecir el número de votos que obtendría uno u otro candidato, sino en términos culturales y del imaginario colectivo, de la significación del evento y de la ética del proyecto de que se trate (véase la discusión de Tamayo en Combes, Huffschmid, López-Saavedra, Tamayo, Torres y Wildner, 2012: 354). Se refiere al voto reflexivo, interiorizado, socializado.

Las formas de apropiación social del espacio de la protesta se constituyen por prácticas sociales de aquellos actores individuales y colectivos que se sitúan en el espacio público, físico y simbólico, de confrontación política. Para el caso de las de-

mostraciones públicas, el mitin se convierte en una forma de espacialización y especialización de actores colectivos y capitales políticos. La apropiación social del y en el espacio público se reproduce con vigorosas y múltiples interacciones sociales. Un cierre de campaña así se convierte en parte de una disputa abierta tanto por el espacio público material como por el espacio político, y esto se hace a través de formas de apropiación social y colectiva.

CONTEXTO DEL MOVIMIENTO SOCIAL Y POLÍTICO

Retomemos ahora la trayectoria de eventos que vio surgir, desarrollar y consolidar uno de los movimientos más importantes en la historia de México y América Latina, independientemente de la ideología relativamente conservadora de su dirigente y del nivel de conciencia de sus seguidores. El objetivo es contextualizar el periodo de gobierno de FCH que llevó al enfrentamiento electoral a dos de los principales contendientes: AMLO y EPN.

En 2005, ante una iniciativa practicada frecuentemente por grupos de derecha en otros países de América Latina, por el entonces presidente mexicano Vicente Fox para desaforar a AMLO como jefe de Gobierno del DF, sentenciarlo judicialmente y desplazarlo del juego electoral, motivó el surgimiento de lo que se denominó el movimiento por la democracia y contra el desafuero a AMLO, que inició con grandes movilizaciones de más de 350 mil personas. Las movilizaciones se orientaron a la defensa del derecho democrático y político de AMLO de participar en las elecciones, precisamente en el ámbito que con tanto orgullo las nuevas instituciones explicaban que México había entrado en democracia a raíz de la alternancia de 2000.

Después de haber ganado la lucha contra el desafuero, AMLO pudo participar en las elecciones más competidas y

polarizadas, caracterizadas por el control del Instituto Federal Electoral que propició un nuevo fraude electoral. El movimiento de AMLO pasó a un nuevo ciclo de protesta que se formó entonces contra el fraude electoral, el conocido llamado popular a realizar un recuento de los votos, abriendo los paquetes electorales, con la consigna “voto por voto, casilla por casilla”. Estas movilizaciones llegaron a congregarse alrededor de 2 millones de personas en una de las asambleas masivas más impactantes de la historia, donde se decidió efectuar un gran plantón en una de las avenidas más importantes de la CDMX en la Avenida Reforma, contra el fraude electoral. La situación de 1988 ante el fraude electoral efectuado contra el entonces candidato opositor Cuauhtémoc Cárdenas se repetía, pero ahora la estrategia utilizada fue distinta, en parte porque la estructura de oportunidad política había cambiado. A diferencia de Cárdenas, que entonces decidió parar la movilización y llamar primero a la formación de un partido político, que se convertiría en el PRD, AMLO, en 2006, con un partido ya existente que tenía el control del gobierno local, decidió llamar a la movilización. Pero como en 1988, AMLO también había recibido muestras de apoyo para iniciar una lucha armada contra el sistema. No obstante, si en 1988 Cárdenas evitó el derramamiento de sangre conteniendo la movilización social, AMLO evitó el derramamiento promoviendo la movilización para canalizar el descontento. La experiencia de AMLO como activista priista en la Chontalpa, en el estado de Tabasco, le daba seguridad en el manejo de estas formas de protesta. Para él, la movilización era una forma de canalizar el descontento y evitar que la ira se convirtiera en violencia (Mandoki, 2006). Éste es un tema sugestivo, porque la izquierda siempre ha reivindicado la movilización como un medio de romper el ostracismo y el reformismo de las masas, y así construir una conciencia de clase y revolucionaria. Aquí la movilización es considerada como una forma de control social. Se constituyó así lo que consideramos ha sido el movimiento más impor-

tante del siglo XXI en México, el que llegó a obtener el triunfo, finalmente, en 2018. Pero se trata de un movimiento popular, nacionalista, por la defensa de la soberanía, anti-neoliberal, sustentado en un líder carismático que ha reflejado como resonancia histórica la experiencia de otros movimientos en América Latina como el chavismo en Venezuela, Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador, Kirchner y Fernández en Argentina, Ortega en Nicaragua, el nuevo gobierno de El Salvador que heredó la lucha del FMLN. AMLO no ganó las elecciones en 2006 por el fraude, pero de haberlo conseguido, México hubiese sido parte de la gran corriente de los progresismos de América Latina (Gaudichaud, Webber y Modonesi, 2019; Modonesi, 2017).

Como vimos, AMLO no logró obtener la presidencia de la República en 2006, pero ha mantenido una fuerza electoral constante del 35% de los electores, que ninguna otra fuerza de izquierda, con excepción quizá de la de Cárdenas en 1988, había podido alcanzar antes (Cárdenas, 2005, 2010, 2013; Ward y Durden, 2004).

Éste ha sido un movimiento que definió con inusitada innovación un repertorio de movilización pacífica, basado en la filosofía de la no-violencia y en la resistencia civil pacífica (Tamayo, 2016). Las concentraciones masivas, asambleas de información y orientación de la acción se combinaron con asambleas en todo el país, organizadas por los recorridos que AMLO realizaba población por población, ciudad por ciudad, municipio por municipio. Un recorrido que mostraba la misma estrategia del Subcomandante Marcos con la Otra campaña, pero que superó en mucho en organización y eficacia política. AMLO construyó un movimiento social a partir de la política, no al revés. Tilly plantea en su último libro *Contentious Performances* la importancia que tiene en los movimientos los procesos de radicalización y politización. El de AMLO pasó de lo político a lo social, de una forma más o menos equilibrada. El de Marcos se radicalizó, pero en ese proceso se aisló de la sociedad. En estas

formas simbólicas del quehacer político se expresan los niveles de conciencia de las multitudes.

Asimismo, a diferencia de otros movimientos con menor vida social, el EZLN y el de AMLO son movimientos a los que podemos apreciar con cierta amplitud y precisión a través de los ciclos de protesta que se van creando dentro de sus propias trayectorias.¹⁰ En el movimiento de AMLO lo podemos ver así:

- En 2006 se orientó la lucha “voto por voto” (de origen en 2005)
- En 2007 la movilización en torno al gobierno legítimo y la formación de la Convención Nacional Democrática
- Hacia 2008 el movimiento se orientó contra la privatización del petróleo y por las pugnas internas con el PRD a partir de diferencias de estrategia
- 2009 fue el año por la defensa de la economía popular (a partir de noviembre de 2008) y después con la participación en elecciones intermedias.
- Hacia 2010 la formación de Morena
- Entre 2011 y 2012, hacia el proceso electoral, de nueva cuenta el fraude.
- En 2013, movilizaciones contra las reformas estructurales, la privatización del petróleo y la reforma energética. Morena obtuvo el registro como partido político.

A finales del sexenio de FCH (2006-2012), se vivió una política agresiva contra la clase *trabajadora*. El desmantelamiento de LyF del Centro y por ende el desmantelamiento del Sindicato Mexicano de Electricistas (SME) de 2009, reflejó una postura intransigente de un gobierno panista absolutamente cargado de aspiraciones neoliberales, que descansaban en un gabi-

¹⁰ Cf. David Cervantes (2010). AMLO. Seminario de Café Debate de Cultura Política (versión Conferencia Magistral, 2010), UAM-Azcapotzalco, CDMX, 28 de octubre de 2010. Transcripción mecanográfica, p. 32.

te formado por funcionarios tecnócratas e insensibles, como Javier Lozano Alarcón, entonces secretario del Trabajo, que aspiraba a la presidencia, y tuvo que contentarse con una curul en el Senado. También en el movimiento del SME podemos ver ciclos de protesta, sobre todo a partir de las nuevas estrategias que marcaron cambios en el repertorio de la movilización, acciones jurídicas, acciones de protesta con manifestaciones masivas y plantones; huelgas de hambre; brigadeo; esfuerzos por mantener redes comunitarias en pueblos y comunidades; asambleas locales, departamentales y generales; e iniciativas para formar el nuevo partido de la Organización del Pueblo y los Trabajadores (OPT), que no consiguió su registro en el proceso de legalización de nuevos partidos.

Los jóvenes estudiantes protestaron de diferentes maneras en el sexenio de FCH. En las manifestaciones que conmemoraron la masacre del 2 de octubre de 1968 del movimiento estudiantil, mostraron una nueva generación expresada en mantas como la que se leía “Yo no estuve ahí pero no olvido”, que resonaba en la historicidad del movimiento de hoy, su resonancia histórica, en la impaciencia de las y los jóvenes por modificar sus condiciones de vida estudiantil (López, López, Tamayo y Torres 2010). Con una secuencia anual el movimiento de excluidos fue aumentando sus acciones colectivas para lograr dar respuesta a cientos de jóvenes rechazados en los exámenes de admisión de las principales universidades públicas del país. Así, el movimiento estudiantil durante el sexenio de FCH se organizaba en relación con sus demandas históricas, por la inclusión a una educación científica, popular, gratuita y laica, así como su vinculación con los derechos humanos contra la represión del Estado de los movimientos sociales que se expresaba en la organización de las marchas conmemorativas del 2 de octubre, la lucha incansable contra la privatización de la educación. La existencia de decenas de agrupaciones y colectivos de jóvenes se politizaba en un proceso duradero de sedimentación (*cf.* Zermeño, 2009; Navarro y Tamayo, 2019).

El presidente Felipe Calderón fue para la crítica de los medios un desastre organizativo desde el principio. El movimiento contra la violencia surgió a partir de la lucha contra la perspectiva gubernamental de aprovechar la escalada de violencia y criminalizar la protesta social. Desde la represión en Atenco en 2006, hasta los crecientes actos de terrorismo atribuidos a la delincuencia organizada, floreció con la consigna “No más sangre” un movimiento impulsado por el poeta Sicilia durante el año de 2011 a partir de su carta abierta “Estamos hasta la madre”, levantando la voz por la muerte de su hijo y 40 mil muertos más por una absurda guerra contra las bandas del narcotráfico. Este movimiento se emparejó desde la izquierda con un movimiento nascente contra la inseguridad promovido más débilmente por empresarios que organizaron y vincularon asociaciones de seguimiento de la violencia y la utilización de los semáforos delictivos. El vínculo del gobierno con ciertos grupos del narcotráfico se evidenció a través del trabajo de estos movimientos y distintas organizaciones independientes de derechos humanos. La impunidad del equipo central del gobierno de FCH se garantizó durante todo el sexenio de EPN, hasta los primeros años del nuevo gobierno de AMLO en 2018, en que surgieron detenciones de personajes clave vinculados a la corrupción, el narcotráfico y el fraude electoral (Rock, 2019; Wornat, 2020).

Varios años antes de 2012, EPN empezó una campaña mediática de gran amplitud apoyada y financiada por los principales medios de comunicación, rebasando flagrantemente los topes de campaña y realizando con desparpajo los consabidos mecanismos de fraude electoral que tan bien los priistas se habilitaron por tantos años. Pero ahora AMLO tampoco pudo enfrentar el fraude con un movimiento por la democracia a pesar de sus esfuerzos iniciales, de tal forma que declinó establecer una estrategia de acción poselectoral.

Destaca en el proceso de campaña los jóvenes del #YoSoy132 (Olivier y Tamayo, 2015; Díaz De Alba, 2013; Galindo

Cáceres y González-Acosta, 2013; González Villarreal, 2013) también este movimiento dejó claro el paso de lo político a lo social, como hemos visto. Surgió en el contexto político de la campaña electoral, a partir de una tensión generada entre EPN y jóvenes de una universidad privada y católica. Pronto se sumaron otras universidades de élite. En realidad, el movimiento, debido a la amplitud e incorporación de universidades públicas, se extendió a todo el país, articulado básicamente con distintos sectores sociales, barrios, ciudades, universidades, comités de derechos humanos. Pronto el movimiento modificó su perfil y su orientación. Surgido de jóvenes de clase media y clase media alta, pasó a ser manejado por los grupos de las universidades públicas, y aliados al SME y la CNTE (Olivier y Tamayo, 2015). En este marco general y ya siendo presidente EPN, su equipo y el PRI decidieron entrar con todo desde el principio, promoviendo medidas antipopulares en todos los sectores, reforma laboral, reforma energética, reforma educativa, reforma fiscal, reforma en telecomunicaciones. El impacto político del #YoSoy132 en la campaña de EPN fue tan grande que modificó su estrategia de campaña. EPN había desoído varias sugerencias de no asistir al acto de la institución privada. Después del dramático acontecimiento Peña Nieto reforzó y concentró el poder en su equipo central de campaña que después serían los pilares de su gobierno: Videgaray, Chong y Núñez (Rock, 2019).

EL ESPACIO APROPIADO COMO ESTRATEGIA POLÍTICA

En este contexto de los movimientos sociales durante el sexenio de FCH, se dio la campaña electoral y los cierres grandilocuentes de los principales contendientes políticos. La Plaza de Toros México, el monumental Estadio Azteca de fútbol y el Zócalo capitalino, la mayor plaza pública del país y la ciudad, fueron los lugares seleccionados para realizar los cierres de campaña electoral de las tres principales fuerzas electorales.

¿Por qué allí? El espacio etnográfico de los mítines se constituye en un recurso de movilización y significación política. Podemos decir que se erige como la objetivización de la representación del proyecto de nación en disputa. Es el lugar representado de la cultura política de los presentes, de los sectores sociales que apoyan y alientan el proyecto político universalizador que quieren para el país, para todos sus ciudadanos: es la síntesis de la imagen de su identidad política y de la versión interpretativa de sus adversarios. El espacio, en su representación y articulación simbólica con los públicos, se descubre como un lugar de conflicto y disputa por el poder político, así como de una identidad estratégica que se construye con valoraciones de indicadores masculinos: el fútbol y la fiesta taurina, el deporte del hombre y el espectáculo profundamente bravío, y el pueblo como encarnación de la historia fundada en el patriarcado y los padres de la patria (Serret y Voegtli, 2015). Es parte de la estrategia política de los grupos organizados, es una forma de apropiación simbólica del espacio público, su resonancia histórica.

En una primera instancia, el lugar de los cierres está ligado a quienes son propietarios del lugar, sean lugares privados o lugares públicos. La Plaza de Toros México es una estructura redonda con capacidad máxima para 38 mil espectadores. Ubicado en la Alcaldía Benito Juárez del Distrito Federal, es territorio hegemónico del panismo más conservador. El PAN seleccionó ese lugar para realizar su cierre regional electoral. No obstante, siendo entonces el partido en el gobierno, no podía dejar de forzar la realización de un acto masivo en la ciudad capital donde seis años antes había escenificado una de las concentraciones más imponentes en el Estadio Azteca, lugar que ahora cedía, en un signo de impotencia, a un príusmo nuevamente engrandecido, que regresaba por sus fueros, con fuerza inusitada a la competencia electoral después de 12 años de estar en la bancada de la oposición. Al contrario de ese entonces, el evento del PAN en 2012 enmudeció desde el

inicio, vacío de entusiasmo. La otrora ola burbujeante sumergida en los colores blanquiazul y naranja fue decayendo con el paso de las horas. Lloviznaba desde temprano, y el ambiente se deprimía más con el cielo plomizo, tapando con nubes la entrada de la luz del sol. El color del día coincidió con el gris del coso, paredes despintadas y asientos de concreto para las masas acarreadas. El PAN eligió ese lugar que por su dimensión creyó poder llenar, aunque, de acuerdo con las condiciones del contexto social, política y semiológicamente incorrecto. Tanto en España como en México se había iniciado un movimiento de tintes anarquistas contra la violencia a los animales, especialmente contra la tortura y muerte de los toros como espectáculo y por la abolición de la tauromaquia. La Plaza México significaba entonces el lugar del sacrificio, el derramamiento de sangre como espectáculo, en el contexto de un gobierno que era señalado por haber derramado la sangre de miles de personas en su campaña militarizada contra el narcotráfico. “No más sangre” había sido la consigna del movimiento social opositor. En contraste, la fiesta de los toros se había asociado históricamente en México al gozo dominical de las clases aristócratas, de la Asociación de Charros, ganaderos, personalidades de la clase política y empresarial, intelectuales ligados al sistema, mujeres encantadoras. El coso representaba a la clase social a la que pertenecía ideológicamente el partido en el poder. Para una organización de derecha como el PAN el lugar fue así reconocido y asumido: “Josefina Vázquez Mota ¡viene a cortar orejas y rabo en estas elecciones!”, así la presentó el animador al estilo televisivo cuando la candidata entró al escenario (mapa 5.1 de la Plaza de Toros México).

Por su lado, el coloso de Santa Úrsula, por el nombre del barrio donde se ubica y como los estridentes comentaristas deportivos de la propietaria empresa Televisa han llamado al Estadio Azteca fue el escenario del cierre regional de campaña de Enrique Peña Nieto (mapa 5.2 del Estadio Azteca). Con las mismas razones que para el PAN, el PRI optó por realizar un

cierre sin riesgos en un lugar privado, acotado, fuertemente diseñado para el control de multitudes, con capacidad para 110 mil espectadores. Su cierre nacional lo efectuó en su natal Estado de México, del que fue gobernador y con una menor audiencia. La asociación significativa entre espacio material y visión política no dejó de sorprender por los vaivenes políticos en las alianzas políticas de Televisa. Esta empresa, la más importante de medios de comunicación tanto del país como de América Latina cedió el lugar para sus amigos priistas de ocasión. Sorprende en esta atmósfera de pragmatismo político el hecho de que Televisa haya apoyado sin miramiento al PAN durante 2006, ante un PRI que venía en caída libre en las preferencias electorales. Aunque poco duró el gusto al partido en el gobierno cuando la pérdida de legitimidad popular provocó seguramente una violenta oscilación en sus simpatías, haciendo que Televisa apoyase con todo al candidato del PRI sin escatimar recursos ni estratagemas más allá de los límites legales, dejando sola a la candidata panista. El Estadio Azteca, Televisa y las características de la campaña de Peña Nieto junto al PRI representan la cultura de la manipulación, el manejo mediático y mercadológico tanto de las campañas como del propio candidato. Se constituyó así en un contendiente activo en la formación del bloque hegemónico.

El Zócalo de la ciudad de México tiene una carga simbólica enorme para la ciudadanía. Siguiendo las metáforas de Marshall Berman (1998), acerca de las transformaciones modernizadoras de las ciudades y del espacio urbano, que lo diferencia de otros lugares cargados de símbolos de modernización, racionalidad y formalidad, podríamos decir que el Zócalo es el corazón del país. Esta zona de la ciudad cálida e histórica, conjunta tradiciones culturales y libertarias del pueblo de México, que están todas presentes en ese territorio extenso, de amplitud cívica. Es el centro de toda la mexicanidad popular, protegido o controlado, como se quiera, por el poder simbólico del país. Refleja la historia de un pueblo conquistado y resentido

observado en las ruinas alledañas de su imperio, la imposición de la conquista espiritual que le da refugio a la religiosidad más recalcitrante del país exaltada en la Catedral Metropolitana, las arquitecturas de una nación engrandecida por las luchas liberales representadas en el Palacio Nacional y los edificios del poder local de la ciudad. Es la síntesis espacial del poder del Estado, que, a pesar de las luchas de Reforma del siglo XIX por la creación de una nación independiente, sigue disputando el espacio físico y simbólico con una Iglesia que no cesa ni en su hegemonía cultural ni política. Toda esa carga histórica tiene la plaza (Wildner, 2012), a la que se suman 15 años de dominio político de una izquierda moderada sobre el gobierno de la ciudad. Andrés Manuel López Obrador fue jefe de Gobierno y después, en su lucha persistente por obtener la Presidencia de la República, ha sido para él un lugar privilegiado de concentración de un gran movimiento socio-político y cultural, nacionalista y popular. Es el lugar deseado por todas las fuerzas políticas, pero celosamente retenido hasta ahora por la izquierda social y nacionalista. Es a pesar de su importancia simbólica, o quizá precisamente por eso, un lugar difícil de atrapar por su dimensión física y cultural. Espacio extenso, en efecto, que puede agrupar a más de 180 mil personas en franca cercanía una de otra (Mapa 5.3). Espacio público por excelencia, escenario de espectáculos de calidad artística, caracterizados sobre todo por su gratuidad y accesibilidad para los grandes sectores populares (Guzmán Ríos, 2015). Centro de la ciudad, que se ha convertido en el estigma de las clases acaudaladas y medias por insistir en confundir a este espacio urbano con su imaginario maléfico sobre la delincuencia y la pobreza.

EL ESPACIO PÚBLICO COMO ESPACIO DE DISPUTA

La elección del lugar físico para clausurar una campaña donde se movilizan enormes recursos, dirigidos hacia la conquista del

gobierno de un país y beneficiarse después por el bloque de clases victorioso de un profuso patrimonio, no es un dato menor, como podemos derivar de lo anterior. Es una forma de representar el proyecto político de los contendientes. Es la objetivación de la visión de país y las estrategias que diversos agentes diseñan para darle orientación y direccionalidad a la ciudadanía. La representación del espacio físico, sin embargo, se define aún más como espacio de disputa a través de las prácticas culturales de quienes asisten simpatizando en distintos grados con el color político e ideológico de su preferencia. Esas audiencias se constituyen en multitud. Retomaremos el concepto de multitud a partir de los análisis de Wildner (2012) y Hardt y Negri (2004), intentando articular las dos definiciones positivas del término. Para Wildner, multitud se refiere al momento de fusión de múltiples identidades que van ocupando el espacio de la contienda, a partir de un discurso hegemónico representado por la centralidad del evento. Para Hardt y Negri la multitud se refiere a la articulación de grupos en movimiento, formado por cerradas redes, como en una matriz plena. Como puede observarse, nuestra idea de multitud se aparta a la definida por la Teoría de las multitudes (Crowd Theory) en su versión desde la psicología social, como una concentración de masas irracionales y propicias a la sugestión de líderes carismáticos.

Como multitud, las audiencias forman a una escala ampliada una identidad colectiva indisociable con sus líderes. Son al mismo tiempo protagonistas, comprometidos y alineados al discurso de los representantes políticos. Constituyen así una identidad hegemónica, y generan un discurso extendido, absorbido primero desde el partido político, pero contaminando después ese discurso oficial a través de sus propias prácticas culturales interiorizadas y socializadas. Se va creando esta asociación a partir de marcos de alineamiento con el proyecto universalizante de ciudadanía en disputa, que entonces ya alineado se confronta con los otros antagonistas.

La presencia de múltiples grupos y su acción performativa

en el acto muestra los dispositivos culturales de la participación ciudadana. La participación se convierte así en una de las dimensiones fundamentales de las prácticas de ciudadanía. Pero son las formas de esa participación las que constituyen uno de los mecanismos generadores del proyecto político en disputa. A través de esta mirada podemos pensar las mediaciones culturales en las que se articulan y anclan los proyectos en competencia. En términos individuales, la participación en las concentraciones electorales fue así: en todas predominaron las y los jóvenes y jóvenes adultos aunque con diferencias entre sí: la del PAN sumaba 57%, la del PRI (o Compromiso con México) 54%, y AMLO (o Movimiento Progresista) 63%. Además, fue la concentración del Movimiento Progresista que logró sumar el mayor porcentaje de participantes con un grado escolar medio superior de 76%, en comparación con el PAN con 56% y el PRI con 54%. En general, tanto en el PRI como en el Movimiento Progresista prevalecieron las y los trabajadores y empleados asalariados. También en la concentración del PAN, pero en éste participó un mayor porcentaje de patrones con más de 10 empleados, profesionistas, supervisores y jefes que sumaban 16%. En el PRI este sector representó 12% y con AMLO apenas un 3% de jefes y 19% de profesionistas (Torres Jiménez, 2015).

El espacio público, que definimos como de saturación de deliberación y confrontación de proyectos se constituye, entre otras formas, por esa apropiación social del espacio físico a través de la presencia e interacción de los individuos. Y a su vez, la apropiación social del espacio de la política se constituye por prácticas sociales de aquellos actores, tanto individuales como colectivos, que se sitúan en el espacio físico. La participación de organizaciones sociales, sindicales y cívicas, tanto en número como en la naturaleza de las organizaciones presentes explica de alguna forma tanto el origen histórico de los partidos y actores políticos, los principios en los que se basa la lucha de tales organizaciones políticas para alcanzar el poder, como los

cambios en la morfología del partido a través de su trayectoria política.

Así, el PAN que surgió en 1939 como un proyecto de oposición a la política de nacionalizaciones del Gral. Lázaro Cárdenas,¹¹ se pensó siempre como un partido de cuadros, de “ciudadanos” militantes, anticorporativista, con características exactamente opuestas a las creadas por el entonces Partido de la Revolución Mexicana, antecedente directo del PRI, establecido como partido de masas. El PAN, desde su fundación, fue siempre un partido electoral, aunque en determinados momentos históricos la influencia de organizaciones anticomunistas y de ultraderecha insistieran en formas más radicales de hacer política.

La experiencia del PAN como partido de gobierno, tanto a nivel local en las gubernaturas de los estados desde los años ochenta del siglo pasado, como principalmente en la Presidencia de la República a partir del año 2000, afianzó la corriente del pragmatismo político y la consolidación del partido por el poder a toda costa, lo que le hizo incursionar sin recato alguno en la manipulación de beneficiarios de programas sociales, al clientelismo y corporativismo. El acarreo de grupos principalmente campesinos e indígenas empezó a ser una práctica recurrente.

Con tales antecedentes no deben extrañar las formas elementales de organización del evento en 2012. Los organizadores del cierre de campaña en la Plaza de Toros necesitaban llenar el coso taurino, incluso con la asistencia de acarreados, para mostrar al menos cierta cohesión y fuerza electoral de una candidata que durante la campaña había perdido aliados estratégicos, confianza de las cámaras empresariales, de Televisa e importantes personalidades de su propio partido. Su debilidad no fue casualidad, fue resultado del pacto PRI-AN, construido pacientemente desde el salinismo (1988-1994), con Ernesto

¹¹ Las referencias al PAN que apoyan las argumentaciones de este texto pueden retomarse de la nota a pie de página 6 de este capítulo.

Zedillo, y profundizado con Vicente Fox, así como el pacto definitivo entre Calderón y Enrique Peña Nieto. La debacle de la legitimidad del PAN debido a las políticas antipopulares de Calderón, le dieron todo el espacio a la candidatura de Enrique Peña Nieto (Rock, 2019; Delgado, 2016). Josefina no pudo revertir lo inevitable.

Las organizaciones registradas por nuestra observación etnográfica en el acto del PAN sumaron 17, reducido número en comparación con las 58 registradas en el acto de AMLO, pero llama la atención si la comparamos con las apenas 23 del acto del PRI, sobre todo si tomamos en cuenta su perfil inherentemente corporativo. Lo anterior indica precisamente la tendencia a la corporativización que el PAN intentó durante los 12 años en que estuvo en el poder nacional, y especialmente en las administraciones de Josefina ante las Secretarías de Educación y Desarrollo Social de Fox y Calderón. La desesperación para mostrar una fuerza social mínima necesaria para ganar las elecciones le hizo caer al PAN en el corporativismo tantos años desdeñado (Hernández Vicencio, 2020).

Como podemos ver en el cuadro 5.1, las principales organizaciones sociales asistentes fueron urbano populares provenientes de pocas delegaciones del Distrito Federal, seguidas por otras tampoco numerosas organizaciones sindicales de la construcción y campesinas. Los grupos se fueron ubicando en lugares estratégicos al interior del coso. En la arena, distinguiéndose de los asistentes de las tribunas estaban los invitados especiales, los que hemos llamado la zona VIP (*Very Important People*). Diferencias de clase y antropológicas, de posición social y estatus militante, destacaban en la jerarquía panista. En las tribunas, familias de clase media y miembros de organizaciones populares ocuparon sin llenar la totalidad del edificio. Antes de terminar el acto, varias de ellas, principalmente grupos de la Delegación Miguel Hidalgo empezaron a abandonar el evento, dejando marcas muy claras de vacíos que fueron desluciendo cada vez más el espectáculo. Los vacíos en realidad eran “hue-

llas de apropiación social” resultado de alianzas efímeras que el PAN había intentado realizar con otras fuerzas y corrientes de partidos contrincantes, por ejemplo, con algunas más moderadas del PRD, y logrado mantener en el tiempo a través de campañas locales y pactos insólitos (*cf.* Santacruz y Tamayo, 2011).

El Estadio Azteca en el otro evento, esta vez del PRI, se convirtió en una verdadera fortaleza con un férreo control de accesos. Una monumental arquitectura de uso privado, ocupada por numerosos cuerpos de seguridad privada apostados por todo el coloso. El lugar además estuvo resguardado por un número extraordinario de corporaciones de la policía de Seguridad Pública del DF, por todos los alrededores que producían una sensación de extrema vigilancia paramilitar. Chequeo persona por persona, permiso de entrada tras mostrar boletos repartidos previamente, exploración de pertenencias, búsqueda de botellas de vidrio, alcohol o armas. En las inmediaciones, el temor generalizado de la policía tanto como de los organizadores priistas era por la posible presencia de jóvenes pertenecientes al movimiento #YoSoy132, surgido desde una de las instituciones de educación superior privadas más prestigiadas del país, que lograron descubrir las irregularidades de la campaña priista en el uso de recursos financieros.

Desde muy temprano de ese domingo el bullicio y el ruido, la sensación de apresuramiento y atropellamiento de cuerpos, se hizo sentir con la entrada de miles de camiones que llevaban miles de simpatizantes pertenecientes a las organizaciones territoriales del PRI, los sectores sociales del partido, campesino, popular y sindical, así como otras organizaciones corporativas. Salían de sus vehículos colectivos con el “kit” partidista (Combes, 2012,). La sensación de control total podría describirse así:

El orden total de los grupos parecía un desfile cuasi militar donde los contingentes obedecían a un líder. Se les indicaba el momento de ponerse una playera o una gorra, dónde debían colocarse y por dónde entrar. Se les repartían aplaudidores y banderines; muchos otros esperaban a que se les repartieran tortas o galletas. La identi-

ficación con el grupo o corporación fue un elemento fundamental de integración.¹²

El Estadio, con todo, tampoco se llenó, como le pasó al PAN en la Plaza de Toros. Sintomático, dada la experiencia de movilización del PRI y el trabajo de las brigadas llamadas Expresión Política Nacional (EPN), usando las mismas siglas del nombre del candidato Enrique Peña Nieto, que estuvieron en constante actividad durante toda la campaña, así como el apoyo de los gobernadores, principal fuente de control y venta de votos. Del total de la gradería 80% fue llenada por sectores populares y organizaciones sindicales y juveniles. Poca presencia se observó en el lugar del VIP en la cancha del estadio. Era la misma jerarquía que la mostrada en los eventos del PAN, idéntica colocación diferenciada entre las opulentas clases dirigentes, diferencias de clase, étnicas y de género, entre los privilegiados y protegidos del sistema y la base popular que se acomodaba entre apática y exultante. Destacaron por la extensión de sus organizaciones el Partido Verde Ecologista de México que ocupó 7% del espacio del Estadio, el gran contingente de los petroleros, la Confederación Nacional Campesina y la Federación Juvenil Revolucionaria, así como contingentes territoriales de varios estados norteros de la República. El esquema de ocupación del PRI y el PAN fue muy similar entre sí, la diferencia en todo caso se dio por el grado y la fuerza corporativa de cada uno, la magnitud de las organizaciones, imponentes en el caso del PRI y los recursos tecnológicos movilizados.

A diferencia de los actos anteriores realizados en fin de semana, el de AMLO se realizó en el último día establecido para las campañas electorales. Fue un día laboral, pero la gente se fue apropiando de la plaza desde muy temprano. Se movilizaron corporaciones de la policía, pero su presencia fue más bien discreta. El paso fue fluido sin prohibiciones, únicamente

¹² Etnografía de Guadalupe Olivier, IX Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-Azcapotzalco, junio-julio 2012.

organizado por vallas que delimitaban el espacio de la plaza para controlar las multitudes y permitir el paso del candidato. Las 58 organizaciones presentes mostraron la naturaleza de un partido surgido de la cultura corporativa del PRI y de la experiencia de organización social de la izquierda nacionalista y socialista de los ochenta.

El PRD, al que pertenecía AMLO, a pesar de sus profundas diferencias, había venido debatiéndose entre posturas contrapuestas; por un lado, constituir un partido electoral, negociador y concomitante al sistema institucional de partidos, y por otro, un partido vinculado a los movimientos sociales, generadores de una amplia corriente nacionalista que lograrse con efectividad constituirse en un contrapeso real de las políticas neoliberales hegemónicas.¹³ Estas posturas se tensaron al grado de casi romper el pacto interno en el PRD durante la lucha contra la privatización de Pemex en 2008. Las diferencias pudieron más o menos dirimirse hasta permitir la alianza entre estas dos corrientes durante la campaña electoral permitiendo que AMLO fuese el candidato de la izquierda nacionalista. Sin embargo, las divergencias no resistieron los golpes bajos atinados por todas las corrientes durante estos años. Para 2012, varios experredistas pactaron finalmente con el candidato priista, otros convinieron con el PAN, a quien apoyaron en sus concentraciones de campaña, otros más decidieron no movilizarse para no apoyar el acto central de clausura de la coalición Movimiento Progresista. Éste fue el principio del final del PRD como se conocía hasta entonces. La escisión de AMLO a los pocos años empujaría la debacle de este partido.

De tal manera que la asistencia al acto de AMLO fue promovida principalmente por las organizaciones sociales que

¹³ Sobre el PRD y las diferencias internas que llevaron finalmente a la ruptura de AMLO con este partido, nuestras referencias están señaladas en la nota a pie de página 8 de este capítulo, y en la discusión teórica sobre la relación partido y movimientos sociales del capítulo uno. Véase además Combes (2011).

escenificaban en ese momento, y de alguna manera, los principales movimientos sociales en México.¹⁴ Estos movimientos se aliaron a la candidatura de AMLO. Como puede observarse en el cuadro 5.1, estuvieron presentes el movimiento urbano popular, los sindicatos y frentes de sindicatos nacionalistas como el SME, la UNT y la CNTE, organizaciones campesinas independientes, el movimiento estudiantil con algunos grupos de universidades públicas pertenecientes al #YoSoy132, así como las organizaciones políticas socialistas y socialdemócratas (cf. Navarrete 2020).

APROPIACIÓN SIMBÓLICA DEL PROYECTO

Por apropiación simbólica del espacio público entendemos la manera en que los asistentes a un acto masivo político se apropian de un determinado proyecto político, un proyecto delineado en una visión de ciudadanía que se construye a través de marcos de diagnóstico, motivacionales, delimitadores de identidad y de oposición con adversarios (Hunt, Benford y Snow 2006; Chihu, 2006). Esta apropiación es producto de un proceso de resonancias históricas generado por experiencias y discursos que impactan amplios sectores de la población. Como hemos visto, el espacio público se configura por la objetivación de relaciones e interacciones sociales, formas de apropiación social que son posiciones y disposiciones de los actores sociales en el espacio de conflicto político. Pero, al mismo tiempo, esa objetivación resulta de un campo de significados tanto plurales como particulares. El espacio se carga simbólicamente de ideas y representaciones de una diversidad de grupos de ciudadanos; en ese espacio de la política

¹⁴ La excepción como era de suponerse fue del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y su aliado Paz y Justicia, movimiento surgido en contra de la política que desde la Presidencia empujó la criminalización de la protesta social.

se forman y expresan distintas identidades ciudadanas que de manera recíproca impactan y se impactan respecto al espacio público formado. El análisis requiere describir el autorreconocimiento de la gente en el proyecto de ciudadanía propuesto. Es la amalgama de las particularidades de las fuerzas sociales en disputa, expresadas en identidades colectivas. De aquí que las grandes corrientes del pensamiento crítico consideren que la conciencia y la acción revolucionaria se fundamenta en la práctica y experiencia colectivas, en la calle, en la manifestación, en el espacio público, y no sólo en el discurso.

Lo anterior puede descubrirse a través de la apuesta de las organizaciones sociales, de su experiencia, trayectoria política, resonancia y hermenéutica profunda (Thompson, 1993), en el acto visible empírico, por medio de dos aproximaciones analíticas: por un lado, la relación entre el liderazgo social y político y la audiencia convertida en multitud, que actúa e interactúa diferencialmente de acuerdo con las estructuras de organización y control social; por otro lado, podemos descubrir esta forma de apropiación a través del análisis del contenido sintético de la interpretación de los propios actores, reflejada en consignas, discursos esquemáticos y narrativas de los participantes, que exponen necesariamente el grado en que la gente se involucra con sus propias organizaciones, con el partido o la alianza política de que se trate, así como con las formas simbólicas del acto mismo.

LA DIALÉCTICA DEL CARISMA Y LA CRÍTICA POPULAR

El espacio público no es un contenedor de sustancia o escenario rígido donde se teatraliza un acto de intenciones políticas. El espacio mismo es sustancia. Y el espacio de un mitin electoral como sustancia es un campo de vectores y relaciones en que se refleja la espacialización de la política, y la especialización de los actores sociales y políticos. El posicionamiento de los objetos provoca esa relación inexorable de los actores con ellos y entre sí. El espacio se convierte en un campo de relacio-

nes y de representaciones, significados que surgen del grado de vinculación política y cultural, al mismo tiempo que en un giro circular, el alineamiento político se produce a través de significaciones compartidas. De la misma manera en que el espacio se construye con la iniciativa de los líderes partidistas, también se “contamina” o transforma por la práctica de las audiencias. Así, el templete es un lugar central en los actos de campaña. Su ubicación, tanto como la elección del espacio etnográfico del mitin, denota la intencionalidad política y cultural de los candidatos como líderes colosales, y del partido como voluntad política del proyecto en disputa. Se crean mediaciones culturales complejas entre el líder y las multitudes. De esta manera se vuelve prioridad resaltar las formas simbólicas a través de las cuales se establecen lazos con las audiencias, grados de jerarquización y establecimiento de las diferencias sociales entre clases y sexos (Serret y Voegtli, 2015).

La colocación del templete del PAN en el eje de la arena del coso taurino representó la centralidad de la candidata Josefina Vázquez Mota, pero también la distancia radial y concéntrica con todos los simpatizantes esparcidos de alguna manera en el espacio circular (mapa 5.1 e imagen 5.1). El tamaño de la arena no permitía otra ubicación. Un templete que representaba una cruz azulada, y centrada con una paradójicamente mano izquierda abierta mostraba a su vez otra cruz azul, la cruz consagrada del voto que promovía ser el icono que todos podían pintarse y propagandizar hasta el último rincón del país.

A diferencia del acto de Compromiso por México, que no desvió la atención para ningún otro lugar que el de su candidato estrella EPN, ni siquiera la de la candidata priista a la jefatura del DF, Beatriz Paredes, quien se suponía representar a la anfitriona del próximo presidente en su ciudad, Josefina Vázquez Mota compartió el escenario con la frágil candidata panista a la ciudad, “la Sra. de Wallace”, conocida por su esfuerzo individual contra la justicia mexicana para dilucidar el crimen

perpetrado contra su hijo, y descubierta pocos años después en varios fraudes y nexos con delincuentes. En similitud de posiciones, pero contrastando drásticamente, se encontraba la líder del movimiento por los derechos humanos y contra la represión, Rosario Ibarra de Piedra, aliada cercana de López Obrador y símbolo de la nueva alianza entre un socialismo libertario y el nacionalismo revolucionario del para entonces ya exiguo PRD. La diferencia entre las dos era la enorme experiencia de una mujer, como Rosario, que desde mediados de la década de los setenta, y también a partir de la desaparición de su hijo por fuerzas paramilitares, creó un enorme movimiento de izquierda contra la represión y por la presentación de los desaparecidos políticos en México que ha movilizó a miles de ciudadanos en la simbólica marcha de todos los años conmemorando al movimiento estudiantil de 1968 (*cf.* López, López, Tamayo y Torres, 2010). Con toda esta diferencia, la Sra. de Wallace no tuvo más alternativa que armonizar dócilmente con la perspectiva institucional conservadora de derecha del PAN, su visión individualista en la construcción de la ciudadanía y su pragmatismo a la moda que llevó a ese partido a utilizar la figura inexperta de una candidata que no únicamente no funcionó en términos de arrastre de votos en la ciudad a favor del PAN, sino que además le restó un significativo número de votantes a la ya de por sí quebradiza y golpeada Josefina Vázquez Mota. Su discurso, “de la Wallace”, no convenció a nadie, sin contenido ni visión por la ciudad, cedió rápidamente el espacio a la candidata central del acto.

Rodeado el templete azul por las brigadas juveniles panistas, toda la movilización festiva planeada previamente les salía mal. Decidieron mejor en medio de su bullicio darle la bienvenida a su candidata. Así lo expresa una observadora:

Con los medios de información expectantes, reporteros de diferentes signos miraban hacia la entrada de los matadores. Justamente a las 12:15 entró Josefina Vázquez Mota. Su entrada se

cobijó con la canción *Yo quiero a México*. Papeles blancos y azules se arrojaron. Me sorprendió la gran cantidad de aplausos, gritos y porras que se escucharon en el ambiente, cuando todos en mi alrededor se encontraban en un mutis absoluto. ¿Cómo era posible eso? Miraba con insistencia lo más lejos que mis ojos me daban para ver de dónde provenían tantos aplausos, era una contradicción al sonido, si acaso podía ver movimiento de banderines, pero no más de eso. Entonces me dio la impresión de que había un gran *playback* en la plaza. Eran más bien los asistentes que se encontraban en la parte de abajo del ruedo los entusiastas legítimos. Pero no arriba.¹⁵

El acto mostró la debilidad de la lideresa, de una campaña que fue en picada casi desde el inicio, debido primero a la traición partidaria de sus propios correligionarios quienes prefirieron asir el bloque hegemónico neoliberal con el PRI y Televisa, que seguir apoyando una propuesta electoralmente inviable. Después, la candidata se fue quedando significativamente sola sin la presencia de las corporaciones empresariales que fueron quitando apoyo al PAN debido al ineficiente ejercicio de gobierno de los anteriores presidentes panistas. El sima de los malos augurios fue el hecho de que los grupos populares perredistas que habían ido en calidad de acarreados, pero conscientes de su papel, en cuanto la lideresa empezó su discurso, se pararon de sus asientos y como simulando una línea de hormigas amarillas empezaron a desalojar la plaza creando sendos vacíos en las tribunas. No debe sorprender que en este contexto la figura de la candidata se redujera notablemente.¹⁶

Josefina Vázquez Mota tiene atributos biográficos relevantes, pero no basta con las cualidades individuales para generar

¹⁵ Véase el reporte etnográfico de Guadalupe Olivier Téllez, etnografía, IX Taller, *op. cit.*

¹⁶ “La fuerte impresión que me dejó todo el tiempo es que no aprovechó las posibilidades del templete para tener mayor movilidad y presencia escénica, se veía pequeñísima y tensa, girando. Fracasó en su actuación como dueña del escenario, no creció en él, su figura fue gravemente disminuida”. Guadalupe Olivier Téllez, *op. cit.*

carisma y asociación con las miradas expectantes de las multitudes. La participación ciudadana no es únicamente individual, es representativa de grupos organizados de la sociedad civil. La casi ausente presencia de representantes de las clases medias mostró incluso la debilidad del proyecto panista en el bastión más importante del PAN en la ciudad. Otros grupos de campesinos e indígenas fueron acarreados en camiones, mal organizados, reflejaban incertidumbre y aprensión, no eran pues militantes ni activistas panistas convencidos. De esta manera la propuesta del PAN, similar al PRI en su concepción nacional de desarrollo económico neoliberal, pero conservadora y mística en los valores que enarbola, se cayó desde entonces.

De vuelta hacia el Estadio Azteca, la organización del espacio político del PRI expresó rigidez y acartonamiento. Desde 1988 en que fue perdiendo una gran cantidad de votos electorales, el PRI no ha querido modificar su estructurante visión de la organización jerárquica, categorizada, escalonada, gradualista, como se pudo constatar en el capítulo tres de este libro. La costumbre separa las élites partidistas de las masas, las usa de escenario, reproduce en ellas y con ellas un discurso populista, pero al mismo tiempo de distinción social. La organización del espacio en el Estadio Azteca se apartó de la idea del PAN desde la campaña de Felipe Calderón en 2006 y ahora con Vázquez Mota, en medio de la turba, al centro de la ebullición. Enrique Peña se colocó replegado, defensivo, hacia el costado oriente de la cancha, dando la espalda a un cuarto de los asistentes (mapa 5.2). En el centro mismo del Estadio, el espacio panóptico, lugar de observación privilegiada, se colocó a la prensa nacional e internacional, transmitiendo el imaginario de la importancia mediática de su campaña y las alianzas, algunas siniestras con las empresas de los medios como poderes fácticos (López-Saavedra, 2015). La colocación de las pantallas gigantes dentro de la cancha cerraba un circuito que hacía prevalecer la importancia de la alta jerarquía del partido, los VIP; cercana al candidato y a su esposa, ex artista de telenovelas de Televisa.

Arriba en el “gallinero” se colocaron a las masas inertes, que se despabilaban de vez en vez al oír los ruidosos tambores de las porras del sindicato petrolero. Dos animadores con voces solemnes a la vieja usanza de los comentaristas de televisión van ordenando el *performance* del discurso del candidato, único orador en el acto. Nadie más en el templete, adornado con mamparas pintadas de los colores de la bandera nacional que son los mismos colores del emblema del partido. Su discurso fue emitido con rigidez extraordinaria, sin movimiento alguno, siguiendo lo establecido. Sin embargo, hizo su trayecto al templete a su llegada, y al terminar el discurso en dirección a la salida, muy lentamente, como perpetuándose todo el tiempo necesario, saludando con dedicación a todo el público que se acercaba, público que no era parte de los sectores populares, sino del VIP estacionado en la cancha del Estadio. Mientras que la gente común salía del Estadio, él seguía el guión fijado por la estrategia mercadológica que lo convirtió en una especie de *rock star* querido y asumido por la gente, pero al mismo tiempo inaccesible para ella.

El acto desde el podio principal mostraba a un personaje solitario, desligado de su gente, organizada corporativa y jerárquicamente. El mismo estilo de organización de actos de masas históricamente aprendido por las burocracias partidistas. El líder, construida su imagen ahora como un artista exaltado de televisión, se separaba tácitamente de la multitud, como los burócratas grandilocuentes de antaño se colocaban en el pedestal para admirar la mueca de las multitudes que en la superficie vitoreaban cuando les dictaban sus líderes medianeros, y por debajo se regodeaban y emborrachaban con licor barato. El PRI lo supo siempre, pero lo toleraba. El poder no es para y por el pueblo, es para la élite. El pueblo con su presencia legitima esta arrogancia y su obediencia puede ser comprada. El gran uso del PRI de recursos ilegítimos acusado por la oposición, se reprodujo en la distribución de tarjetas de consumo por un valor de entre 700 y 1000 pesos por representantes priistas que las repartían

mientras la gente desocupaba el gran estadio: “Toma, no olvides votar por el bombón”. El carisma de un líder puede entonces crearse, con una intención manifiesta de los grupos que luchan por la hegemonía. El pragmatismo se reproduce en todos los espacios de la política, incluso en la figura de un líder con forma pero sin contenido. La conexión con las masas la hace el aparato.

Algo distinto pasó en el Zócalo, que posicionó la fuerza política de la izquierda de la ciudad, a nivel nacional (mapa 5.3 e imagen 5.3). Simbólicamente, el templo le dio la espalda al poder objetivado en la arquitectura oficial ocupado por la reacción, “la oligarquía corrupta”, que se habría adueñado y saqueado de sus riquezas al país (López Obrador, 2004). Al mismo tiempo, el Palacio Nacional representaba el dominio al que se aspiraba, y a través de los claros existentes entre una gran manta con la figura de AMLO y la estructura del escenario se podía fijar la imagen de la arquitectura del poder, vista por toda la multitud y que podría de repente ser la suya. El espacio del VIP perredista estaba al frente en las terrazas de los hoteles con vista a la imponente Plaza de la Constitución, pero disminuida, a diferencia de otros actos, en los balcones del edificio de la jefatura de GDF (Gobierno del DF), cuyo gobernante, antiguo contrincante de AMLO para la candidatura a la Presidencia, se había venido distanciando poco a poco del líder del Movimiento Progresista.

Sobre la plaza, rodeando la plancha central se colocaron decenas de mantas pertenecientes a organizaciones sociales, sectores territoriales del partido y de diputados locales ávidos de imagen y proyección. La plaza se fue ocupando apartando amplias zonas por organizaciones sociales desde horas antes del inicio del acto.¹⁷ El evento destacó por su contenido cultural.

¹⁷ “La explanada ya se había llenado para las 2:30 pm -dice una observadora del acto-, los dos cuadrantes frente a Palacio Nacional fueron ocupados por representantes del Partido del Trabajo (PT), Movimiento Ciudadano, la agrupación Líderes Organizados en Beneficio Social (LOBOS), además representantes del PRD, así como contingentes de la Gustavo A. Madero en apoyo

A diferencia del acto de un PAN pragmático y comercial, como si asistiéramos a un campamento de jóvenes cristianos, y de un acto priista exageradamente corporativo, jerárquico, también mercantilizado, con muy poco contenido político y cultural, el acto de esta izquierda fue heterogéneo culturalmente, pero de buen gusto. El sonido sorprendentemente era de calidad. Fue construyendo un ambiente festivo con música de jazz, cantores de trova, *reggae*, rap fusión, cantantes de ópera y sones jarochos. Música para todos los gustos.¹⁸

Los animadores, a diferencia de los otros del PRI y el PAN, asociaban en sus discursos sendos diagnósticos sobre la problemática del país, motivaciones para participar y comunicados sobre la trayectoria de la manifestación y la presencia del candidato. El acceso al Zócalo se fue haciendo por parejas, familias y grupos de organizaciones entre 200 y 500 personas cada una. Poco a poco el templete se fue llenando de representantes populares, de personajes nominados por AMLO para formar parte de su gabinete en caso de ganar y de personalidades del campo del arte y la cultura. A diferencia de las soledades de

a Noria Arias. Además, había puestos ambulantes, 3 líneas de 8 puestos cada una con accesorios tanto del candidato (tazas, playeras, muñecos, banderas) como de Morena, personas que pintaban una figura del “peje” en la cara por cooperación voluntaria. Este ambiente fue más de verbena popular, a diferencia de los otros dos; se podían observar vendedores de comida: elotes, sincronizadas, aguas y refrescos ... Frente al escenario había un área que se reservó para las personas de la tercera edad, mientras que a la zona VIP fueron llegando poco a poco las personalidades: Elena Poniatowska, Juan Ramón de la Fuente, Marcelo Ebrard, Miguel Ángel Mancera, entre otros”. Jacqueline Gutiérrez Sotelo, etnografía, IX Taller de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-Azcapotzalco, junio- julio 2012.

¹⁸ “Eran ya las 5:15 pm cuando una cantante de ópera interpretó un par de canciones, nunca supe quién era ella. Este evento totalmente popular no hizo uso de grupos con canciones denigrantes, ni populacheras, éste gran evento que me pareció el lugar de todos, del pueblo, hizo gala, desde mi gusto, una mejor selección musical y artística como preámbulo para el cierre de campaña”, Guadalupe Olivier, *op. cit.*

Josefina y Enrique, el cúmulo de personalidades avivaba la emotividad del acto y construía un puente de alineamiento entre la dirigencia y la multitud. Destacaba el hecho de que, aun cuando no se tenía considerado que nadie hablara en el mitin más que AMLO, la gente exigió con gritos “¡Que hable el gabinete!”. Esto mostraba con mayor claridad la relatividad de la teoría psicologista de la imitación y la sugestión que explicaría la sumisión de las masas a líderes carismáticos, más pensados en su atributo físico e individual, y no como producto de la relación entre el líder y los grupos.¹⁹ La diferencia depende de las formas simbólicas de la acción colectiva, identidades rígidas y cerradas unas, en contraposición con otras abiertas y críticas.

En efecto, una multitud puede cambiar espontáneamente la agenda de un *performance* político cuando aquella se torna movimiento y produce sus propios liderazgos. Algo pasó así en el cierre de campaña del panista Vicente Fox en el año 2000, que explicamos en el capítulo 3, cuando logró, algo inédito en 70 años la alternancia de la presidencia en el país. Entonces, las multitudes entusiastas por la magnitud de la presencia en el acto gritaban desahoradas por la presencia de su líder. Los animadores, que tenían la orden de contener el entusiasmo de las masas por dos horas, hasta que anocheciendo se presentaría el discurso de su líder, se sintieron rebasados por la gente, ante lo cual no atinaron a nada más que reprimirlas y regañarlas desde el templete, espacio panóptico de control y de poder. Representación clara del autoritarismo de un partido sin experiencia en la construcción y organización de movimientos y acciones colectivas en forma democrática.

Aquí fue distinto, de inmediato y de manera espontánea entre el pánico escénico de los intelectuales y profesionistas, del gabinete de AMLO y ante la multitud, fueron pasando uno por uno, exponiendo en 30 segundos ante una dilatada emotividad de los públicos alguna frase emblemática por la defensa del

¹⁹ Para una crítica de la Crowd Theory véase a Jasper (2005; 2006).

voto.²⁰ La escritora Elena Poniatowska, en medio de bravos ensordecedores dijo, en consonancia con este análisis: “¡Todo lo que está aquí es toda cultura!” (por supuesto, también los actos del PRI y el PAN fueron cultura, pero se expresaban diferenciados). En ese acontecimiento del Zócalo AMLO, como columna vertebral, representaba esa cultura interiorizada por Poniatowska, vasta, popular y plural. El carisma del líder se había creado por varias fuentes: en la experiencia de lucha social desde al menos 1995 cuando encabezó las célebres caminatas y megamarchas en medio de contiendas electorales y formación de movimientos sociales; como presidente del partido a nivel nacional; en la asociación cultural con grupos amplios de políticos e intelectuales orgánicos del movimiento; en el alineamiento de su discurso antineoliberal y nacionalista, que fue asumido y comprendido por sus seguidores. Eran resonancias históricas que se sintetizaban en un acto que reflejaba el tipo de conciencia que se estaba construyendo socialmente. Los otros carismas, de JVM y EPN fueron presentados ante su público no como una construcción social, sino como una elaboración artificial por los poderes fácticos y empresas profesionales de mercadotecnia. Eso redujo hasta la desaparición las propias cualidades personales de estos candidatos, independientemente de quién haya ganado la contienda.

LA APROPIACIÓN DEL PROYECTO POLÍTICO

La construcción de un discurso de contenido social está, en este caso, asociado directamente al número de iconos distribuidos tanto en términos formales, producidos y distribuidos “oficialmente” por los aparatos partidarios con recursos institucionales, como en términos informales, producidos por la innovación y creatividad de los asistentes.²¹ El número de propaganda iden-

²⁰ Jacqueline Gutiérrez Sotelo, etnografía, IX Taller, *op. cit.*

²¹ En los cierres de JVM y EPN la identificación de los asistentes con el partido o el candidato puede calificarse como débil, pues el número de

tificada por el tipo de agencia social corresponde al número de organizaciones asistentes a los actos masivos, e identifica de una manera cuantitativa el grado de participación e involucramiento de la gente con el objetivo de la movilización. La producción de la propaganda también muestra esta distinción. El contraste entre un tipo de propaganda oficial, con relación a las autónomas (innovadas por la gente de manera espontánea), o de tipo territorial u organizacional, que se refiere a la participación motivacional de organizaciones sociales y cívicas. Todo ello establece un referente de las características del proyecto propuesto y del movimiento social o político que lo respalda. Es justamente un indicador de la forma en que la gente construye y consolida sus organizaciones y el proyecto que enarbola. El cuadro 5.2 muestra una diferencia sustantiva en este sentido. Los 250 tipos de propaganda registrados de la observación de la movilización de AMLO, en comparación con 53 y 46 de JVM y EPN, respectivamente, describen una diferencia de 1 a 5 en la exposición de mantas políticas. También es indicativo el número de pancartas autónomas, producidas en la espontaneidad de la acción popular, de 154 en el acto de AMLO a 5 y 3 en los otros.

Si asociamos estos números con el contenido de las consignas (véase cuadro 5.3) y la naturaleza de los actos electorales, se refuerza nuestra hipótesis del carácter político y cultural de los proyectos en contienda, pero sobre todo el grado de identificación y vinculación de la gente al tipo de proyecto y a su aparato organizacional. Como vemos en las imágenes 5.4, 5.5 y 5.6, la propaganda oficial del acto de JVM se redujo a unas cuantas consignas de contenido pragmático “La mejor opción” o “Josefina presidente, Josefina diferente”. Así fue el acto, burocratizado y pragmático, sin contenido.

registro de mantas producidas informalmente fue menor a la de AMLO. En la clasificación, la mayoría eran mantas oficiales, es decir, propaganda realizada con serigrafía y diseño, siempre ilustrada con los colores del partido, materiales duros y durables (no papel) que podía portar la gente pero que en general, eran decoración del lugar.

La coherencia cultural que intentó conectar a la multitud panista vino de arriba, del animador carismático del equipo de JVM, parecido a los conductores de grupos de jóvenes cristianos que reproducen en sus juegos las diferencias sexuales entre géneros de una manera burda y burlona, con el único objetivo de integrar la participación de los asistentes al ánimo general del acto y de la naturaleza de su “propuesta política”. En efecto, dirigido más a las clases medias el animador seguía perfilando su discurso sexista que se vinculó con la imagen antifeminista de la campaña de la candidata. “Las chicas son las más gritonas ¿es cierto? –insistía el conductor–. Gracias a Dios he estado en toda la gira de Josefina”. Subrayando las diferencias cognitivas y biológicas entre sexos, con una terminología religiosa insistía en la inexistencia de la mujer infiel, ya que la que es infiel es vengativa, construyendo una imagen de subordinación social de género. El estatuto de mujer de Josefina nunca se asoció al mínimo necesario del discurso feminista de igualdad de género.

Desde la ideología de derecha el PAN ha hecho esfuerzos por sustentarse en una base popular, pero en la medida que las élites del partido corresponden a otra clase social, la relación con las bases que se convierte en populista, se dificulta, por la incongruencia entre los principios del partido que se asume de ciudadanos libres, responsabilizando a los individuos de la carencia y desigualdad social, renegando de las organizaciones y movimientos y de toda acción de carácter colectivo. La presencia de grupos de indígenas acarreados de entidades cercanas al DF (imagen 5.6) fortaleció esta visión, en vez de contradecirla. Los asistentes rurales con expresión de asombro ante la magnificencia de la Plaza de Toros, sin atinar el nombre de la candidata presidencial, ni siquiera de su representante local, aceptaban el “kit” partidista sin atreverse a usarlo ni a emitir ninguna consigna asociada a un partido totalmente alejado de su existencia. Se sentían solos en la multitud, ajenos al bullicio clasemediero de los verdaderos panistas.

Tales incoherencias reflejaron las inconsistencias culturales y las tensiones que privaron en la construcción de una vinculación entre la gente y el proyecto de ciudadanía de la derecha en México. Ni siquiera el imaginario conservador de los mexicanos, su acentuada religiosidad y su desviación natural a los deportes rudos y masculinos permitió articular en el acto una relación entre los grupos, los individuos y el proyecto panista de nación: Estando en una plaza de toros, la candidata “retomó el recurso del matador de toros y recordó las palabras del médico de la plaza que atiende a los heridos, ella mencionó que dicho médico le aseguró que para poder plantarse en la Plaza de Toros era necesario contar con tres rasgos centrales: valor, corazón y el deber de amar a México”. La valentía y el espíritu de una lideresa estaba fusionada con el valor del torero matando al animal.

Así, las consignas ausentes en el público fueron organizadas desde el templete panista, desde la centralidad, desde el arriba figurado, en una relación jerárquica y vertical. Si acaso, destacaron por contraste entre la abrumada propaganda oficialista dos camisetas que, a diferencia del acto del Movimiento Progresista, se identificaron más con el partido que con la candidata, desde la militancia escasa del partido. De los pocos asistentes que aceptaron su militancia al PAN mostraban los atributos de clase que profundizaron la segregación social del acto panista.

El evento del PRI, en comparación, fue muy parecido al PAN en el contenido del discurso público. No hubo iniciativa de las audiencias para profundizar en el carácter social y político del proyecto. La definición del marco referencial de Compromiso por México fue ese, comprometerse con el país, pero sin dar a conocer con detalle qué significaba tal compromiso. El compromiso se asociaba más bien a la estrategia de organización diseñada muchos años antes por EPN al vincular sus siglas con las brigadas de promoción Expresión Política Nacional.

La propaganda emitida por el aparato partidario únicamente hizo alusión al voto, pero no al contenido del voto. Simplemente “Peña Nieto presidente” y “Yo con Enrique Peña

Nieto”. Las mantas descubrían las regiones y las secciones de los grupos asistentes, como una forma de pasar lista ante los directivos y el candidato. Era para el PRI una “fiesta del compromiso”, “fiesta del triunfo electoral”, porque “vamos a ganar, y ganar bien”, pero no se interiorizó nunca la justificación del triunfo ni por qué del compromiso. El compromiso significaba lealtad, como lo entiende el ejército o el PRI clientelar de años, subordinando a las multitudes al acatamiento y la sumisión. El PRI y el PAN han entrado a un periodo de hondo pragmatismo político donde la esencia es la forma, y la movilización de recursos para inducir el voto y comprar la simpatía a un proyecto de nación es el fin que justifica todos los medios.

Con el PRI se colocaron en serie tres pendones en cada punto cardinal del Estadio con consignas referidas a las necesidades sociales para los pobres: vales de medicina, apoyos para mejorar la vivienda, útiles escolares gratuitos, porque “con el PRI vas a ganar más”, con la idea de convencer utilitariamente a la concurrencia. Se generó un discurso oficial paralelo, delimitado en exigencias materiales, ausente de los verdaderos objetivos de la alianza, que dejó al público expresarse con ese realismo vulgar elevando los atributos personales y prefabricados mercadológicamente del candidato: “Enrique bombón, te quiero en mi colchón”, decían las mujeres, y “Enrique amigo, mi vieja quiere contigo”, decían los hombres.

A diferencia de los anteriores, en el cierre de AMLO, fue más fácil identificar a las organizaciones sociales por sus grandes mantas. También fue evidente el dominio territorial de éstas al delimitar espacialmente su sentido de pertenencia social. Denota la importancia que líderes y organizaciones le atribuyen al movimiento como un nivel superior de conciencia colectiva, que debe ser reconocido y valorado tanto por las audiencias como por el líder. Mientras más cerca se esté del templete, se está más cerca de la centralidad del poder. La verticalidad entonces de esta relación, a diferencia de los otros actos y a pesar de otras mediaciones culturales vistas antes, se enfatiza

desde las propias organizaciones desde abajo. La ubicación de grandes mantas y de pancartas ligadas a los partidos políticos (PT, MC y PRD), con banderines de plástico colgados, banderas con astil con la imagen de candidatos a diputados, delegados o senadores, es una acción estratégica para los representantes partidarios, justo frente al templete para ser vistas por el candidato: “AMLO, el partido está contigo”, y otras frases como ésta encierran en realidad la línea virtual entre la particularidad de la organización, la estrechez de los liderazgos locales con la inconmensurabilidad del proyecto representada por su líder, como pasa también con el PAN o con el PRI.

La diferencia con los actos del PAN y del PRI, partidos con un arraigo más hondo en la institucionalidad de la práctica electoral, fue para el caso del Movimiento Progresista, la espontaneidad de la gente para expresar sentidamente el desagravio como justificación de su apuesta política, y el punto de alineamiento con el proyecto que representa su candidato. El acto de la coalición Movimiento Progresista fue una combinación de organizaciones políticas con un peso estratégico fundamental, con capital político evidente, con la magnificencia de su propaganda profesionalizante, pero llevada a cabo por cada una a iniciativa propia. Después se encontraban los iconos de las organizaciones sociales y sindicales, asumiendo sus propios colores y emblemas, pero asociándolos siempre a la línea general del proyecto político que significaba la coalición Movimiento Progresista. Esta línea muchísimo más identificada por el significado del nombre de la coalición, no es una asociación explícitamente política más que en el adjetivo ideológico de “progresista”, de amplitud social, que trata de integrar a grupos pertenecientes a diferentes clases, etnias, géneros e ideologías. “Progresista” es al fin y al cabo la concepción de una supuesta izquierda moderna que permite mediar entre la radicalidad socialista y la medianía de la tercera vía por un capitalismo nacionalista. Y la palabra “Movimiento” como sustantivo significa la objetivación de una gran corriente que se des-

plaza a nivel nacional a partir del trabajo dedicado de AMLO y sus seguidores por un largo periodo, construyendo tenazmente una red de organismos que después pudieran convertirse en las células básicas de un nuevo partido político. “Movimiento” hacía identificarse a todas aquellas organizaciones sociales vinculadas o no al PRD, que se posicionaban además políticamente respecto a las pugnas internas de este partido, a favor del Proyecto Alternativo de Nación de su candidato.

Finalmente, la imagen del acto político en el Zócalo se pintó de contenido popular, miembros de organizaciones o personas y familias independientes llevaron sus propias mantas (pancartas y cartulinas). La mayoría eran autónomas, de cartulinas y diseños originales, sin ningún tipo de alusión partidista, reflejando una opinión individual, y reduciendo cualquier percepción de “acarreados” al mínimo. Las expresiones fueron muy diversas, como podría suponerse, pero en general las mantas o pancartas que clasificamos como autónomas, abordaban temas de este tipo: oposición al fraude, rechazo a EPN, a Televisa y exaltación de valores, como honestidad, justicia, amor y aspiración al cambio. Estas últimas son también expectativas que la gente le fue haciendo al candidato como demandas a defender. En actos masivos es posible registrar tanto aquellas peticiones dirigidas expresamente hacia los líderes de un movimiento, sea social o político, como las dirigidas hacia los adversarios políticos, el gobierno y los observadores. En el cierre del Movimiento Progresista destacó la necesidad de cambio social, y de mantener una cabal oposición a lo que consideraban el bloque hegemónico PRI-PAN (PRI-AN así llamados popularmente), además de exigir respeto a los votos y rechazo al fraude electoral. Finalmente, el repudio generalizado a Televisa, en una valoración crítica de la información manipulada y difundida por esta empresa.

Como vemos en las imágenes, las frases relacionan el contexto social y político, la política general vinculada a la simpatía con ciertos movimientos como el #YoSoy132, su posiciona-

miento ante el conflicto interno del partido, su aspiración y animosidad popular, la economía y las políticas públicas; todo ello con un alineamiento carismático hacia el candidato.

COMENTARIOS FINALES

Los actos terminaron con el regreso de los asistentes a su lugar de origen. El despliegue de los agentes de tránsito para desahogar el caos vehicular se convirtió en la irremediable señal. La retirada en cada acto fue marcadamente diferente. Con JVM un grupo musical con mal sonido y peor realización cerraba el acto después del discurso principal, mientras los asistentes apresuraban la huida, desalojando la plaza en alrededor de 5 minutos. En los confines la gente movilizada para el acto aún rondaba, no sin temor a perderse, en busca de los autobuses que los llevarían de regreso a sus lugares de origen.

En el Estadio Azteca la gente abandonó el lugar rápidamente a excepción de un contingente campesino de la CNC y otro de las juventudes que intentaron interactuar en la distancia con el candidato priista y su esposa por más de 30 minutos. El resto de los asistentes vació el lugar con el primer confeti lanzado del cierre, presurosos de concluir la visita obligada al Estadio.

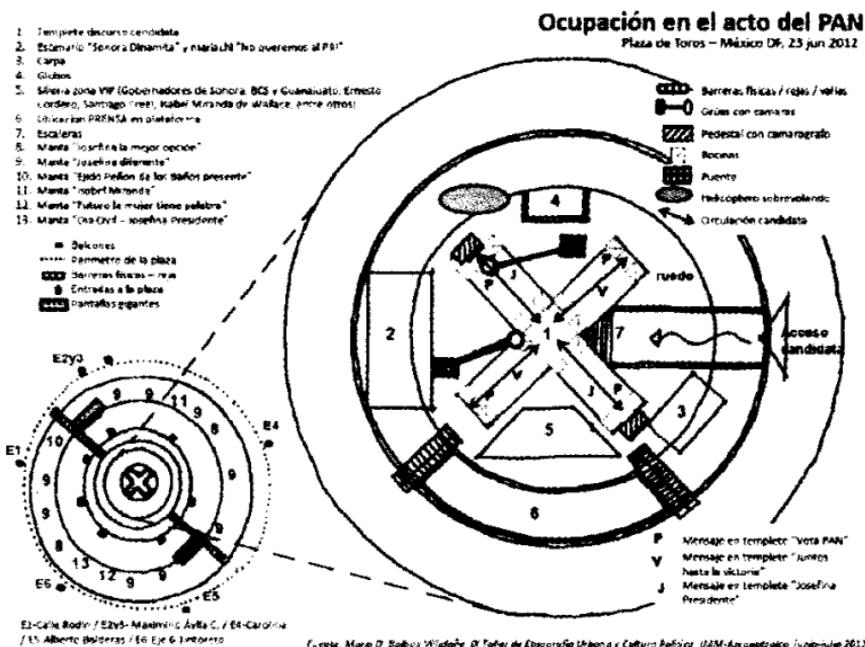
En el Zócalo la gente no se iba, se quedó intercambiando impresiones, tomándose fotografías, sentada en las baldosas con calma discutiendo de política, de la campaña concluida, de la expectativa del voto.

Los actos de apropiación del espacio en los cierres de campaña reflejan prácticas culturales de los asistentes en interacción con la representación formal del partido y su proyecto de nación. Los “cierres”, como hemos visto, son más que simples recursos prácticos de movilización política electoral. Muestran la articulación, como compleja mediación cultural, entre la filosofía del proyecto de ciudadanía emprendida por la representación política (las élites y el partido) y la cultura popular

(fuerzas sociales, grupos e individuos) de aquellos que interiorizan esa filosofía y la externalizan a través de sus interacciones e interpretaciones políticas, proyectos y resonancias. Este proceso continuo de ida y vuelta provoca irremediablemente transformaciones y adecuaciones en los proyectos universales y en el cambio o transformación de la conciencia social.

Los proyectos que se confrontaron en la contienda electoral no están redactados en las plataformas electorales correspondientes, ni en los discursos lúcidos de los candidatos, no únicamente; están legitimados y reinterpretados por los protagonistas y las audiencias a través de su participación y prácticas político-culturales. Así se delinean con mejor claridad las expectativas e intenciones de los bloques políticos que luchan por el poder. Es la mezcla entre la ambición universalista del proyecto propuesto y las tensiones particularistas de los múltiples grupos que componen a los simpatizantes y protagonistas. El entretejido se logra a través de resonancias históricas, es decir, de articulaciones sucesivas entre nuevas concepciones del mundo y la cultura popular expresada a través de las fuerzas sociales que se apropian simbólicamente del espacio público. Es así como la ciudadanía representa diferentes visiones del mundo, para diferentes grupos de ciudadanos de una determinada e histórica comunidad política.

Mapa 5.1 Ocupación en el acto del PAN de la Plaza de Toros México

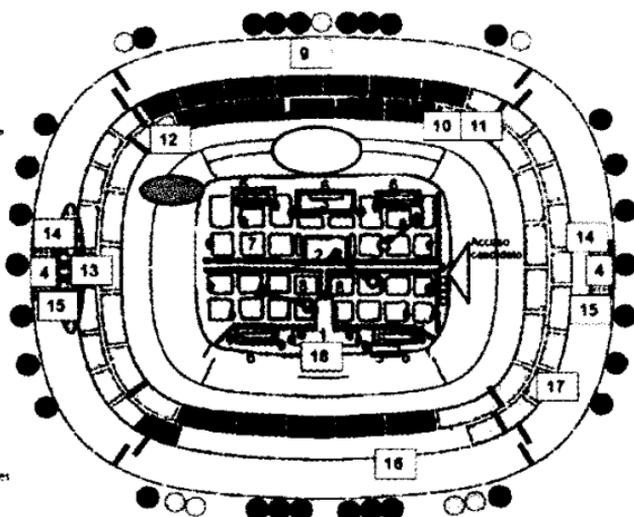


Fuente: Dibujado por María Balboa Villafañe, etnografía, IX Taller de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-A. Fuente: Balboa Villafañe, María (s.f.) Ocupación en el acto del PAN de la Plaza de Toros México.

Mapa 5.2 Ocupación en el acto de Compromiso por México en el Estadio Azteca

- Barreras físicas / rejas / vallas
- Pantallas fijas
- Grúas con cámaras
- Bocinas
- Ambulancias
- Zona de sillas, Invitados cancha
- Zepelín sobrevolando
- Helicóptero sobrevolando
- Preferencias numeradas / cerrado
- Tumbas - niveles inferiores
- Rampas - Niveles superiores
- Grupos CTC (Confederación de Trabajadores y Campesinos)

Ocupación en el acto de Compromiso por México Estadio Azteca - México DF, 24 jun. 2012



1. Templo / estr. discurso candidato
2. Ubicación PRENSA confinada
3. Escenario, espectáculo "El Recodo"
4. Pantallas permanentes
5. Control de Sonido
6. Pantallas temporales
7. Sillas invitadas especiales
8. Sillas invitadas VIP
9. Manta "Cuando Enrique Peña Nieto ganamos los mexicanos"
10. Manta "Enrique Peña Nieto - Orgullo Mexicano"
11. Manta "Porque a veces cambiar - Enrique Peña Nieto"
12. Manta "Como gobernador EPN nos cambió - Estado de México"
13. Manta digitalizable "CTC"
14. Piedad "Peña Nieto Presidente - Unidos escuchamos Grupos"
15. Piedad "Peña Nieto Presidente - Seguro de Vida Para Jefes de Familia"
16. Manta "Alcancía del Moral - Tu deuda federal Distrito 2"

1/ Porra PRI (bajo Refucada)

18. Mensaje fondo del Templo "Enrique Peña Nieto Presidente 2012-2018 -Vote PRI, VERDE - Vas a ganar Más"

Fuente: María D. Balboa Villafañe, IX Taller de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-Aeropuerto, Junio Julio 2012

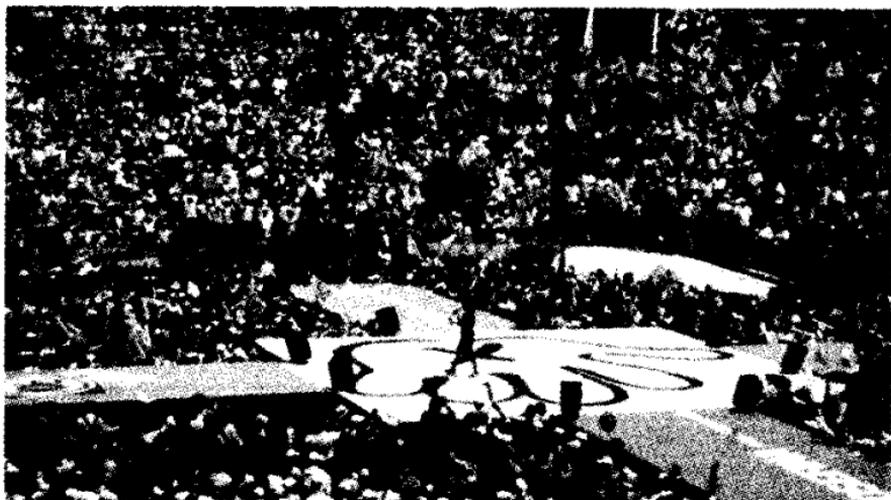
Fuente: Dibujado por María Balboa Villafañe, etnografía, IX Taller de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-A. Fuente: Balboa Villafañe, María (s.f.). Ocupación en el acto de Compromiso por México en el Estadio Azteca.

Mapa 5.3 Ocupación del Zócalo en el acto de Movimiento Progresista



Fuente: Dibujado por María Balboa Villafañe, etnografía, IX Taller de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-A. Fuente: Balboa Villafañe, María (s.f.) Ocupación del Zócalo en el acto de Movimiento progresista

Imagen 5.1 Aspecto del acto del PAN en la Plaza de Toros México, sábado 23 de junio de 2012



Fuente: Fotografía de Rodolfo Roque de Base de datos del IX Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-A, junio-julio 2012.

Imagen 5.2 Aspecto de la concentración priista en el acto de la Alianza Compromiso por México en el Estadio Azteca, domingo 24 de junio de 2012



Fuente: Fotografía de Fernando Roura de Base de datos del IX Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-A, junio-julio 2012.

Imagen 5.3 Aspecto de la concentración del acto de la Alianza Movimiento Progresista en el Zócalo de la ciudad de México, el día 27 de junio de 2012



Fuente: *Proceso* (2012). Aspecto de la concentración del acto de la alianza Movimiento Progresista en el Zócalo de la ciudad de México, el día 27 de junio de 2012 [Fotografía]. Disponible en <<http://www.proceso.com.mx/?p=312470>>.

Cuadro 5.1 Organizaciones sectoriales registradas en los cierres de campaña de JVM, Compromiso por México y Movimiento Progresista, México 2012

Cierre de campaña de la candidata JVM (Josefina Vásquez Mota) del Partido Acción Nacional						
Sociales	Sindicales	Juveniles y estudiantiles	Territoriales	Civiles	Políticas	
Federación Nacional para el Desarrollo de Organizaciones y Regiones (Fendor)	Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM)	Acción Juvenil	Estados	Guadalajara, Guerrero, Oaxaca, Querétaro, Veracruz, Hidalgo (Acaxochitla), Durango, Zacatecas, Puebla (Chignahuapan), Edo. de México (vecinos de Tecámac)	Consejo Nacional de Sociedades con campesinos y Colonos A.C. (Consucc)	Mujeres con Wallace
Grupos de taxistas	Sindicato Nacional de Trabajadores del Transporte, Industria y Construcción (Sinttecm)	Institutos Tecnológicos	Ejido Peñón de los Baños	OLA Civil	Coordinadora Nacional de Asuntos Rurales	
Grupo de Mujeres Oaxaqueñas con JVM		Jóvenes con Jorge Romero	Delegaciones	Vecinos de Iztapalapa, Álvaro Obregón, Miguel Hidalgo (candidato Miguel Errasti)	Asociación Nacional del Sector Agropecuario y Campesino A. C.	Apoyo Jorge Romero

Cierre de campaña del candidato Enrique Peña Nieto de Compromiso por México (alianza entre el Partido Revolucionario Institucional y Partido Verde Ecologista de México)					
Sociales	Sindicales	Juveniles y estudiantiles	Territoriales	Cíviles	Políticas
Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP)	Confederación Nacional Campesina (CNC)	Frente Juvenil Revolucionario	Chihuahua	Frente de Transportistas por la Dignidad del Trabajador A. C.	Apoyo a Beatriz Paredes, candidata a jefa de gobierno DF.
Mujeres Compro-metidas (MCP)	Confederación Nacional Campesina (CNC)	Institutos Tecnológicos	Atizapán	Proyecto Nacional por y para México A. C. (PNM)	Apoyo al candidato a diputado de distrito 10 de Ecatepec Alberto Hernández Meneses
	Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana (STPRM)	Juventud Popular Revolucionaria	Amigos de Peña	Gaviotas	Partido Republicano Colonista
	Confederación de Trabajadores y Campesinos (CTC)	Cibernautas	Movimiento Territorial		Partido Verde Ecologista
	Central Campesina Independiente (CCI)	Club de fans	Tizayuca Tenayuca		Recuperemos la GAM
					TASSIO ECATEPEC
					Contingente en apoyo al candidato a diputado Héctor Pedroza (Edo. Mex)

Cierre de campaña del candidato Andrés Manuel López Obrador del Movimiento Progresista (alianza entre el Partido de la Revolución Democrática, Movimiento Ciudadano y el Partido del Trabajo)

Sociales	Sindicales	Juveniles y estudiantiles	Territoriales	Cíviles	Políticas
Cañaverales UNSVI	Sindicato Almacenes Mexico no de Electricistas (SME)	*Grupo de estudiantes de la UAM *Grupo de estudiantes de la UNAM *Instituto Politécnico Nacional (IPN) *Grupo de estudiantes de la UNAM	Yuriria Ayala, Diputada Local Distrito VIII	Redes Jóvenes por la Educación y la Paz A. C.	Partido Popular Socialista (PPS)
Círculo de Mujeres Xochimilco	Alianza de Tranviarios de México	El Mexe	Estados Hidalgo Jalisco Tabasco	Agrupación Liberal en	Movimiento Ciudadano
Unión de Colonias Populares	Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCAM-DF)	Jóvenes con AMLO	PRD- Valle Gómez	Movimiento A. C. Movimiento Gremial Unificado A. C. (Mogur)	Partido del Trabajo
Unión de Comerciantes Tierra y Libertad (UCTL)	Telefonistas de México	Los Jóvenes Somos La Fuerza que Mueve a Venustiano Carranza	Delegaciones PRD- IFA (Fuerzas Unidas de Azcapotzalco), GAM Limpia	Frente Unificador del Comercio de la República Mexicana Guadalupe Duarte A. C.	Partido de la Revolución Democrática Fuerza Democrática Liderazgos Organizados para el Bienestar y las Oportunidades Sociales (LOBOS), Unidad y Renovación (Unyr)
Morena	Sindicato Único de Trabajadores de Autotransportes Urbanos de Pasajeros Ruta 109 (Sutaur)	#Yo soy 132	Juntos por Neza	Fuerza Ciudadana en Lucha A. C.	Apoyo a Mario Delgado

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos del IX Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-A, junio-julio 2012.

Cuadro 5.2 Tipo y número de mantas (pancartas) registradas en los tres cierres de campaña electoral

Tipología	AMLO	JVM	EPN
Oficial	10	26	18
Autónoma	154	5	3
Territorial	20	12	12
Organización	55	5	11
Otra	11	5	2
Total	250	53	46

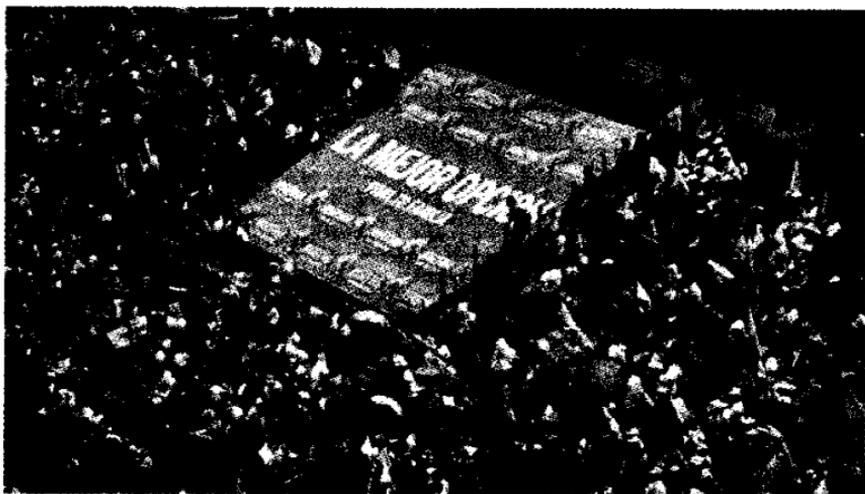
Fuente: Elaboración propia a partir de los registros etnográficos del IX Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura política, UAM-A, junio-julio 2013.

Imagen 5.4 Acceso al acto del PAN en la Plaza de Toros México



Fuente: Fotografía de Rodolfo Roque (2012). Acceso al acto del PAN en la Plaza de Toros México Base de datos del IX Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-Azcapotzalco, junio-julio 2012.

Imagen 5.5 Manta espectacular en el acto del PAN



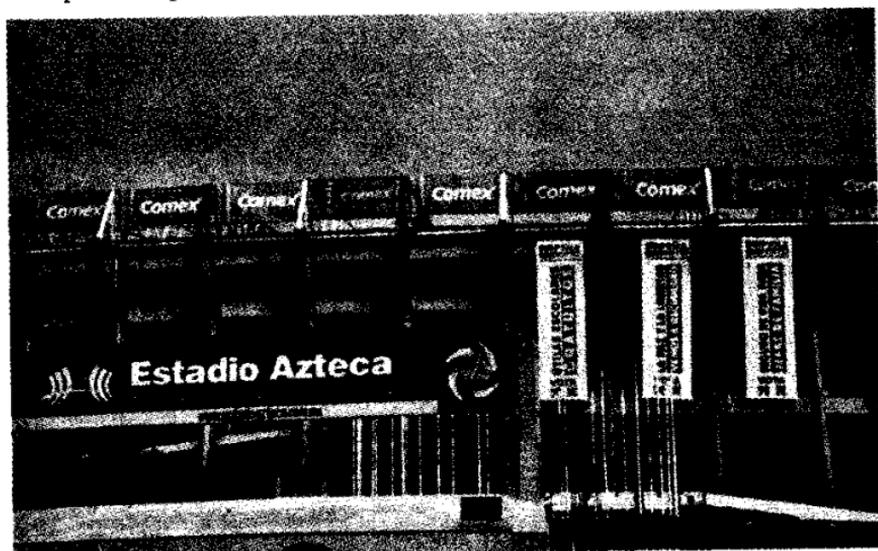
Fuente: Fotografía de Antonio Pacheco y Rodrigo Armando (2012). Base de datos del IX Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-A, junio-julio.

Imagen 5.6 Propaganda oficial en el acto del PAN



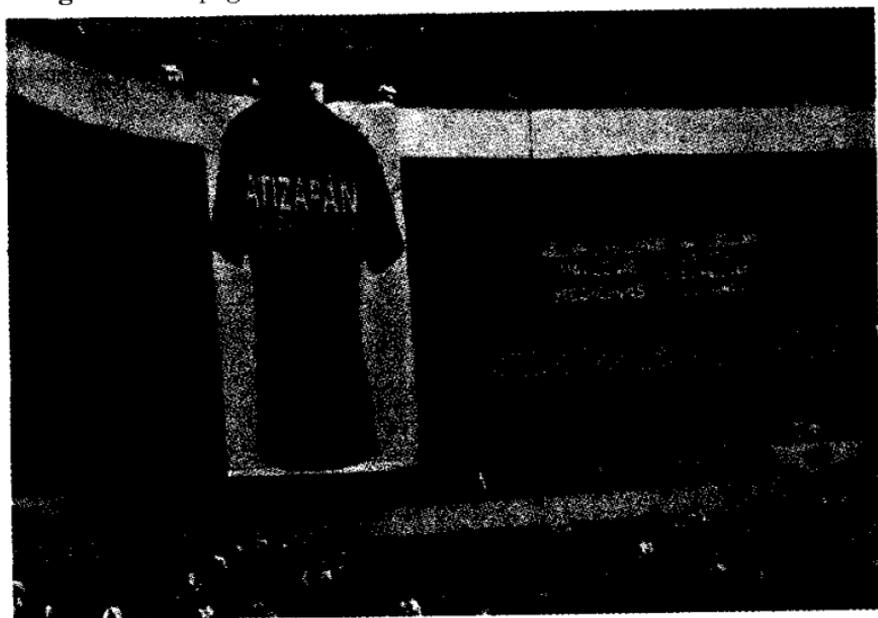
Fuente: Fotografía de Sergio Tamayo (2012). Base de datos del IX Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-A, junio-julio.

Imagen 5.7 Pendones oficiales con consignas de campaña en el acto de Compromiso por México



Fuente: Fotografía de Sergio Tamayo (2012). Base de datos del IX Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-A, junio-julio.

Imagen 5.8 Propaganda territorial en el acto de Compromiso por México



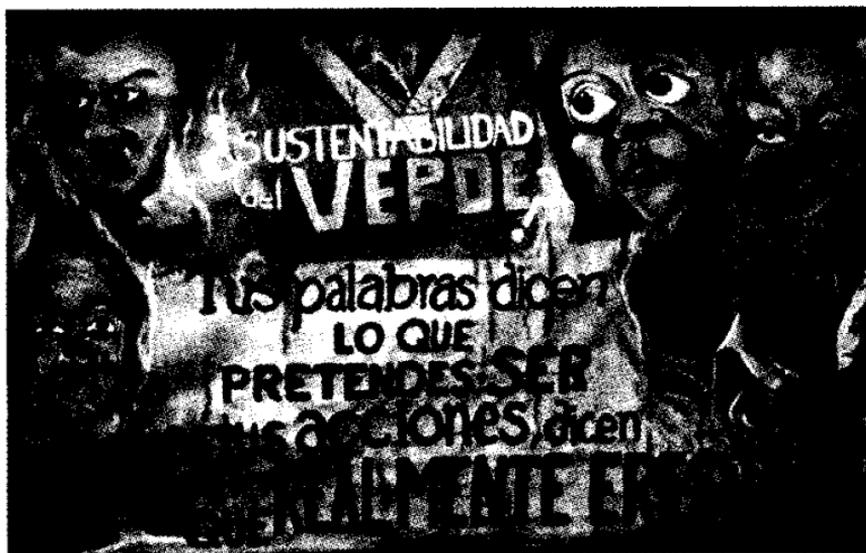
Fuente: Fotografía de Sergio Tamayo (2012). Base de datos del IX Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-A, junio-julio.

Imagen 5.9 Manta espectacular en el acto de Compromiso por México



Fuente: Fotografía de Sergio Tamayo (2012). Base de datos del IX Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-A, junio-julio.

Imagen 5.10 Manta en el acto de Movimiento Progresista



Fuente: Fotografía de David Varela y Julio Reyes (2012). Base de datos del IX Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-A, junio-julio.

Imagen 5.11 Cartulina en el acto del Movimiento Progresista



Fuente: Fotografía de Azucena Granados (2012). Base de datos del IX Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-A, junio-julio.

Imagen 5.12 Contingente en el acto del Movimiento Progresista



Fuente: Fotografía de Belem Hernández (2012). Base de datos del IX Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura Política, UAM-A, junio-julio.

Capítulo 6. El desprendimiento de las conciencias

El objetivo de este capítulo, que marca el punto de llegada de la transición política hacia un nuevo cambio de régimen político, el progresismo tardío de México, es destacar las formas simbólicas que produjeron, por un lado el triunfo electoral de una coalición de fuerzas sociales y, por otro, la debacle política de otros partidos, en el contexto de una contienda política contenida. Esta narrativa comparará aquellos elementos del análisis situacional de los principales contendientes de las coaliciones electorales (“Por México al Frente”, “Todos por México”, y “Juntos haremos historia”), en los cierres de campaña del 23 y 27 de junio de 2018, y podrá contrastarse longitudinalmente con las narrativas vertidas en los capítulos anteriores.

Durante los cierres de campaña, llevados a cabo en la ya denominada Ciudad de México (CDMX), que sustituyó desde 2017 el nombre antiguo de Distrito Federal, el sábado 23 y el miércoles 27 de junio de 2018, unos días previos a la elección federal del domingo 1 de julio, se revelaron fuertes tensiones que habrían prevalecido durante todo el proceso electoral. Las formas de apropiación simbólica del espacio público de las concentraciones, así como las alianzas generadas entre organizaciones políticas, civiles y sociales durante la campaña reflejaron

la debilidad o, en su caso, fortaleza de cada uno de los contendientes. Además, el *performance* político y discursivo emitido en los mítines descubrieron de manera nítida la cultura política partidista enraizada históricamente, sobre la cual sostuvieron su particular proyecto de nación. La apropiación del espacio público, las alianzas y redes producidas, así como el *performance* discursivo, constituyeron las principales formas simbólicas de esta lucha política.

El capítulo se estructura con un apartado sobre el contexto social y político de la trayectoria del gobierno de EPN. Le sigue la descripción de los actos políticos de las coaliciones. El segundo apartado da cuenta de la concentración de la coalición Por México al frente. El tercer acápite se refiere a la narrativa de la coalición Todos por México. El cuarto apartado reseña la coalición Juntos haremos historia. En el “Anexo” incluimos los resultados finales de la elección federal, que contextualiza en parte el puente analítico con las primeras historias, que se sintetizan en el apartado de “Consideraciones finales.”

CONTEXTO POLÍTICO

A partir de 2012, México vivió el insólito regreso del viejo régimen. EPN representando un PRI más diferenciado, gobernado por un bloque conservador y elitista mantuvo su hegemonía por la vía electoral y varios fraudes locales en las gubernaturas estatales. Esta élite que basaba su poder y dominación con prebendas y clientelas corruptibles, atrayéndose sectores locales empresariales, sindicales y de organizaciones sociales se asoció con la nueva generación de cuadros priistas, jóvenes emprendedores herederos de familias políticas poderosas que actuaban en un círculo frívolo y pragmático en la nueva era de la política posmoderna o la llamada pospolítica. El resultado fue un PRI cada vez más fragmentado y un gobierno asombrosamente oligárquico y aristocrático. Por supuesto, durante

la campaña, los recursos principales vinieron de estas gubernaturas, a través de las gestiones y pase de charola de Miguel Ángel Osorio Chong, ex gobernador de Hidalgo y miembro de la tríada electoral de EPN. Esta recolección tendría implicaciones a través de una cadena de favores recíprocos, acabada la contienda y dándose el triunfo de EPN. Mientras tanto, la recolección se daba en efectivo, en maletas, cajuelas de vehículos, cajas envueltas para regalo, y en especie como contenedores con camisetas, despensas y utensilios de cocina.¹

El sexenio 2012-2018 de EPN estuvo cargado de denuncias por actos ilícitos, corrupción, elaboración de contratos amañados con grandes consorcios vinculados al gobierno, aumento desmedido de muertes y desapariciones forzadas por violencia de grupos del narcotráfico y estructuras del Estado, censura y violaciones a la libertad de expresión. Los resultados de 2018 en parte fueron resultado de la conciencia de la ciudadanía sobre lo que EPN simbolizaba, con precisión, la corrupción de la cúspide del poder (Delgado, 2016) y que sólo AMLO, con un discurso persistente durante 20 años podría desplazarlo.

El encarcelamiento de Elba Esther Gordillo mostró el caso recurrente de gobiernos priistas y panistas de señalar a un chivo expiatorio para mostrar la orientación y fuerza política del gobierno en turno, y dar señales de honestidad y convicción institucional. Las presiones de los sectores de derecha más conservadores y activistas de los empresarios pudo haber convencido a EPN para encarcelar a la lideresa del sindicato más

¹ Los gobernadores involucrados fueron Javier Duarte de Veracruz, Ivonne Ortega de Yucatán, Carlos Lozano de Aguascalientes, César Duarte de Chihuahua, Jorge Herrera de Durango, Francisco Olvera de Hidalgo, Roberto Borge de Quintana Roo, Egidio Torres Cantú de Tamaulipas, Mariano González Zarur de Tlaxcala, Miguel Alonso Reyes de Zacatecas, José Calzada de Querétaro; así como otros gobernadores chapulines que desde el PRI habrían saltado a otros partidos para ganar sus gubernaturas, como Rafael Moreno Valle de Puebla; Mario López Valdés de Sinaloa, y Gabino Cué de Oaxaca (Rock, 2019: 33 y 34).

grande e importante de América Latina acusada de malversación de fondos. No obstante, un año antes de culminar el sexenio de EPN, Elba Esther salió libre al declararse inocente de cargos (*cf.* Olivier, 2015). Otros personajes incómodos del nuevo gobierno también sufrieron de exclusión, abandono y olvido político, aunque no llegaron a ser sentenciados a cárcel (Rock, 2019).

El Pacto por México presentado por EPN debía servir para legitimar políticamente al gobierno federal y establecer un consenso con las principales fuerzas políticas del país en torno al plan estratégico integral que tendrían que legalizar las reformas estructurales. Dichas reformas enraizarían definitivamente el modelo de desarrollo neoliberal en el país. La intención del gobierno, que no sólo fue apoyada sino principalmente promovida por el PRD, converge con la definición del European Central Bank en el sentido de que son medidas que buscan la modificación de la estructura básica de la economía y contenerla en un marco institucional y regulatorio que define el comportamiento y la relación entre empresas y particulares. El gobierno federal publicó en el portal de la Presidencia de EPN las bases de las 11 reformas apoyadas por los principales partidos políticos, PRI, PAN, PRD y PVEM. Éstas fueron: energética orientada a la modernización de los sectores petrolero, energía eléctrica y gas natural; en materia de competencia económica; en materia de telecomunicaciones y radiodifusión, para fomentar la competencia entre empresas y cerrar la brecha digital; hacendaria; financiera, laboral hacia la flexibilización de las relaciones laborales; educativa; sobre la nueva ley de amparo; código nacional de procedimientos penales; de política electoral; en materia de transparencia promoviendo la autonomía del IFAI. Varias de estas reformas fueron confrontadas en el gobierno electo en 2018 de AMLO, que llamó de la Cuarta Transformación (4T), especialmente las referidas a la Reforma Educativa, la Reforma Laboral, la Reforma Energética y la de Política Electoral, entre otras, generando un intenso

debate entre las fuerzas de oposición, tanto de derecha como de izquierda.

La Reforma Educativa defendida con arrecio por el entonces Secretario de Educación y uno de los miembros de la tríada del gobierno de EPN, Aurelio Nuño, se enfrentó con fiereza a las resistencias de la CNTE. La Reforma Educativa, así como la Reforma Energética, fue la institucionalización de la política continuista promovida sin éxito por el gobierno de Felipe Calderón. Durante la administración de EPN trajo un amplio descontento de todo el sector magisterial, especialmente, pero no únicamente, del grupo organizado de la CNTE que impulsó una serie de grandes movilizaciones desde el año de 2013, y que fue enfrentada por una inamovible posición de Aurelio Nuño que había sustituido al anterior Emilio Chuayfett, después de haber encarcelado a la señora Gordillo en ese mismo año. Para 2016, después de una persistente resistencia magisterial, policías federales dispararon contra maestros de la CNTE y simpatizantes de la población de Nochixtlán, en el estado de Oaxaca que habían bloqueado la autopista federal en protesta por la aplicación de la Reforma Educativa (Moreno, 2016).

También los empresarios y grupos de derecha se organizaron en torno a la Reforma Educativa. En esta estructura de oportunidad surgida desde la orientación conservadora del gobierno panista de FCH, nació en 2005 un grupo de potentados impulsado por Emilio Azcárraga Jean de Televisa y fomentado por Claudio X. González Guajardo denominado “Mexicanos Primero” que puso el énfasis en la incapacidad e irresponsabilidad de los maestros quienes habrían provocado la crisis educativa. Con EPN esta asociación renovó su activismo y ejerció presión contra Gordillo, la SNTE y el Secretario de Educación Emilio Chuayfett, y profundizó la privatización de la educación. Hacia noviembre de 2015, los mismos activistas empresariales fundaron “Mexicanos contra la Corrupción y la Impunidad”, que hizo romper relaciones con su antiguo aliado de Televisa.

Ayotzinapa fue para algunos analistas el verdadero derrumbe del gobierno de EPN. Éste fue un tema preocupante y asiduamente analizado en su momento por EPN, Aurelio Nuño, el secretario de Educación, Miguel Ángel Osorio Chong, secretario de Gobernación y Jesús Murillo Karam el procurador General de la República, que decidieron a dos meses del acontecimiento declarar la “Verdad histórica” a partir de la cual los 43 jóvenes estudiantes de la Normal Rural Isidro Burgos de Ayotzinapa, en el Estado de Guerrero, habrían sido asesinados por grupos del narcotráfico autollamados “Guerreros Unidos”. Los cuerpos de los jóvenes habrían sido incinerados en un basurero en el municipio de Cocula. Esta versión fue desmentida a lo largo del tiempo por un movimiento social muy amplio a nivel local, nacional e internacional, presidido por los padres de los 43 jóvenes desaparecidos. El suceso generó una vasta movilización que asoció este hecho a la corrupción del régimen, su participación en la delincuencia organizada, la impunidad de los responsables directos e indirectos, el hartazgo a la violencia generalizada en el país y la deslegitimidad del régimen neo-priista que se impugnaba día con día.

Esta sacudida de la élite gobernante venida directamente, como vimos, de los empresarios más ricos del país, así como de los acontecimientos de Ayotzinapa en 2014, se sumaron a las elecciones intermedias de 2015 que afectaron directamente la credibilidad del PRI. El partido perdió un alto porcentaje de votos y presencia electoral en la mayoría de los estados contendientes, así como en las representaciones de los congresos locales y en el Congreso de la Unión. El movimiento social había impulsado una campaña de abstención y voto nulo en todas las entidades, así como a nivel federal, que se combinó con el apoyo a Morena como nuevo partido en busca de su registro legal, después de haberse escindido del PRD. El ánimo de confrontación electoral, ya sea con una actitud abstencionista, de nulificar el voto u orientar el voto a la izquierda del PRD, tenía su base en la represión sufrida en Ayotzinapa, la lucha

por la paz y justicia del movimiento de Javier Sicilia, los maestros organizados de la CNTE contra la Reforma Educativa, y el movimiento contra la privatización de recursos energéticos en el país.

Por otro lado, el caso de la Casa Blanca vino a complicar la atmósfera turbia del gobierno. Esta mansión de los Peña así denominada, fue adquirida, según una infame declaración de la esposa del presidente con los ahorros del trabajo de la entonces primera dama, Angélica Rivera de Peña Nieto, cuando era una actriz de telenovelas en la empresa Televisa. La indignación además aumentó cuando se supo que la casa blanca tenía un valor superior a 80 millones de pesos, y fue construida por una empresa cliente del gobierno desde que EPN era gobernador del Estado de México. La noticia surgió de una investigación periodística elaborada por el grupo de Aristegui Noticias, que de nuevo fue hostigada y presionada por la presidencia. El caso llegó a ser tan impactante que el propio EPN se reunió con el dueño de Televisa y otros grandes empresarios para aclarar la situación. Ante una explicación poco creíble, algunos empresarios no consintieron el hecho y le confiaron abiertamente al presente: “que el país necesita una estrategia que le permita a la gente creer en la honestidad de su gobierno” y “por una campaña –según Carlos Slim, dueño del Grupo Carso– que ayude a mejorar la imagen del gobierno”. El tema dominaba la inconformidad de los dueños del dinero del país, especialmente de Claudio X. González Laporte que presidía el Consejo Mexicano de Negocios, e indignaba a un país lleno de pobres y en pobreza extrema

Todos estos acontecimientos fueron pegando duro y profundo en las vidas de millones de mexicanos, que no llegaron a aceptar el carácter tan pasmoso y frívolo de la familia presidencial. La primera dama, antes actriz de telenovelas, con cierta fama popular, aceptaba entrevistarse y modelar, junto con sus hijas, para revistas de promoción aristocrática y del corazón, haciendo gala de riquezas y liviandad. Se mostraba

en las redes sociales digitales en viajes en el extranjero con vestidos y aditamentos con un lujo chocante. Esto generó una pugna interna incluso con su *staff* que insistían en que “¡en este país no hay realeza; no hay una corte real, no hay infantas de la reina, carajo!” (cf. Rock, 2019:110-11) A esta vida disipada se unió la adquisición del lujoso avión presidencial, un regalo del expresidente FCH a su sucesor EPN.

POR MÉXICO AL FRENTE

Al llegar el proceso electoral de 2017-2018, la alianza entre el Partido de la Revolución Democrática (PRD) y el Partido Acción Nacional (PAN) permitió formar la coalición “Por México al Frente”. A pesar de las divergencias ideológicas de estas organizaciones, en realidad para muchos analistas no resultó ser ninguna sorpresa. Estos dos partidos se habían acercado con el tiempo desde al menos 2006, especialmente en coaliciones locales, pero también con la firma del Pacto por México bajo la anuencia de la presidencia de Enrique Peña Nieto en 2012. Por un lado, la corriente interna del PRD, Nueva Izquierda (NI), encabezada por el grupo de los “Chuchos” (Jesús Ortega Martínez, Jesús Zambrano Grijalva, Luis Miguel Barbosa Huerta, así como Carlos Navarrete; cf. Carlos Navarrete, 2011) y posteriormente con la presidencia del PRD del ex priista y cercano colaborador de Luis Donald Colosio, Agustín Basave Benítez, fue ganando la hegemonía interna del partido. Desde la alternancia presidencial del 2000, este grupo se planteó como estrategia articular una oposición al PRI, acercándose gradualmente al PAN y conformando con éste un frente político. Dicha estrategia no pudo impulsarse fácilmente, pues se enfrentó a diversas corrientes, especialmente las encabezadas por Cuauhtémoc Cárdenas y Andrés Manuel López Obrador (AMLO), y otras formadas por facciones de la izquierda social. La lucha interna hizo declinar algunas personalidades originarias

del PRD, como el propio Cárdenas, Ifigenia Martínez, Porfirio Muñoz Ledo, Rosalbina Garabito y AMLO, entre otros. Las alianzas electorales que se formaron entre PRD y PAN en varios procesos locales y regionales más que fortalecer debilitaron la confianza de simpatizantes y militantes del partido.² En la CDMX el PRD exhibía un claro desgaste, mucho más al reducirse su debate interno en una guerra intestina entre sus ya vacías corrientes políticas que se destrozaban en ácidas disputas por candidaturas (Rock, 2019:173).

Por otro lado, la crisis política del PAN, al menos desde 2012 que se destapó a raíz de la campaña interna entre Josefina Vázquez Mota, Ernesto Cordero y Santiago Creel, si bien logró colapsar la campaña electoral de Josefina en su momento, desplomó también la estructura partidaria del PAN. En esa ocasión obtuvo las peores cifras de su participación electoral en los últimos años, especialmente por el hecho de que el partido venía de dos presidencias conquistadas una tras otra. Para las elecciones intermedias del 2009 el PAN había perdido más de 1 millón y medio de militantes. Con una breve recuperación, para 2018, la candidatura de Ricardo Anaya se impuso en medio de conflictos internos insuperables. Ricardo Anaya llegó a la candidatura de la coalición empujada por un PAN manipulado por su ambición, un joven abogado de origen, pragmático y arrogante, elitista, fiel representante de la nueva generación de políticos que ha venido interiorizándose en el sistema de partidos institucionalizados y el sistema político contemporáneo. Parecido a la imagen obtenida por EPN durante su gobierno, seguramente tal perfil definió la debilidad de su propia campaña y al final los resultados electorales en su contra. Ese pragmatismo que rayaba en la deslealtad lo ejerció con su padre po-

² Véase como ejemplo el caso de la participación simulada del PRD en las elecciones locales de la Delegación Miguel Hidalgo en 2009, que apoyó y fortaleció la candidatura del PAN en ese proceso, impulsada por una de las corrientes hegemónicas asociadas a Nueva Izquierda. (cf. Santacruz y Tamayo, 2011).

lítico Francisco Garrido cuando era gobernador de Querétaro, “lo aplicó luego con Felipe Calderón durante su presidencia; en 2015 con Gustavo Madero, su antecesor en la presidencia del partido, y la traición anunciada de Anaya hacia Peña Nieto, que como cierre final, no le permitió posicionarse mejor en el proceso electoral de 2018” (Rock, 2019:186).

Seguramente en esta crujiente trayectoria el PAN obtuvo en coalición con el PRD y Movimiento Ciudadano (MC) la peor votación en la historia desde 1994, e incluso llegó a perder su registro local en el estado de Tabasco. Si es cierto que el PAN llegaba en 2018 con el mayor número de gubernaturas y alcaldías ganadas por este partido, gobernando a más de 39 millones de ciudadanos/as, internamente estaba considerablemente fracturado. No obstante, el posicionamiento político a través de estas gubernaturas se vio fortalecido dos años después, ante la presidencia ya obtenida por AMLO, ante un conflicto persistente entre la presidencia y los gobernadores que provocó la salida de 8 gobernadores opositores de la Conago (Conferencia Nacional de Gobernadores). Pero para entonces, la búsqueda de la candidatura presidencial tentó a Anaya a promover diversas maniobras veladas como fueron la indefinición del padrón del partido, impedir votaciones internas y el ejercicio abierto a la difamación. Además, las presiones impactaron el trabajo legislativo y reaccionaron a los golpes bajos entre las corrientes. La salida de Margarita Zavala del partido en un acto desesperado suponía la salida de un numeroso grupo de militantes del PAN, que no ocurrió, pero alcanzó a afectar la credibilidad del partido.³

³ Cf. Georgina Saldierna, “Con graves pugnas internas, el PAN llega fracturado al 2018”, en *La Jornada*, jueves 7 de diciembre de 2018, disponible en <<https://www.jornada.com.mx/2017/12/07/politica/005n1pol>>; y Shaila Rosegal, “El PAN está pagando la desilusión por Fox, Calderón y las pugnas internas: Marko Cortés”, en *Sin Embargo*, 17 de octubre de 2018, <<https://www.sinembargo.mx/17-10-2018/3485528>>.

Precisamente, los partidos que habrían firmado el Pacto por México en 2012, llegaron en un momento de mayor debilidad a construir una alianza frágil que los llevaría a realizar una áspera campaña electoral. Tanto las élites del PAN como del PRD que confiaron en la experiencia de anteriores alianzas electorales locales, apostaron en la coyuntura a la posibilidad de revertir la fuerza electoral y social de Morena y su candidato, enemigo a vencer. Actuaron suponiendo que la estrategia política que los había llevado a profundizar sus diferencias en principios básicos de ambos partidos, y que les llevaron a fracturarlos, no les afectaría.

Estas contradicciones se observaron claramente en los diferentes cierres de campaña. En el Ángel de la Independencia, el sábado por la mañana, muchos grupos de organizaciones populares se concentraron, principalmente de la Delegación Iztapalapa y otras de la zona oriente de la CDMX. Los apoyos se intensificaban para Penélope y Karen Quiroga. A la “princesa”, como le decían, la querían de alcaldesa, y así se leía en muchas pancartas. La presencia de colonos y comerciantes independientes, taxis “panteras”, confirmaba la mayor adhesión de líderes del movimiento urbano popular, a raíz de la relación clientelar del PRD en la ciudad (Tejera, 2014, 2020), pero no eran multitudes difusas, sino corporativas. Como señala Héctor Tejera, durante el último gobierno del PRD en la CDMX se había dado una exclusión paulatina de líderes históricos e intelectuales de la izquierda social. Ya no era importante ser militante, con un fuerte compromiso partidario, sino formar parte del mercado electoral y del regateo de los recursos. La disputa de la estructura partidaria entre diferentes facciones se reflejó en el acto. Es posible, siguiendo a Tejera, que no existan organizaciones puras perredistas, sino organizaciones sociales independientes que llegan a hacer negociaciones y alianzas con el PRD, y eso explique su desinterés y fastidio. Estas organizaciones al parecer negocian con todas las opciones, en una especie de pragmatismo generalizado. Lo que se vislumbraba

era ese conjunto de organizaciones, asociados a ciertos líderes, con una perspectiva individual de jugar a la política, más que detentar un proyecto de ciudadanía en disputa. Sin embargo, no siempre se reflejaba ello en el mitin de cierre regional en la CDMX. Aún es posible pensar en que una campaña electoral es, al final de todo, un proceso complejo de alianzas y pactos entre diferentes fuerzas y élites sociales, económicas y políticas. Ello no evidencia necesariamente pactos corporativistas, sino acuerdos políticos, aún cuando sean efímeros y temporales. No obstante, a diferencia de otros actos proselitistas, esta vez la ciudadanía no se diluía entre la multitud. Al contrario, las redes que se formaron en el Monumento del Ángel de la Independencia, eran redes organizacionales que se vinculaban más al PRD y que intentaron concentrar el protagonismo político-electoral. Fue, podríamos decir, una ciudadanía que se mostraba a través de redes, algunas veces territoriales, otras veces del tipo de organizaciones urbanas y sindicatos de empleados del Gobierno de la CDMX. Con todo, fue una práctica ciudadana sustantiva y distintiva. En efecto, una ciudadanía marcada por el corporativismo y el clientelismo, pero a través de una divergencia de grupos de identidad, expresando una cultura política heterónoma.⁴

⁴ Véase la conferencia magistral del Dr. Héctor Tejera Gaona: Departamento de Antropología de la UAM Iztapalapa y director de la Revista *Alteridades*. “La estructura política de la Ciudad de México, en el contexto de las elecciones de 2018”, en Seminario Café Debate de Cultura Política, del Diplomado X Taller de Etnografía Urbana y Cultura Política. Cierres de Campaña en las Elecciones de 2018. UAM-Azcapotzalco y Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales, A. C., mayo de 2018.

Foto 6.2 Templete del acto de Cierre de Campaña “Por México al Frente. Elecciones en México, 2018. Tomada de Base de Datos del Diplomado de Etnografía Urbana y Cultura Política, verano 2018, UAM A y RED Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales A. C.



Sin lugar a duda, fue un acto casi exclusivo del PRD, con apenas un pequeño grupo del Movimiento Ciudadano (MC) y más pequeño aún el del PAN. En el templete se fueron posicionando los representantes de la Coalición. No es difícil imaginarse que ésta fue la principal concentración de la residual fuerza social del PRD en la capital. Un acto no mayor a 50 mil asistentes de predominante color amarillo con moteados azules, que se percibía golpeado y debilitado.

Por su parte, habría que reconocer que la definición del PAN es diferente si asumimos su carácter como partido de cuadros. El proceso de afiliación de este partido es complejo y recientemente experimentó una sensible reducción de su membresía. Es un partido sin estructura y le cuesta más trabajo vincularse con organizaciones sociales y otras asociaciones de la socie-

dad civil. Recientemente el PAN había intentado reutilizar las redes clientelares del PRI, como pasó con Vicente Fox (2000-2006), y en 2016 en el estado de Veracruz, cuando el gobierno panista se llevó a varios ex priistas. Aunque el PAN no es un partido confesional, su doctrina y liderazgo se vinculan con organizaciones católicas y aún sostiene una filosofía tomista. Es muy probable que las fuertes pugnas internas hayan abierto una nueva era, de tipo generacional, donde el peso relativo de las familias tradicionales del PAN se haya venido perdiendo. Se puede observar con la salida de Margarita Zavala y el agotamiento de su soporte calderonista que ya no podrán posicionarse en un futuro inmediato. Lo que se impuso con Ricardo Anaya fue una forma de hacer política, que es muy posible que prevalezca. Con todo, las organizaciones que han estado más cercanas a la doctrina política del PAN no participaron abiertamente, a diferencia del 2000, 2006 e incluso 2012. Ahora, al menos en la CDMX brillaron por su ausencia (*cf.* Hernández Vicencio, 2020).⁵

La concentración “Por México al Frente” no fue un cierre de campaña a nivel nacional. Con todo y que el candidato panista se presentó como refuerzo para la candidatura perre-

⁵ *Cf.* Conferencia Magistral de la Dra. Tania Hernández (sobre el PAN): “Las organizaciones del PAN”, en *Seminario Café Debate de Cultura Política*, *op. cit.* Algunas de las organizaciones conservadoras vinculadas directa o indirectamente al PAN son: Frente Nacional por la Familia, Conciencia Nacional por la Libertad Religiosa, Pasos Por la Vida (organiza movilizaciones con jóvenes de las universidades), Juntos por México Unión Nacional de Movimientos Católicos, Colegio de Abogados católicos; así como Organizaciones Conservadoras Pro Vida como el Instituto Municipal de la Familia (Infamilia), Frente Nacional por la Familia, Consejo Mexicano de la Familia (ConFamilia), Red Familia (campana vinculada con España, contra los derechos LGBT), Instituto Municipal de la Familia y algunas confederaciones o grupos de empresarios dentro de las principales organizaciones existentes en México. También véase el capítulo 5 sobre la participación de organizaciones y asociaciones panistas en el cierre de 2012, que mantiene más o menos el mismo grado de resonancia.

dista a la ciudad, el propio acto disminuyó aún más la fuerza de la alianza. Patentizó la estrepitosa caída de ambos partidos, evidenció que las preferencias de los capitalinos al PAN eran cada vez más reducidas. Fue así un acto deslucido, puntual, de corta duración y con tiempos planeados muy precisos. Anaya manejó un discurso fluido y jovial, pero sin impacto social. Reconoció la lucha del PRD en sus orígenes y la violencia a la que fue sometido, especialmente por los 900 militantes muertos durante el sexenio de Carlos Salinas de Gortari, y los 20 asesinados sólo durante esta jornada electoral. Expresó asimismo la importancia de la lucha por la igualdad de las mujeres y los hombres, aunque se hundiera en el cliché de diferenciar la competencia de sexos: “¡Vinieron las mujeres!” (con ovación) “¿dónde están los hombres?! ¿ya llegaron?”.

La consigna central del acto fue: “Vamos a ganar”, que la gente repetía sin orden. Se enfatizó un discurso por la ciudad que se les resbalaba de las manos. Insistió en alcanzar a una CDMX sin intolerancia, libre y democrática, haciendo una especie de analogía y definir con ello al adversario que debía aparecer como intolerante, autoritario y antidemocrático. Se aferró a la idea de que se apropiaban de la columna del Ángel de la Independencia porque ese lugar significaba “libertad”. No obstante, una columna que se encuentra rodeada por grandes edificios de oficinas y corporaciones transnacionales, a lo largo de una de las avenidas más importantes de la ciudad, que alberga grandes rascacielos de cristal y acero, donde se ha fomentado una gigantesca especulación financiera e inmobiliaria, estaría muy lejos del imaginario social acerca de la emancipación.

Anaya habló poco del PAN, pero cuando lo mencionó se oyó apenas una ovación de pequeños grupos panistas asistentes. Más bien, su discurso se centró a favor de la coalición. Las coaliciones son útiles, dijo, han servido a México. La economía mejora en regiones donde gobiernan las coaliciones del PRD y el PAN. Han permitido romper pactos de impunidad: “Por eso

el régimen nos ha atacado de manera facciosa. ¡Porque nos tienen miedo!”

Mientras, la llegada de Alejandra Barrales, la candidata a jefa de Gobierno de la CDMX, feminista, se recibe con una ovación homofóbica, surgida de la influencia masculinizante del fútbol soccer: “¡eeeeehpuutoo!”. Y entre la multitud se escuchaban otras voces masculinas que gritaban repetidamente “¡Ey, allá va mi novia!”. Barrales inició su discurso con una breve reseña biográfica: “Yo vengo de rifármela desde abajo”. Construyó un discurso hacia las mujeres: “no me creí la historia que por ser mujer no podría estudiar, ni soñar. Nací en la colonia *Tránsito* (vieja colonia proletaria). Siempre me decían ‘no lo va a lograr’. Pero me convertí en sobrecargo, luego en dirigente sindical, fui tres veces diputada, una vez senadora, funcionaria y presidenta del PRD”.

Continuó su discurso de contenido social y una señal de autocrítica. La campaña debe servir para vivir la ciudad, contra la pobreza, contra el miedo, la inseguridad y contra la desigualdad. Fue la oportunidad de deslindarse del gobierno de Mancera. Dijo: “Reconozcamos que hay enojo y con razón, los gobiernos le han fallado a la ciudadanía. Soy autocrítica. Pero el proyecto del otro (AMLO) es irresponsable”.

Señaló problemas de la ciudad y los hizo más grandes. Me comprometo, decía Barrales, a darle seguridad a la CDMX. “No habrá perdón ante la delincuencia, no habrá amnistía. Yo vengo con todo, y sacaré al narco de esta ciudad cueste lo que cueste”. Con la ley, continúa Barrales recordando la consigna de la política pública “cero tolerancia” a la delincuencia de Rudolph Giuliani conocido alcalde republicano de la ciudad de Nueva York en los noventa del siglo pasado, que se fue con todo contra los “homeless” jóvenes neoyorquinos, pero bajó el índice delictivo. El discurso de Barrales no fue superfluo. Aún con contradicciones, generó una línea que mantuvo un referente de crítica social, quizá una resonancia biográfica de su propia experiencia militante, como sindicalista e integrante

de corrientes y redes que se cimentaron en organizaciones de izquierda y movimientos sociales.⁶

Al finalizar el acto se cantó el Himno. La gente lo entonaba con la señal de la “V” en la mano. Después, los candidatos lanzaron balones de fútbol, en el contexto del mundial de Rusia, a poco de perder la selección mexicana cualquier posibilidad de entrar a los cuartos de final. En realidad, el Ángel de la (supuesta) Independencia, ha representado siempre la reunión de los futbolistas. Al final, el gran monumento se ha convertido en el espacio de la derecha, de la especulación inmobiliaria y del machismo futbolero. Y al término del deslucido acto, surgieron las huellas de apropiación: montones de basura de los “kits” partidarios que nadie quiso guardar y menos llevarse ni como recuerdo.

TODOS POR MÉXICO

La debacle del PRI, como la del PAN y el PRD expresa la crisis política institucional de los partidos tradicionales. El voto de castigo de la ciudadanía no significó únicamente una pequeña reprimenda a las élites por la irresponsable actuación del presidente o sus colaboradores, principalmente gobernadores y secretarios, significó el descalabro del sistema, que descubrió una fractura que ahondó la crisis política del régimen. El PRI al menos lo entendió así, pero eso puede explicar el hecho de que su candidato presidencial haya sido José Antonio Meade. Un

⁶ En efecto, Alejandra Barrales en 2009 fundó la Red por la Unidad Nacional de las Izquierdas, que pertenece al Frente Patria Digna, formada por la Izquierda Social (IS, que es una escisión de Izquierda Democrática Nacional (IDN, de René Bejarano), y Democracia Social, donde se incluyen experiencias del movimiento urbano popular como el proyecto de la UCP (Unión de Colonias Populares) que tiene influencia en varias delegaciones del oriente y del sur de la ciudad. Es previsible que en su discurso, Barrales insistiera en los sindicatos corporativizados del Gobierno de la CDMX y de la zona oriente donde tiene mayor influencia política.

candidato fuera de los grupos internos, que pudiera garantizar la unidad de una institución desquebrajada. Meade es economista y construyó su carrera diplomática desde el gobierno panista de Felipe Calderón, cuando asumió la Secretaría de Energía, aunque fuera por algunos meses, para después pasar a la Secretaría de Hacienda y Crédito Público en el último año de ese sexenio. Con Enrique Peña Nieto ejerció como Secretario de Relaciones Exteriores, de Desarrollo Social, y nuevamente de Hacienda. En realidad, se podría inferir que Meade fue brincando de secretaría en secretaría de acuerdo con las necesidades políticas del sexenio en turno.

A pesar de haberse mantenido en dos gobiernos sucesivos de diferente color ideológico, el PAN y el PRI, en cinco secretarías de Estado, a Antonio Meade se le ha considerado como uno de los menos brillantes funcionarios de gobierno. Se considera un candidato fabricado por el ITAM, una institución que fabricó también otros presidentes, por su cercanía biográfica con el poderoso Luis Videgaray, quien a final de cuentas, opuesto al activismo de Osorio Chong, lo promovió. Errores en la perspectiva de alianzas estratégicas con los sectores populares que no apareció nunca en ese pragmatismo generacional del PRI, priorizando a los grupos de presión más eficaces del país. Creyeron que ganar las elecciones era una habilidad profesional, motivada por una movilización de recursos a partir del intercambio de favores entre grandes corporativos y cúpulas financieras. Meade, como Peña Nieto, “es católico observante, ideológicamente conservador, miembro de familia con estirpe priista” y debería asumir “un perfil ciudadano, apartidista por no ser militante del PRI”, aunque eso obstaculizara su acercamiento con la clase política y sectores sociales del partido (Rock, 2019:192-193).

Si esto fuera así, el PRI entendió la pérdida de legitimidad muy tardíamente. En los otros capítulos se ha constatado al menos desde 2000, que las formas simbólicas de la debacle se expresaban en las prácticas políticas de ese partido. Las for-

mas de organización y el acarreo de los tradicionales sectores sociales que llenaban plazas y estadios para vitorear a sus candidatos era una farsa a través de una dramaturgia demagógica bien disfrazada. Los cambios en las relaciones sociales de los sectores y la madurez de la ciudadanía no se reconocieron en las anquilosadas y tradicionales élites políticas.

Meade hizo una campaña más bien mediocre, que no supo atraerse el apoyo de la militancia del PRI ni de los sectores corporativizados que decidieron, al final, votar por AMLO. En el cierre de campaña de la CDMX el mismo 23 de junio de 2018, en el Palacio de los Deportes, Meade se asoció con uno de los candidatos y representantes más desafortunados del priismo local y nacional, Mikel Arriola.⁷

Un estudio basado en cálculos de medición de opinión a través del método Perception Analyzer, que utiliza bases de mercadotecnia y *neuro-marketing*, estimó que las mujeres encuestadas en un grupo focal aceptaban más a Mikel Arriola que a Claudia Sheinbaum en la CDMX. Los hombres, al revés. En este estudio se identificaron frases que tenían percepciones negativas y positivas. Ello permitía a los y las candidatas conocer las orientaciones de las opiniones de ciertos grupos de la ciudadanía, para profundizar o modificar su estrategia de campaña. Lo relevante en este caso es que Mikel impactó positivamente a las mujeres de los grupos focales analizados, por las argumentaciones señaladas en el debate entre candidatos y candidatas. En general, Mikel Arriola es un político conservador, pero es un gran lector de encuestas, y construye su

⁷ Mikel Arriola es abogado, titulado por la Universidad Anáhuac. Obtuvo una maestría en Políticas Públicas y Administración Pública en la London School of Economics and Political Science de Londres, Inglaterra y otra en Derecho, graduándose por la Universidad de Chicago en los Estados Unidos. Se desempeñó en cargos menores en la función pública, fue jefe de la Unidad de Legislación Tributaria de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público y antes de aceptar su candidatura a la CDMX fue Director del Instituto Mexicano del Seguro Social. Amigo cercano de José Antonio Meade.

estrategia electoral por la información que éstas arrojan. Por ejemplo, de acuerdo con ciertas encuestas la mayor parte de la población dice no estar de acuerdo en que los grupos *gays* adopten niños/as, ni que se apruebe la marihuana en sentido lúdico, en consecuencia, lo que propuso Mikel al poner el énfasis en la familia tradicional, fue combatir el derecho de la diversidad sexual y las libertades democráticas, de tal manera que aumentase la simpatía y adherencia de ciertos grupos conservadores de electores.⁸

No debería sorprender entonces que el formato del cierre de campaña de Mikel Arriola y J. A. Meade en la CDMX haya estado cargado de un ambiente machista, conservador y misógino. A diferencia de los otros actos, en el Palacio de los Deportes el espectáculo de apertura fue la Lucha Libre. Se escenificó una comedia entre “los rudos” (que protagonizaban a Morena) contra “los técnicos” (que representaban a los priistas). Constantemente el moderador vitoreaba y arengaba a las multitudes que iban llenando el coso con frases como ¡¡Arriba el (equipo de futbol) América!! Y la gente caía en la provocación entre vítores y silbidos, creando una atmósfera cargada de violencia verbal y mentadas de madre con relación al futbol y la lucha libre.

⁸ Cf. Conferencia Magistral de la Lic. Leticia Juárez González, de la casa encuestadora BJA Ulises Beltrán, Juárez y Asociados. Jueves 7 de junio, UAM. En Seminario Café Debate de Cultura Política, *op. cit.*

Foto 6.4 Acto de lucha libre en el cierre de campaña “Todos por México”. Elecciones en México, 2018. Tomada de Base de Datos del Diplomado de Etnografía Urbana y Cultura Política, verano 2018, UAM-A y RED Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales A. C.



El Palacio de los Deportes se llenó con 22 500 asistentes. Parecido al cierre de Roberto Madrazo con apenas 13 500, y muy lejos de la enorme concentración de más de 100 mil en el Estadio Azteca del cierre de Enrique Peña Nieto en 2012. Ahora era un pequeño coso deportivo y de espectáculos adornado con pendones con el sello del PRI: #VotoMeade, #Vamos a ganar, #Meadepresidente, que se repetía alrededor de toda la estructura del gimnasio. #Tu familia es primero: Mikel, y #las mujeres apoyan a Mikel; entre dos grandes mantas del refresco Coca Cola. “Si tú quieres, Mikel puede” era la consigna central, que se coligaban con cinco mantas de la Confederación Revolucionaria de Obreros y Campesinos (CROC); fotos de Meade y Mikel, y el sonido de matracas por todos lados. Había zonas donde predominaba el rojo de las camisetas de la CROC y el blanco de algunas secciones de la CDMX y Coahuila de Zaragoza, Veracruz, del sindicato de petroleros.

La segregación social del coso se distinguió por las zonas más cercanas al podio para los sectores de clases medias y sindicatos. Con camisetas de Mikel de blanco, los sectores populares iban en galería. Mujeres, amas de casa, con niños entre 3 y 5 años. Mujeres de la tercera edad. Jóvenes con gorras y rapados. Las y los niños por doquier.

En su entrada triunfal Mikel abre con una amenaza: “¡¡La voy a meter a la cárcel!!” que se oye estrepitosamente en el sonido local. Luego vienen juegos pirotécnicos. Meade y Mikel aparecen como lo hacen los luchadores. Meade de rojo, Mikel de blanco. La voz del sonido dice ¡Meade! Ondean banderas, más ovación, las matracas llenan el espacio. Mikel levanta a un niño. “¡¡Vamos a ganar!!” Ambos caminan por el pasillo. Saludan a la multitud. Las pantallas los reflejan. Meade se toma *selfies* con la gente. Sonido ensordecedor que sustituye al vacío. Sacan pequeñas mantas de los petroleros, de la CTM y de la CNC.

En el mensaje de Meade se escuchan ovaciones y tambores de huehuetl al mejor estilo priista: “¡Buenas tardes. ¿Estamos listos para votar por Mikel Arriola? ¿Por Pepe Meade?!”, la multitud responde “¡Sí!” entusiasmada. Como lo hizo Ricardo Anaya en el acto de la Barrales, Meade puso en contexto la elección: “Empezamos hace tiempo, nos dijeron que era difícil la CDMX. Hoy vamos a ganar. Que se oiga hasta el Ángel (por el acto de la coalición de México al Frente de la mañana). La CDMX tiene memoria. Los últimos 20 años de gobierno que no nos han dado nada. A esos gobiernos les decimos que ya llegó Mikel, y vamos a ganar”. En realidad, el propio Meade destacó la parte más conservadora de la campaña de Mikel que “será un gobierno de valores, honesto, competente, con la familia al centro”. Estaba seguro que más de un millón de empleados públicos federales votarían por Mikel y Meade, pues confiaban en su trayectoria como funcionarios. Saludaba a familias, militantes y otros partidos. También creía que ganarían con los petroleros, con los trabajadores de México, con la CTM. Además, en la CDMX podían convencer a muchos por

un cambio. Ahí está la CROM, la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado (FSTSE), petroleros y campesinos.

Históricamente los actos políticos y electorales del PRI han estado fundados en organizaciones corporativas, a las que han mantenido políticamente controladas, disminuido su capacidad de autonomía y velado así sus conflictos sociales. Recientemente las organizaciones corporativizadas han demostrado lealtad a través de sus líderes, pero las bases cada vez más han venido resistiéndose a través de formas simbólicas de la subalternidad, como señala bien James C. Scott (2007), obligadas a acudir a actos sin interés, y accionando a veces hasta con ultraje y burla hacia sus dirigentes y élites (cf. Tamayo, 2012).

El PRI intentó un cambio estructural, a partir de las iniciativas del presidente Carlos Salinas de Gortari, desde 1988, sin mucho éxito. Aún entonces el partido se mantuvo a través de sectores sociales, el obrero, el campesino y el popular, así como de otras organizaciones y asociaciones vinculadas a jóvenes y mujeres. Esta estructura se combinaba no sin dificultades con la organización territorial.⁹ No obstante, en esta campaña, y especialmente en el cierre de Arriola fue notoria la falta de participación de las organizaciones corporativas. Es sintomático

⁹ Hacia 2018, el PRI había enfrentado serios problemas de las corporaciones por la democratización. Con el sector obrero, a través principalmente de la CTM, sindicatos de industria, petroleros, mineros, automotriz, alimenticia. En el sector campesino, a través de la CNC y otras organizaciones regionales e indígenas. Y en el sector popular, por medio de la CNOP, empleados del gobierno, empleados del sector terciario; pequeños y medianos empresarios; así como otros sindicatos como el SNTE. Aún la fuerza de esos sindicatos hacen que el PRI no pueda desatenderlos. Por ejemplo: el líder Romero Deschamps controla a 113 mil afiliados petroleros; Rodríguez Alcaine a 26 mil 550 del SUTERM; Aceves del Olmo con la Federación de Trabajadores del DF, líder de la CTM nacional; Gómez Urrutia, quien controla a 64 mil 448 afiliados en el Sindicato minero; y el SNTE que afilia a 1 millón 600 mil. (Cf. Conferencia Magistral del Dr. Francisco Reveles (sobre el PRI), FCPyS, En Seminario Café Debate de Cultura Política, *op. cit.*

que el acto de cierre se hiciera en el Palacio de los Deportes con una capacidad de apenas 17 mil personas, cuando antes los multitudinarios eventos de decenas de miles se hacían en el Zócalo capitalino, o como en el caso del 2012, en el Estadio Azteca. El deslucido acto de cierre de campaña de Roberto Madrazo y Beatriz Paredes en 2006 en la plaza del Monumento a la Revolución con una asistencia de apenas 13 600 militantes también mostró desde entonces la caída libre y la descomposición política y electoral del PRI (Tamayo, 2012). Ni las organizaciones sociales se han sentido cómodas con un priismo que se ha venido despojando de su tradición nacionalista revolucionaria, ni las élites del PRI han estado interesadas en seguir soportando la pesada inercia del corporativismo sindical (Reveles y Devoto, 2020) .

Desde el salinismo el PRI ha buscado, no sin cierta desesperación, desentenderse de los tres bastiones de masas partidistas. No logró la estructuración profunda que prometiera Carlos Salinas de Gortari, pero los vínculos con las organizaciones se han venido debilitando progresivamente durante todos estos años. Un ejemplo es la pérdida del soporte del sindicalismo magisterial, provocado por las pugnas entre el priismo y la lideresa de las y los trabajadores de la educación Elba Esther Gordillo (Olivier, Guadalupe 2015), quien estuvo en la cárcel durante todo el gobierno de EPN. Familiares de la lideresa habrían constituido una asociación política Redes Sociales Progresistas (RSP) para sumarse a la campaña de AMLO, despreciando su alianza histórica que habría de favorecer al candidato priista Meade. Como lo hizo en el caso del partido nueva Alianza, las RSP intentaron obtener el registro en 2020 como partido político sin lograrlo. De la misma manera, es el caso del sindicato minero, su líder nacional Napoleón Gómez Urrutia se enfrentó al gobierno de Felipe Calderón y los empresarios por diferencias políticas y sindicales irreconciliables, que presionó la salida del país de Gómez Urrutia bajo una demanda judicial, que lo mantuvo en esta situación durante toda

la administración del priista Enrique Peña Nieto. Considerado preso político, en 2018 hizo alianza con AMLO, quien le habría concedido una senaduría. El PRI, como vemos, ha tenido también fuertes vínculos corporativos con organizaciones sociales en el campo y en las grandes ciudades. Organizados en diferentes confederaciones como la CNC o la CNOP han ganado ventajas políticas con campesinos, ejidatarios, comuneros y jornaleros, así como comerciantes informales, mercados sobre ruedas y sindicatos de empleados de los gobiernos locales. Pero la pérdida de hegemonía tanto a nivel nacional como regional han fracturado gravemente estos pactos (Revelés y Devoto, 2020).

Esta vez los sindicatos se dividieron, los petroleros, los mineros, los maestros y los sindicatos de la CDMX a través del SUTGDF y el sindicato del metro, que ya se habrían afiliado previamente al PRD, se inclinaron por AMLO y la coalición “Juntos haremos historia”, o al menos una importante porción de ellos.

Así, por la debilidad de Arriola el discurso de Meade se enfocó en señalar las bondades y cualidades del candidato local. No organizó un discurso que destacara su propio proyecto de nación, que pensara en la relación entre Estado y sociedad civil, los derechos ciudadanos y las formas de participación y la democracia. En realidad, fue opacado por la asistencia, prácticamente local de pobladores de colonias populares, en esencia de municipios del Estado de México, que tampoco votarían por Arriola para la CDMX. Un acto protocolario, para concluir una de las campañas más desastrosas de un PRI que no se recompuso en la CDMX, y colapsó a nivel nacional.

Con todo, había gran entusiasmo en el coso deportivo, gran estruendo musical, con un sonido que parecía romper los tímpanos, en un Palacio abarrotado, que se caía de la ovación. Entonces, vino la hora de Mikel. “¡Buenas tardes CDMX!”. Con un discurso fuerte, a veces hasta violento, lleno de promesas falsas, algunas ubicadas en un orden funcional del discurso de Mikel, fueron:

4ª. parte del acuaférico para agua a Iztapalapa (ovación). Ningún permiso más para edificios. Cárcel para piperos que cobren. Por eso yo, 100 kms más de metro sin subir la tarifa. 70 kms de circuito exterior. Ordenaré las marchas. El Segundo Piso será gratis. Más taxis, no tablets. Para taxistas, bajaremos a la mitad el costo de las placas (ovación). Fuera las fotomultas. Fuera las arañas. No más robos a la ciudad (ovación). El primer día de mi gobierno eliminaré un impuesto que ha estado por más de cincuenta años: la tenencia vehicular (ovación más fuerte). La verificación será gratuita y digital (ovación). Daré una pensión de 3 200 al mes a las mujeres amas de casa (ovación). Doble apoyo a los discapacitados. Para los jóvenes transporte público gratuito, internet gratuito, la CDMX cubrirá costos de todo. Garantizará el empleo y crédito para vivienda. Para las mujeres: bolsa de trabajo en casa. Fundaré la Secretaría de la familia para proteger valores y seguridad. En seguridad: desde el primer día firmaré un decreto junto con la Marina, para que trabaje en las delegaciones y cerraré todas las narcotiendas. Habrá una nueva policía con tres funciones: fuerzas especiales, policía de investigación y fuerzas de operación. La policía tendrá dignidad y mejor salario. Habrá orden en los reclusorios[...]

Fue un discurso autoritario, lleno de amenazas contra la candidata puntera, Claudia Sheinbaum, por lo que más bien se sentía de súbito un profundo rencor misógino que una real convicción política contra la impunidad. Después de todo ¿quién podría creerle al PRI un discurso de honestidad y combate a la corrupción y a la impunidad, viniendo de uno de los gobiernos peor evaluados y como uno de los más corruptos e impunes en la historia del país? Pero Mikel no decaía, se ufanaba:

Creamos la campaña más exitosa de la CDMX. 450 giras en todas las delegaciones. A 250 mil ciudadanos saludamos de mano. Los territorios de Morena y del PRD, ahora son de Mikel y el PRI. 500 por ciento fue el crecimiento en la intención del voto. 28 por ciento de las preferencias. Estamos a ocho puntos de Morena. Todo el país está volcado a ver esta campaña. La Familia por delante. Una campaña valiente. Por los valores de la familia.

Los calificativos a su principal contrincante no cesaban:

Claudia significa turbias acciones en la construcción del Segundo Piso del periférico. Ella forma parte de la cadena criminal. Claudia: Consumes droga. Mereces ir a la justicia y estar en la cárcel. Yo no confío en ti. ¡Irás a la cárcel! Claudia: no estás a la altura del gobierno. Has contaminado el aire, generado desempleo por la corrupción, delincuencia y corrupción.

Mientras, al dar las 17:20 la gente empezó a irse, entonces Mikel fue cerrando su discurso:

En estas elecciones se escoge entre un comandante en Jefe (que seré yo) o una aficionada a las drogas (que será Claudia Sheinbaum). Se escoge entre el combate al narco (que lo haré yo) o a alguien quien lo tiene dentro de su estructura (que es Sheinbaum). Ganarle a Claudia es ganarle al narco y a la inseguridad. La única opción es Mikel Arriola.

Mikel, un tanto desesperado, convocó a los indecisos. Insistió en que a diferencia del PRI, los otros querrían comprar su voto. “Utiliza tu voto –insistía–. Es hora del voto útil por Mikel Arriola”. Y se dirigió a perredistas, panistas, a militantes del Movimiento Ciudadano, Partido Verde, Alianza, y les pide su voto útil para vencer a Morena.

El sonido subió de volumen. Era absorbente. Acallaba la ebullición natural pero hacía sentir la existencia de una ovación incontenible. La música y la voz del moderador parecieron romper las bocinas con su estridencia, confeti que explotaba de los cañones. Mikel bajó del *ring* para saludar a los que quedaban. Se puso la camiseta de un grupo porril del CCH. A las 18 horas terminó el espectáculo misógino, machista, con esa carga hiriente de violencia simbólica. Un acto que sin embargo duró apenas una hora y media.

El acto de AMLO en el Estadio Azteca mostró fuertes continuidades, rupturas y regresiones en el proyecto de nación de López Obrador y en la configuración de Morena como partido político (cf. Tejera, Castro y Rodríguez, 2014). Morena es una hechura de AMLO, no sólo por su populismo manifiesto, sino porque es un líder carismático cuya definición, al contrario de la que asumen algunos estudiosos de los liderazgos, se ha construido en una relación dialéctica con las y los seguidores, a través de un proceso de resonancias históricas y biográficas (Olivier y Tamayo, 2017). Cuauhtémoc Cárdenas fue un líder carismático que permitió la formación del PRD, y la gente le otorgó, tanto como le despojó, de su carisma. A AMLO, esa misma gente le fue configurando un perfil carismático propio, pero gracias a su esfuerzo y tenacidad para formar uno de los más importantes movimientos sociales de México.

Aunque hoy ya no se puede caracterizar como un movimiento, ya que pasó de ser una organización, Regeneración Nacional A. C., a ser un partido con nombre propio, Morena, hay un vínculo fundamental con decenas de organizaciones y asociaciones, grupos y comunidades, sindicatos y corrientes que además de trabajar electoralmente, hacen política en sus centros de trabajo, en sus ejidos, en sus escuelas, en sus colonias. De ahí surgieron los líderes de las autodefensas: Nestora Salgado y José Manuel Mireles. E incluso, como vimos, el caso de Napoleón López Urrutia, líder de los mineros o el apoyo de las Redes Sociales Progresistas.

En un seminario sobre partidos políticos,¹⁰ el debate sobre Morena aparecía como dilema, hasta para los propios

¹⁰ Cf. Véase la conferencia magistral de Luciano Concheiro, en el seminario sobre Partidos y Elecciones, Licenciatura en Sociología, UAM Azcapotzalco, 31 de enero de 2017; además, léase la discusión sobre “¿Cómo convertir un movimiento social en partido político, sin dejar de ser movimiento?”, en Héctor Díaz Polanco, *La Jornada*, 1 de agosto 2014.

militantes. ¿Cómo definir a Morena, después que transitó de movimiento a partido político? Antes podía definirse como un movimiento social vinculado al PRD. Ahora es un partido, relacionado con múltiples nodos diferenciados de organización popular. Lo cierto es que esta estrategia de rompimientos y realineamientos le dio a AMLO veinte por ciento más de votos, para rebasar 53 por ciento en la elección presidencial, e incluso en algunos estados como Tabasco y Chiapas más de 70 por ciento. Inédito. Un intento de acercarse a una definición unívoca le da ventajas por su hibridez política. Morena sería un movimiento que paulatinamente se convierte en partido. Su carácter de movimiento la da la diversidad de visiones, como partido lo obliga a ir fijando sus principios y sus reglas (Clouthier, 2019; Batres, 2018).

En otros acercamientos hemos caracterizado a Morena como uno de los más importantes movimientos sociales del país en el siglo XXI, por su fuerza social, su impacto electoral y la resonancia histórica de su activismo, independientemente de la ideología. Aunque algunos estudiosos definen el papel de la ideología de Morena como un partido *catch-all* (atrapa todo) (Navarrete, 2020),¹¹ en realidad éste empezó a definirse como tal en las elecciones de 2018, a partir de una estrategia de apertura de AMLO. Previamente MORENA podía caracterizarse como un movimiento nacionalista, popular, antineoliberal, ubicado en una izquierda moderada, con un liderazgo carismático, paradójicamente construido, como lo hemos analizado previamente (Tamayo, 2016).

No obstante, a partir del mes de octubre de 2017, la estrategia electoral de AMLO cambió radicalmente. En efecto, Morena se planteó un acercamiento indistinto a diversos sectores, aprovechándose más de las fracturas internas de las

¹¹ Véase la conferencia magistral del Dr. Juan Pablo Navarrete de la Universidad de la Ciénaga, Michoacán, en Seminario Café Debate de Cultura Política, *op. cit.*

otras organizaciones, e incluso encajarse en las fisuras de sus contendientes para hacerlas más hondas y perjudiciales. En ese sentido Morena y AMLO se acercaron a asociaciones de diferentes sectores sociales, en parte debido al fuerte activismo de militantes con experiencia en la izquierda social como en los sectores magisteriales, sindicatos, comunidades indígenas y campesinos, y otras organizaciones afines. Asimismo, por el vínculo con sectores de expriistas que le permitieron vincularse a las Redes Sociales Progresistas (Navarrete, 2020).¹²

Estas nuevas organizaciones sociales se unieron a aquellas que ya conformaban, o que habían estado trabajando, con Morena como movimiento social, desde las organizaciones sindicales que previamente se habían incorporado al PRD, hasta sectores campesinos y del movimiento urbano popular. Al mismo tiempo, AMLO abrió el partido hacia militantes y funcionarios expriistas y expanistas, a medianos empresarios e incluso a empresarios de gran escala que se unieron a su campaña, dándoles espacios de representación en la campaña. Así fue el caso de Manuel Espino, expresidente nacional del PAN, líder del Movimiento Ruta 5 que aglutinaba a 400 organizaciones de la sociedad civil, quien fue nombrado Coordinador de organi-

¹² Estas redes fueron impulsadas por maestros y familiares cercanos a Elba Esther Gordillo para vigilar las casillas durante la jornada electoral. Otro ejemplo de estas alianzas fue, en Puebla: 12 organizaciones que se unieron, entre ellas el movimiento M-18. Oaxaca: maestros, campesinos, pescadores, transportistas. Guerrero: Colectivo de Asociaciones A. C. Durango: 20 del Movimiento Esperanza Ciudadana. Pacto en Sonora: con varios movimientos, empresarios, servidores públicos. Querétaro: Comité Estatal de las Redes Sociales Progresistas (tarea de defensa del voto). Campesinos en Michoacán con el “Movimiento 2018”. En Acapulco: respaldo. Culiacán: Movimiento Amplio Social. Colectivo 19-S-17 en la CDMX. Pueblos indígenas del sur de Veracruz. Campesinos, indígenas y afromexicanos. En el exterior: 29% en EUA apoyan a AMLO, 55 ciudades en Europa y EUA además de América Central y Brasil. (cf. Conferencia Magistral del Dr. Juan Pablo Navarrete Universidad de la Ciénaga, Michoacán, en el Seminario Café Debate de Cultura Política, UAM, *op. cit.*).

zaciones sociales y civiles de la campaña. Fue a un panista, no a un representante del movimiento social de izquierda. Asimismo, se jaló a Germán Martínez, expresidente nacional del PAN, para una senaduría por Morena.

En efecto, octubre de 2017 fue el parteaguas que llevó al triunfo a López Obrador. A partir de entonces la política de alianzas fue definitiva. La campaña de AMLO, no tanto de Morena que pareció estancarse en un vacío desde entonces, siguiendo y reaccionando a lo que su líder máximo hacía o decía, se abrió a personalidades y asociaciones que antes sostuvieron una guerra fratricida contra su candidatura en 2006 y 2012. Nos referimos a empresarios, políticos de partidos de derecha y centro, así como de medios de comunicación. Todos ellos cambiaron repentinamente su actitud al denostado exmesiánico, expeligro para México, expopulista, expriista, exdictador. Las resonancias de estas oscilaciones pegaron directamente a las campañas del panista Ricardo Anaya y el priista Antonio Meade. Hacia abril de 2018 se revelaron fisuras en el equipo de campaña de Anaya, entre Enrique Krauze y Jorge Castañeda, al grado que éstos estaban dispuestos a sentarse con quien fuera para construir una alianza anti-AMLO, incluso construir una alianza con base en la idea del voto útil con Enrique Peña Nieto contra López Obrador (Clouthier, 2019:87-88).

En efecto, recordemos que hasta octubre de 2017, habríamos identificado a López Obrador como un líder carismático y progresista, de izquierda nacionalista y antineoliberal, con una base social popular y vinculado en parte a una izquierda social (*cf.* Capítulos 3-5 y Tamayo, 2016). Hablamos entonces de aproximadamente 35% de la ciudadanía. Con el paso de los meses esta definición se fue desdibujando más aún. El anuncio de la constitución de una coalición con el Partido Encuentro Social marcó el desfiguro de Morena o al menos de la candidatura de AMLO como una propuesta clara de izquierda. Aunque pudimos advertir que desde las campañas del 2006 un grupo de cristianos siempre estuvo cerca de la propuesta

zaciones sociales y civiles de la campaña. Fue a un panista, no a un representante del movimiento social de izquierda. Asimismo, se jaló a Germán Martínez, expresidente nacional del PAN, para una senaduría por Morena.

En efecto, octubre de 2017 fue el parteaguas que llevó al triunfo a López Obrador. A partir de entonces la política de alianzas fue definitoria. La campaña de AMLO, no tanto de Morena que pareció estancarse en un vacío desde entonces, siguiendo y reaccionando a lo que su líder máximo hacía o decía, se abrió a personalidades y asociaciones que antes sostuvieron una guerra fratricida contra su candidatura en 2006 y 2012. Nos referimos a empresarios, políticos de partidos de derecha y centro, así como de medios de comunicación. Todos ellos cambiaron repentinamente su actitud al denostado exmesiano, expeligro para México, expopulista, expriista, exdictador. Las resonancias de estas oscilaciones pegaron directamente a las campañas del panista Ricardo Anaya y el priista Antonio Meade. Hacia abril de 2018 se revelaron fisuras en el equipo de campaña de Anaya, entre Enrique Krauze y Jorge Castañeda, al grado que éstos estaban dispuestos a sentarse con quien fuera para construir una alianza anti-AMLO, incluso construir una alianza con base en la idea del voto útil con Enrique Peña Nieto contra López Obrador (Clouthier, 2019:87-88).

En efecto, recordemos que hasta octubre de 2017, habríamos identificado a López Obrador como un líder carismático y progresista, de izquierda nacionalista y antineoliberal, con una base social popular y vinculado en parte a una izquierda social (*cf.* Capítulos 3-5 y Tamayo, 2016). Hablamos entonces de aproximadamente 35% de la ciudadanía. Con el paso de los meses esta definición se fue desdibujando más aún. El anuncio de la constitución de una coalición con el Partido Encuentro Social marcó el desfiguro de Morena o al menos de la candidatura de AMLO como una propuesta clara de izquierda. Aunque pudimos advertir que desde las campañas del 2006 un grupo de cristianos siempre estuvo cerca de la propuesta

del candidato. Ahora, con mayor visibilidad, el PES se fundó como Asociación civil en Baja California y usaba el símbolo cristiano del *Ichtus* (pez). Hizo alianzas electorales con el PAN y Nueva Alianza, e incluso en 2013 lo hizo con el PRI y PVEM. Se le ubicaba en los márgenes del prisma asociado a Miguel Ángel Osorio Chong, entonces Secretario de Gobernación del gobierno de EPN. El PES ha mantenido una ideología cristiana conservadora hacia la familia, opuesto al matrimonio de personas del mismo sexo y contra el aborto. Y a pesar de que su presidente Hugo Eric Flores insistía en el sentido de que no era un partido cristiano sino liberal, contradecía precisamente el perfil “anti-neoliberal” de Morena. Tatiana Clouthier, coordinadora de la campaña electoral de AMLO, explica así la manera en que dirigió la alianza con el PES:

Destacaría dos puntos. En primer lugar, Andrés tiene creencias religiosas fuertes y yo veía una asociación directa o natural de una parte de los cristianos: más allá de quién estuviera ahí metido, veía una oportunidad para que los sectores más tradicionales apoyaran a Andrés Manuel[...] pensaba que si el PES se iba con alguno de los bloques adversarios (México al Frente y Todos por México) podría significar perder dos o hasta cuatro puntos, ya que Encuentro Social se vendió con la idea de que contaba con mucho apoyo (Clouthier, 2019:60-61).

Lo cierto es que AMLO empezó a desplazar a Morena por la derecha, o a una izquierda representada en Morena, y fue colocando a personalidades de la derecha mexicana: Tatiana Clouthier, directora de la preparatoria Monterrey, el proyecto educativo empresarial de Alfonso Romo, el megamillonario que aparecía en la revista Forbes con grandes intereses económicos en el sureste mexicano. Tatiana fue designada, nada menos que como coordinadora de la campaña y Alfonso Romo como el encargado del Proyecto de Nación, y responsable de la estrategia con empresarios. Es decir, dos miembros de la élite económica en la conducción de la línea política-ideoló-

gica de Morena y del nuevo gobierno. A nivel de la estrategia territorial estaban ex priistas de la talla de Marcelo Ebrard y Ricardo Monreal, aunque conversos desde muchos años antes. Y según la prensa, las tres figuras clave de la campaña de AMLO fueron la misma Tatiana Clouthier, Alfonso Romo y Yeidckol Polevnsky, las tres figuras empresariales de alto calibre. Como bien señala Tatiana Clouthier, el funcionamiento de un partido como movimiento depende de los liderazgos y de arreglos políticos. En la inclusión del sector empresarial, que no fue bien visto en algunos sectores de Morena, Yeidckol Polevnsky fue fundamental, sobre todo para limar asperezas entre AMLO y algunos empresarios. Yeidckol viene de ese sector, lo quiere y lo entiende, así que la terna funcionó espléndidamente (Clouthier, 2019:225-226). Se agrega a esta lista de incorporación de cuadros de la derecha a la expansionista Gabriela Cuevas, excacérrima enemiga de AMLO en el pasado y a un José María Martínez, con una militancia de más de 25 años en el PAN.

Desde el PRD se puede decir que la salida de dirigentes de ese partido hacia Morena desquebrajó su estructura a nivel nacional. En la CDMX hubo desbandada en todas las delegaciones. “Los Chuchos”, Mancera y Barrales se quedaron en solitario.¹³

Morena, en efecto, se convirtió en esta elección en una especie de *catchall*, flexible y cercano no sólo a organizaciones, sino a políticos de diversos colores ideológicos. Y aunque la plataforma de Morena es parecida a las de otras elecciones:

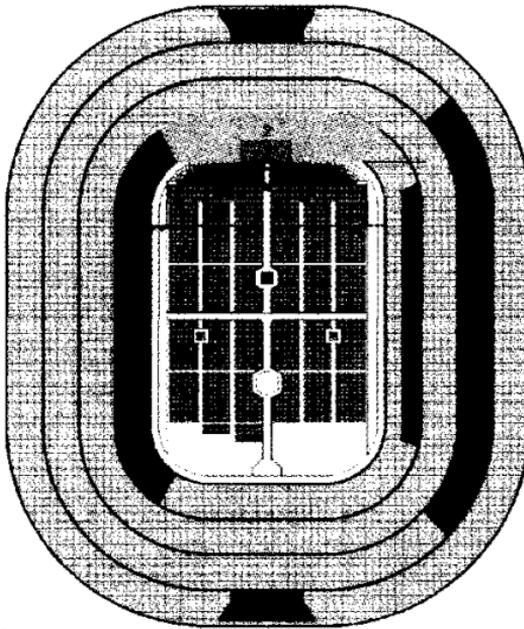
¹³ Por ejemplo: la renuncia de ocho mujeres líderes significó una debacle en enero de 2018. Elizabeth García, fundadora del PRD y asesora parlamentaria; Eugenia Flores Hernández, exdiputada de Zacatecas; María Guadalupe Solomo Cruz, consejera de pueblos y barrios originarios de la Ciudad de México; Adela Román Ocampo, fundadora del PRD en Guerrero y exdiputada y Mónica Soto Elizaga, exsecretaria nacional de equidad de género del PRD. Además militantes de Puebla, San Luis Potosí, y Chiapas, por decir algunos. El Movimiento Nacional por la Esperanza de René Bejarano e integrantes de la corriente Izquierda Democrática Nacional (IDN) el brazo político, salieron del partido.

República amorosa, Constitución Moral y “Cuarta Transformación” (López Obrador 2004, 2018), lo que cambió repentinamente fue la radicalidad del personaje. El hecho de que Coparmex, el sindicato patronal más poderoso aliado al PAN y abiertamente opositor a las ideas de AMLO, haya reconocido su avance, significa que Andrés Manuel aprendió a negociar con sus grandes antagonicos.¹⁴

En este contexto, el cierre nacional se realizó en un Estadio Azteca remodelado que comprimió su cupo a 85 mil personas, pero daba a la audiencia una impresión panóptica de amplitud y grandeza incomparables, que no podría percibirse, ni remotamente, a pesar de tener un lleno total de más de 300 mil en aquella plaza horizontal del Zócalo capitalino, como sucedió en los cierres anteriores (véase capítulos 3, 4 y 5). Con una cancha repleta con alrededor de 7 mil seguidores, adentro sumaban más de 95 mil asistentes. En efecto, el Estadio Azteca se convirtió en el panóptico donde todo podía apreciarse desde cualquier lugar. El Coloso de Santa Úrsula se ha convertido en un amuleto de la suerte. Quien lo ocupa para su cierre de campaña electoral, gana la presidencia. Al menos así pasó con el PAN en 2006, el PRI en 2012 y Morena en 2018.

¹⁴ Cf. Conferencia Magistral del Dr. Juan Pablo Navarrete. Universidad de la Ciénaga, Michoacán, en el Seminario Café Debate de Cultura Política, UAM-Azcapotzalco, *op. cit.*

Mapa 6.3 Apropiación social del espacio urbano. Estadio Azteca. Coalición “Juntos haremos historia”. Elecciones en México, 2018



SIMBOLOGÍA

- Espacios de Estadio Azteca
- Presencia de la para o de la campaña electoral
- Espacios del movimiento
- Presencia
- Presencia del derecho
- Centros de actividades culturales
- Espacios de la
- Espacios de la

DE LA: CALA LUMINARIA
CENTRO DE SANCTA LUCAS

Fuente: Consuelo Córdoba, coordinadora del Taller de Apropiación Simbólica del Espacio Público, del Diplomado de Etnografía Urbana y Cultura Política, verano 2018, UAM A y RED Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales A. C.

Foto 6.5 Propaganda del acto de cierre de campaña “Juntos haremos historia”. Elecciones en México, 2018. Tomada de Base de Datos del Diplomado de Etnografía Urbana y Cultura Política, verano 2018, UAM-A y RED Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales A. C.

CIERRE DE CAMPAÑA
MIERCOLES 27 DE JUNIO - ESTADIO AZTECA

ARTISTAS INVITADOS
MARGARITA, LA DIONA DE LA CUMBIA
BELINDA / EUGENIA LEÓN
SUSANA HARP Y LA BANDA DE TIXIACO / JARANEROS

Entrada gratuita
Acceso a partir de las 15:00 horas. Cada persona tendrá un boleto y asiento asignado.

¡CERREMOS ESTA CAMPAÑA CON ALEGRIA Y ESPERANZA!

más información en @andforartists

morena
La esperanza es más fuerte

Foto 6.6 Imagen del Estadio Azteca antes del lleno total. Acto de cierre de la coalición “Juntos haremos historia”. Elecciones en México, 2018. Tomada de Base de Datos del Diplomado de Etnografía Urbana y Cultura Política, verano 2018, UAM-A y RED Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales A. C.



El discurso central comenzó a las 20 horas, porque AMLO llegó tarde después de cerrar dos actos regionales en Chiapas y Tabasco. Pero desde las 12 hrs. la gente había empezado a llegar al Estadio Azteca, en grupos de 30 y 50 personas. Arribaban en micros, organizados por las zonas partidarias de las alcaldías. El Azteca se iba transformando de blanco a guinda, y de guinda a blanco. El espacio condicionaba el comportamiento de los asistentes. A diferencia de otros actos, la izquierda no estaba visible, se diluía entre la multitud. Tampoco se diferenciaban grupos ni asociaciones. El Partido del Trabajo (PT) y Encuentro Social apenas se distinguían. La gente era pueblo, clase media baja, clases populares, clases trabajadoras, aunque se nombraban los grupos de asistentes.¹⁵

¹⁵ Conforme va pasando el tiempo se nombran las diferentes regiones y organizaciones: Frente Unido de Pueblos, Puebla, Iztapalapa (ovaciones),

La cantante Susana Harp, en medio de aplausos, interpretó el son *La Llorona* en un video. Artista y candidata a senadora, suponía una alianza con la familia de los millonarios Harp Helú.¹⁶ También participó el Grupo de Son Jarocho “Caña dulce, caña brava” de la arpista Adriana Cao, quienes interpretaron una canción dedicada a los 43 jóvenes desaparecidos de Ayotzinapa. Vino después Margarita, la Diosa de la cumbia (recibida con gran ovación) con bailarines esculturales. La sensación fue Belinda que presentó un espectáculo con grandes recursos y de gran duración. La logística fue muy parecida a la observada en el cierre de Fox del 2000 y EPN del 2012. La cultura era similar ante la movilización de artefactos culturales y políticos. La diferencia estaba en la otra dimensión de la cultura, en el comportamiento de la gente y el sentido ideológico del acontecimiento.

La atmósfera del Estadio Azteca era de gran efervescencia. La gente gritaba consignas. Hacía “olas”. Toda la cancha bailando se convirtió en un carnaval. El coso estaba a reventar. Empezaron a llenarse pasillos y escaleras. El Estadio se convirtió en multitud multicolor, unidireccional, guinda todo, pendones de Morena, de AMLO. A las 20:20 resuena el grito de ¡Obrador! La gente está sobreexcitada a su arribo. Emotividad desbordante. AMLO pasa y saluda por toda la valla. Se toma *selfies* con la gente. Se transmite en las pantallas el himno de Morena a ritmo de son. Todo es emoción pura.

Chihuahua, Tlaxcala. Yucatán. Edo. Mex. Morelos. Las delegaciones de la CDMX.

¹⁶ Susana es hija de Antonio Harp Helú, empresario libanés y sobrina de Alfredo Harp Helú, dueño de Banamex de 1991 a 2001 junto con Roberto Hernández, uno de los más consistentes enemigos históricos de AMLO, considerado como el enemigo número uno (Zepeda, 2016). Se sabe que a Alberto Harp Helú le gusta el beisbol como a AMLO y es dueño de los Diablos Rojos, de Deportes Martí y Sport City. Es Primo hermano de Carlos Slim. Harp Helú fundó ACCIVAL con Roberto Hernández, y es muy cercano a Claudio X. González, otro acérrimo adversario del candidato de Juntos haremos historia.

Toma la palabra Claudia Sheinbaum. Es la anfitriona. La candidata de la CDMX quien le da la bienvenida a AMLO, a quien le cederá todo el espacio y el tiempo necesario para un discurso de estadista. Claudia asegura que AMLO será presidente. Después de muchos años de lucha, ésta es la hora. El cambio verdadero. La transformación pacífica, cuando el pueblo decide, lo logra. “Estamos -dice Claudia- a las puertas de una nueva era, es el renacimiento de México”. Les da reconocimiento a los héroes que dieron patria, a los anónimos. “La CDMX es la ciudad de la esperanza, que gobernaremos con austeridad republicana”. Así concluye:

Construyamos una nueva historia. Por un país más justo. Cambiemos el miedo en esperanza, el odio en amor. No hay marcha atrás, estemos orgullosos de caminar junto a un líder incansable, que representa el anhelo de millones de mexicanos y mexicanas. Quien ha escrito 13 libros. Originario de Macuspana. Que ha visitado todos los municipios del país, y quien ya ha cambiado la historia de México. López Obrador es el referente ético y moral, que no cae, luchador por México y la democracia. Se ha ganado el corazón del pueblo de México.

Apenas habló 10 minutos, casi nada sobre la CDMX. Se convirtió así en el cierre nacional de la campaña de la Coalición “Juntos haremos historia”, donde Claudia fungió, a diferencia de los otros cierres donde los candidatos a la presidencia se convirtieron en los animadores de los candidatos locales debilitados, en la presentadora de AMLO. Y a las 20:50 el turno fue de AMLO: “Amigas, amigos... (gran ovación). Es una alegría contagiosa y vibrante, porque todo indica que ganaremos (ovación)”.

La exposición de AMLO fue larga. No fue un discurso de un candidato, sino de un personaje seguro de que ya había ganado la elección como presidente del país. Indicó su orientación política, dio línea. Se refirió a nociones morales y valores que deberían asumir las y los mexicanos en la Cuarta Trans-

formación. Destaco aquí algunos elementos del discurso que marcan los cambios de ruta, aquellos que anclados en las resonancias históricas de los movimientos sociales de izquierda del país, movieron conciencias e hicieron la diferencia de los discursos en los actos masivos de las otras coaliciones. En efecto, fue una postura de ganador indiscutible, su cercanía hacia las ideologías de gobiernos progresistas se hizo más patente, y acerca del análisis hacia una caracterización sobre un nuevo régimen de progresismo tardío (Cf. Svampa, 2017; Modonesi, 2017). Entonces, AMLO dijo así:

A punto está la 4ª. Transformación de la historia de México. Sueños hechos realidad. Consumarlo viene de lejos, se ha hecho por muchos, de distintas clases y movimientos. Recordemos: movimientos sociales, campesinos, obreros, estudiantes, maestros, médicos, ferrocarrileros, luchadores por los derechos humanos...

Destaco –continuó AMLO– a los jóvenes del 68, a los dirigentes de la oposición: Valentín Campa, Demetrio Vallejo, Rubén Jaramillo, Heberto Castillo, Cuauhtémoc Cárdenas, Salvador Nava, Manuel Clouthier, Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia Martínez, Alejandro Gazcón Mercado, Rosario Ibarra de Piedra (a quien le brinda un homenaje, y advierte AMLO que va a votar por ella). Chema, José María Pérez Gay, Luis Javier Garrido, Julio Sherer, Sergio Pitol y Carlos Monsiváis. Además, celebro con vida a Elena Poniatowska, Fernando del Paso, Carlos Payán....

(Esto) no es sólo malestar, ni surge de repente. Los frutos se recogen de la siembra de ideas, trabajo y dirigentes... Muy poco es espontáneo. Apostar a la vía pacífica y las premisas que sólo el pueblo salva al pueblo y a la nación.

Este discurso, y en especial el párrafo previo, señala la importancia de las resonancias históricas en la construcción de movimientos, cambios en la correlación de fuerzas y espacios de oportunidad revolucionaria (en el sentido más indeterminado del término). Así, de las nociones que podemos resaltar del discurso lopezobradorista es “revolución de las conciencias”. Como hemos visto a lo largo de este libro, el análisis de la cultura de los movimientos sociales, de la formación de subjetivi-

dades políticas, de los procesos catárticos que significa el paso de formas objetivas o formas simbólicas de subjetivación, esta idea de revolución de las conciencias debe comprenderse en su vertiente sociológica y cultural, para explicar las consecuencias históricas de las elecciones de 2018. Esa formación de subjetividades fue un proceso de resonancia histórica de acontecimientos, eventos y memoria que se interioriza y le da sentido a multitudes que apuestan por opciones de cambio, éstas que se producen y reproducen con el tiempo. Son muchos aspectos, acontecimientos y subjetividades que pueden merecer el título de resonancia histórica. No obstante, en este caso hicimos énfasis en el cambio transicional, la trayectoria longitudinal que apareció a partir de lo que entonces se consideró como uno de los acontecimientos históricos más importantes del país: la alternancia política del 2000, que abrió la ruta hacia una nueva transición. Así, este acontecimiento, 18 años después, ha sido resultado multidimensional de una resonancia tanto histórica como biográfica, tal como la hemos visto a lo largo de los capítulos de este libro, que repercutió en efecto, a raíz de movimientos, procesos y personajes expuestos, en el propio discurso de AMLO y de la presencia de múltiples identidades y otroedades. Este discurso afirma aquel proceso que fue irrumpiendo en las trayectorias y transiciones políticas que las y los mexicanos vivieron desde por lo menos 1988 (como lo señalamos en el capítulo 1), en aquel acontecimiento electoral cuando se confrontaron dos de las más antagónicas ideologías que definieron el modelo de desarrollo futuro. AMLO apenas lo esbozó así:

Para lograr esta revolución de las conciencias y la voluntad colectiva, necesitamos del trabajo educativo. Hablar en plazas públicas. Predicar con el ejemplo. Nos cree la gente, porque se educa con el ejemplo. El valor es la honestidad...

Cambiamos la mentalidad de muchos sectores... Internalizar estas ideas, ha sido la mayor aportación. No se puede cambiar lo que no se conoce. Es el despertar de muchos ciudadanos de

clases medias que antes nos insultaban. Otros, jóvenes, con su rebeldía, frescura, saben que nosotros representamos lo nuevo, la modernidad desde abajo[...]

Después de ello delineó un plan de gobierno, basado en compromisos y el combate a la corrupción. Al final, recalcó: “México será el reino de la justicia. La República amorosa. La República fraterna”.

La gente desbordada a las 21:45, después de 55 minutos de discurso, dio paso a la cantante Eugenia León, quien cerró el acto antes de cantar el himno nacional. Entre lágrimas emotivas de asistentes, de nuevo el himno de Morena, confeti y más fuegos artificiales.

ALGUNAS CONSIDERACIONES AL MARGEN ELECTORAL

El día 1 de julio de 2018, siguiendo una tendencia definitiva desde el inicio de campaña, el candidato Andrés Manuel López Obrador, representando a una “izquierda moderada” ganó de manera contundente las elecciones presidenciales. (Véase los datos de los cuadros 6.1, 6.2, 6.3 y 6.4 para la elección presidencial, senadores y diputados, en el Anexo de este capítulo).¹⁷

La campaña electoral se caracterizó por una confrontación constante entre candidatos, discursos y estrategias entre los

¹⁷ Los números en general a nivel nacional de estas elecciones incluyen un Padrón electoral conformado por 87 millones 159 mil 497 de electores, de los cuales 52% son mujeres y 48% hombres. El número de cargos a renovarse fueron 3,416 incluida la Presidencia de la República, 9 Gubernaturas, 300 diputados de mayoría relativa y 200 de representación proporcional, 64 senadores de mayoría relativa, 2,226 ayuntamientos, 591 diputaciones locales de mayoría relativa. Los estados que eligieron Gobernador o Gobernadora fueron Ciudad de México (la primera después de la reforma política), Chiapas, Guanajuato, Jalisco, Morelos, Puebla, Tabasco, Veracruz, Yucatán: INE, disponible en <<https://www.ine.mx>>; véase también un análisis de las elecciones y de la volatilidad a nivel de los estados en Palma (2020).

contendientes. Esta batalla contenciosa se definió especialmente a partir del mes de enero de 2018. Se generó un desplazamiento de grupos, asociaciones, personalidades y representantes políticos hacia el reforzamiento de la propuesta de la coalición “Juntos haremos historia” de AMLO. Siguió fuertes divisiones y escisiones de partidos y coaliciones antagónicas. Según nueve casas encuestadoras, para el mes junio, las tendencias marcaban claramente a AMLO como ganador (véase cuadros 6.5 y 6.6, en el anexo de este capítulo).

Las campañas electorales se caracterizaron por lo que hemos definido, con Bauman, un campo de batalla, la batalla por la ciudadanía. Pero en esta ocasión, privaron especialmente las tensiones internas de coaliciones formadas entre partidos políticos con diferentes orientaciones programáticas, como entre el PAN y el PRD, o entre partidos que fueron registrando conflictos regionales durante el proceso como el PRI y el PVEM. Para el caso de Morena, el PT y el PES, a pesar del relativo desplazamiento de corrientes de izquierda de la principal estructura electoral, y las críticas que suscitó la alianza con esta última organización de la derecha conservadora, pudo mantener una clara centralización debido a la fuerza carismática de su candidato.

Como vimos, los cierres de campaña realizados en la CDMX mostraron la cultura política que se desprende de una visión y una práctica política electoral. Valores y prácticas que se reflejaron en las formas simbólicas de apropiación del espacio público como la del PRD y el PAN en el Ángel de la Independencia, el PRI en el Palacio de los Deportes, y Morena en el Estadio Azteca; asimismo, el papel de las alianzas como un factor decisivo en la configuración de la contienda electoral, que generaron nuevos recursos, los que abrieron o cerraron posibilidades de triunfo, o al menos de alcanzar una mayor votación y acceso a un mayor número de ciudadanos/as. A diferencia de las teorías que destacan el papel del individualismo racional en el espacio de un mercado electoral ofertado, aquí el papel de las

organizaciones sociales durante estos actos reflejó la debilidad, o en su caso, la fortaleza de los contendientes. Fue paradójico, que a diferencia de los actos del PRI y del PRD-PAN, en el acto de Morena, las organizaciones y alianzas políticas alcanzadas durante la campaña no fueron notorias, y sin embargo, fueron fundamentales para el arrollador triunfo de AMLO. Además, el tipo de *performance* político y el discurso emitido hicieron emerger de manera nítida la cultura política partidista impregnada en cada coalición, sobre la cual sostuvieron cada una su proyecto de nación que disputaron.

El objetivo de este análisis específico en 2018 fue resaltar las formas simbólicas de la contienda electoral, a través de etnografías situacionales y narrativas de las principales coaliciones electorales. Es posible, con este acercamiento analítico a las campañas, mostrar algunas dimensiones que constituyen las identidades políticas y las consecuencias complejas que se desprenden de las alianzas electorales. La gente votó por una opción, y con ello destruyó otras. El desplome de partidos políticos tradicionales como el PAN, el PRD y el PRI, abre el escenario a nuevos actores políticos, que deberán aprovechar su tiempo para construir otras formas de hacer política y construir ciudadanía.

Este evento marcó el final de una transición que resultó en una revolución de las conciencias, después de 30 años de una estructura de tradiciones basada en ideologías neoliberales, individualistas, egoístas, productivistas, alienantes y deshumanizadas, y después de 18 años a partir de la primera vez de la alternancia presidencial. A partir de ese 2018 se abre otra transición llena de incertidumbre. Las nuevas oportunidades deben crearse y no siempre empatan con los sueños antes fragmentados, como decía Gramsci, con el surgimiento de una conciencia que sin embargo no es homogénea, unidimensional, singular y universal, sino que es heterogénea, multidimensional, plural y particular. Esta nueva construcción social de la conciencia no será nada fácil.

ANEXOS CAPITULARES

Cuadro 6.1 Resultados de la elección presidencial por candidatura

Candidato	Porcentaje
Andrés Manuel López Obrador (Morena, PES y PT)	53.1936
Ricardo Anaya Cortés (PAN, PRD y MC)	22.2750
José Antonio Meade Kuribreña (PRI, PV y PANAL)	16.4099
Jaime Heliodoro Rodríguez Calderón (Independiente)	5.2317

Fuente: INE, disponible en <<https://www.ine.mx>>.

Cuadro 6.2 Resultados de la elección federal para senadurías

Partido o Coalición	Porcentaje	Entidades obtenidas por mayoría relativa
Movimiento Ciudadano	01.0149	1
Morena	01.1754	1
PAN, PRD, MC	25.2891	5
PRI, PV, PANAL	12.7064	1
Morena, PES, PT	42.2392	24

Fuente: INE, disponible en <<https://www.ine.mx>>.

Cuadro 6.3 Resultados de la elección federal para diputaciones

Partido o Coalición	Porcentaje	Diputaciones obtenidas por Mayoría Relativa
PAN	01.2464	5
PRI	07.7756	1
Morena	01.2683	8
PAN, PRD, MC	25.6968	63
PRI, PV, PANAL	12.2613	13
Morena, PES, PT	42.0121	210
Total	100	300

Fuente: INE, disponible en <<https://www.ine.mx>>.

Cuadro 6.4 Número de diputaciones por representación proporcional y partido político

Número de diputados por Representación Proporcional	
Partido	Número de diputados
PAN	41
PRI	38
PRD	12
PVEM	11
PT	3
MC	10
Morena	85
Total	200

Fuente: *El Sol de México*, disponible en <<https://www.elsoldemexico.com.mx/mexico/politica/ine-aprueba-distribucion-diputados-senadores-plurinominales-senado-camara-de-diputados-1938299.html>>.

Cuadro 6.5. Tendencias de nueve casas encuestadoras, campaña electoral presidencial, México 2018

Candidato	Parámetro
Anaya	25-30
Meade	17-21
AMLO	45-54

Fuente: Conferencia Magistral del Mtro. Alejandro Cruz de BGC Ulises Beltrán y Asociados, en Seminario Café Debate de Cultura Política, UAM Azcapotzalco, mayo de 2018.

Cuadro 6.6 Probabilidad del triunfo, de acuerdo a una agregación de encuestas

AMLO	94 por ciento
Anaya	81 por ciento
Meade	85%

Fuente: ORACULUS.MX, en Conferencia Magistral de Mtro. Alejandro Cruz de BGC Ulises Beltrán y Asociados, en Seminario Café Debate de Cultura Política, UAM Azcapotzalco, mayo de 2018.

Capítulo 7. El desenlace: cultura política, resonancias y visiones de futuro

El triunfo de Andrés Manuel López Obrador en 2018 facilitó al escenario político un giro a la izquierda moderada después de 18 años que se instaurara el régimen político de la alternancia en el 2000, entonces inclinado hacia la derecha conservadora del Partido Acción Nacional. Para ese 2018 no fue sólo la reacción de votantes, quienes hayan castigado al panismo y al priismo neoliberal por la debacle de sus gobiernos, fue también resultado de un proceso de largo aliento que podría situarse desde la competitiva contienda electoral de 1988, en un momento crítico del triunfo simulado por el cual se fijó el modelo neoliberal en el país. Estas trayectorias y los análisis de eventos a través de transiciones políticas han venido a ser explicados en otros trabajos sobre cultura política en la CDMX y la crítica de la ciudadanía (*cf.* Tamayo, 2002, 2010). Para efectos analíticos, en esta narrativa situamos este último periodo de transición a partir de la alternancia política. Hicimos un seguimiento con énfasis en los procesos electorales presidenciales de 2000, 2006, 2012 y 2018.

Los movimientos políticos y sociales tienden a empujar hacia la confrontación y, a partir de ahí, se implantan por medio

de mecanismos, surgidos de un espectro amplio de *resonancias biográficas e históricas*, tanto de valores, ideologías e intereses particulares, como de agravios, que se expresan a través de campos de subjetividad. En efecto, ciudadanos, grupos y comunidades se constituyen en sujetos sociales en la contienda política y después son ellos los que tienen la capacidad para definir y determinar el tipo de contienda política de que se trate. Como resultado de esta disputa, el éxito o fracaso de la normalización del sistema o del empuje al cambio de régimen será derivación de un proceso continuo de resonancias políticas. En ese sentido, los cambios de régimen no se dan de manera espontánea, no lo fue con el populismo de la primera mitad del siglo xx, ni con el neoliberalismo después, ni con la experiencia reciente de los progresismos latinoamericanos y mexicano. Estos cambios son producto de tales resonancias históricas de experiencias de luchas sociales y políticas, de movimientos trascendentales, de convergencia de fragmentos de resistencia social, de modificaciones institucionales producto de la transgresión social y contención política. Las resonancias pueden vincularse con la noción de ciclos de protesta de gran aliento, que son flujos de movilización que convergen y coinciden en el tiempo. Espacio y tiempo, dónde y cuándo se extienden las luchas, en un vaivén que amplía los horizontes de motivación, se modifican los marcos de comprensión del papel que estas luchas significan para el cambio político; surgen y se erigen viejas y nuevas conciencias, así como códigos simbólicos que interpretan de otra manera la realidad y la existencia social. Las ondas largas de los ciclos se determinan por la convergencia y la fuerza acumulada de actores sociales, repertorios de movilización, marcos de interpretación que se alinean entre sí, y modifican la cultura política de las fuerzas en pugna. En México los ciclos de institucionalización y protesta convergen nítidamente en los periodos electorales, por eso decimos que una elección no es únicamente la planeación de acciones y propósitos formalmente reglamentados a través de

vías pacíficas y democráticas para alcanzar y definir el poder, sino que es mucho más en términos simbólicos, ante el sistema de valores, las expectativas de futuro y en la revolución de las conciencias. Con Bauman, decimos que las campañas electorales son campos de batalla, luchas intransigentes y violentas sin miramiento entre campos de identidad de protagonistas y antagonistas en torno a los cuales se posicionan grandes y múltiples audiencias, cruzadas por diferencias de clase, género y étnicas. Esto es así porque lo que está en juego es el poder, quien tiene el control de los recursos es una cuestión de relaciones de dominación, pero también de sobrevivencia simbólica de actores y bloques. En el trayecto, el papel de la cultura es crucial tanto en la caracterización de la dinámica como en los tipos de resonancia histórica de las campañas electorales.

A partir de 1988, el movimiento popular fue perdiendo la posibilidad de alcanzar de nuevo la hegemonía, pero a partir de entonces se dieron nuevos procesos para remontar el fracaso. Así, desde el campo de lo electoral, 1997 fue un año decisivo en esta transición con el triunfo de corrientes de izquierda en la CDMX y la pérdida de espacios políticos del nuevo prisma neoliberal. Y de ahí en cada año electoral se fue expresando una concentración de luchas sociales y políticas, por medio de resonancias históricas y biográficas a través de líderes, grupos, alianzas y variadas posibilidades de avanzar en procesos paradójicos de unidad, todo lo cual impactó en la conciencia de la ciudadanía y en consecuencia afectó la normalización de los resultados electorales, que fueron alineando los peldaños de una gran escalinata hacia la toma del poder. Por eso explicamos esta transición a través del análisis situacional centrado en las campañas electorales, a partir de las cuales se pueden observar con mucha mayor nitidez la cultura política de los contendientes y la disputa por la nación.

Afirmamos que, así como en el 2018 se constató un cambio en el nivel de conciencia de la ciudadanía, el encantamiento observado por las masas que votaron hacia la derecha en 2000

y con ello hicieron cambiar el régimen político, también fue resultado de un proceso de transformación de las conciencias del pueblo mexicano. Se evidenció en las características que adquirió la sensibilización social, política y cultural, tanto individual como colectiva de las masas. Históricamente la izquierda ha sido impermeable a estos cambios, para no reconocer el hondo conservadurismo que determina los valores y comportamientos políticos de las y los mexicanos. Con este extraviado posicionamiento es más espinoso comprender la ineficacia de sus estrategias basadas en un cierto materialismo dogmático y desechar la parte cultural de la formación de clases y de conciencia social de las masas. Si un aspecto de esta formación para sí de las clases y grupos más vulnerables se encuentra en el contexto específico del impacto del capitalismo a nivel regional y local, así como en las diversas expresiones culturales de la vida cotidiana de las y los trabajadores, un factor asociado a ello es la experiencia diversa de sus luchas y, entre ellas, su vinculación particular con la política formal.

La explicación del cambio de régimen político en el 2000, que significó la salida histórica del PRI del poder y su sustitución por una corriente de derecha más conservadora, no puede seguir siendo únicamente el hecho de que coyunturalmente la ciudadanía castigue a uno y favorezca a otro, en una especie de egoísmo individualista que determine la elección racional del sufragio. Tiene que ver, además, con un cambio de ruta en la ideología, en los valores, en las prácticas y en los imaginarios. Y estos cambios no pueden ser resultado de una generación espontánea, o de la consabida respuesta trillada del “hartazgo de (las y) los mexicanos”, sino a un proceso de vinculación y articulación política y cultural dialéctico y pausado. En el 2000 el voto se cargó de conservadurismo, aunque la esperanza de cambio no duró mucho tiempo, la intelectualidad orgánica trató de sostener ese triunfo lo más que pudo al señalar lo ejemplar de los comicios, el cambio democrático real, el acceso a la modernidad política tan an-

siada, el reflejo del voto útil, que se fue sin embargo desvaneciéndose con el tiempo.

La definición de *proyectos alternativos de futuro*, expresados en aspiraciones de ciudadanía y de nación, se fueron decantando, al menos, desde ese año 2000. Con esas intenciones se atestiguan utopías y visiones que van madurando, consolidando marcos maestros, de diagnóstico y pronóstico, definiendo promesas de motivación y estrategias de acción y lucha. También se precisan los actores y las representaciones. Líderes y personalidades van surgiendo como personeros de los proyectos que se encaran en batallas que le dan color a partir de su propio carisma. Esos personajes y estructuras de movilización generarán resonancias biográficas y estructurales a lo largo del tiempo, y se verán nutridas por ellas mismas o por nuevos personajes que retomarán la batuta de los proyectos y le irán imprimiendo las formas simbólicas de sus propios carismas. Y es en las elecciones, más que en cualquier otro campo político, donde se evidencia con gran transparencia la disputa de proyectos desiguales que se confrontan entre sí para llegar a tener el control del poder. Decimos que estos proyectos no son únicamente argumentos políticos y jurídicos de formas institucionales de hacer política, o de instrumentalización de la gobernanza, sino que son fundamentalmente visiones del mundo y de país. Tales proyectos se sustentan en ideologías y prácticas político-culturales de grupos dominantes o élites, encajados de distinta manera en la cultura popular. En los procesos electorales estos proyectos generalmente describen sus nociones sobre el Estado y la relación con la sociedad, la jerarquía y diferenciación que se tiene sobre los derechos de ciudadanía, y las formas de participación política y ciudadana. Pero estas diferentes dimensiones políticas se van ligando con formas culturales asociadas a filosofías religiosas, influencias mediáticas, consumos culturales, formaciones pedagógicas y prácticas sociales. Junto a las otras categorías utilizadas, esta definición ayuda a construir un tipo de subjetividad política a

través de alinear el sentido de ese proyecto con los imaginarios de amplios grupos sociales. Los proyectos son necesarios en la medida que funcionen como catalizadores de la conciencia de la ciudadanía. Esta importancia reside en el hecho de que cualquier proyecto social y político pretende alcanzar la universalidad de los significados que permea en las mayorías, el imperativo categórico digamos. Estas mayorías fragmentadas, organizadas en grupos y asociaciones, comunidades e individuos contienen embriones específicos de esos proyectos, identificados con sus intereses particulares. Los movimientos sociales creen representar a la generalidad, pretenden la universalidad, pero en realidad son identidades restringidas y particulares. No obstante, en la medida que tengan la capacidad de madurar y consolidar un proyecto de amplio espectro político podrán alcanzar esa universalidad de la representación que, por lo demás, nunca será absoluta. Los proyectos políticos confrontados en elecciones aspiran a eso. En el 2000 el proyecto de derecha conservadora obtuvo la representación mayoritaria, aunque no absoluta. En 2018 fue la izquierda moderada la que pudo alcanzar esa mayoría con mucho mayor contundencia. La diferencia entre estos dos vectores de origen y destino estriba en que el proceso de construcción del proyecto de izquierda, y por lo tanto del resurgimiento de una conciencia popular, asimilada en el nacionalismo revolucionario y anti-neoliberal, ha tenido una historia de larga duración donde se ha construido el sostenimiento de una simpatía popular por décadas. Ahora bien, los proyectos que se confrontan en la contienda electoral no sólo están redactados en las plataformas electorales, ni en los discursos lúcidos de los candidatos, están sobre todo decantados, legitimados y reinterpretados por protagonistas y audiencias por medio de su participación y otras prácticas político-culturales. Los proyectos no son producidos por intelectuales iluminados sino orgánicos, son resultado de resonancias históricas, generadas por experiencias y discursos que han venido impactando a amplios sectores de la pobla-

ción. Lo que vimos en esta trayectoria longitudinal fue que el proyecto de AMLO se fue consolidando en la conciencia de un cada vez mayor espectro de grupos ciudadanos.

La dimensión analítica de *apropiación del espacio político* es central en nuestra reflexión. Pensamos el espacio no únicamente como un capelo o contenedor de relaciones sociales u objetos que ocupan un lugar en el vacío, sino en su definición abstracta, constituido y prefigurado geoméricamente por posicionamientos o vectores y flujos, en tanto fuerza y oposición entre diferentes visiones de futuro, que interactúan constituyendo una espacialidad perturbada y apropiándose socialmente. Es un espacio que se transforma constantemente, que no es neutro por la simple razón de que es resultado de interacciones y tensiones generadas por los vectores o posicionamientos culturales de actores sociales, de las cuales resultan hegemonías y relaciones de dominación, que a su vez impactan sobre la propia espacialidad; así se mueve tendencialmente hacia un lado o al otro, hacia arriba o abajo, de acuerdo con la intensidad y fuerza de esos vectores y flujos que orientan y condicionan siempre la lucha política. De ahí que una categoría central para comprender la práctica en la que descansa la experiencia y el grado de concientización de las masas sean precisamente las formas simbólicas de apropiación y transgresividad del espacio. Retomamos dos aspectos complementarios de la apropiación. Lo que llamamos, siguiendo a Dewerpe (2006; Tamayo, 2016), la apropiación ecléctica del espacio público que es una forma de espacialización y especialización de diferentes actores sociales y políticos situados en interacción en el espacio físico. Y así también, un segundo aspecto es lo que llamamos, siguiendo en este caso a McAdam, Tarrow y Tilly (2003) la apropiación social de las organizaciones del movimiento, que es el conjunto de mecanismos y procesos de la contestación política que explica los distintos grados de intensidad y compromiso de los participantes con los movimientos sociales, con la organización-frente, o con las organizaciones convocantes

y participantes. Juntas, las apropiaciones ecléctica y social, nos permiten conocer el grado de cohesión e identificación de las y los participantes, la articulación de la participación individual y la forma en que se expresan lazos de solidaridad en los contingentes constitutivos de una campaña política. Esta noción se liga estrechamente con la idea de proyecto político, por eso la apropiación simbólica del espacio público, entendido como ese espacio de debate y conflicto, también debe entenderse como la manera en que los asistentes a un acto masivo político se apropian de un determinado proyecto, delineado a partir de una particular visión de ciudadanía; un proyecto político que se construye a través de marcos de interpretación que abarcan diagnósticos sociales y políticos, motivaciones, delimitadores de identidad y de esclarecimiento de las oposiciones e identificación de adversarios o enemigos.

La noción de *cultura política* es para nosotros central en el análisis de las formas de construcción social de la conciencia ciudadana. A pesar de que una variable importante en el análisis longitudinal de los cierres de campaña electoral fue mostrar las tendencias del voto de los ciudadanos, así como los porcentajes de inserción política de los partidos políticos, la forma en que sus representantes hacen *lobby* para influenciar en la orientación de alguna iniciativa de ley, o el organigrama de dependencias e instituciones de Estado, para nosotros la cultura política es también y, sobre todo, la manera en que la ciudadanía se conduce en los asuntos públicos. Definimos la cultura política como la manera en que los grupos y movimientos sociales utilizan los recursos para movilizarse en función de proyectos políticos alternativos (Jasper, 1997); la forma en que se comportan colectivamente en eventos públicos en relación con sus preferencias electorales e ideológicas; el grado de apropiación de la ciudadanía de los proyectos políticos hegemónicos, y cómo son percibidos e interpretados por individuos, con base en valores, experiencias, imaginarios y utopías. Puede entenderse entonces que, si hablamos de cul-

tura política en un sentido hermenéutico, el debate sobre si las plazas votan o no, es una discusión necesaria pero que debe rebasar la idea pragmática y cuantitativa de lo electoral. Durante las primeras experiencias electorales después del cambio de régimen de 2000, las corrientes hegemónicas del análisis político negaban la importancia cualitativa y cultural de los actos masivos de campaña y los efectos cuantitativos de los cierres de campaña. Si esto fuera así ¿para qué estudiarlos? se preguntaban los estudiosos. Lo que mostramos en este libro es que incluso para coordinadores de campañas la etapa de ir cerrando la jornada electoral por medio de actos masivos locales y regionales hasta concluir en un acto central de cierre es fundamental. Retomamos lo que Francis Alÿs expresó en el sentido de que las plazas son los últimos refugios de la política de masas donde pones en primer término la voluntad de ciudadanos y clases sociales de hacer oír su voz y dejarlos con sus pies y cuerpos apropiarse del espacio simbólico de la política. Pero ese no es el único objetivo, sino los efectos de ello, puesto que, si los actos muestran jerarquías partidarias, expresiones y comportamientos de simpatizantes y activistas, comprendes mejor la holística de los proyectos propuestos y hasta qué punto se alinean con los imaginarios de las clases y grupos participantes. El todo del análisis cultural de estos cierres deja al descubierto la construcción de subjetividades políticas tanto de derecha como de izquierda, y de qué manera se pueden interiorizar en un contexto específico en la conciencia de amplios sectores de la ciudadanía.

Esa cultura política sintetizada en los actos y concentraciones electorales mostraron los valores y actitudes de las corporaciones políticas. Cada uno de los actos analizados constituyeron en sí mismos un espacio de ciudadanía que contribuyó a la construcción de una nueva subjetividad política. Es un espacio colmado de conflicto y poder. En ese proceso se produce inevitablemente una conciencia ciudadana distintiva. El PRI, como ejemplo de un proyecto político existente, se mostró cada vez

más incapaz de superar sus resabios de descomposición política, y expresaba la clara definición popular de un partido *dinosaurio*, burocrático, corporativista y clientelista. Una organización política jerárquica y elitista, que se separaba cada vez más de sus electores. Por otro lado, el PRD (y después Morena), otra corriente histórica de una izquierda institucional y moderada, una versión socialdemócrata a la mexicana, también mostró una trayectoria a la debacle, con fuertes conflictos internos, desarraigándose de los movimientos populares, con un discurso de medianías y cada vez más corporativo e institucional deslizando insensiblemente a la derecha. Y finalmente, el del PAN, representante de la derecha “democrática” y centrífuga de un abanico de organizaciones conservadoras. Éste es un partido de cuadros, de élites y de aparato. Ningún roce con la ciudadanía y menos de corte popular. Conservador, precisamente por su asociación con la jerarquía de la Iglesia católica y grupos de ultraderecha, reivindica valores reaccionarios, como hacia las mujeres a las que subordinada al orden patriarcal, un marco categórico con el que combate la legalización del aborto y el matrimonio igualitario, muy ligado ideológicamente a la clase empresarial híper neoliberal. En este proceso, el PAN cayó irremediablemente a la vorágine del corporativismo y clientelismo por su desesperación de mantener el poder.

En estos marcos de cultura política así explicados, durante esta transición, se fue reorganizando la ciudadanía.

En el análisis longitudinal realizado constatamos también el interés de la noción de *crisis política*, que asociamos a la de cultura y la de resonancias históricas. Después del cambio de régimen, el triunfo de la derecha conservadora y del aumento de las expectativas de amplios sectores de la ciudadanía, el papel del carisma y del liderazgo se fue desdibujando, en parte por la separación entre el discurso institucional de la inexistencia real de los cambios estructurales, principalmente en el modelo económico. Se dio un proceso de alejamiento y desvinculación política y ciudadana con respecto al nuevo régimen y al sistema

político, que añadió tensiones al ejercicio de la democracia. La ciudadanía se fue desplazando rápidamente hacia la necesidad de una reinención del espacio público, esto es, pugna por nuevas formas de reapropiación, reutilización y reconquista del ejercicio político y la democracia. Esto no es banal, tiene un efecto importante en el proceso de concientización, ya que implica una revaloración y resignificación de la política, distintas a las formas en que las élites las habrían concebido. Eso pasó después del triunfo contundente de la derecha en el 2000, pero también está pasando después del triunfo decisivo de la izquierda neopopulista en 2018. Cuando un nuevo régimen no puede contener la efervescencia de las masas, opta por la desmovilización y el control social. Cuando la democracia se estanca y rigidiza pierde su calidad de vigorizar el espacio de la política, y entonces puede concebirse al sistema político en déficit de democracia. En términos muy generales y en situaciones como esta podemos decir que los movimientos sociales que surgen, así como otros que resurgen en un determinado periodo, pueden colocarse muy de cerca de los procesos políticos institucionales y modificar así el carácter de la contienda política. Ésta es una cuestión central en el debate de la sociología política, que desgraciadamente ha sido relegado a un tema menor en los análisis de la pragmática política, interesada más bien en los resultados y en las campañas mediáticas. Sin embargo, estamos convencidos que un aspecto central en estas condiciones es el hecho de que los movimientos sociales producidos al vincularse con la política formal, generan estallidos sociales que pueden resonar histórica y biográficamente en las tensiones de los procesos electorales. De acuerdo con la evidencia mostrada en este libro, después del cambio político de 2000, el propio régimen surgido de una contienda democrática no supo mantener el ritmo de la gobernabilidad ni legitimar democráticamente sus propios resultados. Así, para 2006 y 2012 se realizaron contiendas manchadas de nueva cuenta por el fraude electoral, la ilegalidad y la corrupción que por tanto

tiempo se había desafiado. Mientras que las dos principales fuerzas de derecha no pudieron ponerse a la altura de las exigencias democráticas, la ciudadanía popular y los movimientos sociales continuaron construyendo una alternativa que alcanzó su clímax en 2018, logrando un nuevo cambio político.

La crisis política entonces puede explicarse en la deslegitimidad de la representación y los partidos políticos institucionalizados ante la ciudadanía. No obstante, lo cierto es que la crisis de los partidos ha sido relativa y dialéctica. La ciudadanía repudia los partidos a consecuencia de su elitismo y la concentración y uso irracional de recursos millonarios, que no ve ningún beneficio social en ello. Pero al mismo tiempo, tales partidos son componentes funcionales del sistema político, y su existencia está garantizada mientras la idea tradicional de la democracia representativa domine la política. Así, las elecciones que sirven para reproducir la representación de las élites está fundada en la obligada e insuperable participación de partidos en los procesos electorales.

Una forma simbólica de la cultura política considerada se da en la relación entre el *carisma del líder y las masas*. Esta relación no es lineal, espontánea ni pragmática, es cultural, y depende del carisma y la posición política, y en su caso, de los cambios en el nivel de conciencia que los individuos adoptan con el tiempo. Una manera de analizarlo, entre otras, es en la relación del discurso de las y los líderes y la reacción y apropiación de esos discursos por la ciudadanía. Éste fue un factor relevante en nuestro análisis longitudinal y situacional, en los procesos y cierres electorales a partir de la noción de resonancia. No hicimos un análisis estructural de los discursos, sino más bien nos centramos en la relación entre la alocución y las multitudes, y hasta qué punto ciertos aspectos de tales discursos se contradecían con la manera en que los medios imprimían significado *versus* el interés de la ciudadanía asistente. En este sentido, la idea de carisma cobra un significado particular. El carisma en su definición negativa no es un atributo físico personal que

impacta la percepción de los receptores y les orienta en su actuación individual o colectiva, al contrario, el carisma es un conjunto de capacidades que se van desencadenando en la interacción con los seguidores. Por eso, esta capacidad es también una construcción social que se genera en la articulación entre dirigentes y participantes. El dirigente puede motivar a los públicos, pero los públicos en contraparte delimitan el carácter del líder y hasta lo radicalizan. Puede así haber diferentes carismas como el construido en la debilidad de los personajes e impuesto desde la mercadotecnia política apoyados por la imaginería electoral, como el caso de Enrique Peña Nieto, y en algún sentido de Felipe Calderón. Aquí el carisma se construye como una intención manifiesta de una élite por obtener la hegemonía, creando artificialmente un carisma mediático, una marioneta bien labrada pero finalmente jalada de sus hilos por las fuerzas invisibles del grupo de poder. Decimos que este pragmatismo se reproduce en todos los espacios de la política a través de la figura de un líder con forma, pero sin contenido. Pero tampoco el asunto del carisma debe entenderse como una emergencia de la imitación y la sugestión que explicaría la sumisión de las masas a líderes carismáticos, crecidos por sus atributos físicos e individuales. El carisma, creemos, depende de las formas simbólicas de la acción colectiva, que pueden ser identidades unas rígidas y cerradas, en contraposición con otras abiertas y críticas. Una multitud puede cambiar las condiciones de un *performance* político y afectar recíprocamente la actitud y el comportamiento de los líderes, como fue el caso de Vicente Fox y de seguro el de López Obrador. El carisma puede crearse por varias fuentes, por la experiencia de la lucha social y la historicidad que se genera, con la participación directa y activa de los líderes en los repertorios de la movilización; en la actuación honesta de puestos de representación; en la asociación cultural con grupos amplios de políticos e intelectuales orgánicos; en la capacidad para alinear el discurso del movimiento con otros marcos de interpretación. Estas fuentes

son las resonancias históricas y biográficas de las experiencias políticas en el tiempo. Así, este carisma, que es la síntesis cultural entre la actuación del líder y la fuerza social de los participantes, es un mecanismo de formación de una conciencia que en consecuencia se construye socialmente.

Aplicando la metodología del análisis situacional y contextualizando los acontecimientos, pudimos destacar y comprender la construcción de una conciencia colectiva de masas, electores y ciudadanos, participantes de pequeñas y grandes movilizaciones, movimientos fragmentados con intentos de unidad, así como del activismo de cuadros y dirigentes políticos y sociales. El impacto de esta praxis constituye las biografías históricas y personales que influyen aquellas trayectorias sinuosas en forma de espiral de todos estos procesos políticos. Estamos convencidos de que la idea de construcción social e histórica de la ciudadanía, que no es más que la construcción social e histórica de la conciencia, puede estudiarse a través de situaciones o dramas sociales que hacen visible lo que aparentemente se encuentra invisible a nuestros ojos. Ponemos atención a los contornos y siluetas culturales de un conflicto.

Lo dicho anteriormente no significa que se oscurezca el hecho de que el giro a la izquierda no haya sido radical. Fue una orientación más bien moderada, paradójica, pos-neoliberal, se creó con base en un gran movimiento popular que después fue desplazado a la derecha del punto decimal, teniendo un valor cada vez más ínfimo, lo que se ha llamado revoluciones pasivas (Modonesi, 2017). Quizá esa sea la gran desilusión que alcanzará a cubrir esta experiencia exitosa, porque se pusieron muchas más expectativas en el modelo de bienestar y en la democracia social de las que se podrán alcanzar. Con todo, AMLO tenía razón cuando señalaba insistentemente que la victoria del 2018 fue resultado de una revolución de las conciencias, y más aún, que a partir de entonces se iba a generar una nueva revolución. La mayoría de las críticas o apologías desde entonces se han centrado en destacar la razón o sinra-

zón de esta noción basándose en la coincidencia o no de la figura del líder, pero muy pocos han retomado una explicación coherente sobre el significado y las resonancias específicas de esta revolución de las conciencias, que se está tornando, quizá, en revolución pasiva.

De cualquier forma, una revolución de las conciencias es la adquisición, cambio o transformación de saberes, que abren al individuo o a una comunidad de ciudadanos-as, amplias posibilidades de interpretación de la realidad, es la eventualidad de quitarse la venda de los ojos y voltear sus rostros a la luz, de aquellos pobres encadenados en la alegoría de la caverna de Platón. Pero esta adquisición de la conciencia no se crea a través de un decreto, una decisión sumaria o un acto abreviado, sino a través de una construcción social, consistente, sistemática, pausada, de nuevas formas simbólicas de cultura política. Tampoco es La Conciencia, con mayúsculas, sino es la conciencia con minúsculas lo que se logra adquirir por esa experiencia histórica. Entre otros mecanismos, pudimos constatar a lo largo de los capítulos de este libro, al menos cuatro, que permiten afirmar el proceso de concientización, pero además los grados de transformación de esta conciencia. Estos son: a) la experiencia de movilización y apropiación del espacio público por individuos y grupos; b) la subjetividad política como una construcción social; c) el tipo de alianzas políticas alcanzadas, y d) los proyectos de futuro que se van ampliando y extendiendo como resultado de su madurez política. Estos cuatro aspectos pueden observarse claramente en procesos de contención política, sean del tipo de contención contenida en instituciones formales, como los procesos electorales, o del tipo de contención transgresiva, situada en las luchas sociales.

El objetivo de este libro fue desmenuzar la contención política contenida en procesos electorales, pero advertimos que una campaña electoral es en esencia una lucha política por el poder y la hegemonía, donde se imbrican formalidades y reglamentaciones institucionalizadas, así como tensiones de

todo tipo basadas en luchas, violencias simbólicas y acciones transgresivas orientadas al control hegemónico del poder. Las mentalidades generadas y la conciencia de las clases en pugna fueron resultado de esa experiencia social y política. Muchas de ellas no se presentan como imperativos categóricos, no son reglas universales bajo las cuales uno deba comportarse y nos permita llegar al mismo puerto, al contrario, la conciencia es multidimensional, depende de circunstancias, acontecimientos, resonancias históricas y experiencias que formulan una opción anti-hegemónica, quizá alter-hegemónica, entre posibilidades que son infinitas.

Índice de tablas y figuras

CAPÍTULO 2: MOVIMIENTOS, ALIANZAS Y PARTIDOS

Cuadro 2.1. Participación ciudadana en elecciones federales 1991-2018	107
Gráfica 2.1 Participación ciudadana en las elecciones federales 1991-2018	108

CAPÍTULO 3: LA PLAZA PÚBLICA CEDIÓ LA NACIÓN A LA DERECHA, PERO RETUVO LA CIUDAD A LA IZQUIERDA (ANEXO)

Gráfica 3.1 Encuestas publicadas entre el 1° y el 23 de junio	184
Cuadro 3.1 Porcentajes de los tiempos totales en Televisión y radio, pagados y sin publicidad, según candidatos presidenciales	184
Cuadro 3. 2 Tiempo en segundos, desglosado por televisora y radio sin publicidad según candidatos presidenciales	185
Cuadro 3.3 Aprobación de Rosario Robles como Jefa de Gobierno e Intención de Voto en la ciudad de México, año 2000	185
Cuadro 3.4 Simpatía por partido político e intención de voto en la ciudad de México, año 2000	186

Cuadro 3.5 Porcentaje de los tiempos totales en televisión y radio, pagados y sin publicidad, según candidatos al gobierno del DF del 1 de marzo al 28 de junio de 2000	186
Cuadro 3.6 Cobertura informativa a los candidatos a Jefe de Gobierno, por televisora y en radio, desglosado en tiempo favorable, desfavorable y neutral, del 1 de marzo al 28 de junio de 2000	187
Cuadro 3.7 Distribución del tiempo de cobertura informativa a los candidatos a Jefe de Gobierno por televisora y en radio, del 1 de marzo al 28 de junio de 2000	188
Cuadro 3.8 Resultados de la elección federal del 2 de julio de 2000 en México, por partido político	188
Cuadro 3.9 Resultados del cómputo total correspondiente a la elección de Jefe de Gobierno	189
Cuadro 3.10 Los mítines	189
Mapa 3.1.	192
Mapa 3.2	193
Mapa 3.3	194

CAPÍTULO 4: CRISIS DE LA CULTURA POLÍTICA Y RESONANCIAS ELECTORALES (ANEXO)

Mapa 4.1 Apropiación electoral del Estadio Azteca, en el acto del PAN	247
Mapa 4.2 Apropiación electoral de la Plaza de la República en el acto del PRI	248
Mapa 4.3 Apropiación electoral del Zócalo en el acto del PRD	249
Cuadro 4.1 Comparación de enunciados en el discurso de Felipe Calderón	250
Cuadro 4.2 Resultados de la elección presidencial de 2006 por partido o alianza política, según datos del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación	250
Gráfica 4.1. Encuesta longitudinal del diario Reforma	251

Gráfica 4.2 Encuesta longitudinal del diario El Universal	251
Cuadro 4.3. Resultado de la elección del 2006 para Jefe de Gobierno en el DF, por coalición y partido político	252

CAPÍTULO 5: LA LUCHA POR LA HEGEMONÍA (ANEXO)

Mapa 5.1 Ocupación en el acto del PAN de la Plaza de Toros México	308
Mapa 5.2 Ocupación en el acto de Compromiso por México en el Estadio Azteca	309
Mapa 5.3 Ocupación del Zócalo en el acto de Movimiento Progresista	310
Imagen 5.1 Aspecto del acto del PAN en la Plaza de Toros México, sábado 23 de junio de 2012	310
Imagen 5.2 Aspecto de la concentración priista en el acto de la Alianza Compromiso por México en el Estadio Azteca, domingo 24 de junio de 2012	311
Imagen 5.3 Aspecto de la concentración del acto de la Alianza Movimiento Progresista en el Zócalo de la ciudad de México, el día 27 de junio de 2012	311
Cuadro 5.1 Organizaciones sectoriales registradas en los cierres de campaña de JVM, Compromiso por México y Movimiento Progresista, México 2012	312
Cuadro 5.2 Tipo y número de mantas (pancartas) registradas en los tres cierres de campaña electoral	315
Imagen 5.4 Acceso al acto del PAN en la Plaza de Toros México	315
Imagen 5.5 Manta espectacular en el acto del PAN	314
Imagen 5.6 Propaganda oficial en el acto del PAN	314
Imagen 5.7 Pendones oficiales con consignas de campaña en el acto de Compromiso por México	317
Imagen 5.8 Propaganda territorial en el acto de Compromiso por México	317

Imagen 5.9 Manta espectacular en el acto de Compromiso por México	318
Imagen 5.10 Manta en el acto de Movimiento Progresista	318
Imagen 5.11 Cartulina en el acto del Movimiento Progresista	319
Imagen 5.12 Contingente en el acto del Movimiento Progresista	319

CAPÍTULO 6: EL DESPRENDIMIENTO DE LAS CONCIENCIAS

Mapa 6.1 Apropiación social del espacio urbano. Monumento al Ángel de la Independencia. Coalición “Por México al Frente”. Elecciones en México, 2018	333
Foto 6.1 Propaganda del acto de Cierre de Campaña “Por México al Frente”. Elecciones en México, 2018. Tomada de Base de Datos del Diplomado de Etnografía Urbana y Cultura Política, verano 2018, UAM-A y RED Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales A. C.	333
Foto 6.2 Template del acto de Cierre de Campaña “Por México al Frente. Elecciones en México, 2018. Tomada de Base de Datos del Diplomado de Etnografía Urbana y Cultura Política, verano 2018, UAM A y RED Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales A. C.	334
Mapa 6.2 Apropiación social del espacio urbano. Palacio de los Deportes. Coalición “Todos por México”. Elecciones en México, 2018	342
Foto 6.3 Propaganda del acto de Cierre de Campaña “Todos por México”. Elecciones en México, 2018. Tomada de Base de Datos del Diplomado de Etnografía Urbana y Cultura Política, verano 2018, UAM-A y RED Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales A. C.	342
Foto 6.4 Acto de lucha libre en el cierre de campaña “Todos por México”. Elecciones en México, 2018. Tomada de Base	

de Datos del Diplomado de Etnografía Urbana y Cultura Política, verano 2018, UAM-A y RED Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales A. C.	343
Mapa 6.3 Apropiación social del espacio urbano. Estadio Azteca. Coalición “Juntos haremos historia”. Elecciones en México, 2018	357
Foto 6.5 Propaganda del acto de cierre de campaña “Juntos haremos historia”. Elecciones en México, 2018. Tomada de Base de Datos del Diplomado de Etnografía Urbana y Cultura Política, verano 2018, UAM-A y RED Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales A. C.	357
Foto 6.6 Imagen del Estadio Azteca antes del lleno total. Acto de cierre de la coalición “Juntos haremos historia”. Elecciones en México, 2018. Tomada de Base de Datos del Diplomado de Etnografía Urbana y Cultura Política, verano 2018, UAM-A y RED Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales A. C.	358
Cuadro 6.1 Resultados de la elección presidencial por candidatura	366
Cuadro 6.2 Resultados de la elección federal para senadurías	366
Cuadro 6.3 Resultados de la elección federal para diputaciones	366
Cuadro 6.4 Número de diputaciones por representación proporcional y partido político	367
Cuadro 6.5. Tendencias de nueve casas encuestadoras, campaña electoral presidencial, México 2018	367
Cuadro 6.6 Probabilidad del triunfo, de acuerdo a una agregación de encuestas	367

Bibliografía

- Abu-Laban, Yasmeeen (1999). "Culture, Diversity and Globalization" en Janine Brodie (Ed.). *Critical Concepts, an introduction to politics*. Toronto: Prentice Hall, pp. 230-244.
- Ackerman, John (17 de marzo de 2019). "La nueva política pos (neo) liberal", en *Proceso.com*. Disponible en <<https://johnackerman.mx/la-nueva-utopia-pos-neoliberal/>>.
- Aguilar, Martín (2009). *Movimientos sociales y democracia en México: (1982-1998) una perspectiva regional*. México: Porrúa.
- Albanski, Lukasz (2019). "The metamorphosis of the world and nostalgia for an ideal past: Beck and Bauman's last works", en *Intenational Socialigy Reviews*, vol. 34 (2), pp. 123-130.
- Alberoni, Francesco (1984). *Movement and Institution*. Nueva York: Columbia University Press.
- _____ (1993). *Enamoramiento y amor*. Barcelona: Gedisa.
- Albert Rodrigo, María (2014). "El despertar de la conciencia en el proceso actual de cambio cultural", en *Scripta Ethnologica*, vol. XXXVI, pp. 108-127.
- Albert Rodrigo, María y Gil Manuel Hernández Martí (2014). "Los movimientos psico- espirituales en la modernidad globalizada. Una mirada desde la ciudad de Valencia", en *Revista de Antropología Iberoamericana*, vol. 9(3), pp. 273- 296.
- Alcántara, Manuel S. (2004). *Partidos políticos Latinoamericanos*

- ¿Instituciones o máquinas ideológicas? Origen, programa, organización.* México: Gernika.
- Alcayaga, Cristina (2002). *Atenco, el peso del poder y el contrapeso de la resistencia civil.* México: Miguel Ángel Porrúa.
- Alduncin, Enrique (2001). “Últimas encuestas preelectorales y conteos rápidos sobre la elección de presidente de la República: resultados y evaluación”, en Yolanda Meyenberg Leycegui (coord.), *El 2 de julio: reflexiones posteriores.* México: FLACSO / IIS-UNAM, UAM-I, pp. 149-166.
- Alfie Cohen, Miriam (2008). “Gobernanza: respuesta a las transformaciones del Estado- Nación o concepto clave para la reconstrucción de la política”, en Ángel Sermeño y Estela Serret (coords.), *Tensiones políticas de la modernidad. Retos y perspectivas de la democracia contemporánea.* México: Miguel Ángel Porrúa / UAM-A, pp. 49-90
- Almeyra, Guillermo (2006). *La protesta social en la Argentina (1994-2004).* Buenos Aires: Peña Lillo / Ediciones Continente.
- Almond, Gabriel (1999). *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas.* México: FCE.
- Almond, Gabriel y Sidney Verba (1963). *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations.* Princeton: Princeton University Press.
- Álvarez, Sonia (2006). “From the President. En Álvarez, S. (Presidencia)”, en *XXVI International Congress.* Puerto Rico: Latin American Studies Association.
- Anderson Perry (1978). *Las antinomias de Antonio Gramsci: estado y revolución en occidente.* Barcelona: fontamera.
- Arias, Alan (2003). *EZLN, Violencia, Derechos culturales y Democracia.* México: CNDH.
- Arditi, Benjamin (2014). *La política en los bordes del liberalismo. Diferencia, populismo, revolución, emancipación.* Buenos Aires: Gedisa.
- Augé, Marc (1996). *Los “no lugares”, espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad.* Barcelona: Gedisa editorial.

- Aziz Nassif, Alberto (2012). “El retorno del conflicto”, en Sergio Tamayo y Nicolasa López- Saavedra (Eds.), *Apropiación política del espacio público. Miradas etnográficas de los cierres de las campañas electorales del 2006*. México: IFE / UAM-A, pp. 21-72.
- Aznares, Juan (3 de julio de 2018). “La revolución de las conciencias”, en *El País*. Disponible en <https://elpais.com/elpais/2018/07/02/opinion/1530546964_328288.html>.
- Barbalet, J. M. (1988). *Citizenship: Rights, struggle and class inequality*. Minneapolis: Minnesota University of Press.
- Barranco, Bernardo y Roberto Blancarte (2019). *AMLO y la religión. El Estado laico bajo amenaza*. México: Grijalbo.
- Basabe Serrano, S. (2005) “La teoría de sistemas de Niklas Luhmann”, en *Apuntes previos para una aplicación a la sociología del derecho*. Foro (15), pp. 193-203.
- Batres Guadarrama, Martí (2018). *Morena y su identidad política*. México: Panorama.
- Bauman, Zygmunt (1999). “Urban Space Wars: On Destructive order and Creative Chaos”, en *Citizenship Studies: Special Issue: Cities and Citizenship in a Global Age*, vol. 3, (2), pp. 173-185.
- _____ (2002). *En busca de la política*. México: FCE.
- _____ (2006). “Emancipación”, en Zygmunt Bauman, *Modernidad Líquida*. México: FCE, pp. 21-58).
- Beck, Ulrich (2004). *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*. Barcelona: Paidós.
- _____ (2011a). Teoría de la Sociedad del Riesgo. En Joesetxo, Beriain (comp.). *Las consecuencias perversas de la modernidad: A. Giddens, Z. Bauman, N. Luhmann, U. Beck*. Barcelona: Antrhopos, pp- 201-222.
- _____ (2011b). “Teoría de la Modernización Reflexiva”, en Beriain Joesetxo (comp.). *Las consecuencias perversas de la modernidad: A. Giddens, Z. Bauman, N. Luhmann, U. Beck*. (pp. 223-265). Barcelona: Antrhopos.
- Beltrones Rivera, Manlio Fabio (2011). *La vida y la política. Orden, desarrollo y bienestar en la democracia*. México: Quimera.

- Berman, Marshall (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. México: Siglo XXI Editores.
- Betancourt, Carlos Emilio (1990). "Gramsci y el concepto del bloque histórico", en *Revista Historia Crítica*, (4), pp. 113-125.
- Bolos Jacob, Silvia y Marco Estrada Saavedra (Eds.) (2013). *Recuperando la palabra. La Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca*. México: Universidad Iberoamericana.
- Bourdieu, Pierre (1990). *Sociología y cultura*. México: Grijalbo / Conaculta.
- Bovero, Michelangelo (2006). "La derecha, la izquierda, la democracia", en *Nexos*, vol. XXVIII, (348), pp. 25-33.
- Brubaker, Rogers (1994). *Citizenship and Nationhood in France and Germany*. Cambridge: Harvard University Press.
- Calderón Hinojosa, Felipe (2014). *Los retos que enfrentamos. Los problemas de México y las políticas públicas para resolverlos (2006-2012)*. México: Debate Historia / Penguin Random House Grupo Editorial.
- Cárdenas Solórzano, Cuauhtémoc (2005). *Un México para Todos. Construyamos un país de iguales con justicia, libertad y soberanía*. México: Planeta.
- _____ (2010). *Sobre mis pasos*. México: Aguilar.
- _____ (2013). "PRD: pasado, presente y futuro del partido que nació el 6 de julio", en Jorge Cadena-Roa y Miguel Armando López Leyva (coords.), *El PRD: orígenes, itinerario, y retos*, (pp. 549-576). México: Ficticia Editorial / IIS y CICYH-UNAM.
- Castoriadis, Cornelius (1982). *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Cefaï, Daniel (2001). *Cultures Politiques*. París: PUF.
- _____ (2007). *¿Pourquoi se mobilise-t-on? Les théories de l'action collective*. París: Éditions La Découverte.
- Chihu Amparán, Aquiles (coord.) (2002). *Sociología de la identidad*. México: UAM / Miguel Ángel Porrúa.
- _____ (2006). *El análisis de los marcos en la sociología de los movimientos sociales*. México: Miguel Ángel Porrúa / UAM.

- Coll Lebedeff, Tatiana (2011). “Desde las orillas con amor, vicisitudes y trapisondas de la izquierda latinoamericana”, en José Othón Quiroz, Nicolasa López Saavedra, Sergio Tamayo, María García Castro (coords.), *Izquierdas: nuevas y viejas*. México: Uam Azcapotzalco y Eón, pp. 29-72.
- Combes, Hélène (2004). *De la politique contestataire à la fabrique partisane. Le cas du Parti de la Révolution Démocratique au Mexique (1989-2000)*. Thèse des Doctorat en Science Politique. París: Université Paris III-La Sorbonne Nouvelle.
- Combes, Hélène (2008). “Tomar partido. Sociología de los asistentes y militantes en los cierres de campaña”, en *Seminario permanente partidos políticos y sistemas electorales*, (9). Toluca: Instituto Electoral del Estado de México.
- Combes, Hélène (2011). *Faire parti. Trajectoires de gauche au Mexique*. París: Karthala & CERI, Collection Recherches Internationales.
- Combes, Hélène (2012). “Tomar partido: sociología de los asistentes y militantes en los cierres de campaña”, en Sergio Tamayo y Nicolasa López-Saavedra (coords.), *Apropiación política del espacio público. Miradas etnográficas de los cierres de las campañas electorales del 2006* (pp. 201-232). México: IFE / UAM.
- Combes, Hélène, Sergio Tamayo y Michael Voegtli (2015). *Pensar y mirar la protesta*. México: UAM-A.
- Combes, Hélène *et al.* (2012). “In-conclusiones de un debate que sigue abierto”, en Sergio Tamayo y Nicolasa López-Saavedra (coords.), *Apropiación política del espacio público. Miradas etnográficas de los cierres de las campañas electorales del 2006*. México: Instituto Federal Electoral/Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 347-376.
- Covarubias, Ana Cristina (2000). “Encuestas y elecciones: primeras evaluaciones”, en *Este País*, (113).
- Cravioto, César (28 de enero de 2020). “Bienestar y revolución de las conciencias”, en *El Heraldo de México*. Disponible en <<https://heraldodemexico.com.mx/opinion/bienestar-y-revolucion-de-las-conciencias/>>.

- Cruz, Francisco y Jorge Toribio Montiel (2009). *Negocios de familia. Biografía no autorizada de Enrique Peña Nieto y el Grupo de Atacomulco*. México: Planeta.
- Cuéllar, Angélica y Edith Kuri (2011). “Poder y Derecho. El Fallo de la Suprema Corte de Justicia de la Nación en torno al caso de Atenco”, en Fernando Castañeda, Angélica Cuéllar y Edith Kuri (coords.), *La crisis de las instituciones políticas en México*. México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, pp. 145-186.
- Cuevas Molina, Rafael (1984). “Ernesto ‘Che’ Guevara y el desarrollo de la conciencia revolucionaria”, en *Praxis*, pp. 147- 150.
- Dagnino, Evelina, Alberto Olvera y Aldo Panfichi (coords.) (2010). *La disputa por la construcción democrática en América Latina*. México: FCE / CIESAS / Universidad Veracruzana.
- Delgado, Álvaro (2003). *El Yunque. La ultraderecha en el poder*. México: Plaza Janés.
- _____ (2016). *El amasiato. Historias de corrupción del PAN*. México: Proceso.
- Denitch, Bogdan (2004). “Alternativas a la tercera vía”, en John Saxe-Fernández (coord.), *Tercera vía y neoliberalismo*. México: CII-UNAM / Siglo XXI, pp. 70-81.
- Deutscher, Isaac (1976). *Trotsky, el profeta armado*. México: Era.
- Dewerpe, Alain (2006). *Charonne 8 février 1962. Anthropologie historique d'un massacre d'État*. París: Éditions Gallimard folio histoire inédit.
- Díaz De Alba, Carmen (2013). Tres miradas desde el interior de #YoSoy132. *Desacatos*, (42), pp. 233-246.
- Dussel, Enrique (2006). *20 tesis de política*. México: Siglo XXI / CREFAL.
- Duverger Maurice (1979). *Los partidos políticos*. México: FCE.
- Eisler, Riane (1998). “Despertar del Trance Dominador: Revolución de la Conciencia y Revolución Sexual”, en R. Eisler, *Placer Sagrado. Nuevos caminos hacia el Empoderamiento y el Amor*. Chile: Cuatro Vientos, pp. 32-54.

- Espino, Manuel (2009). *Volver a empezar. Un llamado a la perseverancia desde la democracia cristiana*. México: Grijalbo.
- EZLN (2005). “Sexta Declaración de la Selva Lacandona” en *Testimonios y documentos*. México: UNAM.
- Fillieule, Oliver (2001). “Voter avec les pieds. La transformation des usages politiques de la rue”, en *TRACE* (39), pp.11-20.
- Fillieule, Olivier y Erik Neveu (ed.) (2019). *Activists Forever? Long-Term Impacts of Political Activism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Foucault, Michel (2005). *El orden del discurso*. Buenos Aires: TusQuets Editores.
- Fox Quesada, Vicente (1999). *Vicente Fox a Los Pinos. Recuento autobiográfico y político*. México: Océano.
- _____ (2006). *Ideas del cambio democrático en México*. México: FCE.
- Friedman Jonathan (2009). “Las vicisitudes del sistema mundial y la aparición de los movimientos sociales”, en Michel Wieviorka (comp.), *Otro mundo... Discrepancias, sorpresas y derivas de la antimundialización*. México: FCE, pp. 128-151.
- Friedman, Lawrence J. (2016). *Los rostros de Erich Fromm. Una biografía*. México: FCE.
- Galindo Cáceres, Jesús y José Ignacio González-Acosta (2013). *#YoSoy132. La primera erupción visible*. México: Global Talent University Press.
- Garavito Elías, Rosa Albina (2010). *Apuntes para el camino. Memorias sobre el PRD*. México: UNAM-A.
- _____ (2011). “México, sin partido de izquierda”, en José Othón Quiroz, Nicolasa López Saavedra, Sergio Tamayo y María García Castro (Eds.), *Izquierdas: nuevas y viejas*. México: UAM-A y Eón, pp. 245-275.
- Garfinkel, H. (1984). *Studies in Ethnomethodology*. Cambridge: Polity Press.
- Gaudichaud, Franck, Jeffery Webber y Massimo Modonesi (2019). “Los gobiernos progresistas latinoamericanos del

- siglo XXI, en *Ensayos de interpretación histórica*. México: FCPYS-UNAM.
- Geertz, Clifford (1990). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa editorial.
- George, Susan (2009). *El pensamiento secuestrado. Cómo la derecha laica y la religiosa se han apoderado de Estados Unidos*. Madrid: Diario Público y Pensamiento Crítico.
- Giddens, Anthony (2001). *La tercera vía y sus críticos*. México: Taurus.
- Gluckman, Max. (1940). "Analysis of a social situation un Modern Zululand", en *Bantu Studies*, vol. 14, (1), pp. 1-30.
- Goleman, Boyatzis y MCKee (2002). *El líder resonante crea más. El poder de la inteligencia emocional*. Madrid: Plaza y Janés editores.
- Gómez Tagle, Silvia (1992). "La ruptura en las elecciones mexicanas: 6 de julio de 1988", en Jorge Alonso, Alberto Aziz y Jaime Tamayo (Eds.). *El Nuevo Estado mexicano. II. Estado y Política*. México: Editorial nueva Imagen, pp. 195-223.
- González Ibarra, M. R. (2018). *Movimientos sociales urbanos y desafíos de la participación política: la unión de Vecinos y Damnificados 19 de septiembre y el Frente del Pueblo en la Ciudad de México, 1985-1999*. México: UAM.
- González Villarreal, Roberto (2013). *El Acontecimiento #YoSoy132. Crónicas de la multitud*. México: Terracota.
- Gramsci, Antonio (2009). *La política y el Estado moderno*. Barcelona: PC Biblioteca, Pensamiento Crítico.
- Guzmán Ríos, Vicente (2015). "Una tarde de Zócalo y un cierre de campaña: conjeturas y credibilidad crepusculares", en Sergio Tamayo, Nicolasa López-Saavedra y Kathrin Wildner (coords.), *Siluetas y contornos de un sufragio* (pp. 495-530). México: UAM-A.
- Gutiérrez, Roberto (2001). "Cultura política y transición a la democracia", en Luis Salazar (Ed.), *México 2000, alternancia y transición a la democracia*. México: Ediciones Cal y Arena, pp. 281-306.

-
- (2011). “Medios, democracia y elecciones en México. Un acercamiento a los comicios federales de 2009”, en Palma Esperanza (coord.), *Partidos y elecciones intermedias de 2009. Problemas para la construcción de mecanismos de representación y participación en México*. México: Miguel Ángel Porrúa y UAM-C.
- Gutiérrez, Roberto y Esperanza Palma (1991). “Sobre los conceptos de sistema y cultura política en México (para pensar la transición)”, *Sociológica*, vol. 6, (15), pp. 89-106.
- Hall, Stuart y Mellino, Miguel (2007). *La cultura y el poder*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hammersley, Martin y Paul Atkinson (1989). *Ethnography. Principles in Practice*. Londres: Routledge.
- Harvey, David (2006). “La acumulación por desposesión”, en Carmen Bueno y Margarita Pérez Negrete (coords.), *Espacios globales*. México: Universidad Iberoamericana / Plaza y Valdés, pp. 21-52.
- Hardt, Michael y Antonio Negri (2004). *Multitud, guerra y democracia en la era del Imperio*. Barcelona: Debate.
- Heller, Agnes (1994). *La revolución de la vida cotidiana*. Barcelona: Ediciones Península.
- Heritage, John C. (1991). “Etnometodología”, en Anthony Giddens y Jonathan Turner (Eds.), *La Teoría Social Hoy*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 290-350.
- Hernández Vicencio, Tania (2020). “Liderazgo panista y una nueva red de organizaciones conservadoras”, en Esperanza Palma y Sergio Tamayo (coord.), *México 2018: elecciones, partidos y nuevos clivajes sociales*. México: UAM-A, pp. 221-244.
- Holloway, John (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. España: El viejo topo.
- Huffschmid, Anne (2007). “De los cuerpos al corpus. Una experiencia investigativa en torno al discurso zapatista y sus ecos en el mundo”, en *Estudios de lingüística aplicada*, (46), pp. 83-114.

- _____ (2011). “La otredad política y sus interlocutores: lectura y relectura de una relación (des)encantada”, en Kristine Vanden Berghe, Anne Huffschmid y Robin Lefere (Eds.), *El EZLN y sus intérpretes. Resonancias del zapatismo en la academia y en la literatura*. México: UACM, pp. 131-160.
- _____ (2012). “El texto en escena: una etnografía de lo (no) dicho, en un contexto urbano electoral”, en Sergio Tamayo y Nicolasa López-Saavedra (Eds.), *Apropiación política del espacio público. Miradas etnográficas de los cierres de las campañas electorales del 2006*. México: IFE y UAM-A, pp. 141-162.
- Hunt, Scott, Robert Benford y David Snow (2006). “Marcos de Acción Colectiva y campos de identidad en la construcción social de los movimientos”, en Aquiles Chihu Amparán (Coord.), *El análisis de los marcos en la sociología de los movimientos sociales*. México: UAM, pp. 155-188.
- Illades, Carlos (2008). *Thompson*. México: UAM, Biblioteca Clásica.
- _____ (2018). *El marxismo en México, una historia intelectual*. México: Taurus.
- Irazábal, Clara (Ed.) (2005). *Ordinary Places/Extraordinary Events. Democracy, Citizenship, and Public Space in Latin America*. Nueva York: Routledge, Taylor and Francis Group.
- Jardón, Raúl (2008). *Travesía a Ítaca*. México: Cenzontle.
- Jasper, James M. (1997). *The Art of Moral Protest. Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*. Chicago: The University of Chicago Press.
- _____ (2005). “Culture, Knowledge and Politics”, en Thomas Janoski, Robert Alford, Alexander Hicks e Ildred A. Schwartz (Eds.), *The Handbook of Political Sociology: States, civil societies and Globalization*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 115-134.
- _____ (2006). *Getting your way. Strategic Dilemmas in the Real World*. Chicago and London: The University of Chicago press.

- Johnston, Hank (2016). *Culture, social movements, and protest*. Londres: Routledge Ed.
- Jones, Gareth Stedman (2018). *Karl Marx. Ilusión y grandeza*. Madrid: Taurus.
- Katznelson, Ira (1986). "Working-Class formation: constructing cases and comparisons", en Katznelson, Ira y Aristide R. Z. (Eds.), *Working-class formation: Nineteenth-Century Patterns in Western Europe and the United States*. Princeton: Princeton University Press, pp. 3-42.
- Krotz, Esteban (2002). "La investigación sobre la cultura política en México: visión panorámica de un campo de estudio en construcción", en Rosalía Winocur (Ed.), *Algunos enfoques metodológicos para el estudio de la cultura política en México*. México: IFE / Flacso / Porrúa, pp. 7-54.
- Lache Bolaños, Norma Patricia (2013). *Entre la consigna y el arte, una mirada al estencil-graffiti oaxaqueño vinculado a la APPO en Oaxaca en Movimiento. La gráfica en la resistencia popular oaxaqueña*. México: Ediciones La Guillotina-Casa Vieja.
- Laclau, Ernesto (2004). "Identidad y Hegemonía: el rol de la universalidad en la construcción de lógicas políticas", en Butler Judith, Laclau Ernesto, Žižek Slavoj, *Contingencia, Hegemonía, Universalidad. Diálogos Contemporáneos en la Izquierda*. Buenos Aires: FCE, pp. 49-94.
- Lakes, Steven (1995). "Los partidos políticos", en Jaime Castrejón Díez (Ed.), *La política según los mexicanos*. México: Océano, pp. 175-197.
- Lindón, Alicia (2007). "Diálogo con Nestor García Canclini. ¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en la ciudad?", en *Eure*, vol. XXXIII, (99), pp. 89-99.
- Loaeza, Soledad (1999). *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*. México: FCE.
- López, Alejandro, Nicolasa López, Sergio Tamayo y Ricardo Torres (cords.) (2010). *Yo no estuve ahí pero no olvidó. La protesta en estudio*. México: UAM.

- López Brun, Maru (2012). *Una mirada de mujer frente al 2012*. México: Norma.
- López Obrador, Andrés Manuel (2004). *Un proyecto alternativo de nación*. México: Grijalbo.
- _____ (2007). *La mafia nos robó la presidencia. "Sólo le han quitado una pluma a nuestro gallo"*. México: Grijalbo.
- _____ (2010). *La mafia que se adueñó de México... y el 2012*. México: Grijalbo.
- _____ (2018). *La salida. Decadencia y renacimiento de México*. México: Planeta.
- _____ (2019). *Hacia una economía moral*. México: Planeta.
- López Rodríguez, Juan Manuel (2005). "El espacio desde la semiótica de Peirce", en Sergio Tamayo y Kathrin Wildner (Eds.), *Identidades urbanas*. México: UAM, pp. 281-306
- López Saavedra, Nicolasa (2015). "Los medios de comunicación en los escenarios de los cierres de campaña político electorales", en Sergio Tamayo, Nicolasa López Saavedra y Kathrin Wildner (coord.), *Siluetas y contornos de un sufragio: México 2012*. México: UAM-A, pp. 275-322.
- Luhman, Niklas (1997). *Organización y decisión, autopoiesis y entendimiento comunicativo*. Barcelona: Anthropos.
- Mainwaring, Scott y Scully Timothy R. (Eds.) (1995). *Building democratic institutions: party systems in Latin America*. Stanford: Stanford University Press.
- _____ (Eds.) (2010). *La democracia cristiana en América Latina*. México: FCE.
- Mandel, Ernest (1974). *Control obrero, consejos obreros, autogestión*. México: Era.
- _____ (1980). *Long waves of capitalist development. The Marxist interpretation*. Nueva York: Cambridge University Press.
- _____ (1986). *Las ondas largas del desarrollo capitalista, la interpretación marxista*. México: Fontamara.

- Manodki, Luis (2006). *¿Quién es el Sr. López? Orígenes, Desafuero, Miedo y Austeridad*. México: Astillero Films, DVD.
- Marcus, George E. (1995). "Ethnography in/of the world system: The emergence of multi-sited Ethnography", en *Annual Review of Anthropology*, (24), pp. 95-117.
- McAdam, Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly (2003). *Dynamics of Contention*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Medina, Andrés Lund (s.f.). *Saludo y crítica al Proyecto Alternativo de Nación de AMLO: Partido Revolucionario de los Trabajadores*. Disponible en <<http://www.prt.org.mx/node/194>>.
- Melucci, Alberto (1996). *Challenging Codes, collective action in the information age*. Cambridge: Cambridge University Press.
- _____ (1997). "Movimientos sociales contemporáneos", en *Anuario de Espacios Urbanos, Historia, Cultura y Diseño*, (04), pp. 203- 218.
- Méndez, Luis y Marco Antonio Leyva (2007). *2000-2006. Reflexiones acerca de un sexenio conflictivo. Tomo 1. El carácter híbrido del Estado Mexicano*. México: Eón y UAM-A.
- Merton, Robert (1995). *Teoría y estructuras sociales*. México: FCE.
- Michels, Robert (1911). *Political parties. A sociological study of the oligarchical tendencies of modern democracy*. Glencoe: The Free Press.
- Miliband, Ralph (1997). *Socialismo para una época de escépticos*. México: Siglo XXI Editores / UNAM.
- Mirza, Christian Adel (2006). *Movimientos sociales y sistemas políticos en América Latina: la construcción de nuevas democracias*. Buenos Aires: CLACSO.
- Mitchell, Clyde. (1956). "The Kalela dance: Aspects of social relationships among urban Africans in Northern Rhodesia", *Rhodes-Livingstone Papers*, (27).
- _____ (1983). "Case and situation analysis", en *Sociological Review*, 31(2), pp. 187- 211.
- Modonesi, Massimo (2016). *El Principio Antagonista, marxismo y acción política*. México: UNAM

- _____ (2017). “La crisis histórica de los comunistas mexicanos”, en Carlos Illades (coord.), *Camaradas. Nueva historia del comunismo en México*. México: FCE, Biblioteca Mexicana.
- _____ (2017). *Revoluciones pasivas en América Latina*. México: Red Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales, A.C., Conacyt, UAM-A / Ítaca.
- Moreno, Martín (2016). *El derrumbe. Retrato de un México fallido*. México: Pinguin Random House Grupo Editorial.
- Mouffe, Chantal (2003). *La paradoja democrática*. Barcelona: Gedisa editorial.
- _____ (2011). *En torno a lo político*. México: FCE.
- Nevaer, Louis y Elaine Sendyk (2009). *Protest Graffiti Mexico. Oaxaca*. Nueva York: Mark Batty Publisher.
- Navarrete, Carlos (2011). *Carlos Navarrete de Frente*. México: Planeta / Temas de Hoy.
- Navarrete Vela, J.P. (2020). “Morena y su relación con las organizaciones sociales”, en Esperanza Palma y Sergio Tamayo (coords.), *México 2018: elecciones, partidos y nuevos clavajes sociales*. México: UAM-A, pp. 157-184.
- Navarro, Isidro y Tamayo, Sergio (2019). *Movimientos sociales en México en el siglo XX*. México: Red Mexicana de estudios de los movimientos sociales A.C.
- Nogueira Marco Aurelio (2004). “La sociedad civil como campo de luchas, como recurso gerencial y como espacio ético”, en Dora Kanoussi (comp.), *Gramsci en Río de Janeiro*. México: BUAP / Antonio Gramsci A.C. / Plaza y Valdés editores, pp. 233-260.
- Olivier, Guadalupe (2015). “El juego político de ‘la mano que mece la cuna’, el Partido Nueva Alianza en las elecciones presidenciales de 2012”, en Sergio Tamayo, Nicolasa López-Saavedra y Kathrin Wildner (Eds.), *Siluetas y contornos de un sufragio*. México: UAM-A pp. 73-126.
- Olivier, Guadalupe y Sergio Tamayo (2011). “La muerte simbólica del urbanismo funcionalista. Los efectos del sismo

de 1985 en México”, en *Anuario de Espacios Urbanos, Historia, Cultura y Diseño*, (18), pp. 15-54.

_____ (2015). “Tensiones políticas en el proceso movilización-desmovilización: El movimiento #YoSoy132. Iztapalapa”, en *Revista de ciencias sociales y humanidades*, vol. 36, (79), pp. 131-170.

_____ (2017). “Mujeres en el activismo político. Resonancias biográficas del movimiento del 68”, en *Secuencia*, (97), pp. 232-262.

_____ (2019). “La lucha por una educación autónoma en México. El Sistema Educativo Rebelde Autónomo Zapatista para la Liberación Nacional (SIRAZ-LN)”, en *Revista movimientos*, vol. 3, (2), pp. 57-74.

Ostrogoski, Moisei (1902). *Democracy and the organization of political parties*. Nueva York: The Macmillan Company.

Palma, Esperanza (2004). *Las bases políticas de la alternancia en México. Un estudio del PAN y el PRD durante la democratización*. México: UAM-A.

_____ (2008). “¿Crisis, persistencia o renovación? Una revisión de la tesis de la “crisis de los partidos políticos”, en Ángel Sermeño y Estela Serret (Eds.), *Tensiones políticas de la modernidad. Retos y perspectivas de la democracia contemporánea*. México: Miguel Ángel Porrúa / UAM-A, pp. 165-192.

_____ (coord.) (2011). *Partidos y elecciones intermedias de 2009. Problemas para la construcción de mecanismos de representación y participación en México*. México: Miguel Ángel Porrúa / UAM-C.

Panbianco, A (1988). *Political Parties: organization and power*. Cambridge: Cambridge University Press.

Pantoja Palmeros; María Teresa y Velasco García José (2005). “Los rostros de la cultura. Una perspectiva freudiana”, en Irene Aguado Herrera, César Avendaño Amador y Carlos Mondragón (coords), *Temas de introducción al psicoanálisis*. México: Lumen, pp. 93-120.

Pasqualini, Mauro (2016). *Psicoanálisis y teoría social. Inconsciente y*

- sociedad de Freud a Žižek*. México: FCE.
- Pasquino, Gianfranco (2014). *Nuevo curso de ciencia política*. México: FCE.
- Portelli, Hugues (1992). *Gramsci y el bloque histórico*. México: Siglo XXI.
- Polkinghorne, Donald (1983). *Methodology for the Human Sciences. Systems of Inquiry*. Albany: State University of New York Press.
- Proceso (2012). *Salinas en Proceso*. México: Grijalbo / Proceso.
- Pye, Lucian W. y Sidney Verba (1965). *Political Culture and Political Development*. Boston: Little Brown.
- Ramírez Paredes, Juan Rogelio (2002) *¡Nunca más un México sin rostros! Evolución histórica del proyecto del EZLN*. México: Ediciones y Gráficos EÓN / Colección Libros de El Cotidiano.
- Ramírez, Mario Teodoro (2019). “Luis Villoro y la cuarta transformación”, en G. Hurtado, J. A. Torres, G. Vargas Lozano, *Filosofía y la Cuarta Transformación de México*. México: Torres Asociados, pp. 93- 100.
- Recondo, David (2009). “La comuna de Oaxaca: ciudadanía emergente en un enclave autoritario”, en Francis Mestries, Geoffrey Pleyers, Sergio Zermeño (Eds.), *Los movimientos globales: de lo local a lo global*. México: UAM-A.
- Reveles, José (2006). *Las manos sucias del PAN. Historia de un atraco multimillonario a los más pobres*. México: Planeta Mexicana.
- Reveles, V. Francisco y Lisandro M. Devoto (2020). “Relaciones entre el PRI y organizaciones sociales: militancias, alianzas y confrontaciones”, en Esperanza Palma y Sergio Tamayo (coords.), *México 2018: elecciones, partidos y nuevos clivajes sociales*. México: UAM-A, pp.185- 220.
- Ricoeur, Paul (2003). *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica*. México: FCE.
- Rock L., Roberto (2019). *La historia detrás del desastre. Crónica de una herencia envenenada*. México: Grijalbo.
- Rodríguez Araujo, Octavio (2002). *Izquierdas e izquierdismos*. México: Siglo XXI.
- _____ (2004). *Derechas y ultraderechas en el*

- mundo*. México: Siglo XXI.
- Rodríguez Ledesma Xavier (2020). *Poder en clave de Sol. Una notación musical de lo político*. México: Colofón.
- Rogers, Alisdair. (1995). “Cinco de mayo and 15 January: Contrasting situations in a Mixed Ethnic Neighbourhood”, en A. Rogers y S. Vertovec. (Eds.), *The urban context. Ethnicity, social networks and situational analysis*. Oxford: Berg Publishers, pp. 117-140.
- Salinas de Gortari, Carlos (2008). *La “Década Perdida” 1995-2006. Neoliberalismo y populismo en México*. México: Debate.
- _____ (2010). *Democracia republicana. Ni Estado ni mercado: una alternativa ciudadana*. México: Debate.
- Santacruz, Iris y Sergio Tamayo (2011). “La cultura política de las campañas electorales. Análisis situacional de la campaña en la Delegación Miguel Hidalgo, DF”, en Esperanza Palma (Ed.), *Partidos y elecciones intermedias de 2009. Problemas para la construcción de mecanismos de representación y participación en México*. México: Miguel Ángel Porrúa / UAM-C, pp. 125-174.
- Sartori, Giovanni (2008). *Elementos de Teoría Política*. Madrid: Alianza Editorial.
- Saxe-Fernández, John (coord.) (2004). *Tercera vía y neoliberalismo*. México: CII-UNAM / Siglo XXI.
- Schwartz, Howard y Jerry Jacobs (2003). *Sociología cualitativa, método para la reconstrucción de la realidad*. México: Trillas.
- Scott James C. (2007). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Editorial Era.
- Serna, Leslie (1997). *¿Quién es quién en el MUP? Descripción en cifras del movimiento urbano popular en la Ciudad de México*. México: ediciones ¡UníoS! Colección actores de la ciudad.
- Serret, Estela y Michael Voegtli (2015). “El orden de género en los cierres de campaña presidencial”, en Sergio Tamayo, Nicolasa López-Saavedra y Kathrin Wildner (coords.). *Siluetas y contornos de un sufragio*. México: UAM-A, pp. 381-418.

- Smith, Amy Erica (2009). "Legitimate Grievances: preferences for Democracy, system support and political participation in Bolivia", en *Latin American Research Review*, vol. 44, (3), pp. 102-126.
- Snow D.A.; Benford R.D. (1988). "Ideology, frame resonance, and participant mobilization", *International Social Movement Research* 1(1), pp. 197-217.
- _____ (2000). "Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assessment", en *Annual Review of Sociology*, vol. 26, pp. 611-639.
- Snow, David A. y Roberta G. Lessor (2013). "Consciousness, conscience, and social movements", en D. A. Snow, D. Della Porta, Klandermans y D. McAdam, (ed.), *The Wiley-Blackwell Encyclopedia of Social and Political Movements*, vol. I (pp. 244-249). Malden, MA: Wiley-Blackwell.
- Stolowicz, Beatriz (1999). "La izquierda, el gobierno y la política: algunas reflexiones", en Beatriz Stolowicz (Ed.), *Gobiernos de izquierda en América Latina. El desafío del cambio*. México: UAM / Plaza y Valdés, pp. 183-211.
- Svampa, Maristella (2017). *Del cambio de época al fin de ciclo. Gobiernos progresistas, extractivismo y movimientos sociales en América Latina*. Buenos Aires: Ensayo Edhasa.
- Tamayo, Sergio (1999). *Los veinte octubre mexicanos. Ciudadanías e identidades colectivas*. México: UAM-A.
- _____ (2000). "La ciudadanía civil en el México de la transición: mujeres, derechos humanos y religión", en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 62, (1), pp. 61- 97.
- _____ (2002). *Espacios ciudadanos, la cultura política de la ciudad de México*. México: Frente del Pueblo, Sociedad Nacional de Estudios Regionales, A.C., Unidad Obrera y Socialista.
- _____ (2006). "Espacios de ciudadanía, espacios de conflicto", en *Sociológica*, (61), pp. 11-40.
- _____ (2007). "Dinámica de la movilización. Movimiento pos-electoral y por la democracia", en *Desacatos*, (24), pp. 249-276.

-
- (2008). “Confrontación política y cultura ciudadana. Etnografía de las Concentraciones electorales en México”, en Ángel Sermeño y Estela Serret (Eds.), *Tensiones políticas de la modernidad. Retos y perspectivas de la democracia contemporánea*. México: Miguel Ángel Porrúa / UAM-A pp. 213-262.
-
- (2010). *Crítica de la Ciudadanía*. México: Siglo XXI / UAM.
-
- (2012). “Las plazas: espacios de ciudadanía y cultura política”, en T. Sergio y N. López. (Eds.), *Apropiación Política del Espacio Pública. Miradas etnográficas de las campañas electorales en México 2006*. México: IFE y UAM-A, pp. 113-140.
-
- (2013). “Popular Assembly of the Towns of Oaxaca (Mexico)”, en David A. Snow, Donatella della Porta, Bert Klandermans y Doug McAdam (Eds.), *The Wiley- Blackwell Encyclopedia of Social and Political Movements*. Londres: Blackwell Publishing Ltd.
-
- (2014). “Proyectos rivales: Historia de alianzas y rupturas electorales”, en H. Tejera, P. Castro y E. Rodríguez. (Eds.), *Continuidades, rupturas y regresiones. Contradicciones y paradojas de la democracia mexicana*. México: UAM / Conacyt / Juan Pablos Editores, pp. 257-298.
-
- (2016). *Espacios y Repertorios de la Protesta*. México: UAM / RED Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales A.C. / Conacyt.
-
- (2019). “Ciclos de protesta en México, siglo XXI. La fragmentación de la política”, en Aguilar García Francisco Javier (coords.), *Los movimientos sociales en la vida política mexicana*. México: UNAM-IIS, pp. 51-92.
-
- , Azucena Granados y Freddy Minor (2010). “Identidades colectivas y cultura política. La protesta estudiantil”, en Alejandro López Gallegos, Nicolasa López-Saavedra, Sergio Tamayo y Ricardo Torres Jiménez (coords.), *Yo no estuve ahí pero no olvidé. La protesta en estudio*. México: UAM, pp. 211-318, colección Abate Faria.

- _____ y Nicolasa López-Saavedra (2012). *Apropiación Política del Espacio Público. Miradas etnográficas de las campañas electorales en México 2006*. México: IFE y UAM.
- _____, Nicolasa López-Saavedra y Kathrin Wildner (2015). *Siluetas y contornos de un sufragio*. México: UAM-A.
- _____ e Isidro Navarro (2020). “Ciudadanía y movimientos sociales”, en Guadalupe Olivier (coord.). *Estado del Conocimiento de los movimientos sociales en México*, t. 1, (pp. 21-88). México: UPN / RED Mexicana de Estudios de los Movimientos Sociales A. C.
- _____ y Kathrin Wildner (2005). “Espacios e identidades”, en Sergio Tamayo y Kathrin Wildner (coords.). *Identidades urbanas*. México: UAM, pp. 11-34.
- _____ (Eds.) (2005). *Identidades urbanas*. México: UAM.
- Tejera Gaona, Héctor (2014). “Las paradojas de la democracia en la ciudad de México: Redes Políticas y Elecciones”, en Héctor Tejera Gaona, Pablo Castro Domingo y Emanuel Rodríguez Domínguez (Eds.), *Continuidades, rupturas y regresiones. Contradicciones y paradojas de la democracia mexicana*. México: UAM / Conacyt / Juan Pablo editores, pp. 55-82.
- Tejera, Héctor, Castro, Pablo y Emanuel Rodríguez (Eds.) (2014). *Continuidades, rupturas y regresiones. Contradicciones y paradojas de la democracia mexicana*. México: UAM.
- Tenti Fanfani, E. (1997). *Resonancias políticas de la “Cuestión social” en la Argentina Contemporánea*. Argentina: Mimeo.
- Thompson, E. P. (1963). *The making of the English Working Class*. Nueva York: Vintage Books.
- Thompson, John, B. (1993). *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*. México: UAM-X.
- Tilly, Charles (1995). “Los movimientos sociales como agrupaciones históricamente específicas de actuaciones políticas”, en *Sociológica*, vol. 28 (10), pp. 13-36.
- _____ (2006a). *Regimes and Repertoires*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press.

- _____ (2006b). “Repertoires of Contention”, en Tilly, Charles, *Regimes and Repertoires*. Chicago: The University of Chicago Press, pp. 30-59.
- _____ (2008). *Contentious Performances*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Torres Navarrete, J. (1999). “Ejercicios de rutina para explicar la Teoría de Luhmann”, en *Estudios Políticos*, (51), pp. 35-50.
- Torres, Ricardo (2012). “Elementos sociodemográficos, de acción ciudadana y simbólicos en los espacios de los cierres de campaña política”, en Sergio Tamayo y Nicolasa López Saavedra (coords.), *Apropiación política del espacio público. Miradas etnográficas de los cierres de las campañas electorales del 2006*. México: IFE / UAM-A, pp. 233-300.
- _____ (2015). “Los cierres de las campañas políticas 2006 y 2012. Las imágenes y los símbolos”, en Sergio Tamayo, Nicolasa López-Saavedra y Kathrin Wildner (coords.), *Siluetas y contornos de un sufragio*. México: UAM-A, pp. 421-494.
- Touraine, Alain (1994). *Crítica de la modernidad*. México: FCE.
- _____ (1995). *¿Qué es la democracia?* México: FCE.
- _____ (2000). *¿Podremos vivir juntos?* México: FCE.
- _____ (2016). *El fin de las sociedades*. México: FCE.
- _____ (2016). “¿Existe una historia global del siglo XXI?”, en Oscar Soto Badillo y María Eugenia Sánchez Díaz de Rivera, (coords.), *El poder hoy*. Puebla, México: Universidad Iberoamericana Puebla, pp. 25-40.
- _____ (2016). “Las sociedades hipermodernas y sus actores: Conferencia de clausura”, en Oscar Soto Badillo y María Eugenia Sánchez Díaz de Rivera (coords.), *El poder hoy*. Puebla, México: Universidad Iberoamericana Puebla, pp. 315-329.
- Trotsky, Leon (1987). *The History of the Russian Revolution*. Nueva York: Pathfinder Press.
- _____ (2017). *Historia de la revolución Rusa*. t. I y II. Santiago: LOM Ediciones / Tlalaparta.

- Turner, Bryan (1997). "Citizenship Studies: A General Theory", en *Citizenship Studies, volume 1*, (1), pp 5-18.
- _____ (2012). "La ciudadanía árabe: la Primavera Árabe y sus consecuencias no intencionales", en *Sociología histórica*, (1), pp. 29-53.
- Vargas González Pablo (2005). "¿Crisis o refundación de los partidos políticos en México en la etapa postalternante, 2000-2002?", en Víctor Alejandro Espinoza del Valle y Luis Miguel Rionda Ramírez (Eds.), *Después de la alternancia: elecciones y nueva competitividad*. México: Neón sociales, pp.77-114.
- Vázquez Mota, Josefina (2011). *Nuestra oportunidad, un México para todos*. México: Aguilar.
- Vila, Pablo (1997). "Hacia una reconsideración de la antropología visual como metodología de la investigación social en Estudios sobre las culturas contemporáneas", en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, vol. III, (6), pp. 125- 167.
- Villamil, Jenaro (2009). *Si yo fuera presidente. El reality show de Peña Nieto*. México: Editorial Grijalbo.
- _____ (2012). "El erario mexiquense fluyó hacia la campaña priista", en *Proceso*, (1861), pp. 10-13.
- Villoro, Luis (1997). *El poder y el valor. Fundamentos de una ética política*. México: FCE.
- Wacquant, Loïc (2002). "De l'idéologie à la violence symbolique : culture, classe et conscience chez Marx et Bourdieu", en Lojkine, Jean (dir.) *Les sociologies critiques du capitalisme. En hommage à Pierre Bourdieu*. París: Actuel Marx Confrontation, Presses Universitaires de France, pp. 25-40.
- Wallace, Ruth A. y Alison Wolf (1991). *Contemporary Sociological Theory. Continuing the Classical Tradition*. Nueva Jersey: Prentice Hall.
- Ward, Peter y Elizabeth Durden (2004). "Gobierno y democracia en el Distrito Federal: Cárdenas, el PRD y el huevo del párroco", en Ariel Rodríguez Kuri y Sergio Tamayo (coords.), *Los últimos cien años, los próximos cien...* México: Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 189-234.

- Wieviorka, Michel (2009). “¿A dónde va el debate sobre los nuevos movimientos sociales?”, en Francis Mestries, Geoffrey Pleyer y Sergio Zermeño (Eds.), *Los movimientos sociales: de lo local a lo global*. México: Anthropos / UAM-A pp. 23-42.
- _____ (2009). “Otro mundo es posible”, en Michel Wieviorka (comp.) *Otro mundo... Discrepancias, sorpresas y derivas de la antimundialización*. México: FCE, pp. 17-67.
- Wiggershaus, Rolf (2010). *La Escuela de Fráncfort*. México: FCE / UAM.
- Wildner, Kathrin (1998). “El zócalo de la ciudad de México. Un acercamiento metodológico a la etnografía de una plaza”, en *Anuario de Espacios Urbanos, Historia, Cultura y Diseño*, (05), pp. 149-170.
- _____ (2005). *La plaza Mayor ¿Centro de la metrópoli? Etnografía del Zócalo de la ciudad de México*. México: UAM.
- _____ (2012). “Los tres espacios. Construcción del espacio en los cierres de las campañas electorales”, en Sergio Tamayo y Nicolasa López-Saavedra (coords.), *Apropiación política del espacio público. Miradas etnográficas de los cierres de las campañas electorales del 2006*. México: IIE y UAM-A, pp. 97-112.
- Williams, Raymond (2011). *The Long Revolution*. Toronto: Broadview Press.
- Winocur, Rosalía y Roberto Gutiérrez (2006). *Participación civil y política en el Distrito Federal, una perspectiva cultural para el análisis e interpretación*. México: IEDF.
- Wornat, Olga (2020). *Felipe el oscuro. Secretos, intrigas y traiciones del sexenio más sangriento de México*. México: Editorial Planeta.
- Worsley, Peter. (1968). *The trumpet shall sound: A study of cargo cults in Melanesia*. Nueva York: Schocken Books.
- Zemelman, Hugo (1997). “Sujetos y subjetividad en la construcción metodológica”, en Emma León y Hugo Zemelman (Coords.), *Subjetividad: umbrales del pensamiento social*. Barcelona. México: Anthropos / CRIM-UNAM, pp. 21-35.

- Zepeda, Jorge (Ed.) (2016). *Los amos de México*. México: Temas de Hoy / Planeta.
- Zermeño, Sergio (2009). “Movimiento social y cambio en México y en América Latina”, en Francis Mestries, Geoffrey Pleyers, Sergio Zermeño (coords.), *Los Movimiento sociales: de lo local a lo global*. México: Anthropos / UAM-A, pp. 63-78.
- Zizek Slavoj (2015). *Viviendo en el final de los tiempos*. Madrid: Ediciones Akal.
- Zovatto, Daniel (2002). “Valores, percepciones y actitudes hacia la democracia. Una visión comparada latinoamericana 1996-2002”, *América Latina Hoy*, (32), pp. 29-53.

*La revolución de las conciencias. Resonancias históricas,
cultura del disenso y disputa del poder*

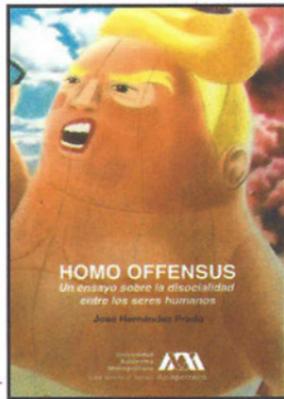
Este libro fue impreso mayo de 2022 por Hernández González Karla Ivón, Tinta Negra Editores, Avenida del Taller 96-28, Col. Tránsito, Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06820, CDMX.

El tiro consta de 500 ejemplares de 416 páginas.

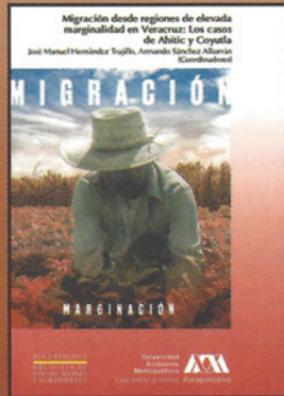
Impreso en Offset a 1x1 tintas sobre papel cultural de 90 gramos.

Portada a 4 x 0 tintas en Cartulina Sulfatada una cara de 12 pts.

Encuadernado en rústico cosido con hilo y refinado a un tamaño de
13.5 x 21 centímetros.



HOMO OFFENSUS
 Un ensayo sobre la
 disociación entre
 los seres humanos



Migración desde regiones
 de elevada marginalidad
 en Veracruz: Los casos
 de Ahitic y Coyutla

ADMINISTRACIÓN
 DERECHO
 ECONOMÍA
 HUMANIDADES
 SOCIOLOGÍA

Discurso

Este libro analiza las resonancias históricas que implantaron un tipo de revolución de las conciencias en México. Diserta sobre las paradojas de la cultura política del disenso y la lucha por el poder. En los capítulos analíticos se recrea la historicidad de los procesos electorales presidenciales desde el 2000 hasta el 2018.

La discusión teórica y analítica parte de estas preguntas: ¿Qué significa en el contexto mexicano, la revolución de las conciencias? ¿Cómo se produce la conciencia que pueda incidir en la transformación de un país? ¿Hacia qué rumbo toma esa revolución de las conciencias? ¿Cuáles son los mecanismos que permiten la elaboración de una compleja conciencia que además tenga la capacidad para hacer un cambio social? ¿Qué nivel se alcanza y qué grado de cambio es el que resulta?

En la conciencia construida por el movimiento social y político de Morena, formado por ciudadanas, grupos y movimientos, no prevaleció una de corte socialista ni clasista ni feminista. La cultura política de este gran movimiento es popular, religioso, anti-elitista, pro-carismático, ciudadano-popular y nacionalista, con formas de participación directa, anti-neoliberal e inclinado al Estado de bienestar. La hipótesis de este libro es esta.

